

Mariano Lebrón Saviñón

HISTORIA DE LA CULTURA
DOMINICANA

SEGUNDO TOMO



Santo Domingo, R.D.
1981

Publicaciones de la
Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU)

HISTORIA DE LA CULTURA
DOMINICANA

SEGUNDO TOMO

©1981, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña
Dirección de Publicaciones
Santo Domingo,
República Dominicana.

INDICE

- CAPITULO XIII 7
Era de la Independencia. La Trinitaria. Juan Pablo Duarte. El Apostolado de Duarte. La poesía de Duarte. Ideario de Duarte. Otros trinitarios escritores. La música dominicana durante el período de la ocupación. Apéndice.
- CAPITULO XIV 63
Vicisitudes de la patria libre. Primera constitución del estado dominicano. Elección del general Pedro Santana como presidente. Invasión haitiana de 1845.
- CAPITULO XV 83
Anexión y restauración. Preparativos de la anexión. Matrícula de Segovia. Segundo gobierno de Buenaventura Báez. La anexión a España. Protestas contra la anexión. La restauración. Juicio sobre Santana. Culmina la restauración.
- CAPITULO XVI 137
Del 1865 al 1900. La nueva república. Ejecución del poeta Manuel Rodríguez Objío. Empréstito de Hartmont. Revolución de los Seis Años. La viña de Naboth. Arrendamiento de la Bahía de Samaná. Caída de Báez. Carlos Sumner. Báez. Después de los Seis Años. Dictadura de Hereaux. Rasgos de Lilís.

CAPITULO XVII 191

Dioses mayores de la poesía dominicana. Deligne y el modernismo. Otros románticos.

CAPITULO XVIII..... 229

Otras manifestaciones culturales del siglo. Sociedades literarias. Poetas de la época. La guerra de Cuba en Santo Domingo. Máximo Gómez y Báez. Arturo Pellérano Castro. Artes plásticas. Un filántropo: El padre Billini. Músicos de fines del siglo XIX y principios del XX. Conciertos y orquestas. La medicina en el siglo XIX. Salud pública y asistencia. Epidemias.

CAPITULO XIII

ERA DE LA INDEPENDENCIA



LA TRINITARIA. El 16 de julio de 1838, por iniciativa de Juan Pablo Duarte (1813-1876), se formó la Sociedad La Trinitaria con el objeto de luchar por la independencia de la patria. La sociedad tuvo un carácter secreto, puesto que se trataba de conspirar en la clandestinidad. El día de su fundación era de fiesta religiosa; se celebraban en la iglesia del Carmen las festividades de Nuestra Señora del Carmen, y aprovechando esta coyuntura, que hacía poco sospechosa la reunión, se congregaron en la casa de doña Josefa Pérez (cariñosamente llamada doña Chepita): Juan Pablo Duarte, dirigente del grupo, Pedro Alejandrino Pina, Jacinto de la Concha, José María Sierra, Juan Nepomuceno Ravelo, Felipe Alfau y Bustamente, Félix María Ruiz, Benito González y Juan Isidro Pérez, hijo de la anfitriona.

Los trinitarios hicieron, solemnemente, el siguiente juramento, que luego firmaron con su propia sangre:

“En nombre de la Santísima, Augustísima e Indivisible Trinidad de Dios Omnipotente, juro y prometo por mi honor y mi conciencia, en manos de nuestro presidente Juan Pablo Duarte, cooperar con mi persona, vida y bienes a la separación definitiva del Gobierno haitiano, y a implantar una república libre e independiente de toda dominación extranjera, que se

denominará República Dominicana, la cual tendrá su pabellón tricolor en cuartos encarnados y azules atravesados con una cruz blanca. Mientras tanto seremos reconocidos los trinitarios con las palabras sacramentales de Dios, Patria y Libertad. Así lo prometo ante Dios y el mundo; si tal hago, Dios me proteja; y de no, me lo tome en cuenta, y mis consocios me castiguen el perjuicio y la traición, si los vendo." Juramento romántico como el alma de su fundador. La sociedad, nacida de este primer núcleo de jóvenes, fue creciendo de tres en tres, y regándose, en silencio, por todos los ámbitos del país.

"Entre los trinitarios hay hombres del templo de Sánchez y de Mella. Los que rodean a Duarte tienen su color y divisa y seudónimo. La divisa de Duarte es azul; roja la de Pina; verde la de Sánchez; amarilla la de Juan Isidro Pérez. Arístides es el seudónimo de Duarte; Leónidas el de Benito González; Simón el de Felipe Alfau; Temístocles, el de Juan Isidro Pérez."(1) Para esconder su propósito se creó la Sociedad La Filantrópica, que aunque patriótica fingía ser cultural. Esta sociedad presentaba veladas donde el joven Pina se destacaba por su brillante oratoria. De ahí nació la Sociedad Dramática. Así fundaron un teatro cuyos actores fueron: Juan Isidro Pérez, Pedro Alejandrino Pina, Félix María del Monte, Jacinto de la Concha, José María Serra, Pedro Antonio Bobea y otros.(2) Las obras que se presentaron, seguramente traídas por Duarte de Barcelona(3) fueron: "Bruto o Roma libre", de Alfieri; "La viuda Padilla", de Martínez de la Rosa; "Un día del año 23 en Cádiz," de Eugenio Ochoa y otras del mismo jaez, entremezcladas con comedias. El Teatro de La Trinitaria se instaló en la llamada Cárcel Vieja,(4) imponente edificio situado al lado del Palacio del gobernador haitiano Maximiliano Borgella, frente a la Plaza de Armas, hoy Plaza Colón.

De las funciones teatrales dice Rodríguez Demorizi:

"En la última escena de "Un día del año 23 en Cádiz," el Edecán del Capitán General se presenta de orden Superior al Director de la Sociedad y lo intima a la presentación de la pieza dramática, a fin de cerciorarse de si constaba en ella un tendencioso concepto estrepitosamente aplaudido por el

público dominicano: “Me quiere llevar el diablo cuando me piden pan y me lo piden en francés.”

“Atacar lo francés, lo que no es español, es un modo de atacar lo haitiano. En pugna las dos lenguas, la francesa, que es la del dominador, el símbolo del oscuro y odiado predominio; la española, la de los trinitarios, signo y distintivo de libertad. Así despierta el amor patrio en el aletargado espíritu de los dominicanos.”(5)

Eran aquellas veladas maravillosas en las que los dominicanos hacían su protesta e incitaban el pueblo a la rebelión. Los haitianos, según la nota transliterada arriba, vivían como sobre ascuas. Pero al fin aconsejaron a sus compatriotas seguir el ejemplo de los dominicanos.

“Las representaciones teatrales —continúa Rodríguez Demorizi— se verificaban en el edificio conocido con el nombre de la Cárcel Vieja, en la plaza principal, a fin de levantar el espíritu público y reunir recursos para comprar municiones y pagar emisarios, etc. Los papeles se repartían autoritariamente y se decía a cada uno cómo era el traje de cada representación para que lo costease. Si sobraban boletines, se repartían a los asociados, quienes tenían que pagarlos para que llevasen a sus familias; cuando no sobraban, tenían que conformarse con no llevar a nadie. Duarte, por el defecto de la inclinación de su nariz, no podía representar, pero decía que debía hacer algo y se ponía a servir de apuntador; a fin de ahorrar los ocho pesos que costaba el apunte. Una vez se debía representar una pieza en que aparecía una fuente, y después de mucho mirarlo y remirarlo, no tuvieron más remedio que disponer una pipa adentro y recoger el agua que caía, rellenando con ella la pipa. Dos de ellos... se encargaron de la pesada tarea (el patriotismo no vacilaba ni en ésto), y durante toda la representación estuvieron trasegando agua. Mientras tanto, Duarte, que apuntaba, salió de su concha diciendo que estaba mojado de sudor y del agua que se echaba en la pipa.”(6)

Pronto se completó el núcleo de los trinitarios, formado por lo más egregio de la juventud dominicana, (7) que, bajo la sombra de La Filantrópica celebró, como hemos dicho, veladas

literarias, donde poetas como Juan Isidro Pérez recitaban sus propios versos, mediocres, pero de un alto interés histórico.

Los haitianos y sus áulicos empezaron a resentirse de este movimiento de jóvenes vehementes que amenazaba con estallar un día como una tempestad.

En tanto la tiranía de Boyer se hacía irresistible, aun para los mismos haitianos. Y en el año 1843 estalló en Praslin (Los Cayos, en Haití) la revolución que dio al traste con su régimen. Los dominicanos, por la iniciativa siempre atinada de Juan Pablo Duarte, contribuyeron a ese movimiento revolucionario, llamado de La Reforma, y que dirigía Charles Riviere Herard.

No llegó a correr la sangre a torrentes; Boyer prefirió evitarlo, dimitiendo y exiliándose a Jamaica, de donde pasó a París, haciendo vida modesta.

Exaltado a la presidencia, Herard se enteró del movimiento revolucionario que fermentaba en Santo Domingo, y, alarmado, atravesó la frontera, a la cabeza de un poderoso ejército. Sorpresivamente irrumpió en el Cibao, iniciando tenaces persecuciones y llenando las cárceles de patriotas dominicanos. Al llegar a Santo Domingo, el 12 de julio de 1843, ordenó la prisión de Duarte, que pudo huir a Curazao, con Pina y Pérez, en tanto que Sánchez, oculto, continuó al frente de la conspiración que culminó, al fin, con el grito de Independencia, dado en la Puerta del Conde el 27 de febrero de 1844.

Así remata su trabajo el tantas veces citado Rodríguez Demorizi:

“En la fausta noche del 27 de febrero de 1844, como si llegaran por primera vez a un templo desconocido, los trinitarios Sánchez, Mella, Vicente Celestino Duarte y otros ardientes próceres se reunieron en la antigua Puerta de la Misericordia. No era hora de vacilaciones, sino de ir hacia adelante en la victoria o a la muerte. Empero, necesitábase una voz, una chispa que encendiera, en la noche memorable, la luz de la libertad. Sonó entonces, fragorosamente, el pèdreñal de Mella. Cuando se apagaron en la ciudad atónita el resplandor y el eco del célebre disparo, ya en la Puerta del Conde flotaba la bandera ideada por Duarte, y enarbolada por Francisco del Rosario Sánchez, cuya

cruz, símbolo de redención, también sería para ellos símbolo de gloria y de martirio.”(8) Todo se facilitó por las dificultades que enfrentaba el propio Herald en su pueblo. El era mulato, y como reservaba todos los privilegios para los de su color, el pueblo, que demandaba enérgicamente un presidente negro, aprovechando la insurrección de los dominicanos (9), se levantó en el Sur de Haití, en la llamada revolución de los Piquets, donde quedó derrotado el 3 de mayo de 1844, después de su doble fracaso en su pretendida invasión, en marzo, a la República Dominicana.

Así, buscando presidentes negros, los haitianos se inclinaron por un anciano de noventa años, Philippe Guerrier, chocho y analfabeto, que no duró más de once meses, pues murió de avanzada senilidad el 15 de abril de 1845.

Le sucedió otro negro, octogenario, esta vez —pues tenía ochenta y cuatro años— Jean Louis Pierrot, iletrado, y a quien el rumor público atribuía una prematura locura senil.(10) De modo que, al parecer, Haití debía depender, para satisfacer sus apetencias étnicas, de presidentes octogenarios, mientras en la parte española se asentaba como primer presidente un hombre recio y singular, batallador y duro, Pedro Santana, cuya espada será el más recio valladar que detendrá la ya imposible sed de dominio del negro doblegado. Desde luego que Pierrot, viejo militar, no sabía otra cosa más que guerrear e invadió la República Dominicana, en 1845, experimentando desejantes y catastróficas derrotas. Las mismas tropas lo depusieron y ofrecieron la presidencia a otro negro, anciano también, Jean Baptiste Riché, quien murió once meses después. Como expresa Patte: “La política haitiana estaba evolucionando hacia un sainete.”(11)

JUAN PABLO DUARTE

Durante el lapso que va del 1822 al 1844, toda la cultura dominicana se centra en el grupo de los trinitarios, y su figura más relevante, lo es, sin duda, el fundador de la Patria, Juan Pablo Duarte.

‘Carlos Larrazábal Blanco, afirma con vehemencia profunda: No hay en América héroe más puro que Juan Pablo Duarte. (12) Yo no lo encuentro en la Historia. Fue toda su vida un alto apostolado que lo obligó a arrastrar, con dulzura infinita, con mansedumbre nazarena, los azares de una tragedia digna de Esquilo.

“Mansión de dolores”, llamó Emiliano Tejera al desolado hogar de Duarte en Caracas.

Fue su vida toda un gesto de magnífico estoicismo, de honda resignación, ante las ingratitudes y el odio insensato que le tocaban con sus ráfagas tremendas.

“Una mansión de dolores fue el hogar de Duarte en Santo Domingo.

“Su ideal de patria no fue usufructo de su alma; su corazón fue el cantero donde se cultivó el sentimiento de patria, el sentido nacionalista. Pero su casa fue cuna de héroes: lo fue Rosa Duarte, heroína sin par, heredera de las virtudes cívicas de su maravilloso hermano; lo fue su hermano Vicente Celestino, héroe esquiliano también; lo fue su hermano Manuel, a quien las desgracias abatieron tanto, que hundió su mente en la niebla de la locura. En carta que las hermanas Rosa y Francisca Duarte dirigieran desde Caracas a don Emiliano Tejera, el 10 de febrero de 1885, le dicen: “Nosotros en todo somos las herederas de todas las contrariedades que a cada instante, como una rémora, Juan Pablo encontraba en su camino, y no exagero ¿usted no lo está mirando?”

“Y el 22 de abril del mismo año, al maestro Federico Henríquez y Carvajal:

“...cubra este papel la gota de hiel que, a nuestro pesar, en lugar de tinta humedeció la pluma.”(13)

Juan Pablo Duarte nació en la ciudad de Santo Domingo, el 26 de enero de 1813, segundo hijo del matrimonio de Juan José Duarte, comerciante español en asuntos ferreteros y de marinería, y doña Manuela Díez Ximénez. Como desde pequeño

fue débil y enfermizo, hubo para él muchos mimos y una buena educación.

En 1828 —apenas contaba quince años— o acaso en el 1830(14) al cuidado del comerciante hispano Pablo Pujol Chancet, sale rumbo a Europa. Lleva en su mente los rudimentos de una cultura que clamaba por más luz. Santo Domingo gime bajo la bota humillante del haitiano, pero él no ha escuchado aún el grito gemebundo de la patria.

En New York bebe, por primera vez, aire de libertades, de vida plena; ve rostros risueños, gestos de felicidad.

Al pasar por París, debió empapar su alma con la fragancia de una nueva concepción de la vida; algo que era más que el recato y rezago del ambiente, casi pardal, que le tocara vivir en el parvo ámbito de su patria esclavizada; esta odoración que le inundó todos los palpos del alma, es el romanticismo, que bulle y palpita en el atuendo de la vida europea y que se hinche de pasión.

A su regreso del extranjero en 1833 (había visitado los Estados Unidos de Norteamérica, donde perfeccionó su inglés; Inglaterra, Francia, donde perfeccionó su francés, y España, meta de su educación), y al preguntarle el Dr. Manuel María Valverde qué era lo que más le había llamado la atención y agradado en sus viajes, contestó: “Los fueros y libertades de Barcelona, fueros y libertades que espero demos nosotros un día a nuestra patria.” El Dr. Valverde respondió: “En tan magna empresa cuenta con mi cooperación.”(15)

Es tal la personalidad que irradia de este joven idealista, que el Dr. Valverde, pese a lo joven que era Duarte (de apenas veinte años de edad), no vacila en ofrecérsele como colaborador. Y es que Juan Pablo Duarte, cuya mansedumbre nazarena destaca el prócer Francisco del Rosario Sánchez, cuando dice que era nuestro Jesús Nazareno, tenía también la fuerza persuasiva de los conductores, el irradiante esplendor del idealista puro.

El 16 de julio de 1838, con ocho compañeros, (que suman nueve en total), funda la sociedad secreta La Trinitaria, a la que de inmediato se une un buen núcleo de hombres jóvenes y

decididos. (16) Esta sociedad empieza a trabajar, de inmediato, en pro de la magna empresa de la libertad. Crear una República Dominicana libre es su misión. Y cada uno de los trinitarios jura con la propia sangre de su corazón, fidelidad sempiterna a este ideal que es el ideal duartiano.

Por boca de los Iscariotes el haitiano atisba la conspiración(17). Duarte sufre persecuciones y a la hora solemne del grito de Independencia, él no se encuentra en el país. Desde entonces la intriga se mueve en torno a su figura limpia.

En aquel tiempo cuatro partidos se disputaban la supremacía:

1o Los afrancesados, que no tenían fe en la patria y propugnaban el protectorado francés, y a cuya cabeza estaban Buenaventura Báez y José María Caminero.

2o Los haitianizados, serviles y mezquinos, que buscaron el aprecio de Boyer y le lamieron la mano al amo, encabezados por Manuel Joaquín del Monte y Tomás Bobadilla.

3o Los españolizados, que pensaban que la República no conservaría su libertad si no se ponía bajo la protección de una potencia europea; España en este caso.

4o Y los separatistas o duartistas, los cuales luchaban por la independencia total.

Su fervor patrio concitaba odios y éstos se reflejaban en su presidente, cuyo sentido de patria era sólido valladar para sus ambiciosos cuan ruines proyectos.

Hay un momento triunfal en la vida de Duarte, este trágico héroe del ideal y las abnegaciones. Liberado el país, gracias al arrojo y la audacia de ese grupo de valientes encabezado por Sánchez, y se le encarga a Juan Nepomuceno Ravelo la misión de ir a buscar a Curazao al Presidente de La Trinitaria, a bordo de la goleta "Leonor". Su regreso a la patria redimida, el 15 de marzo de 1844 es triunfal: el Arzobispo (18) lo saluda:

"¡Salve, Padre de la Patria!", y al son de marchas gloriosas lo conducen a su hogar, donde Sánchez arranca los crespones de luto (a causa de la muerte del padre de Duarte,

ocurrida meses antes) y pone a ondear la bandera nacional.(19)

El 25 de junio, La Vega le hace una gran demostración de afecto y el 29 se le recibe en Santiago triunfalmente, casi como lo había hecho la Capital. El 10 de julio se le recibe igual en Puerto Plata. Es aquí donde el 11 de julio (ya Mella lo había hecho en Santiago), en medio de las aclamaciones del pueblo se le proclama Presidente de la República. A esta Manifestación el Apóstol responde con palabras de alta moralidad y ponderación:

“Me habéis dado una prueba inequívoca de vuestro amor y mi corazón agradecido debe dáosla de gratitud. Ella es ardiente como los votos que formo por vuestra felicidad. Sed felices, hijos de Puerto Plata, y mi corazón estará satisfecho, aun exonerado del mando que queréis que obtenga; pero sed justos, los primero, si queréis ser felices. Este es el primer deber del hombre; y sed unidos y así apagaréis la tea de la discordia y venceréis a nuestros enemigos, y la patria será libre y salva. Yo obtendré la mejor recompensa, la única a que aspiro, al veros libres, felices, independientes y tranquilos.”(20) La ambición se enseñorea y empieza el Vía Crucis para el Apóstol y para la legión de héroes que le sigue con fidelidad asombrosa. Santana, inconsciente y férreo, de reciedumbre acerina y pedernalicia crueldad, desoye la voz de la obediencia y del deber, abandona su puesto de avanzada en el Sur, y corre a la Capital, iza la bandera de la ambición, raída ya y pisoteada la del ideal; viene con sus feroces e ignorantes hateros, torrado él mismo por el fuego de la cólera insensata, y estremece, con pávidos estertores de angustia, la patria recién nacida.

“Se reúnen —dice Rosa Duarte— las tropas en la Plaza de Armas y después de una arenga, el primero Abad Alfau, y en seguida otros, gritan: “¡Abajo la Junta! ” ¡Viva el General Santana, Jefe Supremo del pueblo! ” La población corría en masa, silenciosa a informarse de lo que pasaba. El Presidente de la Junta, Francisco del Rosario Sánchez, y los miembros, Pedro Alejandrino Pina, Juan Isidro Pérez de la Paz (hacía un mes que Riviere lo persiguiera a muerte; faltaba el que más tarde se le reunió, Duarte), salieron con otros del Palacio Nacional, en

medio del tropel de los galos que asaltaban el Capitolio. La ciudad con la amenaza estaba aterrada y todo era confusión, espanto. El pueblo temblaba bajo el imperio del sable.”(21)

Era el 13 de junio de 1844. Se iniciaban las persecuciones. El hombre fuerte sentaba su férreo poder cesáreo, que se abatía con trágica fuerza inexorable contra los hombres de la patria. Empieza a funcionar la negra maquinaria del crimen. Clío se ponía, una vez más, la máscara de Melpómene.

Duarte, el hombre altivo del Ideal, empezaba, de nuevo, a apurar la cicuta socrática; el rejalgar de la miseria no dará, nunca más, paz a su corazón.

“Tan pronto se recibió la Comisión de Santiago, se reunieron las tropas en las plazas de Armas y se leyó el Manifiesto en que se declaraba traidores a los generales Duarte, Sánchez, Pina y Pérez, que en unión de ellos justamente un año antes Riviere allanara sus casas, porque eran los que no transigían con la opresión, la mengua, el oprobio, vergüenza y baldón de la Patria “porque consideraban eran los que podían acaudillar el pueblo y proclamarle independiente.” (22)

De ahí en adelante, el ostracismo duro y despiadado. Juan Pablo Duarte es declarado “traidor a la patria”, y, como tal, desterrado a perpetuidad.

El 2 de septiembre llega Duarte a la Capital. Por todas las calles dispersa el tirano tropas para amedrentar a los que osen levantar su voz en defensa del héroe. El Pbro. Dr. José Antonio de Bonilla le ha dicho a la sufrida anciana madre:

Señora, la mano de Dios está sobre vuestra cabeza y sobre vuestra familia; implore su misericordia: Juan Pablo está preso y desembarcará esta tarde. ¡Bienaventurados los que lloran! ” (23)

Pero el Apóstol en aquellos momentos no estaba solo. Contaba con la fe y el amor de sus discípulos. Es un rasgo de dramática hermosura, que Rodríguez Demorizi recoge en su

libro "Juan Isidro Pérez: el Ilustre loco": este héroe, haciéndose eco de conmovedora sublimidad viene a morir con él.(24) Por Decreto del 22 de agosto, Juan Isidro había sido condenado a exilio, y embarcado a Saint Thomas, en frágil embarcación, con amenaza de muerte si regresaba al país. En alta mar se enteró de la prisión de Duarte; en su hondo fervor, ese fervor duartiano que florecía en el corazón de todo trinitario, decide retornar a tierra dominicana. El capitán del barco sabe que la vuelta del héroe a su país significa la muerte. Juan Isidro no atiende razones: si a Duarte lo van a matar, él no puede seguir viviendo; así se lo prometió al Maestro, en desgarrante juramento de fidelísima abnegación. Ante la amenaza de tirarse al mar si la nave no torna a puerto dominicana, el Capitán lo trae a Puerto Plata. Y allí tiene lugar el encuentro de los dos colosos. Juan Isidro Pérez corre a los brazos de Juan Pablo Duarte y le dice con voz firme: "Sé que vas a morir, y cumpliendo mi juramento, vengo para morir contigo."(25)

Días después salían expulsos para el extranjero los patriotas a quienes la protervia acusaba de traidores.(26)

Duarte fue expulsado para Hamburgo. Vicente Celestino y su hijo Enrique hacia Estados Unidos de Norteamérica.

El Déspota, llevando aún más lejos su encono, decreta la expulsión de la atribulada familia del Mártir: la madre, doña Manuela, anciana y fatigada; las desgraciadas hermanas, Francisca y Rosa, y su hermano Manuel, ya enloquecido. Aquéllo era monstruoso. El Arzobispo don Tomás de Portes e Infante, el Pbro. José Antonio Bonilla y Don Francisco Pou, solicitan del Gobierno revocar orden tan inhumana. La respuesta de Tomás Bobadilla cae pávida y horrisona sobre aquellos generosos corazones: "La orden —dice— no puede ser revocada, porque al Gobierno le consta que las hermanas de Duarte fabricaron balas para la independencia de la patria, y quienes entonces fueron capaces de tal empresa, con más razón no dejarán de arbitrar medios para la vuelta del hermano que lloraron ausente."(27)

Para ese entonces Duarte estaba en Curazao y de aquí pasó a Caracas para saludar a su familia. El cáliz de su amargura

rebose de acíbar implacable. “Perdonadme —dice— perdonadme —y se le quiebra la voz en el tremar de todas las angustias—; perdonadme el haberos privado de la felicidad de que gozabais para sumegiros en un mar de lágrimas.” Era tanta su angustia, de tal manera la escarcha del dolor se empozaba en sus ojos, que Rosa Duarte le repuso en un murmullo que era una oración desesperada: “No fuiste tú; fue la negra envidia.”(28)

Es cuando decide hundirse en el boscoso rumor de la soledad, rumbo al Apure, por las selvas umbrías de Venezuela, donde por luengos doce años deambula solitario, triste, inmerso en el oscuro mar de los dolores, como un Edipo vidente, absorto ante la estrella fatal de su destino.

Allí supo la venta de la patria —la anexión de la República Dominicana a España— y, abandonando el sosiego, se entregó de nuevo a la empresa de su redención.

Duarte regresa a la patria porque su pobre corazón intranquilo siente en la hondura de su pavor, la secular tragedia de la Anexión; pero, no obstante sus angustias, sus miserias, sus dolores, el peso de su propia tragedia, es el dolor de los otros lo que conmueve su alma. El mismo lo dice en su carta al poeta Félix María del Monte — bajo el dolor del fusilamiento de Sánchez:

Ya sabrás cómo fui a Santo Domingo. No podía hacer otra cosa. El grito de agonía del Mártir del Cercado y sus ilustres compañeros fue a herir mis oídos al fondo del Apure, y estaba en mi poder protestar con las armas en la mano contra eso que han llamado Anexión, y vengar a mis compañeros.” (29)

Ya en territorio dominicano, con su habitual humildad, en carta que envía al Gobierno Provisorio de Santiago, desde Guayubín, el 28 de marzo de 1864, ofrece sus servicios, no como líder, mentor o generalísimo, sino como un soldado más, el más oscuro de las filas de los ejércitos libertadores.

He aquí los párrafos de esa carta:

“Arrojado de mi suelo natal por ese bando parricida que,

empezando por prescribir a perpetuidad a los fundadores de la República, ha concluído por vender al extranjero la patria, cuya independencia jurara defender a todo trance; he arrastrado durante veinte años la vida nómada del proscrito sin que la Providencia tuviese a bien realizar la esperanza que siempre se albergó en mi alma, de volver un día al seno de mis conciudadanos, a consagrar a la defensa de sus derechos políticos, cuanto aún me restase de fuerza y vida.

“Pero sonó la hora de la gran traición en que el Iscariote creyó consumada su obra y sonó también para mí la hora de la vuelta a la patria.

“El Señor allanó mis caminos y a pesar de cuantas dificultades y riesgos se presentaron a mi marcha, heme aquí con cuatro compañeros más, (30) en este heroico pueblo de Guayubín, dispuesto a correr con vosotros, del modo que lo tengáis a bien, todos los azares y vicisitudes que Dios tenga aún reservados a la grande obra de la Restauración Dominicana que con tanto denuedo como honra y gloria habéis emprendido.” (31)

Todo lo que dice Duarte en esta carta es la expresión del más sincero desprendimiento heroico.

Duarte estaba ya fatigado, enfermo. El Gobierno Provisorio decide utilizarlo en una misión diplomática cerca del Gobierno de Venezuela. Renuente, al principio, acepta al fin la misión, a causa de un infundio que escribe el periódico cubano “El Diario de la Marina”, en el sentido de que sólo la ambición desmedida ha llevado al General Duarte a regresar a su patria. Entonces, el 21 de abril le envía la siguiente carta a Ulises Espaillat, quien se encontraba al frente del Gobierno Provisorio:

“...estoy dispuesto a recibir vuestras órdenes si aún me juzgáis apto para la consabida comisión, pues si he vuelto a mi patria después de tantos años de ausencia ha sido para

servirla con alma, vida y corazón, siendo cual siempre fui motivo de amor entre los dominicanos, y jamás piedra de escándalo ni manzana de discordia". (32)

Y volvió a Venezuela para no regresar más a la patria bien amada.

Una vejez prematura había convertido sus negros cabellos en escasos mechones grises, en el que asomaban algunos hilos argénteos e impreso en el conjunto de sus facciones el sello de una acentuada decadencia. Parecía encorvado, como si viviese constreñido a vivir soportando un mundo de desencantos y dolores. Amortiguado el brillo de sus ojos, de rara expresión; pálidas y hundidas las mejillas; lacios y caídos los mostachos, todo en su rostro denunciaba una intensa expresión de cansancio, de intenso desaliento... Hablaba con lentitud, como si las palabras se desprendieran lentamente de sus labios, fijándose poco en su interlocutor; como si su pensamiento vagase por mundos lejanos, conversando con seres invisibles o buscando en un punto del espacio, cosas ajenas al momento presente... Parecía un alma amenazada de inminente extinción que, por un instante, rejuvenecía, cobraba vida y calor al contacto con las cosas exteriores." (33)

La miseria acababa con su vida, minaba su salud. Su casa era "mansión de dolores." Al fin cayó enfermo con impiadoso padecimiento de un año. Su agonía era larga: noches desoladas con los ojos insomnes, esperando de la patria —a la que sacrificó su fortuna— un gesto de amor o de conmiseración; días de dilatadas angustias, de delirios informes; días de duro pan y de hambre. Hasta que alguien en la lejana patria se recordó de él. El entonces Presidente de la nación, Ulises Francisco Espaillat, héroe cívico con levadura de apóstol, le escribe a las hermanas del Padre de la Patria:

"Uno de mis primeros pensamientos al llegar a la presi-

dencia, fue el de llamar la atención nacional sobre la suerte del mártir del patriotismo.” (34)

Pero ya era tarde. La piedad del destino puso fin a aquella vida de tribulaciones. El sábado 15 de julio de 1876, cerró los ojos para siempre, tras su postrer suspiro (35), lejos de su patria (en la ciudad de Caracas) el Fundador de la República Dominicana, hijo del dolor, poniendo fin a una tragedia que Esquilo no llegó a escribir.(36)

EL APOSTOLADO DE DUARTE

Duarte fue un Prometeo, sereno y resignado, que por el solo delito de robar el fuego de la libertad para entregárselo a los dominicanos, fue condenado por los jueces del Destino a que los buitres de la ingratitud le devoraran las entrañas del amor. En su tragedia arrebató a todos los que le amaban. Estos sufrieron resignadamente con él, sin quejas acerbadas, sin reproches airados. Ningún creador de conciencias vio más de cerca la ingratitud maltratarle con impávida inconsciencia. Crudelísimamente la malevolencia le acosó de continuo.

Pero ningún Maestro se sintió tan rodeado de lealtad y cariño como él. Cuando está destinado a presunta muerte, su amigo Juan Isidro Pérez viene a morir con él, y más tarde, el 25 de mayo de 1845, le escribe una carta llena de angustias por las posibles miserias de su Maestro:

“Vive, Juan Pablo —le dice— y gloríate en tu ostracismo y que se gloríe tu santa madre y toda tu honorable familia... Mándame a decir, por Dios, que no se morirán Uds. de inanición: mándamelo a asegurar, porque esta idea me destruye. Nada es sufrir todo género de privaciones, cuando se padece por la patria y con una conciencia tranquila: mándame a asegurar, en tu primera carta, que no perecerán de hambre! ...” (37)

Félix María del Monte siente atisbos de dicha cuando tiene noticias del Maestro y amigo ausente:

"Tu carta me consuela; es un bálsamo para mi corazón lacerado. Veo en ella destacarse de relieve la gran figura del amigo y compañero de mis primeros años. Me revela en ella la magnífica generosidad del verdadero patriota, la abnegación del héroe, la fe del mártir..." (38)

Del amor de Francisco del Rosario Sánchez no cabe la menor duda. Delmonte le dice a Duarte:

"Nuestro digno amigo y compañero Sánchez que tan cordial y entusiastamente te amaba, murió con la esperanza de reunirse a ti en la eternidad, y yo tengo la dicha de volver a hallarte en el tiempo: aquél terminó ya su gloriosa misión; la nuestra está incompleta." (39)

Y añadió, refiriéndose a Juan F. Soler:

"El virtuoso paisano Soler vertió lágrimas al ver tu carta; nunca ha cesado de recordarte con afecto." (40)

El sabía del amor que inspiraba a aquéllos a quienes había abierto su corazón. Sabía que, aunque víctima de los sicarios, de los adyectos fariseos de la política ambiciosa, él estaba en el corazón de su pueblo, del pueblo al que le dio libertades y una altísima lección de civismo:

"Por eso os amo —les dice a los dominicanos que lo son de veras, en un instante de mayor tribulación—, por eso os he amado siempre, porque vosotros no tan sólo me acompañasteis en la Calle de la Amargura, sino que también sufristeis conmigo hasta llegar al calvario." (41)

No hubo bajezas en su vida ni miseriosas claudicaciones. Alguien le ha reprochado el haber aceptado

prematuramente la Presidencia de la República, cuando el decidido inmortal Ramón Mella, la proclama en el Cibao. Ni ese reproche es justo. Duarte está absorto en aquel momento del triunfo —el único de su vida— y no sabe qué hacer. La carta que envía desde Santiago a los patriotas de Puerto Plata disipa toda duda. “Sed felices, hijos de Puerto Plata —les dice— y mi corazón estará satisfecho aun exonerado del mando que queréis que obtenga; pero sed justos, lo primero, si queréis ser felices.” Sed justos: he aquí el escrúpulo de su conciencia ¡Qué poca cosa le reprochan! (42)

Joaquín Balaguer, el ensayista de péñola dorada, llamó a Duarte “el Cristo de la libertad”,(43) pero ya antes Francisco del Rosario Sánchez, que para culminar su vida de glorias, tuvo su Gólgota, había dicho: “Duarte para nosotros se lo merece todo. Es nuestro Jesús Nazareno.”(44) Como el manso Rabí de Nazareth vivió acorralado. La crueldad de Santana y la protervia de Bobadilla,(45) a quien alguien llamó el Fouché dominicano y Patín Veloz, con más justeza “un poderoso hermano terrible,”(46) para el Apóstol, sobre él volcaron odios y amarguras.

Su arresto en Puerto Plata no provocó en él ningún denuedo, ninguna violenta reacción. “La resignación —dice Balaguer— con que el apóstol soportaba aquella prueba, traía maravillado al Capitán y a la tripulación del pequeño barco de guerra. Durante la travesía, mientras el bargantín bordea la línea de la costa, el prisionero contempla el mar y compara el vaivén de las olas con los altibajos de la vida humana.”(47)

En aquel momento, con un fatalismo doloroso, como Cristo ante el mandato celeste, se entregó a la triste gloria de su destino de amarguras. El *ananké* batía sus alas pavorosas sobre la enhiesta cabeza del héroe. No opuso ninguna resistencia a su arresto. Su actitud fue “pasiva y resignada”, como el Mesías en el Monte de los Olivos, cuando detuvo los ímperus de su discípulo primero, Pedro.

LA POESIA DE DUARTE

El jazmín de Malabar, la filoria, era la flor símbolo de los

trinitarios. Duarte la canta con redondillas henchidas de sencillez:

*Es cual rosa de montaña,
de Quisqueya es flor sencilla,
que da vida y no mancilla
ni tolera flor extraña.*

Duarte no fue un gran poeta. Es ya un milagro el que hubiera tenido tiempo, desde la dura brega de su maravillosa misión, para escribir algunos poemas. Hay, sin embargo, muchas cosas admirables en su personalidad: tocaba guitarra y piano; era ducho en Historia y en Hamburgo procuró perfeccionar sus conocimientos de geografía. Antes tuvo que aprender alemán, con un Sr. Chatt, cosa que le fue fácil, porque dominaba el latín(48), el francés, y el inglés y el portugués, que aprendió en Venezuela con el Pbro. San Gerví.(49).

Algo notable, y que el primero en señalarlo entre nosotros fue Emilio Rodríguez Demorizi, es su romanticismo, que es el primero que lo introduce en el país.(50)

¿Dónde bebió este hombre paradigmático la divina potación del romanticismo? En los encendidos y apasionados cenáculos de París y los centros revolucionarios de España. "Romanticismo y revolución eran sinónimos en su época —dice Rodríguez Demorizi— y la actividad de los *trinitarios*, que culminó en la creación de la República, fue una auténtica actividad romántica."(51) También fueron los trinitarios los primeros que usaron los chalecos de colores vistosos, al gusto de los románticos franceses, traídos de Europa por el Padre de la Patria.

La poesía de Juan Pablo Duarte tiene ese sentido romántico, esa quejumbre arrancada del fondo de sus angustias, de sus vagares atribulados. Por eso, aunque no hay en sus versos temblores de alta poesía, ni el restallante fulgor de una metáfora deslumbrante, su alma se extrovierte derramando la bondad que le animaba.

Duarte, sin embargo, no albergaba odios ni desprecios. No

los tenía ni siquiera para el haitiano. Sus propias palabras lo demuestran. Cuando comunica a José María Serra su decisión de libertar la patria de la opresión haitiana, entre otras cosas, dice:

“Yo admiro al pueblo haitiano desde el momento en que, recorriendo las páginas de su historia, lo encuentro luchando desesperadamente contra poderes excesivamente superiores, y veo cómo los vence y cómo sale de la triste condición de esclavo para constituirse en nación independiente. Lo reconozco poseedor de dos virtudes eminentes: el amor a la libertad y el valor...” (52)

Y cuando junto con sus compañeros Santana lo expulsa hacia Alemania, aunque está enfermo, sufre más por las penas de sus compañeros que por las suyas propias. Duarte fue expulsado para Hamburgo, donde se le destinó con la esperanza de que el frío acabara con su maltratada salud. Cuando salía para su exilio hacia Alemania, ya estaba enfermo: “Yo iba enfermo con calenturas que había traído de Puerto Plata —dice el propio Duarte—. Me apoyaba, para poder andar, en los brazos de mi hermano Vicente Celestino y su hijo Enrique, desterrados el mismo día a bordo del Ponce, rumbo a la América del Norte, adonde arribaron el 7 de octubre en el puerto de Nueva York. Al ocupar el bote que debía conducirnos al buque, nos hicieron separar, pues los opresores de la patria, para hacer más dolorosa la situación, nos confinaron a distintos puntos.”(53)

Enfermo estuvo Duarte zarandeado por el viento y por las olas.

Así lo dice en el romance que con tal motivo escribió:

*Era la noche sombría
y de silencio y de calma,
era una noche de oprobio
para la gente de Ozama;
noche de mengua y quebranto
para la patria adorada,
y al recordarla tan sólo
el corazón apesara.*

*Ocho los míseros eran
que mano aviesa lanzaba
en pos de sus compañeros
hacia la extranjera playa.
Ellos que al nombre de Dios,
Patria y Libertad se alzarán,
ellos que al pueblo le dieron
la independencia anhelada,
lanzados fueron del suelo
por cuya dicha lucharán;
proscriptos, sí, por traidores
los que de lealtad sobran;
se les miró descender
a la ribera callada,
se les oyó despedirse
y de su voz apagada
yo recogí los acentos
que por el aire vagaban.*

Duarte tomó para el relato de este hecho histórico el romance, forma popular española que fue muy del agrado de los románticos. Es, pues, un *romance histórico*, a la manera de los que escribió el Duque de Rivas, contemporáneo suyo, y, como él, rebelde e idealista.

Pero el romanticismo de Duarte va a tener también de esa amargura lírica que hacía hundir a un Espronceda en un mar de lamentos dolorosos, en titánicos gritos de anhelos no colmados. Duarte ha abandonado la patria, echado de ella como traidor, aun sintiéndola suya, profundamente suya en cada estremecimiento de su ser, en cada latido de su corazón. Todo va a ser ahora canto doloroso, pasión de quietas resignaciones. No hay ahora cabida para el amor en su corazón. La novia adorada se quedará esperándolo, tras ver esfumarse su figura entre la niebla de sus ideales maltrechos. En el destierro es amargo el pan, salobre el agua, agrio el vino. Y el Apóstol de la resignación canta amargado:

Triste es la noche, muy triste,

*para el pobre marinero
a quien en el ponto fiero
acosa la tempestad.*

*Triste es la noche, muy triste,
para el infeliz viajero
que en el ignoto sendero
descarrió la oscuridad.*

*Triste es la noche, muy triste,
para el mísero mendigo
que sin pan, tal vez, ni abrigo
maldice a la sociedad.*

*Triste es la noche, muy triste,
para el bueno y leal patricio
a quien aguarda el suplicio
que le alzó la iniquidad.*

“Tristeza de la noche”, titula Duarte este poema. Habla de las noches desoladas del marinero, del viajero, del mendigo, del patricio, sus noches amargas de vigiliias desesperadas, de inesperadas contingencias adversas, y las compara con sus noches en Hamburgo, frías, en lecho de fiebres letales, lejos de la patria que se agita en el ansión de su alma entristecida. Todos menos él tienen una esperanza, un consuelo, una luz atisbante en el esfumino del tiempo. El lo dice:

*Mas, el pobre marinero
espera serenidad,
y al extraviado viajero
aguarda la claridad,
y al infeliz pordiosero
socorre la caridad.*

¿Y el patricio? ¿Cuál es su suerte? ¿Cuál es la suerte del idealista que lo sacrifica todo, hasta sus propias ambiciones, para que la patria no sucumba? Juan Pablo Duarte vuelca

entonces sus propios dolores, sus propias dudas, desgarrantes
nostalgias de amor:

*Mientras que del expatriado
no cambia la suerte ruda
y aun la misma muerte cruda
parece que le ha olvidado.*

*El corazón con dolor, (55)
ve venir la noche yerta,
la adusta frente cubierta
de insomnio, angustia y rigor.*

*Véla llegar silenciosa
cual su destino, sombría,
tan ajena de alegría
cuanto mustia y pavorosa;*

*ve como asoma al dintel
de su albergue miserable,
desterrando, inexorable
la escasa luz que había en él;*

*vé como extiende su manto
de tinieblas al entrar
y con ellas aumentar
del alma el hondo quebranto;*

*vé de su sombra al horror
cuanto le fue bien querido
y aun lo que fue aborrecido
para tormento mayor.*

*Que viene en pos de su huella
todo cuanto fue y no existe
y con su sombra se viste
de color más triste que ella.*

*iY cuando tras noche umbría
para todos habrá un sol
en su aguda pena impía
ni siquiera habrá arrebol!*

Rodríguez Demorizi señala en estas redondillas influencias aparentes de los grandes románticos ingleses Thomas Moore y Edwar Young (55) . Pero no son estas estrofas aspavientos de lúdicos ejercicios literarios. Todas esas emociones las ha vivido el Apóstol desoladoramente. Esa “noche yerta” que el poeta ve venir, es la noche fría e implacable de Hamburgo que azota su frente de enfermo en la soledad de un cuarto de huéspedes, en una triste pensión portuaria. Pero más triste que el dolor y la soledad (él lo ha dicho en su amargo poema) es la de estar lejos de la patria amada, de la patria que casi ha nacido, como macolla de amor, del cantero de su propio corazón atormentado. Por eso dice en otra canción: (56)

*iCuán triste, largo y cansado,
cuán angustioso camino
señala el Ente divino
al infeliz desterrado!*

*Ir por el mundo perdido
a merecer su piedad,
en profunda oscuridad
el horizonte sumido.*

*iQué triste es verlo pasar
tan apacible y sereno
y saber que allí en su seno
es la mansión del pesar!*

*El suelo dejar, querido
de nuestra infancia testigo
sin encontrar un amigo (57)
de quien decir: “Me despido”.*

*Pues cuando en la tempestad
se ve guerrear la esperanza
estréllase en la mudanza
la nave de la amistad.*

*Y andar, andar, errabundo,
sin encontrar del camino
el triste fin que el destino
le depare aquí en el mundo.*

*Y recordar, y gemir,
por no mirar a su lado
algún objeto adorado
a quien "¿Te acuerdas:", decir.*

*Llegar a tierra extranjera
sin idea alguna ilusoria,
sin porvenir y sin gloria,
sin penates ni bandera.*

Todo el poema es una dulce quejumbre por la ausencia. Nadie, a no ser José Joaquín Pérez, ha cantado con tanto dolor la lejanía de la patria, el tormento del destierro. El rasgo fundamental del alma de Duarte, su estoicismo heroico aparece en ese poema: pasa altivo y sereno, mientras es su alma la "mansión del pesar"; y aquella estrofa amarga de factura muy romántica, por el acerbo escepticismo de su acento:

*Pues cuando en la tempestad
se ve guerrear la esperanza
estréllase en la mudanza
la nave de la amistad.*

Son, sin embargo, versos sencillos, a la manera de los de José Martí, redondillas ingenuas de un verdadero romanticismo. Romántico, no de exaltadas vehemencias como Lamartine o Espronceda, sino de honda vida interior, como Vigny,

melancólico, más bien, como si viviera desde el fondo del alma, como decía Larreta de su personaje ideal, el padre Orozco.

Después de lo dicho nadie puede dudar de esa primacía de la intuición genial de Duarte, su conocimiento profundo del movimiento romántico, que se refleja en su admiración por Mazzini, su predilección por el teatro romántico, que trae a sus funciones dramáticas, la blanca flor (jazmín de malabar, conocido con el nombre de *la filoria*), que prenden los trinitarios del ojal de sus solapas y que pasa a ser símbolo del movimiento revolucionario en marcha; su temple viril y decidido arrojo, que no vacila ante ningún obstáculo, hasta el logro de su caro ideal, su profunda religiosidad, su hondo humanismo.

Por eso era bueno y encendió su alma con esa luz vehemencial y de luchas.

Duarte estuvo en Barcelona en un momento de verdadera revolución romántica, y hacia la época en que llegó a la ciudad condal, esto es, en 1828, ya la revista "El Europeo" había introducido el movimiento (1822-1824).

En 1823, el romántico español por excelencia, José de Espronceda, conspiraba contra el despotismo, fundando la sociedad revolucionaria "Los numantinos", secreta, como "La Trinitaria", que Duarte fundara en 1838.

Rodríguez Demorizi señala todos estos rasgos románticos del poeta (58), y pone como ejemplo versos de Duarte, provenientes directamente del Duque de Rivas, en su "Don Alvaro o La Fuerza del sino", como aquella diatriba que lanza contra Santana:

*Tiranos, invasores
y pueblos degradados
no existan: sepultados
se miren en la mar
y en ella se confunda
el mísero terreno
de iniquidades lleno
de reptiles vivar.*

Las octavas italianas de arte menor (heptasílabas en este caso) que usa aquí el poeta son también muy del gusto romántico. Al reemplazar el octosílabo natural por el heptasílabo hace incursiones métricas a que no fueron muy afectos los clásicos, como el hexasílabo:

*Pasaron las glorias
de gala y primor*

que fueron el encanto de las "Serranillas" del Marqués de Santillana:

*Moza tan hermosa
non vi en la frontera*

así como amalgamamientos métricos (decasílabos con hexasílabos y dodecasílabos):

*Que aunque al viento mil quejas lanzara
¿de qué me valdría?
La ruda, continua borrasca sombría
que ruge tremenda en torno de mí,
la voz apagara.*

¿Acaso este grito de desolada angustia que brota de este pecho atormentado, es potación divina de amargo rejalgar bebida en la misma copa de Espronceda? ¿No recordáis el acento de escéptico desgarramiento del poeta de Badajoz?

*Y hallé mi ilusión desvanecida
y eterno e insaciable mi deseo
amé la soledad y odié la vida:
Sólo en la paz de los sepulcros creo.*

Duarte tenía también, en su soledad del Apure, en su boscosa soledad entre rugidos de jaguares y bostezos de cocodrilos, en esas noches dilatadas en que parecen más lejanas que nunca las

estrellas, esos gritos, que brotaban como agua de dolor, de su alma:

*¿No escuchas el cielo cuál truena profundo?
Pues es que si oye siquiera mi acento
se torna iracundo:
Por eso al silencio mis penas le dí,
por eso a tu sombra asilo pedí.*

*No hay ya para el alma
alivio ni calma,
ni espera mi duelo
humano consuelo.*

*Todo, todo se negó a mi pena
y aun la queja el corazón condena.*

El sabe que en esos tristes vagares por las apretadas selvas venezolanas, su contacto con la naturaleza, con el secreto rumoroso de las aguas, con la enervante quietud de las sombras, no encontrará la paz. Su triunfo fue un fugaz esplendor en medio de las intrigas y el odio de la gente. Y expresa en exaltados hexasílabos —que hacen un encuentro con dos estrofas de heptasílabos—, su Desconsuelo:

*Pasaron los días
de paz y amistad,
de amor y esperanza
de fina lealtad.*

*Pasaron las glorias
de gala y primor;
quedaron recuerdos
de amargo sabor.*

*Recuerdos que al alma
del mísero amante*

*la luz entristecen
del sol más brillante:*

*que avieso destino,
siniestro, sombrío,
marmóreo, implacable,
abrúmele impío.*

*Amante y amigo
mostró su nobleza:
sus obras dejaron
lealtad y pureza.*

*Y alevos, traidores,
llamáronle infiel,
brindándole en burla
vinagre con hiel.*

*Y en vano al impulso
de tanta maldad,
en vano ha clamado
pidiendo equidad.*

*El mundo no ha oído
su justo clamor.
Ninguno ha escuchado
su voz de dolor.*

Todo el poema está lleno de esa dulce amargura sin maledicencia que lo conduce hacia el paraje sereno de la resignación:

*Por eso alza la frente
con altivez y calma (59)
aun cuando tiene el alma
de negra pena henchida
y aun cuando, mortalmente,*

*el pecho herido siente,
no exhalará un quejido
ni más dará un gemido.*

Ahora su "Desconsuelo" se vuelca hacia el amor, el amor escondido, florecido quizá, como flor gentil que se atreve a aromar en el páramo sombrío, en lo agreste de su soledad anhelosa de ternuras; una mujer surgida en su camino para incendiarle el alma de pasión, y atemperar el grito silente de sus dolores y poner una nota erótica en el mármol lustral de su maravilloso apostolado, pero que lo esquiva porque en sus ojos ardorosos hay brillo de otra luz que no es la luz que alumbra su alma montaraz de mujer:

*Mas, tú, noche triste,
que escuchas mi acento,
que sabes de su alma
el crudo tormento,
ocúltale al mundo
su acerbo penar.
No digas a nadie
lo has visto llorar.
E ignore por siempre
su amado tesoro
que siente más que ella
su mengua y desdoro
y entienda más bien
la cruel, cuanto impía,
que vive gozando
de paz y alegría.
Y viva feliz
que acaso algún día
habrán de llorar
su negra falsía.
Y entonces de menos
tal vez se echará
su puro cariño...
¡Mas, tarde será!*

Pero el amor esquivo, el amor duro, de pedernalicia petrez que no llega en entrega, a los brazos del poeta, le arranca gritos de hondos resabios románticos. Llama, entonces, a la puerta de aquel duro pecho, y humilde a los reclamos de una pasión incomprendida, como lo fue al bienestar de la Patria que amó más que cualquier otro amor, lanza como un lírico plañir armonioso —en sonoros decasílabos— esta ardiente Súplica:

*Si amorosos me vieran tus ojos
acabaran mis penas en bien,
pues quitaras así de mi sien
la corona que ciñe de abrojos.*

*Y a mi pecho volviera la calma
que otro tiempo gozó, placentero,
y hoy le niega el destino severo,
insensible a las penas del alma.*

*No le imites, señora, te ruego,
no te cause placer mi amargura
y al mirar mi acendrada ternura
no me tomes, como él, el sosiego.*

*Que no en vano se postre mi amor
a los pies de la esquivia beldad:
No me digas, ¡oh, Dios! , por piedad
que también tú me tienes horror.*

*¡Pues es tal de este amor la vehemencia
que no obstante el rigor de mi suerte
yo he jurado por siempre quererte
a pesar de tu cruda inclemencia.*

¿Por qué también el amor ha de entenebrececer el camino del poeta? ¿Por qué esta mujer, que arranca tales gritos de amor en quien trajo estoicismo nazareno en su corazón, paga desdeñosamente tanto rendido amor? ¿Acaso le espantaba la

abisal distancia que separa a una mujer, por más hermosa que sea, de la luz del Ideal humanizado? ¿O fue incapaz de leer en aquella frente serena, que no arrugaba ondajes de malsanas pasiones, todo el caudal de ternura y amor que atesoraba? Ni esa dicha tuvo al Apóstol de nuestras libertades. Y fue su suerte de poeta el llorar el desdén de un amor al parecer imposible.

Un día del 1855 llega a Caracas una tremenda noticia que estremece la casa de los Duarte. Tomás de la Concha, el prometido de Rosa Duarte, había sido fusilado en Santo Domingo, acusado de conspirar junto con el General Antonio Duvergé, contra el régimen patricida del General Pedro Santana. La pobre mujer, a quien acompañan las múltiples desventuras de su hermano, siente que se muere algo muy grande dentro de su vida: la postrimer esperanza de una dicha impotente. Para Juan Pablo Duarte, es un golpe rudo también. Rosa le pide que escriba algo en memoria de su amigo y surge la primera estrofa:

*Pensé cantar mi desventura impía
y airado, el numen se negó a mi intento;
pensé cantar y en la garganta mía
opreso el canto se trocó un lamento.*

Hay dolor en esta maravillosa estrofa de alta poesía. Ha recurrido ahora al sereno discurrir de los endecasílabos correctos y sentidos. Y como el dolor detuvo su primer intento, siguió luchando por escribir una elegía al amigo vilmente asesinado.

*Pugné otra vez y a mi tenaz empeño
rompióse el plectro y reventó la lira,
por eso horrible cual letal beleño
en canto sordo el corazón delira.*

*Sordo y helado cual la tumba yerta
en do reposas, adorado amigo,
y el cual consagro a tu ceniza muerta
ya que otra prenda no quedó conmigo.*

*Tomás, de heroica abnegación modelo,
de patriotismo y de valor dechado,
Tomás, el timbre de mi patrio suelo,
honor y gloria de mi pueblo amado.*

*¿Do está el amigo de mi tierna infancia,
el compañero por demás valiente?
¡Ya nadie, nadie en su desierta estancia
responde al eco de mi voz doliente!*

El tono de la poesía de Juan Pablo Duarte va a cambiar bruscamente; lo que era quejumbre dolorosa se cambiará en apóstrofe, y en lugar de flores marchitas de dolor vamos a escuchar látigos restallantes de cólera, como el que Jesús hizo bramar en el templo sobre las espaldas de los mercaderes. La patria ha sido vendida y en la almena del Homenaje una bandera, que no es la suya, ondea. La Anexión es un hecho y son españoles, y no dominicanos, los que gobiernan en la patria. Ahora quiere regresar a inmolarse por la patria que forjó en su corazón, quiere volver, aunque tuviera que enajenar los últimos bienes que le quedan en Caracas; aunque se yerguen peligros sin cuento a su paso. Y escribe su himno de guerra, su sonoro canto bélico:

*Por la cruz, por la Patria y su gloria
Denodados al campo marchemos:
Si nos niega el laurel la victoria
Del martirio la palma alcancemos.*

*Del inicuo en el alma no cabe
Por la patria el aliento rendir;
Pero el hombre virtuoso bien sabe
Que por ella es honroso morir.*

*El esclavo soporta su suerte
Aunque oprobia su triste vivir;
Pero el libre prefiere la muerte
Al oprobio de tal existir.*

*Y que pueda ese mísero esclavo (61)
Sin la honra y sin patria alentar,
Porque el libre, el honrado y el bravo
A la patria sabrán libertar.*

*Los que queden, patricios humanos,
Nuestros restos sabrán inhumar,
Y los restos de tantos hermanos
Como buenos harán respetar.*

*Los que queden dirán a sus hijos:
Aquí, hijos, supieron morir
Por nosotros, y en cantos prolijos
Nuestros nombres se oirán repetir.*

*Los que queden sabrán, diligentes,
Nuestros hechos gloriosos narrar,
Y las glorias de tantos valientes
Nuevos hechos sabrán impulsar.*

*Los que queden, del patrio cruzado
Los ejemplos sabrán imitar
Y la sangre del patrio soldado
Sus hermanos sabránla vengar.*

*A la Patria vendiendo al León fiero
Isariote pensó encadenar:
Pero el Dios que profana el ibero
Las cadenas le impulsa a quebrar.*

*Adelante, patricio constante,
Por la Patria a vencer o morir!
Es infame quien dude un instante:
Que sin Patria es mejor no vivir.*

Por primera vez se oyen violentos apóstrofes en la voz del Apóstol; es un indignado Matatías que sueña inmolar el otoño

de su vida en una nueva cruzada. Para el traidor tiene un solo dicitario: Iscariote. Hay desbordes de cólera, imprecaciones patrióticas, ansias de aniquilar en el ara del patriotismo la protervia triunfante:

*Quisqueyanos, sonó ya la hora
De vengar tantos siglos de ultraje
Y al que a Dios y a su Patria desdora
Que en oprobio y baldón se amortaje.*

*No más cruz que la cruz quisqueyana
Que da honor y placer el llevarla;
Pero el vil que prefiere la hispana
Que se vaya al sepulcro a ostentarla.*

Y de seguida suena la antifona sonora en discurrerentes endecasílabos:

*Un himno santo de lealtad cantemos
Los que en el pecho la lealtad llevamos
Los que de libres blasonar podemos,
Los que a la patria autonomía juramos.*

*Un himno santo que al Señor le plazca
Y escuche el mártir cual de gloria ensueño,
Que a nuestra alma su dolor complazca
Y al Iscariote le conturbe el sueño.*

Vuelve a llamar Iscariote al que vendió la patria. Su acento indignado sube un punto cuando compara con Sodoma y Gomorra la posesión de El Prado (acude entonces a las románticas octavas italianas):

*Ingrato, Hincha es tu suelo (62)
que producir no ha sabido
sino un traidor fermentado
que habrá de serle fatal.*

*Y tú, Prado que aposentas
verdugo tan inhumano,
ay! ... que por siniestra mano
sembrado te veas de sal.*

Y, luego, apostrofa a España, que le es tan entrañable, con cólera dolorosa:

*Las cárceles llena
de probos patricios
y a algunos condena
a oscuros suplicios,
mientras otros, expulsos
del suelo natal
maldice, convulsos,
el genio del mal.*

*Devora en su saña
vecinos honrados
y en sangre se baña
de inermes soldados.
Y ultraje y desdora
la sangre del Cid
¿isi acaso lo ignora
sabrálo en la lid!*

*Ni el sexo perdona
su rabia feroz:
la casta matrona,
la niña precoz,
la niña inocente,
tampoco el anciano,
encuentran clemente
el vándalo hispano.*

*Un tiempo fue gloria
la Gloria de España,*

*mas, hoy es escoria
nomás y patraña.
A viles traidores,
reptiles inmundos
los colma de honores
a faz de dos mundos.*

*Y, ¡oh! ¡Cuál tronara
allá el Benavente
si al mundo tornara
y viera a su gente:
"Ya no hay castellanos
—diría— en mi nación?
¡Afuera, gitanos!
¡Afuera el Borbón!"*

La alusión es clara al conde de Benavente, del poema del primer cultor del romanticismo histórico en España, don Angel Saavedra y Ramírez de Baquedano, a quien todos conocemos como el Duque de Rivas, "Un castellano leal", quien incendia su casa por haber tenido que hospedar en ella, por mandato real, al Condestable de Borbón, puesto al servicio de Carlos V, contra su propia patria, que era Francia. Eso revela, con más veracidad, que Duarte conocía perfectamente el romanticismo triunfante en España, y que tenía hondo fervor por el Duque de Rivas, que fue gravemente herido en la batalla de Ocaña (1809), defendiendo su patria en la guerra de independencia y hubo de exiliarse, después, por sus ideas liberales que no se acomodaban al despotismo rampante de Fernando VII.

Duarte sigue, con el mismo tema, desgranando hexasílabos:

*Mas, ni hay Benavente
ni hay ya más España.
Su cetro potente
tornóse de caña;
tan extraña y vana*

*cual son los Borbones:
Su timbre: un Santana;
blasón: sus traiciones.*

*Clamando venganza,
clamando justicia,
de tanta matanza,
de tanta injusticia.
Al campo volemós
queridos hermanos:
la tierra purguemos
de tantos insanos.*

*Al arma, valientes,
criollos constantes,
marchad diligentes,
marchad arrogantes.
Librémonos todos
del vil e inhumano
padraastro y no padre
del dominicano.*

*Los blancos, morenos,
cobrivos, cruzados,
marchando serenos,
unidos y osados
la patria salvemos
de viles tiranos
y al mundo mostremos
que somos hermanos.*

Y por último, a Jacinto de la Concha, que aceptó la anexión, y no murió por la patria como su hermano Tomás, le escribe, en un tono, aunque amargo, muy romántico:

*Soy templario, me decía un día
Jacinto, un tiempo de la Patria amada,*

*Y en sacro fuego el corazón ardía
Y a Ozama el alma se sentía abrazada.*

*Tomás, entonces, con placer te oyó,
Y el alto honor de ser primera ofrenda
Como un templario merecer juró
En la sagrada nacional contienda.*

*Soy templario, repetir, sí, debes,
Allá en el cielo tu mirar clavando,
Tú que hoy el cáliz de la ofrenda bebes,
Sublime prueba de constancia dando.*

*Soy templario, repetir debemos
Los que en el pecho el honor sintamos,
Los que de libres blasonar podemos,
Los que a la patria liberar juramos.*

*Y mientras fulge en la elevada cumbre
El Sol de Julio, inmaculado y bello,
Ya torna a arder la inextinguible cumbre
Del de Febrero su primer destello.*

“Es evidente—dice Rodríguez Demorizi— que el dictado de *templario* dado a sus compañeros trinitarios, no era, para Duarte, una mera designación; tenía sus raíces, sus orígenes; era fruto de sus lecturas, de su experiencia en sus años de Europa”. (63) El tema de los templarios, valentísimos caballeros medievales, fue tema que se remozó repetidamente en el teatro romántico de Europa.

La poesía de Duarte ha sido objeto de una revaloración. El humanista italiano Salvatore Loi, seducido por la personalidad de Duarte, le dedicó un largo estudio que tituló “Juan Pablo Duarte, cavaliere dell’humanita”, (64) donde analiza diferentes aspectos de la personalidad de nuestro Apóstol. Especialmente es interesante el estudio estilístico que hace de algunos de los menospreciados poemas del primer romántico dominicano, (la

Historia de la Literatura Dominicana, señala a Manuel María Valencia, como tal). Copiamos:

“Digna de máximo relieve es la composición:

*Era la noche sombría
y de silencio y de calma,
era una noche de oprobio*

....

....

*.... al nombre de Dios,
Patria y Libertad se alzarán*

...

...

*y de su voz apagada
yo recogí los acentos
que por el aire vagaban.*

Veinte y seis versos estupendos, que cualquier grandísimo poeta suscribiría. Una singular eficacia expresiva reside en la marcha del timbre musical, que desde la tonalidad tenebrosa del inicio (sombria... silencio... calma... oprobio) se eleva a resonancia vigorosa, “Dios, Patria, Libertad” significativamente colocadas en la parte central, para después volver a notaciones quedas (apagada... acentos que por el aire vagaban)”. (65)

Y agrega, más abajo, analizando el romance:

“Alta poesía, en la cual la fuerza de transfiguración trastorna aquellos aspectos que, en una lectura rigurosamente académica, podrían aparecer penetrados de conceptuosidad retórica. Aludo a la sucesión, lógicamente incontestable, de los términos “sombria, silencio, calma, oprobio”, en los cuales del encuadramiento de ambiente se pasa a un momento que es a su vez naturalístico y sentimental, y por tanto a una condición puramente psicológica”. (66)

Loi penetró bien la personalidad de Juan Pablo Duarte, y analiza con imparcialidad crítica su poesía. De la Elegía escrita a la muerte de Tomás de la Concha afirma: "Endecasílabos purísimos, ricos de vibraciones en cada palabra" (67) y al elogiar el tono épico de la "Canción guerrera", asevera: "por los cuales Duarte es aproximable, entre los antiguos, a Carlino y Tirteo, y entre los modernos sobre todo a Berchet". (68)

Al fin el juicio que de la poesía de Duarte hace Salvatore Loi, remata con este párrafo:

"Para algunos, Duarte poeta, sería un aspecto secundario y menor del Duarte patricio: el arte habría representado nada más que una ocasión de pausa y de desahogo a sus atormentadas vicisitudes políticas. La interpretación es, a mi juicio, discutible. Duarte, prescindiendo de la circunstancia —por demás obvia— de que el contenido de sus versos tiene la matriz lírica en los acontecimientos de que fue protagonista, es poeta, y decorosísimo, en la plenitud del término; ignorando esta realidad se corre el riesgo de no entender su musa, o de falsearla". (69)

Después de todo lo dicho nos es dable afirmar que fue Duarte el verdadero introductor del romanticismo en Santo Domingo. Además, no cabe ninguna duda de que dentro de su humanismo —hablamos de *humanismo*, dentro de la verdadera acepción de la palabra— el romanticismo fuera para él lectura de primera línea, lo que se revela en los diferentes metros que osadamente vertió en sus versos (6,8, 7, 11), con predominio del octosílabo, cosa que ha sido señalada, a su vez, por Alcides García Lluberes. (70)

Su Ideario es también la expresión de un romántico.

IDEARIO DE DUARTE

El historiador e investigador dominicano Vetilio Alfau Durán ha entresacado de los artículos, cartas y pensamientos de Juan Pablo Duarte, frases y párrafos que constituyen un Ideario, un catecismo político e idealista. (71)

Entre otras frases lapidarias nos dejó este concepto universal:

“La política no es una especulación: es la ciencia más pura y la más digna, después de la filosofía, de ocupar las inteligencias nobles”.

Concepto radicalmente aristotélico. En otra parte dice:

“Ofrendemos en aras de la patria lo que a costas del amor y trabajo de nuestros padres hemos heredado”.

Y no era un mero decir. Ese pensamiento pertenece a la carta que enviara a su madre y hermanos, cuando los trinitarios —por intermedio de Sánchez y su hermano— le demandaban recursos para la gran empresa de la independencia nacional; y el sacrificio de esos bienes se hizo. Por eso los Duarte murieron en la miseria.

También Duarte es autor de un proyecto de Constitución, demasiado liberal y democrática para que tuviera aceptación. Hay en ella hasta un esbozo de reforma agraria, justa y democrática. Por eso, la parte central de esa Constitución tiene esta maravillosa premisa; en el art. 18:

“La Nación dominicana es libre e independiente y no es ni puede ser jamás parte integrante de ninguna otra Potencia, ni el patrimonio de familia ni persona alguna propia ni mucho menos extraña”.

Quien amaba así la patria, no la podía olvidar. Había dicho:

“El día que la olvide será el último de mi vida”.

Y suspirando por ella entregó su último aliento al Dios de la inmortalidad.

OTROS TRINITARIOS ESCRITORES

La figura más interesante y destacada del grupo que rodeaba al Padre de la Patria es la de Francisco del Rosario Sánchez (1817-1861), tipo de héroe arrojado, de abnegación sin par, y a quien el destino le regala el martirio final para encumbrarlo aún más en su camino hacia los Campos Elíseos. Cuando Duarte huye del país, al calor de las persecuciones haitianas, él toma el mando de la conspiración, da el grito de independencia. Lucha, en sus contingencias ulteriores. Y sufre persecuciones por adhesión duartiana, que no le abandona nunca. Tercia en política con nobleza. No mancha su mano con el lodo de la traición de un ideal que es llama viva en su alma. Algunos deliquios muy humanos se le pueden perdonar, por la majestad de su vida y la diafanidad de sus nobles ideales.

Sánchez era abogado que brillaba por su gran inteligencia y la elocuencia de sus palabras estremecientes en los estrados. Como todos los trinitarios, sufre persecuciones. Y cuando se consuma la infame anexión a España, él, que está libando el acíbar del ostracismo, acude, ya achacoso y enfermo, a dar su vida en holocausto por la libertad de la patria. Entra por Haití con un grupo de valientes y atraviesa la frontera. (72) Los que planean la venta de la patria, le acusan de traidor por el hecho de aparecer por el territorio hasta hace poco enemigo. Entonces lanza su histórica Proclama escrita en una prosa realmente vibrante. Dice:

"He pisado territorio de la República entrando por Haití, porque no podía entrar por otra parte, exigiéndolo así, además, la buena combinación, y porque estoy persuadido que esta República, con quien ayer, cuando era imperio, combatíamos por nuestra nacionalidad, está hoy tan empeñada como nosotros porque la conservemos, merced a la política de un gabinete republicano, sabio y justo.

"Mas, si la maledicencia buscare pretexto para mancillar mi conducta, responderéis a cualquier cargo diciendo en alta

voz, aunque sin jactancia, que yo soy la bandera nacional”.

Y termina con estas palabras viriles, henchidas de altivo patriotismo:

“Probad al mundo que hacéis parte del número de esos pueblos indómitos y guerreros que admiten la civilización por las costumbres, por las palabras y por las ideas, pero que prefieren la libertad a los demás goces, con menoscabo de sus derechos, porque esos goces son cadenas doradas que no mitigan el peso, ni borran la infamia”.

Caído en una emboscada que la traición le preparó y capturado, Santana, el “inconsulto caudillo” que consumó la anexión, hizo que se le condenara a muerte después de un simulacro de juicio bochornoso y maldito. Aunque físicamente abatido y con el alma templada, el brillante abogado se irguió para hacer, no su defensa sino la de sus compañeros, a los que él arrastró a esa aventura de la gloria y del patriotismo. Sus palabras fueron brillantes, propias de su clara inteligencia. Sánchez argumentó:

“¿En virtud de qué ley se nos acusa? ¿Amparándose en cuál ley se pide para nosotros la pena de muerte? ¿Invocándose la ley dominicana? Imposible. La ley dominicana no puede condenar a quienes no han cometido otra crimen que el de querer conservar la República Dominicana. ¿Invocando la ley española? No tenéis derecho para ello. Vosotros sois oficiales del ejército dominicano. ¿Dónde está la ordenanza española que rige vuestros actos? ¿Dónde está el Código español en virtud del cual nos condenaríais? ¿Es posible admitir que en el Código Penal español haya un artículo por el cual los hombres que defienden la independencia de su país deben ser acusados y condenados a muerte? ”

Más adelante agrega:

“Pero veo que el señor Fiscal pide para estos hombres, lo

mismo que para mí, la pena capital. Si hay un culpable, el único soy yo”.

Al fin fue inmolado el 4 de julio de 1861, frente al cementario, en San Juan. Se dice que cuando estaba frente a los fusiles homicidas, repitió la frase de Koscinzko: *Finis Poloniae...*

Así culminaba una larga enemistad entre dos colosos, Santana, el patricida que fuera una vez la espada guerrera donde la patria se apoyaba y Sánchez, el apóstol viril, guerrero y noble, digno discípulo de Duarte, cuyas huellas siempre intentó seguir.

El otro paladín de la trilogía heroica que la Historia exalta, (Duarte el primero, Sánchez, el segundo) es Ramón Mella (1816-1864). Más que un hombre de letras fue hombre de acción, de arrojo casi insensato, de patriotismo límpido como los ardientes fulgores de la mañana. Pero había en él una inteligencia superior y un espíritu disciplinado. Era zahorí en la ciencia de la estrategia. Fue diplomático y en 1854 fue enviado a España para obtener de la Madre Patria el reconocimiento de nuestra independencia. Su habilidad frente al vacilante Ministro español, Angel Calderón de la Barca, fue notoria, y así lo trueban las extensas y razonadas notas que escribió con tal motivo. Según Max Henríquez Ureña “son admirables por su estilo claro y correcto y por su sólida argumentación.”(74).

JUAN ISIDRO PEREZ (1817-1868) fue el discípulo más querido de Duarte. Y él pagó con creces esta admiración y este cariño. Exaltado, como un Espronceda, es la exacta representación del romántico que esmalta su vida de actos arriesgados, hechos ya para la leyenda, y termina sus días enajenado, presa de la terrible locura que pone un manto de sombras en su mente, como en un divino intento de hundirlo en una inconsciencia que le niegue la verdad de las iniquidades que le cercan.

“Fue Juan Isidro Pérez —dice Rodríguez Demorizi— justamente llamado el *Ilustre Loco*, el más apasionado de los discípulos y amigos de Duarte. Es el prototipo, dominicano, del romántico que no escribió versos, aunque se complacía tanto en recitarlos, aun en los tiempos de su demencia. El encarna, más

que todos sus contemporáneos, la sensibilidad de su época. Es, sin llegar al suicidio, el Werther del patriotismo dominicano. Como Werther es incapaz de resistencia y así sucumbe "al peso de su pasión", de su pasión de patria, sin fuerzas para ahogarla ni posibilidades para satisfacerla. Su vida culmina, pues, en algo más dramático que el suicidio de Werther: la demencia. Porque la enajenación de Juan Isidro Pérez no proviene de ninguna lesión fisiológica, sino del derrumbamiento en el hondo abismo a que su espíritu fue precipitado. ¡Qué figura romántica de primer orden, tan adicta a Duarte! Todo el drama de Duarte se reflejó en él, su más vivo espejo. Dios le negó el don de la poesía para darle a su vida todo el acento poético de un drama de Esquilo. Fue un romántico exaltado que sufrió el *delirium tremens* del patriotismo."(75)

Juan Isidro Pérez fue de los más entusiastas promotores de las sociedades La Filantrópica y La Dramática, y un artista dinámico que ponía pasión y jirones de su alma en sus actuaciones.

JOSE MARIA SERRA (1819-1888), entre los trinitarios, era maestro y periodista y de los primeros en hacer contacto con Duarte en su misión conspirativa.

Como hasta él llegaron ráfagas de los odios que azotaron a los trinitarios, se le hizo la vida imposible en su patria y en 1849 emigró a Puerto Rico donde dirigió "El Liberal" y "La Razón."(76)

En Puerto Rico fue maestro y publicó, en colaboración con Manuel María Arroyo, unas Lecciones de Gramática Castellana y estando en Mayagüez, escribió en 1887 sus "Apuntes para la historia de los trinitarios", cuarenta y nueve años después de su fundación, evocando sus recuerdos, por lo cual se le hacen algunos reparos, sobre todo Alejandro Bonilla y Correa, quien publicó en 1889 un folleto con el título: "Contestación al opúsculo del Señor don Manuel María Serra."

PEDRO ALEJANDRINO PINA (1820–1870) otro de los grandes adictos a Duarte, se distinguió por su vehemencia, su ardida oratoria y sus versos escritos con notoria corrección.

Otra figura destacable entre los trinitarios es la de JUAN NEPOMUCENO TEJERA (1809-1883) quien fue un conspirador a favor de la independencia y luego de lograda ésta, activo político en las turbulencias de nuestra vida republicana. A él se le atribuye la redacción de la hoja, de circulación clandestina, en la época de la ocupación haitiana, “El grillo dominicano”, primero manuscrita y luego impresa en la imprenta “que poseía una señora y servía para imprimir las décimas, pidiendo ramos, luces y banderas, requisito indispensable en las fiestas anuales que cada barrio dedicaba a sus respectivos patronos”; (77) esa señora, a quien llamaban La Deana, realmente se llamaba Manuela Rodríguez. Tejera escribía décimas en contra del régimen haitiano, propugnando la libertad.

En una décima en que los partidarios del régimen haitiano se burlaban así de los dominicanos:

*¿A dónde va la cuadrilla
de la loca independencia?
¿Qué dirán de Su Excelencia
los restos de esa pandilla?
Parece que el Grillo chilla
y en su chillido impotente
le da gozo al inocente
y sólo aterra al insano.
Yo puedo gritar ufano:
¡Viva el digno Presidente!*

Y “El Grillo dominicano” contestaba:

*¿Preguntas por la cuadrilla
de la loca independencia,*

*para después en su audiencia
ir a mendigar la silla?
Tú sí que eres la polilla
que con villano aguijón
roe la nueva facción
la que después te engrandece
porque esto siempre acontece
al que no tiene opinión.(78)*

La máxima figura literaria entre los trinitarios fue FELIX MARIA DEL MONTE (1819-1899) gran abogado y elegante intelectual, quien escribió el primer Himno patrio, con el nombre de Canción Dominicana, a la cual puso música otro de los valientes adalides de La Filantrópica, Juan Bautista Alfonseca.

A Del Monte se le llamó “el padre de la literatura de la República independiente” y a Alfonseca “el padre de la música dominicana.”

La Canción dominicana, aunque verdadero himno, con su acento decasílabo no tiene, ni con mucho, el tino viril y marcial del Himno de Prud’homme; pero es un grito de patriotismo en horas de vehemencias sublimes., cuando más urgidas estaban los trinitarios de enardecer las conciencias con el sentimiento de patria.

El estuvo en la Puerta del Conde en la gloriosa noche del 27 de febrero y siendo Teniente de la Guardia Nacional, escribió la letra de su himno el 1o. de marzo de 1844, mientras prestaba servicio en la Fortaleza.(79)

Fue periodista: dirigió “El Dominicano”, con Manuel María Valencia, José María Serra y Pedro Antonio Bobsa (1848) y fundó junto con Nicolás Ureña el periódico “El Porvenir”.

Como poeta, Del Monte es el primero que trata de tener una visión local, escribiendo el poema “El banilejo y la jibarita”(80) (que compuso en su exilio de Saint Thomas), donde hace apasionadas descripciones del valle de Baní, y el

poema "Las vírgenes de Galindo", narración en versos de este tétrico episodio de la ocupación haitiana.

Inicia, de este modo, el poeta, la popularización del poema breve —tan del gusto romántico—, donde recoge tradiciones populares.

Félix María del Monte fue también poeta dramático, y a él se deben las tragedias —hoy ya casi olvidadas— "El mendigo de la catedral de León", "El último abencerraje", "Un vals de Straus", "El premio de los pichones" y "Duvergé o Las víctimas del 11 de abril", obra inspirada en el alevoso fusilamiento del semidiós batallador, héroe de las batallas de El Número y El Memizo. También escribió una zarzuela, "Ozema o La Virgen indiana", y una leyenda dramática, "El artista Antonio Brito".

Durante la ocupación haitiana no se pudo representar, por prohibición expresa de los usurpadores, ninguna obra dominicana, y esa fue la razón que indujo a la Sociedad Dramática de los trinitarios a representar obras españolas e italianas traducidas, pero después de la Independencia se representaron algunas y a otras se les dio lectura en sociedades literarias como La Juventud. Todas estas obras dramáticas están escritas en versos románticos, donde las influencias de franceses y españoles son muy notorias.

Todavía se conservan como joyas parlamentarias los discursos que pronunciara Del Monte en la Asamblea legislativa, y la oración que leyera en 1849, después que Buenaventura Báez se juramentó como Presidente de la República, así como las defensas forenses, como abogado, del General Antonio Duvergé y de Santiago Pérez. (81)

LA MUSICA DOMINICANA DURANTE EL PERIODO DE LA OCUPACION

Poco tenemos que decir en este sentido y habremos de dedicarle un capítulo a lo que se refiere a música popular dominicana como impulsora de los movimientos culturales del

país. Nosotros conocemos la encendida pasión por la música que ha sido característica esencial del dominicano.

El haitiano también se siente enervado por la maravilla, casi mágica, del ritmo. Danza y ritmo forman parte del acervo emocional del hombre.

En sus "Notas sobre Haití", publicado en 1830, el inglés Charles Mackenzie dice, narrando sus impresiones al llegar a La Vega:

"...el cencerrar de las guitarras me recordaron la Península, y el monótono canto tan familiar para todos los que han visitado a España... Siempre que llega cualquier extraño de importancia, a quien se considera de rigor rendir honores, llega una orquesta, compuesta por diversos músicos, la cual toca mientras él quiera, esperando una espléndida propina de manos del agasajado. Tuve que someterme a esta ceremonia en La Vega, como tuve que hacerlo en los principales pueblos o ciudades que visité." (82)

Y de su arribo a Santo Domingo dice:

"El tintineo de la guitarra en las calles por la noche está asociado a tantos recuerdos gratos para muchos viajeros peninsulares, que hasta en manos no preparadas para arrancar de sus cuerdas música elocuente, despierta sensaciones desligadas a las del montañés de Escocia con el sonido animador de la gaita. Comprendo que todo depende de las asociaciones con alguna realidad agradable o con alguna fantasía igualmente agradable, que ha influido en las emociones de "los primeros tiempos y de horas más felices". Casi toda la noche esos sonidos continuaban hasta la hora habitual del reposo, las diez; y confieso que me eran agradables." (83)

*En los días de la Independencia y en tiempo sucesivo, había varias bandas de música, integradas a los ejércitos

dominicanos, y que acudían al campo de batalla (84). El Regimiento Ozama tenía dos bandas, una de ellas dirigida por Juan Bautista Alfonseca (1810-1875).

Este Alfonseca es considerado "el padre de la música dominicana", pues es el primero que escribe obras de alta calidad como su "Obertura para gran orquesta", ejecutada en 1854 por una de las orquestas filarmónicas con que contaba el país para esa fecha.(85) Es el autor de la primera canción patriótica, que muchos llaman "Himno de la Independencia", cuyos versos se deben al poeta Del Monte. Entre sus obras de música seria se puede mencionar la religiosa, muy del gusto de los dominicanos de entonces a través de la música de Mozart, cuyo Requiem se ejecutó en Puerto Plata en 1833, en los funerales del Arzobispo Valera.(86)

Bajo ese influjo "el padre de la música dominicana", escribió dos misas y un miserere, y entre el género profano, además de valeses, carabinés y otras piezas típicas, una especie de poema sinfónico "La batalla de Las Carreras", a cuya primera audición asistió el propio General Pedro Santana, héroe de aquella jornada.

El 11 de noviembre de 1846 era ya Alfonseca, Capitán, y fungía como instructor de la Banda del Ejército Nacional, alcanzando en el lapso de menos de un mes el grado de Teniente Coronel y Director de la Banda. En el año 1852 estrenó su "Canto de guerra", con letra de Antonio Delfín Madrigal(87) y la canción "Las serranas", dedicada a las mujeres del Cibao.

"Por los años 1817 al 1846 se citan como músicos dominicanos notables a Esteban Valencia, maestro de música y canto, muerto el 10 de abril de 1842; José Gabriel Costa, que ocupó el mismo cargo de 1826 al 1827; Andrés López Medrano, natural de Santiago de los Caballeros, Rector de la Universidad en 1821 y compositor, entre otras, de una Canción con coro, que escribió en Puerto Rico, donde vivió algunos años; Antonio Mendoza, que fue maestro de flauta y guitarra del libertador Juan Pablo Duarte; Gavino Puello, notable

patriota que aprovechó su profesión de músico para luchar en sus actuaciones en distintos sitios como músico de baile, en contra del yugo haitiano, al igual que Juan de Mena y Cordero.” (88)

A esta lista hay que agregar el nombre de Sebastián Morcelo, flautista y autor de música sacra, y José Reyes, discípulo de Alfonseca, de quien hablaremos más adelante.

NOTAS

(1) Emilio Rodríguez Demorizi.- La Trinitaria, apuntes y documentos para su estudio. Boletín del Instituto Duarteano. Año II. No. 5. Santo Domingo. 1970.

(2) Debía de haber actrices, indudablemente, pero la Historia sólo conoce el nombre de una Cecilia Baranis, a quien se le rindió un homenaje en una reposición de la obra de Alfieri: “Bruto o Roma libre”, obra en la que sólo actúan hombres. Vetilio Alfau conserva un cartel de los que sirvieron de propaganda en esta ocasión.

(3) Emilio Rodríguez Demorizi. Duarte y el teatro de los trinitarios. Bol. del Inst. Duarteano. Año I, No. 2 Santo Domingo. 1969.

(4) La primera representación se hizo en una casa particular, pero se vio tan colmada de público, que hubo que buscar un nuevo local. Se obtuvo para ello la cárcel vieja, que el trinitario Manuel Guerrero acondicionó de su propio peculio.

(5) E. Rodríguez Demorizi. Ob. cit.

(6) Ob. cit.

(7) Los trinitarios más significativos no pasaban de veinte, y a los nueve iniciales se agregaron otros que fueron sumándose poco a poco, tras la labor de proselitismo patriótico emprendida por el núcleo inicial. He aquí la lista completa: Juan Pablo Duarte y Díez (1813-1876), Juan Nepomuceno Ravelo (1815-1885), Benito González y Jimenes (1811-1883), Felipe Alfau y Bustamante (1818-1878), Juan Isidro Pérez de la Paz (1817-1868), Félix María Ruiz (1815-1891), Jacinto de la Concha (1819-1886), Pedro Alejandrino Pina (1820-1870), José María Serra (1819-1888), Vicente Celestino Duarte y Díez (1802? -1865), Francisco del Rosario Sánchez (1817-1861), Ramón Matías Mella y Castillo (1816-1864), Juan Nepomuceno Tejera y Tejeda (1809-1883), Tomás de la Concha (1814-1855), Epifanio Billini y Mota (1821-1891), Pedro Antonio Bobea (1814-1872), Pbro. José Antonio Bonilla y Torres (1770-1855), Pedro Pablo Bonilla (1807-1859) y Félix María del Monte (1819-1899).

(8) Obra cit.

(9) “La iglesia dominicana—dice Ricardo Patee— se había erigido en adversaria vigorosa de Haití, en la persona de los preladados de la talla de Mons. Valera y Jiménez, que se negó a recibir un sueldo de la República de Haití, declarándose súbdito español. Los dominicanos resistieron tenazmente la idea de participar en el pago de la indemnización a Francia, puesto que ellos nada tenían que ver con el antiguo régimen de aquella nación en la parte occidental de la Isla”.

(10) Ricardo Patee en su libro "Haití, pueblo afroantillano", dice: "El nuevo Presidente se llamaba Jean Pierre Pierrot. Ignorante, iletrado, se rumoraba que no estaba enteramente en sus cabales, influyendo en la selección que hacía el Consejo de Estado, el deseo de aplacar los sentimientos de la población del Norte, que, desde la división entre el Reino y la República, se habían identificado, hasta parar en un regionalismo sumamente peligroso".

(11) Ob. cit.

(12) Carlos Larrazábal Blanco, es venezolano, pero vivió mucho en Santo Domingo, donde fue maestro de muchas generaciones.

(13) Desde el principio de las comillas se recogen los primeros párrafos de nuestra conferencia "La vida de Duarte, una tragedia de Esquilo," publicada en el Boletín del Instituto Duartiano, Año I, No. 2. La mayor parte de los párrafos dedicados a Duarte provienen de esa conferencia.

(14) No se ha establecido bien el año, pero nosotros nos inclinamos por el 1830, dada la aparente madurez intelectual del muchacho.

(15) Esto ocurrió en la sala de la residencia de los Duarte, donde un grupo de amigos había corrido a darle la bienvenida a Juan Pablo.

(16) Véase supra.

(17) Algunos dicen que Felipe Alfau desertó del grupo y fue el soplón, pero esto es objetable, y el historiador Vetilio Alfau Durán ha probado el infundio.

(18) Mons. Tomás de Portes.

(19) En el diario de Rosa Duarte se lee:

"Ese día tan caramente pagado no se cerró en su casa la puerta de la calle, pues a más de los que llenaban la casa y la calle en que vivía, en la ciudad, que no se cansaban de abrazarle, verle y oírle, los que vivían en las cercanías, y que la voz del cañón les anunciaba su llegada, acudían en tropel y hasta que no le abrazaban y estrechaban la mano, no se retiraban del medio del concurso para dar paso a los nuevamente llegados. A las dos de la tarde notó Sánchez que las ventanas de Duarte no tenían banderas; pidió unos velos blancos y él mismo formó con ellos unas banderas que colocó en las ventanillas con aplausos de todos, diciendo: "Hoy no hay luto en esta casa, no puede haberlo; la Patria está de pláceme, y don Juan mismo desde el cielo bendice y se goza con tan fausto día." (Sic.). Rosa Duarte. Apuntes para la historia de la Isla de Santo Domingo y para la biografía del general dominicano Juan Pablo Duarte. Rev. Clío. Año XII. Enero Junio No. 62-64. Sto. Dgo.

(20) R. Duarte. Ob. cit.

(21) R. Duarte. Ob. cit.

(22) R. Duarte. Ob. cit.

(23) R. Duarte, Ob. cit.

(24) Emilio Rodríguez Demorizi. Juan Isidro Pérez: el Ilustre Loco. (2da. Ed.) Ed. Montalvo. Santo Domingo. 1964.

(25) Se dice que Santana pensaba condenar a muerte a los trinitarios, pero que Bobadilla le dijo horrorizado: "¿Matarlos? ¿Está usted loco? Expúselos, si quiere, pero no los fusile."

(26) Véase más adelante el Romance que Juan Pablo Duarte escribió con este motivo.

(27) R. Duarte. Ob. cit.

(28) R. Duarte. Ob. cit.

(29) Carlos Larrazábal Blanco. Archivo de Duarte. Rev. Clío. Año XII. Enero-Julio. No. 62-64. Sto. Dgo. 1944.

(30) Vicente Celestino Duarte, el poeta Manuel Rodríguez Objío, Mariano Díez y el capitán venezolano Candelario Oquendo.

(31) C. Larrazábal Blanco. Ob. cit.

(32) C. Larrazábal Blanco. Ob. cit.

(33) Emiliano Tejera. Monumento a Duarte. Exposición al Congreso. "Antología de la Literatura Dominicana". Tomo II. Colección Trujillo. Vol. VI. 1944.

(34) R. Duarte, Ob. cit.

(35) Es cosa averiguada que Duarte murió de tuberculosis pulmonar. (El médico que firmó el Certificado de defunción diagnosticó *Tisis*).

(36) Emilio Rodríguez Demorizi hace una magnífica descripción de la calavera de Duarte que dice:

"El día 11 de noviembre de 1943, tuve la fortuna y el dolor de asistir a uno de los actos más dramáticos que he presenciado: la apertura del nicho en que reposan los restos de Duarte desde 1884, así como el de la urna de metal que los guardaba, con el objeto de ser colocados en la urna de plomo en que yacen desde el 27 de febrero (de 1944) en la Puerta del Conde. Todas las miradas de los allí presentes, en la Capilla de los Inmortales, se concentraron en el cráneo en que fue concebida la idea separatista: algo ennegrecido por la humedad, desprendida la mandíbula inferior, amplia la frente, sobre los parietales se adherían aún algunos mechones de cabello, lacio, encanecido, mustio. En el mismo acto fue abierta la urna que guardaba los restos de Mella, fallecido en 1864, antes que Duarte, 1876. Sin embargo, los restos de Mella se conservaron mejor: limpios, como recién despojados de la carne. El cráneo mucho más grande que el de Duarte, casi intacto. Firme la mandíbula, la dentadura completa y sana, hasta los últimos molares, daban la impresión del hombre vigoroso que fue el héroe de la Puerta de la Misericordia. Allí estaban también los restos de Sánchez, cuya caja permaneció cerrada."

(37) C. Larrazábal B. Ob. cit.

(38) C. Larrazábal B. Ob. cit.

(39) C. Larrazábal B. Ob. cit.

(40) Ob. cit.

(41) En el Diario de Rosa Duarte.

(42) Larrazábal Blanco apunta: "No es el momento de discutir la conveniencia de este movimiento y si fue o no imprudente, pero es bueno advertir que en la Historia los imprudentes tienen su lugar, son necesarios, y que si el fracaso llega, a menos quedan los conceptos. Bajo el manto de prudencia suelen esconderse juntos cobardías e indiferencias, conformismo y acomodo personal y mientras tanto...sigue en marcha la procesión. El 4 de julio debía ser fecha de gran júbilo cívico en el Cibao, que demostró ese día y con el hecho de la proclamación, estar dispuesto a seguir al Padre de la Patria en sus ideales, contrario a lo que aconteció en la Capital..."

(43) Joaquín Balaguer. El Cristo de la Libertad. Ed. Americalee. Buenos Aires. 1950.

(44) "Duarte pudo defenderse de sus enemigos: mas para ello era necesario encender la guerra civil, y no fue para llegar a efecto tan deplorable que él y sus beneméritos compañeros habían hecho sacrificios de todo género, empleados combatiendo la dominación haitiana. Para la Patria habían trabajado, no para ellos, y

la patria podía perderse del todo si se desunían los dominicanos. La Historia dirá a su tiempo si obraron bien o mal desaprovechando la oportunidad de combatir la nueva tiranía que se entronizaba en el país; pero en cualquier caso no podrá menos de reconocer en sus actos desinterés y abnegación. Entregaron su brazos a las cuerdas de sus enemigos, y las cárceles dominicanas, en vez de criminales, guardaron Libertadores." Emiliano Tejera. En la ob. cit.

(45) Tanto Duarte como Bobadilla eran masones.

(46) Enrique Patín Veloz. El sentido masónico de la vida y la obra de Duarte. Colección Renacimiento. Lib. Dominicana. Santo Domingo. 1956.

(47) J. Balaguer. Ob. cit.

(48) Duarte, en el Diario de su hermana, dice: "Para hacerme comprender se me hizo indispensable aprender el idioma del país y me puse a aprender el alemán con Mr. Chalt, facilitando su aprendizaje la lengua latina que yo poseía. El corto tiempo que pasé en Hamburgo lo empleé bien, pues a más de haber aprendido un idioma, que se está haciendo una lengua viva, concluí mi estudio de Geografía Universal".

(49) "Al fin —dice Duarte— por efecto al virtuoso San Gerví, sacerdote muy ilustrado y que me demostró muy sincera amistad, con él estudié Historia Sagrada y aprendí el portugués".

(50) Emilio Rodríguez Demorizi. Duarte romántico. Ed. El Caribe. Sto. Dgo. 1969.

(51) Ob. cit.

(52) Serra recoge estas magníficas palabras del Padre de la Patria en su Historia de los trinitarios.

(53) Palabras del Padre de la Patria en el Diario de Rosa Duarte.

(54) El texto dice: "El corazón en dolor".

(55) Ob. cit.

(56) Se titula: "La Cartera del proscrito".

(57) El texto dice: "... columbrar un amigo".

(58) Emilio Rodríguez Demorizi. Investigación de Duarte. Bol. del Instituto Duartiano. Año I. No. 2. Sto. Dgo. 1969.

(59) El texto dice: "en altivez y en calma".

(60) En el texto: "que me tienes también en horror".

(61) En el texto: "Pueda, pueda ese mísero esclavo".

(62) Cuando Santana nació en HINCHA, era posesión de la parte española; luego y hasta nuestros días, pasó a Haití.

(63) Emilio Rodríguez Demorizi. "Los templarios de Duarte", en Para las investigaciones duartianas. Bol. del Inst. Duart. Año VI. No. 10. Sto. Dgo. 1974.

(64) Salvatore Loi. Juan Pablo Duarte, caballero de la humanidad (en su original italiano y traducción castellana). Bol. Inst. Duart. Año III. No. 7. Santo Domingo. 1971.

(65) S. Loi. Ob. cit.

(66) S. Loi. Ob. cit.

(67) Ob. cit.

(68) Ob. cit.

(69) Ob. cit.

(70) Alcides García Lluberes. Duarte y las Bellas Letras. Separata de Clío. 101. Sto Dgo. 1954.

(71) Vetilio Alfau Durán. Ideario de Duarte. Imp. San Francisco. 1943.

(72) Ya veremos que en esos momentos era el único lugar por donde podía entrar al país, porque el Gobierno haitiano, persuadido de que la presencia de los españoles en Santo Domingo, entrañaba un gran peligro para la estabilidad haitiana, era favorable al movimiento restaurador.

(73) Llegó a publicar un tratado de estrategia guerrera.

(74) Ob. cit.

(75) E. Rodríguez Demorizi. Ob. cit.

(76) Ya en Santo Domingo José María Serrá había fundado, junto con Pedro Antonio Bobea y el poeta romántico Manuel María Valencia (a quienes algunos consideran históricamente el primer poeta romántico dominicano), el periódico "El Dominicano", que tuvo breve vida (de 1845 a 1846).

(77) José María Serra. "Apuntes para la historia de los trinitarios". Con nota de José Gabriel García. Imp. Vda. García. Sto. Dgo. 1889.

(78) "Otra hoja volante de los conspiradores dominicanos fue "El alacrán sin ponzoña". A su vez, los partidarios del régimen haitiano, en una hoja manuscrita que circuló una sola vez con el nombre de "la chicharra", denunciaron en 1843 muchos nombres de patriotas comprometidos en el movimiento separatista, contra quienes se desató entonces la persecución de las autoridades haitianas". M. Henríquez U.

(79)

*Sepa el mundo que a nombres odiosos
acreedores jamás nos hicimos,
y que siempre que gloria quisimos
nuestro carro la gloria arrastró.*

¡Al arma, españoles!

¡Volad a la lid!

Tomad por divisa

¡Vencer o morir!

Españoles, en este caso, es sinónimo de dominicanos.

(80) Se trata de un apuesto exiliado, dominicano de Baní, que se enamora en Puerto Rico de una campesina de Bayamón. El le pinta con sonoras espinelas las bellezas y riquezas de sus tierras en el valle de Peravia; ella prefiere sus tierras pobres al paraíso que él le ofrece.

(81) Santiago Pérez, siendo diputado, mató al poeta y trovador venezolano Eduardo Scanlan, quien vivía en público adulterio con la esposa de aquél. A pesar de todas las circunstancias atenuantes, por rivalidades políticas, el General Ulises Hereaux, a la sazón Presidente de la República, aprovechó esta tragedia para hacerlo fusilar a pesar de la brillante defensa de Del Monte.

(82) Rodríguez Demorizi trae la cita en la pág. 14 de su obra "Música y baile en Santo Domingo," Col. Pensamiento Dominicano.

(83) Igual a la nota 82.

(84) "Las bandas Militares tenían participación bien activa en la guerra de la Separación como lo dice el *Cartel de desafío al Ejército haitiano*, el 3 de enero de 1856: "Formado el ejército en orden de batalla, como se ha dicho, pasó revista y recorrió las líneas el General en Jefe, como a las siete de la mañana, permaneciendo el Ejército formado y en espera del enemigo. A las diez y media, viendo que el enemigo

no salía a combate ni aceptaba el reto, se ordenó avanzasen todas las baterías de los diferentes cuerpos y la banda de música del regimiento de Santiago hasta el borde de nuestra línea fronteriza, y allí con el pabellón de la República enarbolado, entonasen los aires nacionales y los toques de ordenanza de nuestro ejército por el espacio de una hora." Nota de E.R.D.

(85) De un artículo publicado por el poeta Eugenio Perdomo en la revista "Flores de Ozama" del 1o. de mayo de 1859, y titulado "La Música," es el siguiente: "Y en efecto los imparciales de todos los países conocen y admiran el gran mérito de la "Obertura a grande orquesta," composición lírica del Sr. J. B. Alfonseca y el "Vals de Estrado," compuesto por el joven S. Marcelo."

(86) En la reseña de los funerales del Arzobispo Valera, celebrada en Puerto Plata el 19 de junio de 1833, dice el Padre González Regalado: "Mi capilla de música ejecutó en este día con admirable destreza la famosa *misa de Requiem*, composición del Sr. Mozart, y una *Sequentia* de difuntos en extremo tierna."

(87) Juan Francisco García.- Panorama de la música dominicana. Imp. San Francisco. Cd. Trujillo. 1947.

(88) J. F. García. Ob. cit.

CAPITULO XIV

VICISITUDES DE LA PATRIA LIBRE



A PARTIR de 1844 empieza el período de libertad, el período republicano, que, como en toda América Hispana, será turbulento. El poder será usufructo de unos pocos y la tónica de la historia cultural, la aristofobia.

Ahora es el caudillismo lo que impera, y con él, la entronización de turbias dictaduras, todas muy cruentas y prontas a cortar en flor vidas jóvenes, por el solo delito de ser egregias. Asonadas y revoluciones, largos gobiernos férreos y presidencias efímeras, ese es el balance histórico de la República Dominicana.

De los 19 presidentes(1) que van del 1844 al 1900, tres tan sólo ocuparon 31 años la primera magistratura (Pedro Santana, Buenaventura Báez y Ulises Hereaux), aunque algunos duraron más, porque fueron, como en el caso de Hereaux, eminencias grises tras los estrados. Todos los presidentes fueron militares, más o menos curtidos en las contiendas patrias e intestinas, que ensangrentaban su espada para tener el derecho a gobernar. Cuando un arzobispo, humanista y elocuente, tomó el poder para atemperar la violencia, como en el caso de Fernando Arturo de Meriño, que tuvo una interinidad de dos años, el poder que sostenía el solio vacilante era la mano férrea

de Ulises Hereaux; y cuando fueron dos ciudadanos de altas virtudes cívicas, como Francisco Ulises Espaillat y Francisco Gregorio Billini, abandonaron presto el poder, por el temor de mancharse las manos con la salpicadura de los odios. El primero intentó el más puro ensayo de democracia que darse pueda, y fracasó; el segundo descendió de su escaño presidencial, limpio, tan limpio que, tras su renuncia, hubo de buscar cien pesos prestados para el yantar del mes.

Los que antes habían juntado sus esfuerzos para desalojar al haitiano, ahora se devoraban unos a otros, como lobos en noche lunada sin carne ajena para el festín. Las historias se repiten con atávica inexorabilidad.

El punto de partida de todas estas calamidades fue la Constitución de 1845 en manos de un valentísimo pero cruel hatero que, con audacia casi proterva, se hace dueño de la situación. Es algo más que un déspota despiadado; es la espada libertadora. Pero en Pedro Santana hay levadura de odios y ambiciones de poder que anublan todo otro sentimiento y éste es su baldón.

PRIMERA CONSTITUCION DEL ESTADO DOMINICANO

Cuando Santana abandona su puesto de avanzada en el Sur, en donde le infligió a los haitianos de Charles Riviere Herald una aplastante derrota, el 19 de marzo de 1844 (cónsona con la del General José María Imbert a las tropas de Pierrot, junto con Fernando Valerio, en la batalla de Santiago) y marchó hacia Santo Domingo, con sus macheteros airados, era ya dueño de la situación. Le enajenaba el poder con un acicate de ambiciones, impulsándolo desde atrás el *Fouché dominicano*, Tomás Bobadilla Briones.

Santana era hombre de acción; no tenía contemplaciones de ninguna índole.

Duarte, en el Cibao, erguía su figura de Apóstol. El jamás sería la tea que incendiara la discordia civil para que la libertad, tan caramamente ganada, se perdiera. Esto no lo sabía Santana,

pero lo sabía Bobadilla. Fácil le fue, pues, apañarlo y extrañararlo del país. Así se hizo.

Desde entonces se inicia una impiadosa persecución de trinitarios. Santana conservará el poder a pesar de todos los pesares; no vacilará, incluso, en traer a los españoles —nunca los haitianos— para que le sostengan la silla, cuando ésta empieza a vacilar, diez y siete años después.

Todo el poder que alcanzó Santana, y quizá el punto de arranque de las futuras calamidades de la vida republicana del país, provino de ese instrumento legal que se llamó la Constitución de 1844, con su artículo 210 que, en manos de este duro caudillo, fue un ariete demoledor. En el trasfondo se había movido un personaje exótico, un intruso —y la intrusión será otra de las perennales calamidades de la patria—, el cónsul francés J. de Saint Denys, aliado calladamente a los conservadores, a despecho de los liberales, soñando, quizá, una vuelta ilusoria a Francia, como en tiempos de la Reconquista se volvió a España. Entre los conservadores había muchos francófilos y Saint Denys lo sabía.

El 21 de septiembre de 1844 se instaló en San Cristóbal la Comisión Constituyente. La Constitución proyectada por Duarte —liberal en todo su articulado—(2) no se tomó en cuenta para nada. El presidente del Congreso era Manuel María Valencia. Al iniciarse las labores, Tomás Bobadilla, el tremendo Fouché (*haitianófilo* durante la ocupación, *santanista* en los primeros días de la República, *hispanófilo* en el período de la anexión, *antianexionista* cuando Báez trató de vender la nación a los Estados Unidos de Norteamérica por enemistad contra éste), dijo un virulento discurso en el que acusó a Duarte, el Padre de la Patria, de “joven inexperto que, lejos de haber servido a su país, jamás ha hecho otra cosa que comprometer su seguridad y las libertades públicas”,(3) e hizo grandes elogios de Santana a quien pintaba como “la esperanza de la Patria.”(4)

De seguida empezaron las labores de los Constituyentes en medio de una gran tensión provocada por la voluntad de Santana, que gravitaba con fuerzas poderosas sobre los liberales que aún querían redactar una Carta Constitutiva democrática.

Los modelos que tuvieron de frente los constituyentes fueron: la Constitución de los Estados Unidos y la de Cádiz de 1812.(5)

En contraste con los imperios y reinados que predominaban en Haití, nuestra Constitución establecía que el Gobierno Dominicano es esencialmente civil, republicano, popular, representativo, electivo, responsable. Enfatizaba especialmente el repudio total del dominicano a las tiranías. En tanto, se entronizaba la primera tiranía.

En su Mensaje los constituyentes fueron claros al demarcar la separación de los poderes, estableciendo, taxativamente, las normas que debían regir el Poder Ejecutivo.

Pero Pedro Santana, soberbio y rebelde, no admitía limitaciones a sus poderes, y ante la resistencia que los constituyentes quisieron oponerle para que predominara la Carta liberal, él respondió con su aparato de fuerza.(6) Los liberales tenían frágiles plumas que sólo manchaban sus picos con tinta de escribir; él tenía un ejército de macheteros ignaros pero aguerridos, torrado por el sol de las batallas, y con el filo de sus machetes ensangrentado. Llenó con sus tropas la pequeña villa de San Cristóbal e impuso el artículo 210, cuya paternidad se atribuye al muchas veces nefasto Saint Denys(7) y que fue redactado, con cínica pavidéz, por Bobadilla.

El artículo 210 decía:

"Durante la guerra actual y mientras no esté firmada la paz, el Presidente de la República puede libremente organizar el ejército y la armada, movilizar las guardias nacionales y tomar todas las medidas que crea oportunas para la defensa y la seguridad de la nación; pudiendo, en consecuencia, dar todas las órdenes, providencias y decretos que convengan, sin estar sujeto a responsabilidad alguna."(8) Era el poder omnímodo.

Al respecto dice Manuel Peña Batlle:

"Santana estimaba que el poder debía ser militar y no civil, mas no conseguido su propósito, trató por todos los

medios de llegar a obtener la totalidad del poder. En circunstancias graves y ante la resistencia que el Congreso ofrecía, Santana impuso su voluntad haciendo intercalar el artículo 210 con que lograba su objetivo."

Desde entonces tenía el hatero terrible plena libertad para actuar a su antojo: el artículo 210 le permitió organizar ejércitos para la defensa contra los haitianos; pero también para la eliminación de todos sus enemigos, que fueron uno a uno ensangrentando el patíbulo, y para ofrecerle impunemente la patria a una potencia extranjera, la que la quisiera: Francia o España (Estados Unidos, quizá), siempre con miras al sempiterno usufructo del poder.

ELECCION DEL GENERAL PEDRO SANTANA COMO PRESIDENTE

Aunque Santana era el jefe del país, el Dictador, no era el Presidente de la República. La Constitución y el artículo 210 le daban esta categoría. Una sabia personalidad, sabia en la protervia y en la intriga, fue la primera figura de su Gabinete: Tomás Bobadilla y Briones, el cerebro de este recio triunfador de batallas.

Pedro Santana era un hombre honrado, aunque azotado por la tempestad de las pasiones. De modo que sus primeros pasos se encaminaron a la organización de su gobierno, buscar reconocimiento externo a la independencia(9) y allegar fondos para la manutención del Estado. Sobre todo le preocupó mantener un ejército activo por si a los haitianos se les ocurría repetir la aventura invasora de marzo de 1844. En la frontera, como avanzada ventajosa estaba una gigantesca personalidad de acrisolado patriotismo y entereza personal legendaria: el General Antonio Duvergé.

El pueblo dominicano estaba gozando de independencia. Pero la dureza pedernalicia del mandatario hacía sentir la sombra de su mandoble.

Y, al amparo de su Constitución, el 18 de enero de 1845

promulgó un Decreto por medio del cual creó "temidas comisiones militares para juzgar a los conspiradores, siendo posible aplicarle este calificativo a una serie de delitos que conllevaban como como probable castigo la pena de muerte."(10) Así se crearon cuatro comisiones que eran verdaderas cortes marciales.(11)

Desde entonces Santana alcanzó poder de faraón. Francisco Ulises Espaillat dice:

"Santana electo Presidente, mandó el país con aquella Constitución y su artículo 210, y ya fuese por su carácter desconiado, o ya porque a ello lo acostumbraron quienes en ello interés tenían, se habituó poco a poco a desconfiar de todo hombre a quien se le suponía una mediana inteligencia, y de este modo fue creando por sí mismo el partido de la oposición."(12)

Fue, pues, en virtud de ese artículo 210 que manchó el júbilo del primer aniversario de la independencia, cuando el 27 de febrero de 1845 hizo fusilar a una de las grandes heroínas de nuestra América: María Trinidad Sánchez.

"La acusada era mujer —dice Marrero Aristy— que contaba con una larga historia revolucionaria y estaba acostumbrada a las luchas azarosas de la política. Antes, siempre había llevado la de triunfar cuando ocultó a su sobrino, el General Sánchez, en los días del terror declarado por Herard, y sirvió de agente de enlace entre el patriota y los otros conspiradores. Ahora le tocaba la de perder y lo hacía valerosamente. En los días que precedieron al golpe de la Puerta del Conde, ella preparó, lo mismo que otras mujeres patriotas, centenares de cartuchos e hilas para engrosar el parque de la Revolución, y la noche del 27 de febrero fue de las que llenó repetidamente sus faldas con los pertrechos llevados al Baluarte del Conde."(13)

Junto con ella murieron su sobrino Andrés Sánchez, herrero de oficio; el Alférez de Artillería Nicolás de Bari y el albañil venezolano José del Carmen Figueroa, quien lidió en la independencia dominicana. María Trinidad Sánchez murió con entereza. Rechazó el perdón que se le ofrecía al precio de delatar a sus compañeros de conspiración, que el propio Bobadilla fue a ofrecerle a su celda y tuvo un gesto de pudor al ponerse unos pantalones de hombre en el patíbulo para que al caer no se descubrieran sus formas de mujer. Este fusilamiento que el Déspota hizo del conocimiento público el 2 de marzo (es decir, tres días después), concitó aprensiones contra el régimen y provocó una desgarradura estremeciente frente al poder tiránico.

Ya nada lo detendrá en el camino del crimen. El seguirá siendo la espada triunfadora frente al poder haitiano, pero a trueque de ser el único.

Bajo el patíbulo rodarán las cabezas patricias del General José Joaquín Puello, el héroe de *Estrelleta*, Gabino Puello, el impoluto y legendario triunfador de *El Número*, el General Antonio Duvergé, a quien han llamado con razón, el *Centinela de la Frontera*, y otros tantos adalides gloriosos. Contraste de cuentas represiones políticas y lucha tenaz para defendernos de Haití —aun a cambio de pasar a ser colonia de una nación poderosa—, ese fue el balance de la primera presidencia del general Santana.

INVASION HAITIANA DE 1845

Mientras Santana trataba de consolidar su poder en Santo Domingo, Haití se enfrascaba también en su propia lucha política y racial. Derrocado el mulato Riviere, el poder pasó a un pobre negro de noventa años de edad que no empeligraba la paz de la Rep. Dominicana. De esta manera los haitianos quisieron liberarse del poder mulato y pasarlo al negro.

Se trataba de Philippe Guerrier, quien duró tan sólo trescientos catorce días en el poder; pero los dominicanos los

aprovecharon ventajosamente para organizar y fortalecer su ejército.

Por intermedio de su Delegado en Washington, el Gobierno dominicano compró armas en los Estados Unidos de Norteamérica, las cuales fueron escrupulosamente pagadas con fondos obtenidos a cambio de grandes sacrificios y colocadas en la plaza comercial de Saint Thomas.

Entonces advino al poder de Haití un conocido de los dominicanos; otro octogenario, pero negro, como lo querían los haitianos, Jean Louis Pierrot. Este no sabía otra cosa más que guerrear. En 1844, durante la invasión de Riviere Herard, a él se le confió el ejército del Norte, avanzando hasta Santiago, donde el General José María Imbert le infligió una aplastante derrota que ensangrentó el río Yaque.

Ahora, siendo presidente, sólo podía serle agradable el poder con un triunfo guerrero a costa del territorio dominicano. El viejo general, empero, no marcharía ahora sobre una población vacilante y desprevenida, como en 1844.

El haitiano lanzó un reto insolente a los dominicanos.(14) Santana respondió poniendo en pie de guerra su ejército, contando con Duvergé, el fiero batallador de la frontera.

La invasión se inició en julio de 1845. Una inmensa patulea de negros se volcó sobre el territorio dominicano y avanzó bajo el mando de los generales Morisset, Toussaint y Telemaque, hasta el llano de Estrelleta donde el General José Joaquín Puello los esperaba desafiante, el 17 de julio de 1845, con sus ayudantes el Teniente Coronel Valentín Alcántara, el Coronel José María Cabral y el Coronel Bernabé Sandoval. El triunfo de los dominicanos en esa contienda fue el fruto de las maravillas de valor que desplegaron.(15)

Pero Pierrot no podía sostenerse si no era a cambio de contiendas militares. Le fatigaba el deseo de entregarle trofeos victoriosos a su país, y en octubre intentó una nueva invasión, por el Norte. El general Seraphin, al mando de una fuerte columna, avanzó rápidamente hasta la sabana de Beller, donde construyó con premura un foso amurallado que denominó El Invencible. El heroico general Francisco Antonio Salcedo le

salió al encuentro. Le acompañaba el Coronel Pedro Eugenio Pelletier, con una pieza de artillería al mando del Capitán Benito Martínez, los tenientes coroneles José Silva y Andrés Tolentino, el Teniente Coronel José María López, el Coronel José Nicolás Gómez y el Teniente Coronel Lorenzo Mises. La caballería estaba encomendada al Coronel José Mayol y al Teniente Coronel Juan Luis Rivero. Junto a Salcedo, como jefe, iba el General José María Imbert, el heroico defensor de Santiago en la jornada del 30 de marzo del año anterior. Los dominicanos no respetaron las murallas; asaltaron El Invencible y pusieron en fuga loca a los haitianos, mientras el Almirante Juan Bautista Cambiaso, desde sus buques guerreros, hostilizaba los refuerzos haitianos de Fort Liberté, que nunca llegaron a reunirse con el grueso de las tropas.

Al terminar el año los haitianos estaban vencidos, aunque no escarmentados, con el desastre de su escuadra frente a las costas de Puerto Plata, abatida por la Marina de Guerra dominicana.

Los meses que siguieron fueron de tregua. Al nonagenario Pierrot siguió el octogenario Jean Baptiste Riché. Cuando en abril de 1846 Pierrot, no escarmentado de sus desastres, intentó una nueva invasión de la República Dominicana, las tropas se negaron a seguirlo, le arrebataron el poder y se lo dieron a Riché. Si Guerrier fue el desastre, Riché era el caos. Los haitianos empezaron a vacar de sus luchas y sus preocupaciones. Volvieron a sus antiguas creencias, a sus supersticiones, a todas esas cosas que había frenado Boyer. Se formaron nuevas sectas de vudú, algunas, como los *guyons*, que inventaron un trágico ceremonial en el que se hacían sacrificios humanos. (16) Otros se apandillaron formando sociedades en las que predominó un sincretismo de vudú y catolicismo.

Riché murió y hubo que buscar un sustituto de los negros, para seguir contrarrestando el poder de los mulatos. La búsqueda fue infructuosa tras ocho escrutinios. Entonces se le ofreció la presidencia a un ex esclavo y ex general de la independencia: Faustino Soulouque. Soulouque era bastante torpe y para él la política no contaba. Fue, por tanto,

sorpresivo, que pensarán en él. Precisamente, la elección se debió a que, siendo tan torpe, lo estimaron perfectamente manejable.

“Soulouque había dado órdenes de que le despertaran cuando se supiese el resultado de la votación entre los senadores; así es que cuando un edecán llegó para advertirle que un grupo de solones le esperaban, creía él que se trataba de organizar una manifestación de la guardia del palacio, para honrar al nuevo mandatario. Uno de los senadores se adelantó de entre la comitiva para saludarlo respetuosamente como Presidente de la República. Soulouque montó en cólera y amenazó con azotar al primero que se permitiese mofarse así, impunemente, de su persona. Finalmente se convenció de la verdad de la cosa...”(17)

Lo habían elegido Presidente de Haití solamente por ser negro... y a perpetuidad.

Para aceptar la presidencia exigió que se le dejara gobernar al margen de la Constitución, bajo su propia ley. Organizó una especie de Gestapo, llamada *Zinglins* y aplastó una conspiración haciendo una terrible matanza de mulatos. Y este negro cruel, despótico, torpe y primitivo, hizo algo ridículo y sólito entre los haitianos: se hizo proclamar Emperador con el título de Faustín I.

Leyburn explica su coronación así:

“En el segundo año de su régimen, Soulouque decidió imitar a Dessalines, convirtiendo el estado en un imperio. Su coronación fue brillante, pero también costosa. Haciéndose llamar emperador Faustín I, creó una nobleza elegida mayormente entre sus generales negros—cuatro príncipes, cincuenta y nueve duques y numerosos condes, barones y caballeros.”(18)

Faustín I hizo una coronación asaz costosa para un país

tan pobre; creó además de la copiosa nobleza de negros, la Orden imperial y Militar de San Faustino y la Legión de Honor.

Esta coronación de Soulouque fue ridícula, porque él no tenía ni la prestancia de Dessalines ni la majestad de Cristobal. (19)

Un imperio se nutre de sus conquistas. Y Faustino I trató de conquistar la Rep. Dominicana. Ya no estaba Santana en el poder. El 4 de agosto de 1848 cedió a las presiones en su contra, y en una retirada estratégica renunció a la presidencia, sustituyéndole el General Manuel María Jimenes, quien se juramentó el 8 de septiembre de 1848. Jimenes fue una promesa frustrada que se desmoronó con la invasión de Soulouque, cuando hubo que llamar urgentemente a Santana para que detuviera el avance insolente de la patulea haitiana. El pánico cundió en Santo Domingo. No valieron las desesperadas fierezas de Duvergé: en su avance los haitianos pasaron por Azua, demoleedores, hasta que Santana apareció al frente del ejército. Entre tanto, el paso de los haitianos por el Sur era como una nube de langostas por un trigal: lo arrasaba todo. Pero ya las tropas dominicanas salían al frente. El combate tuvo lugar el 17 de abril de 1848 en *El Número*, y allí, pese a que parecía el duelo de David y Goliat, una vez más ocurrió el triunfo de David, cuando el General Duvergé alcanzó resonante victoria.

“El Número —dice Marrero Aristy— fue el primer revés que rompió el sortilegio de los avances y las victorias fáciles de los haitianos, habituados ya a empujar a un ejército defensor que, pareciendo fuerte en su estructura, se disolvía inexplicablemente cada vez que se le sometía a la prueba de un ataque” (20)

Otro encuentro, días después, tuvo lugar frente a Santana: la batalla de *Las Carreras*, que fue la más aplastante derrota que sufrieron los haitianos. Esta batalla, según Marrero, se desarrolló en tres etapas sucesivas: 1o. Ataque el día 19, de las avanzadas haitianas, que fueron derrotadas por las veteranas tropas de Domínguez; 2o. Ataque, el día 21, de los altos cerros que

bordean el río Ocoa, por las tropas que dirigía el propio Santana y culminó con una sangrienta victoria, y 3o. El ataque final del día 22 que fue la definitiva victoria. El bufonesco emperador se retiraba, pero copiando los mejores momentos de Dessalines y Cristóbal, lo iba incendiendo todo a su paso. Así quedaron arrasados los pueblos de Azua, San Juan, Las Matas de Farfán y Neyba.

Santana era de nuevo, con su ejército triunfante, dueño de la situación, frente al débil presidente que no fue capaz de enfrentar virilmente la situación.

El ensoberbecido emperador volvió a sus predios rumiando venganzas, humillado, derrotado. La guerra había sido muy costosa para Haití, cuyos gastos caían, como flagelo de agonía, sobre las trucidadas costillas del pobre pueblo.(21)

La situación política no era mejor en la República Dominicana; la ambición gritaba dentro del alma de Santana: era el jefe supremo de los ejércitos. Era, por tanto, dueño del país. Y entonces lanzó su poderosa proclama, en la que, entre otras cosas, decía:

"La capital es hoy centro del desorden y la anarquía. Las pasiones más mezquinas, miras puramente personales, están dominando al Gobierno de la República. De la estremada ineptitud, que todo lo ha desorganizado, ha pasado al terrorismo, que todo lo quiere destruir. Aquella población (Santo Domingo) está afligida y la República al borde de perderse; a nosotros toca salvarla también de los anarquistas como la salvamos del yugo de los haitianos."(22)

Y sublevó el Ejército triunfador contra el Gobierno, marchando bélicamente al ataque de la Capital. (23)

El presidente Jimenes tuvo que capitular y se embarcó para Curazao. Era rico y se arruinó, pues fueron pertinaces las persecuciones que se desataron en su contra. Se le confiscaron todos sus bienes para indemnizar el Estado, y los negocios que

emprendió en el exterior fracasaron, pues hasta allí llegaron las zarpas de sus enemigos. (24)

Por último cometió la insensatez de acogerse en Port-au-Prince a la protección de Soulouque donde, sumido en estrecha miseria, ejerció el oficio de panadero para poder vivir. Y allí murió.

Esta vez Santana estaba libre de enemigos. Junto a él tenía, como presunto aliado, uno de los hombres más talentosos que han terciado en política dominicana, pero el más taimado y el que menos fe tuvo siempre en los destinos de la patria: el General Buenaventura Báez.

Santana, como General en Jefe de los ejércitos hizo convocar los Colegios Electorales, que eligieron, por su recomendación, Presidente de la República, al ciudadano Santiago Espaillat, quien rechazó, dignamente, el honor que se le dispensaba, no obstante los ruegos del propio Santana para que desistiera de su negativa.

Entonces se eligió a Buenaventura Báez.

Así se inicia la carrera política más afortunada e insólita que conoce nuestra Historia.

Nada podía serle menos grata al General en jefe, tras la renuncia de Jimenes, que la presencia de este aventurero talentoso en el poder. Así, cuando el Presidente se juramentó, el 24 de septiembre de 1849, el General en Jefe hizo saber que aquél era su protegido.

De seguida Báez empezó a luchar tenazmente por obtener un protectorado de una potencia extranjera.

Bajo su presidencia, por primera vez los dominicanos llevaron la ofensiva a Haití —cosa muy contraria a Santana, partidario de la guerra defensiva— mediante una expedición naval que bombardeó algunas de sus ciudades y apresó numerosos barcos enemigos. Báez siguió gobernando en medio de una tensión presagiosa de calamidades, pero cuando bajó del solio en 1853, el balance de sus actuaciones fue positivo.

Le sustituyó el General Pedro Santana que ocupó el poder el 15 de febrero de 1853. El Libertador pudo iniciar un régimen de tolerancia, pero no quiso. Su alma agreste y dura no estaba

hecha para el atemperamento; todo lo que fuera obstáculo a su voluntad lo exasperaba, y empezó riñendo con la Iglesia, y después de una violenta interpelación al Arzobispo Mons. Tomás de Portes, en pleno Congreso, le entregó su pasaporte y le obligó a abandonar el país.

Su segundo paso fue la ruptura con Báez, que ya apuntaba como un afortunado caudillo, con el fin de destruirlo, acusándolo de pérfido y traidor, y expulsándolo del país.

Y su tercer paso fue la búsqueda de un protectorado. El Libertador no tenía fe en la libertad que había defendido.

Ya en 1854 hizo la reforma de la Constitución. Eliminó de ella todo lo que olía a libertad y se ensañó en la juventud idealista, empezando una más recia persecución de enemigos. Y una de sus víctimas más egregias fue el triunfador de *El Número* y *El Memiso*, el General Antonio Duvergé, junto con dos hijos, el Coronel Tomás de la Concha, el español José Dalmau, el anciano Alfonso Ibé, el Coronel Juan María Albert y otros más.

Duvergé es uno de los más bravos y meritorios héroes de toda la historia dominicana. Joaquín Balaguer le llama el *Sucre dominicano* y el *Cid indígena*(25), señalando como factores básicos de su personalidad: a) rectitud inmaculada; b) espíritu justiciero; c) instinto y energías militares; d) imperio natural; e) frugalidad espartana; f) dones de simpatía y de mando; g) infatigable patriotismo. A todo esto se agregó, para coronar su gloria, el martirio. Se afirma que Santana cometió la villanía de patear el cadáver de su víctima.

En tanto, Soulouque, no escarmentado de su fracaso anterior, preparaba, en 1855, una nueva invasión a la República Dominicana. Francia, Inglaterra y Estados Unidos quisieron impedirla, pero no fueron firmes en su propósito, y el Emperador tartamudo preparó la más poderosa ofensiva que había contemplado la Isla desde los tiempos de Leclerc. Los caminos de la invasión —Norte, Centro y Sur— se llenaron de negros perfectamente equipados con las mejores armas de la época. Pero ahora no había terror entre los dominicanos: niños y ancianos se enrolaron en las tropas patrias y salieron hacia el

frente cantando himnos de guerra y desplegando la bandera tricolor.

Los haitianos avanzaron por el Centro a base de cuantiosas pérdidas de sus frágiles patuleas, hasta llegar a la sabana de Santomé, donde el General José María Cabral los esperaba, y alcanzó una estruendosa victoria, con la muerte del Duque de Tiburón, a quien mató el propio Cabral en un personal encuentro en medio de la refriega. Esta batalla tan gloriosa, tuvo lugar el 22 de diciembre de 1855.

Por el Sur el encuentro ocurrió en Cambronal, de donde los haitianos se retiraron en estrepitoso desorden, dejando 350 muertos, incluyendo muchos de los jefes. De seguida los dominicanos se dedicaron a limpiar de enemigos todo el Sur. La flota dominicana con sus unidades *Cibao*, *Congreso*, *Libertador*, *19 de Marzo* y *Mercedes*, al mando del Almirante Cambiaso, contribuyeron a esta limpieza. En el Norte no les fue mejor a los invasores. Soulouque achacó su fracaso del Sur a traición de sus generales. Fusiló muchos de ellos y continuó la masacre entre lo más selecto de sus tropas. Entonces reunió 8,000 hombres que consideró completamente adictos a su persona, e inició una nueva invasión por el Norte, en la segunda quincena de enero de 1856. El General Juan Luis Franco Bidó se le enfrentó en la sabana de Beller, cerca de las márgenes del río Masacre. El haitiano trató de rehusar la pelea, pero al fin en Sabana Larga sufrió una nueva y más desastrosa derrota. El imperio de cartón con su corte circense(26) se desmoronaba, apolillado por la bancarrota y la miseria acentuada por los gastos de guerra.(27) Soulouque volvió a desfogar su cólega culpando a sus generales del desastre y realizando nuevas matanzas entre ellos, reveladoras de su insania.(28)

Tres años más duró esta pesadilla.

Durante los quince años que gobernó, los mulatos fueron víctimas de toda clase de tropelías, y aunque algunos haitianos, como Abel Nicolás Leger en su "Historia diplomática de Haití", tratan de justificar sus actos con la intención patriótica, su gobierno se vino abajo estrepitosamente en 1859, casi sin que nadie lo empujara. Lo sustituyó un hombre excepcional,

ni negro ni mulato, sino *griffe*, pero perteneciente a la élite haitiana: el General Fabrè Geffrard. Los dominicanos ya no tenían nada que temer. Pero Santana, que maduraba sus actos para la traición "en un gesto que no tiene comparación en los anales de los países americanos, se colocó nuevamente bajo España." (29)

Así comienza otra etapa de angustias y de gloria para la República Dominicana.

NOTAS

(1) He aquí los presidentes de la República desde 1844 a 1900: Gl. Pedro Santana; Gl. Manuel María Jimenes 1848- 1849; Gl. Buenaventura Báez 1849-1853; Gl. Pedro Santana 1853-1856; Gl. Manuel de Regla Mota 1856; Gl. Buenaventura Báez 1856-1858; Gl. José Desiderio Valverde 1858-1859; Gl. Pedro Santana 1859-1860; Gl. José Desiderio Valverde 1860-1861; Gobierno de España 1861-65; Gl. Pedro A. Pimentel 1865; Gl. José María Cabral 1865; Gl. Buenaventura Báez 1865; Triunvirato (García, Luperón y Pimentel) 1866; José María Cabral 1866-1868; Gl. Buenaventura Báez 1868-1873; Gl. Ignacio María González 1874-1876; Ciudadano Ulises Francisco Espaillat 1876; Gl. Ignacio María González 1876-1877; Gl. Buenaventura Báez 1876; Gl. Ignacio María González 1877-1878; Gl. Cesáreo Guillermo 1878-1879; Jacinto de Castro 1879-1880; Gl. Ulises Hereaux 1882-1884, Ciudad. Francisco Gregorio Billini 1884-1885; Gl. Alejandro Woos y Gil 1885-1887; Gl. Ulises Hereaux 1887-1889; Manuel María Gautier 1889; Gl. Ulises Hereaux 1889-1899.

(2) Muchas de las preocupaciones modernas, como la reforma agraria, eran consideradas por Duarte en esa Constitución.

(3) Bobadilla dijo, en el párrafo central de su discurso: "La tranquilidad, el día de hoy, reina entre nosotros. Una pequeña facción desde el mes de junio (no en favor de los haitianos) creada por la ambición, turbó el sosiego público y dio lugar a que en Santiago y Puerto Plata se nombrase ilegalmente y contra todos los principios, Presidente de la República a Juan Pablo Duarte, joven inexperto y que, lejos de haber servido a su país jamás ha hecho otra cosa que comprometer su seguridad y las libertades públicas; pero los amantes del orden y de los principios, los buenos patriotas, se apresuraron a poner remedio a esta especie de calamidad."

(4) "Congreso Constituyente de San Cristóbal (documentos varios) y Tributados (Actas de sesiones) 1844-1853. Serie II. "Documentos Legislativos" Vol. I. Colección Trujillo. Tomo 3. Ed. El Diario. Santiago, R.D. 1944.

(5) Este tema ha sido tratado exhaustivamente por Manuel Arturo Peña Batlle y Emilio Rodríguez Demorizi,

(6) Se dijo que había exclamado: "Si mi idea no es aceptada mi divisa será la salud del pueblo."

(7) Juchereau de Saint Denys perseguía que el art. 210 diera a Santana un poder que le hiciera posible la realización de la anexión del país a Francia. Esta paternidad puede adivinarse en la carta que el Cónsul Saint Denys dirigiera el 30 de

noviembre de 1844 al Cónsul Guizot en Port-au-Prince, en uno de cuyos párrafos dice: "...mis consejos prevalecieron y la Constitución definitivamente le ha acordado al Presidente de la República no sólo atribuciones muy extensas, sino un poder casi dictatorial y sin responsabilidad para el caso que la seguridad de la República pudiera ser comprometida hasta la conclusión de la paz con los haitianos".

(8) Del probo ciudadano Francisco Ulises Espaillat es el siguiente párrafo: "Santana, Jefe Supremo, convoca una Constituyente, a la cual asisten los hombres más ilustrados del país. Trabajan con ardor en la redacción de la Constitución y, ya que estuvo concluída, vióse destruída la obra de tantos afanes con la inserción del miserable 210."

(9) El Dr. José María Caminero fue enviado a los Estados Unidos de Norteamérica con una doble misión política: obtener el reconocimiento del nuevo Estado por la poderosa nación del Norte, y tratar de concertar con ella un tratado de comercio y amistad. Caminero, además de hacer acuñar en los Estados Unidos cincuenta mil pesos en monedas fraccionarias de cobre, compró armas para la defensa de la República.

(10) Ramón Marrero Aristy.- La República Dominicana. Origen y Destino del pueblo cristiano más antiguo de América. Ed. El Caribe. Santo Domingo. 1957.

(11) Las comisiones eran cuatro, radicadas en Santo Domingo, Azua, Santiago y Puerto Plata. Sus integrantes debían ser todos militares: un Coronel, presidente, un Teniente Coronel, un Capitán, un Teniente, un Alférez, un Sargento y un Cabo que conocerían y juzgarían de todas las causas y negocios que tiendan a la seguridad pública."

(12) Ulises Francisco Espaillat.- Partidos y gobiernos desde la independencia—en "Escritos de Espaillat." Ed. Amantes de la Luz. Santiago de los Caballeros. 1909.

(13) R. Marrero Aristy. Ob. cit.

(14) En mayo de 1845, Pierrot dirigió un Manifiesto a los dominicanos, conminándolos a unirse espontáneamente a Haití, que jamás renunciaría a la indivisibilidad de la Isla.

(15) "Uno de sus miembros, el Sargento primero Florentino Soler, abanderado del Batallón de Higüey, al ser súbitamente colocado en peligro de muerte por el ataque de un haitiano corpulento que cargó sobre él al fijar su bandera, clavóse en el sitio apoyado en el asta, y sacando rápidamente el machete que llevaba al cinto, de un solo mandoble trozó en dos mitades a su atacante." Marrero. Ob. cit.

(16) Thomas Maiou. Historia de Haití. Puerto Príncipe. 1847.

(17) Ricardo Pattee. Haití, pueblo afroantillano. Ed. Cultura Hispánica. Madrid. 1956.

(18) Jaime A. Leyburn. El pueblo haitiano. Ed. Claridad. Buenos Aires.

(19) Sus múltiples derrotas en la Rep. Dominicana lo confirman.

(20) R. Marrero A. Ob. cit.

(21) Leyburn dice, refiriéndose a Soulouque: "Durante los diez años subsiguientes a la coronación, Haití tuvo que acostumbrarse a las costosas expediciones contra la República Dominicana, casi todas las cuales terminaban en una derrota para Haití." (En la ob. cit.)

(22) Documentos para la Historia de la República Dominicana. Colección E. Rodríguez Demorizi. Ed. El Diario. Santiago. 1947.

(23) La escuadra dominicana, al mando del Almirante Juan Bautista Cambiaso, marchó también contra la Capital en apoyo de Santana.

(24) "Establecido en Venezuela, donde fundó una industria, hasta allí persiguió al ex Presidente la campaña de descrédito desatada por los autores de su caída y pronto se vio rodeado de un ambiente hostil que le obligó a marcharse. De nuevo en Curazao, quiso comerciar con la República Dominicana, cometiendo la locura de enviar un costoso cargamento de mercancías que al llegar a Santo Domingo fue confiscado por el gobierno. "Antes había tratado de irse a vivir a Puerto Rico, donde por gestiones del Gobierno dominicano fue rechazado. La confiscación de las mercancías caídas en manos de sus enemigos, lo dejó en la más completa ruina." R. Marrero A. Ob. cit.

(25) Joaquín Balaguer. El centinela de la frontera. Buenos Aires. 1962.

(26) Robert M. Walsh, Agente Especial estadounidense, mediador en la disputa entre Haití y la República Dominicana, escribe lo siguiente de la Corte de Faustín I: "El cumpleaños fue celebrado en estos días... Asistía en la recepción, en la que muchos brindis de felicitación a Su Majestad fueron pronunciados por las distintas diputaciones; él respondió a todos en términos que si hubiesen sido audibles, probablemente habrían sido inteligibles; pero Su Majestad se acorta y se encoje tanto, a lo que se agrega un defecto connatural de tartamudez, de manera que raras veces sus palabras logran traspasar las barreras de sus labios. Además, su conocimiento de la lengua francesa es exiguo, pues el único idioma que conoce es el criollo, si es que a tal calificativo de dignidad aspira el *patois* criollo del país. A las pocas palabras de cumplido que le dirigí, sus ojos telegrafiaron una breve respuesta, pero no llegó a mis oídos lo articulado por sus labios... Se me dice que la desconfianza de Su Majestad se debe a un intenso complejo de reconocimiento de sus propias limitaciones, que se combina con gran temor a lo ridículo. Su edad parece aproximarse a los setenta años, aunque su aspecto vigoroso no denuncia tan avanzada edad. El color de sus cabellos y el vigor de su cuerpo nos indicaba que había rebasado los cincuenta años. Su excesiva susceptibilidad fue la causa de la rencorosa enemistad que sintió su pecho contra los mulatos, los cuales, cuando él fue electo, se burlaron de su ignorancia real y aparente imbecilidad. Esta enemistad rencorosa se atenuó un poco el 16 de abril de 1848 cuando se efectuó la matanza de un crecido número de compatriotas de tez amarilla. Durante la recepción, la Emperatriz y su hija, la princesa Oliva, se sentaron cerca del Emperador, aunque no sobre la tarima donde estaba colocado el sillón que le servía de trono. La Emperatriz es una negra de aspecto bastante ordinario, y la princesa una niña de unos diez y once años, no promete sobrepasar a su augusta madre en encantos personales... Había un gran derroche de galones y entorchados dorados y de plumas oriflamas... Dos de las damas de honor de la Emperatriz, que estaban ausentes sin haber obtenido su venia imperial, fueron puestas en arresto y enviadas a expiar su crimen en un lugar solitario y apartado." Citado por Sumner Welles en La viña de Naboth. Ed. El Diario. Santiago de los Caballeros. R.D.

(27) En una carta que Walsh dirigió al Secretario Webster, describía así la situación de Haití: "El Gobierno haitiano, a pesar de su forma constitucional, es un depotismo del jaez más ignorante y corrompido, con un establecimiento militar tan enorme, que absorbe, para sustentarlo, la mayor parte de las rentas que ordeñan a las ya secas ubres de la prosperidad nacional, privando así a las labranzas de los brazos necesarios para su cultivo y llenando las ciudades de hordas pestilentes de ociosos, depravados irreformables. El Tesoro está en bancarrota... La población está sumida en una oscuridad cimerina que jamás podrá ser disipada, ni siquiera penetrada por los pocos débiles rayos de luz que emanan de porciones de las capas superiores del

conglomerado social. Las influencias de la vida civilizada —de la religión, de la literatura, de la ciencia y de las artes— si es que existen, no se hacen sentir en la masa del populacho... La prensa está amordazada a tal extremo que nada se imprime que pueda ser interpretado como crítica a los actos del Gobierno... La regeneración final de los haitianos me parece un sueño utópico de lo más extravagante." S. Welles. Ob. cit.

(28) En la obra de Pattee: "En 1855, Faustín I invadió nuevamente a Santo Domingo, a pesar de las protestas de las potencias, y esta expedición, concebida con la idea grandiosa de unir bajo su égida a la Isla, fracasó después de costar, como puede imaginarse, bastante caro en un Estado que no disponía de dinero y cuyas arcas, gracias a la fastuosidad del Emperador, andaban vacías. El Emperador gobernaba en sátrapa: fusilando a los que le desagradaban, condenando a la prisión a los que murmuraban y vengándose de las derrotas sufridas en la campaña del Este, con la sumaria ejecución de muchos de sus oficiales."

(29) R. Pattee. Ob. cit.

CAPITULO XV

ANEXION Y RESTAURACION



LREPARATIVOS DE LA ANEXION. En la República Dominicana ha habido dos bandos sempiternamente: el de los que nunca han tenido fe en el destino de la patria, que hoy llamaríamos *entreguistas*, y los que han luchado contumazmente por la libertad, que hoy llamaríamos *nacionalistas*. Los primeros, salvo a Haití, le entregarían, como Atalo a Roma, la patria a la primera potencia que buenamente la aceptara. Los segundos daban su vida por mantenerla libre y feliz. Al primer grupo pertenecen Santana, Báez, gentes sin fe y sin ideales; al segundo, Duarte, la más pura imagen del apostolado y el patriotismo que ha producido nuestra América.

Desde temprano empezaron las diligencias para enajenar el suelo sacrosanto. Mientras los trinitarios conspiraban para abrir los ventanales de la patria a los vientos de la libertad, el grupo que centraba Buenaventura Báez, no solamente buscaba el protectorado de Francia, sino que desaprobó el golpe del 27 de febrero de 1844, y para frustrarlo lo denunció al Presidente de Haití. Ya proclamada la independencia, Báez se declaró ciudadano francés.(1)

En tanto, los haitianófilos, convertidos en francófilos, se comunicaban con el cónsul francés en Port-au-Prince, Mr.

Levasseur, con el que conspiraban en contra de Haití, a favor de Francia, y con el que estructuraron el llamado *Plan Levasseur*(2), que hipotecaba la patria a Francia por diez años. En 1844 se siguieron las negociaciones con el Cónsul francés en Santo Domingo, Juchereau de Saint Denys, mediante un *Memorandum* más liberal y menos oneroso para el país(3) y que firmaron Tomás Bobadilla, Francisco del Rosario Sánchez, el Dr. José María Caminero, Pedro Valverde y Lara, Félix Mercenario, Mariano Echavarría, Carlos Moreno y Pablo S. Pujols.

La llegada de Duarte, el 14 de marzo de 1844, y la recepción triunfal que se le dispensó, frustró estos primeros planes. De seguida los dominicanos se dedicaron a la tarea de rechazar las primeras invasiones haitianas con las aplastantes derrotas del 19 y 30 de marzo, que no sólo fueron clamorosos triunfos para los dominicanos, sino que provocaron la estrepitosa caída del presidente de Haití, Charles Riviere Herard.

La victoria de Azua dejaba al General Santana, el menos independiente de los libertadores, dueño del poder. La Constitución de 1844 con su artículo 210 dio a Santana un poder faraónico; no conocía de otra cosa más que de sus ambiciones. El artículo 210 le había sido aconsejado por el Cónsul Juchereau de Saint Denys, así como la eliminación, por la muerte o el ostracismo, de todos los liberales.

Ahora estaba abierta la brecha para el ansiado protectorado francés. Los cónsules Saint Denys y Levasseur habían tratado de convencer a la Cancillería de su patria de la importancia estratégica de la bahía de Samaná o la Mole de San Nicolás, en Haití.(14) Empero, estas intrigas se desmoronaron; Francia no estaba interesada en esta aventura y el Ministro de Negocios Extranjeros en París, Mr. Guizot, rechazó el proyecto. En su mente estaban vivos los tremendos desastres de la expedición de Leclerc en la Isla.

Entonces Santana se volvió hacia España. Aprovechando la estada del Dr. José María Caminero en Washington, en busca del reconocimiento de nuestra Independencia, hizo diligencias con

el Ministro español en los Estados Unidos de Norteamérica, don Angel Calderón de la Barca, para insinuarle la anexión de la antigua Española, pues nada ansiaban tanto los dominicanos como vivir bajo el glorioso pabellón español. En tanto que elementos como José Joaquín Puello se oponían a toda injerencia extranjera, el nuevo Presidente de Haití, el octogenario Louis Pierrot, derramó de nuevo sobre el territorio dominicano sus patuleas de haitianos en sus invasiones de 1845. Estas invasiones fueron nuevos desastres para el afán de imperialismo que dominaba al haitiano, alcanzando los dominicanos las victorias de *Estrelleta* y *Beller*, y el total desastre de la armada haitiana frente a las costas de Puerto Plata.

Entonces hubo una tregua en las actividades bélicas, que duró cuatro años (de 1845 a 1849), los cuales fueron propicios para los planes anexionistas de Santana. Esta vez miraba para España, y sus efectivos auxiliares fueron Buenaventura Báez, el afortunado apátrida de la política dominicana, que fue el primero en pensar en España en los días pre independentistas del año 1843; Juan Esteban Aybar y José Medrano... ¡La patria corría un gran peligro!

Esta vez las negociaciones parecieron más fecundas, y fueron sus protagonistas Báez y el Capitán General de Puerto Rico, Conde de Mirasol, a quien aquél convenció de que todos los dominicanos, incluyendo al propio Presidente Santana, deseaban la protección de España. Mirasol era decididamente imperialista, de modo que hizo más propicias las negociaciones entre Santana y el Gobierno de Madrid, obteniéndose seguridades de Inglaterra y Francia de que estos países no se inmiscuirían en los asuntos de Santo Domingo.

Por más en secreto que quisieran guardar estas turbias actividades, algo se colaba por las grietas de la maledicencia. Así, cuando seis buques de guerra españoles atracaron en el Placer de los Estudios, en lugar de las manifestaciones de entusiasmos que esperaba Mirasol, lo que hubo fue alarma y movilización de masas. Santana no tenía todos los recursos para su abyecto triunfo: había perdido la colaboración de Tomás

Bobadilla, con quien empezaba a tener serias desavenencias, que culminaron en el rompimiento entre el Déspota y su Eminencia Gris, y con su Ministro de Interior y Policía, José Joaquín Puello, que gozaba de gran prestigio, como vencedor de la batalla de *Estrelleta*, y era totalmente opuesto a toda negociación que empeligrara la independencia patria.

Santana empezó a tejer la urdimbre de las intrigas más malévolas en torno a estos dos obstáculos, y desbrozó las malezas de sus contumacias, expulsando del país a Bobadilla y fusilando a Puello, sin respetar su dignidad ni sus laureles.

En 1848 las cosas marchaban mal para Santana. Su fiero despotismo se había hecho intolerable, viéndose obligado a renunciar el poder para agazaparse en su hacienda de *El Prado*, que será su refugio cuantas veces las circunstancias le sean adversas.

Pero las cosas no fueron mejores con la presidencia de Manuel María Jimenes. Sin capacidad para gobernar ni fuerza de voluntad para impulsar la nave de la patria por los mares de la superación, trataba de medrar en mar revuelta. El Comisionado en Santo Domingo del Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Zachary Taylor, escribió al Secretario de Estado Clayton en los siguientes términos:

"El Presidente Jimenes pasaba todo el tiempo peleando, acicalando, topando y jugando gallos, al extremo de que más de una vez fue necesario llevarle a la gallera, documentos oficiales que requerían su aprobación y su firma. Bajo el mando de él todo ha degenerado en confusión..."(5)

Todo era vacilación y relajamiento, de manera que la invasión de Soulouque tomó desprevenidos a los dominicanos, que iniciaron una desbandante retirada ante un pánico general. Hubo que llamar a Santana desde su posesión de El Prado, en tanto que se hacían apresuradas gestiones de protectorado frente a España, Inglaterra y Francia. Rehechas las fuerzas dominicanas, derrotaron desastrosamente a Soulouque en la

batallas de *El Número* y *Las Carreras*; pero ya Pedro Santana era de nuevo el amo.

Y una nueva etapa de persecuciones y crímenes se inició. Esta vez, Santana no dio la cara, y tras derribar al gobierno de Jimenes, dejó que fuera Buenaventura Báez quien escalara el escaño presidencial.

Dos ambiciosos políticos estaban frente a frente. Santana creyó que Báez sería en sus manos el polichinela de un guiñol cuyos hilos él movía a su antojo. Pero éste tenía otros planes y por cuenta propia inició los ya clásicos movimientos proteccionistas. De nuevo Francia rechazó la idea y entonces Báez siguió las diligencias con el presidente Taylor, de los Estados Unidos de Norteamérica, quien envió al país, como Comisionado Especial, al Sr. Benjamín Green que estaba "inoculado con el suero de la fiebre imperialista que recientemente se extendía con caracteres de epidemia en los Estados Unidos como resultado de la fácil adquisición de Texas y del más reciente triunfo de la guerra de México, y deseaba obtener para su propia nación un protectorado sobre la República Dominicana, o para sí, la ocasión de negociar la anexión en caso de que esto fuera factible."(6)

Si Báez lograba el protectorado por su cuenta, la estrella de Santana se eclipsaba, y empezaron a agrietarse las relaciones de los dos caudillos, campeones del entreguismo.

Para esa fecha el Emperador haitiano se movía, con la intervención diplomática de los cónsules de Inglaterra, persuadido como estaba de que una potencia extranjera en Santo Domingo empeligraba la independencia de Haití, en el sentido de lograr, a trueque de la paz, su intervención en la República Dominicana, mediante las siguientes condiciones:

1o. Los dominicanos reconocerán la autoridad soberana del Emperador e izarán la bandera haitiana.

2o. En compensación de esto, el Emperador Faustino promete nombrar solamente dominicanos para desempeñar los puestos dentro de los límites del territorio dominicano,

y le conferirá título de nobleza a los generales Santana y Báez, dejando al primero como Gobernador Militar del Departamento del Este y al segundo como Gobernador Civil del mismo Departamento.

3o. Asimismo también dará título de nobleza a tales otros dominicanos que fueren designados para tal honor por el Gobierno dominicano y consentirá en nombrar a varios dominicanos como miembros del Senado que tiene su sede en Port-au-Prince.

4o. El Emperador promete no enviar tropas haitianas al territorio dominicano, y permitirá a las autoridades dominicanas mantener su ejército y marina en igual estado de eficacia que existe al presente.” (7)

Esta cuasi claudicación del haitiano era, desde luego, obra de las potencias europeas mediadoras, y nunca de su propia voluntad omnímoda.

Báez respondió:

“Como el Gobierno dominicano ha solicitado la mediación de las tres grandes potencias, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos de América, no puede empezar negociaciones a este respecto antes de tener la certeza de la aceptación o el rechazo de su solicitud. Mientras tanto, no extrañéis de vernos hacer nuestros más grandes preparativos para repeler la agresión de nuestros enemigos, como lo hicimos en ocasiones anteriores, cuando estábamos menos preparados que ahora para defender nuestro territorio”. (8)

El ensoberbecido Emperador ardió en encono, vomitó su cólera insensata y juró acabar con todos los dominicanos, no dejando vivo ni un pollo.

En tanto, el Presidente Taylor de los Estados Unidos murió, en el verano de 1850, sustituyéndole Millard Filmore. Su

Secretario de Estado, Daniel Webster, revocó en su misión antillana al Sr. Green.

El 15 de febrero de 1853, el General Pedro Santana fue elegido de nuevo Presidente. Ahora le era dable impulsar solo los planes anexionistas, y su primera medida fue romper con Báez desatando contra él una activísima campaña de descrédito. Aplastó la nueva invasión de Soulouque de 1859, y se dispuso a obtener la anexión a España de la patria libre.

MATRICULA DE SEGOVIA

Un tratado de reconocimiento, comercio y navegación que celebró Santana con España, trajo como Encargado de Negocios de España a don Antonio María Segovia, personaje que, a despecho de la soberbia santanista, será el árbitro de la República Dominicana por su casi enojosa intrusión en las cosas dominicanas.(9)

Entre tanto Santana, con alarma de los cónsules de Inglaterra y Francia, y el temor de los haitianos, inició negociaciones con el Gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica para el arrendamiento de la bahía de Samaná. También encontró la oposición del Cónsul Segovia, que empezó a meter cuñas de intriga en la política dominicana, tratando de influenciar al Vicepresidente Manuel de Regla Mota y algunos ministros, ya que no había podido ver al General Santana, agazapado en Azua, quien no se había dignado venir a Santo Domingo, ni siquiera para recibir la condecoración de la reina de España, de que el Cónsul era portador. Esto incendió el odio del español contra el líder dominicano, y prevalido de su inmunidad diplomática, se dispuso a hacerle todo el daño posible, con el instrumento de una falsa interpretación del artículo 7o. del Tratado hispano-dominicano.(10) Según esto, todo dominicano que se matriculase como súbdito español en el Consulado, pasaba a ser ciudadano de la Madre Patria y quedaba horro de la garra tiránica del Dictador.

Enorme cantidad de opositores a Santana corrieron a ponerse bajo la protección de la matrícula, y aunque el

Gobierno, alarmado, hizo una enérgica protesta con la que logró suspender por corto lapso las matriculaciones, pronto volvió el intruso Cónsul a las andadas. Las pretensiones de Segovia eran, en realidad, llevar al poder a Buenaventura Báez, creyéndolo más manejable y opuesto a las negociaciones con los Estados Unidos de Norteamérica. Resulta, en cambio, insólito, que el soberbio Santana tolerara con tanta pasividad estas cosas, so color de no perder la amistad de España, bajo cuyo pabellón alguna vez pretendió gobernar.

Las actividades, asaz descaradas, del Cónsul Segovia, socavando la autoridad de Santana, que había fracasado, además, en sus negociaciones con los Estados Unidos de Norteamérica, lo llevaron a hacer una de sus retiradas dramáticas y casi folletinescas, y en mayo de 1856 renunció a la presidencia y fue a sus posesiones de El Prado.

Lo sustituyó el vicepresidente, General Manuel de Regla Mota, quien asumió el poder el 26 de mayo de 1856. Parecía un triunfo de Segovia y ostensiblemente lo era, pero el General Regla Mota, en realidad, fue un títere del caudillo y mantuvo frente a la insolencia del Cónsul español, las mismas debilidades que su maestro. Aquél pasó de los atrevimientos a la insolencia, de las palabras duras al insulto soez. Llegó, incluso, aprovechando la presencia de buques de guerra españoles en el puerto de Santo Domingo, a exigir satisfacciones personales del Secretario de Relaciones Exteriores, don Joaquín del Monte, por una supuesta ofensa que se le infirió al pabellón español, cosa que se hizo con aparato de comedia en su despacho, mientras los cañones de la fortaleza saludaban la bandera española ondeante en los buques. Hizo más Segovia; fue a Saint Thomas a entrevistarse con Báez, y, tras el restablecimiento de la libertad de prensa por Regla Mota, se empezó a reeditar el periódico baecista *Eco del pueblo*, dirigido por Manuel María Gautier, que defendía, descaradamente, la matrícula de Segovia.(11)

Las cosas subieron de grado hasta el límite de lo intolerable: el Cónsul español exigió abiertamente el retorno de Buenaventura Báez, a la vez que se entrevistaba secretamente el

18 de julio, teniendo como aliado a los cónsules británico y francés, con el presidente, para exigirle la interrupción de las negociaciones con el Gobierno de Washington. Regla Mota hizo un último esfuerzo para lograr el apoyo de los Estados Unidos. Sumner Welles dice al respecto:

“Como último recurso, el Presidente pidió que el Agente comercial, Elliot, fuese en persona a Washington para convencer al Gobierno americano de la urgente necesidad de prestarle apoyo al Gobierno dominicano si quería mantener la vigencia del tratado. Se le autorizó al Señor Elliot a ofrecer al Gobierno americano, no solamente cualquier sitio en la bahía de Samaná, que deseara para la estación carbonera, sino las ventajas comerciales, cualesquiera que fuesen, con la condición de que “los Estados Unidos resguardarían al Gobierno dominicano de las consecuencias de tales concesiones.” El día 2 de agosto el Sr. Elliot salió para Washington; pero resultó incapaz de despertar en el Presidente Pierce ni en el Secretario Marcy su dormido interés: no pudo moverlos a hacer ninguna acción favorable al Gobierno dominicano.”(12)

Regla Mota y Santana estaban vencidos; el primero dictó la Ley de Amnistía que permitió el retorno de Báez, el poderoso caudillo opositor, a quien se le preparó una aparatosa recepción, y Santana renunció a la Jefatura de las Fuerzas Armadas.(13)

Tras la renuncia del Vicepresidente Abad Alfau vino la del presidente de la República, y la elección de Buenaventura Báez para este cargo supremo.

Era el triunfo del intruso español y la derrota del caudillo que no tuvo la energía suficiente para eruirse sobre su orgullo e imponer su dignidad a las insólitas pretensiones del exótico personaje falaz.

SEGUNDO GOBIERNO DE BUENAVENTURA BAEZ

El 8 de octubre de 1856 tomó posesión de la Presidencia

de la República, por segunda vez, el General Buenaventura Báez. Volcán de odios, traía abierto el cráter de su alma al fuego de venganza que ardía en sus entrañas. Y toda la lava ardiente de su sima bañó la frente de su enemigo mortal: Santana. El tigre y la pantera se lanzaban zarpazos implacables. Era la revancha maldita que se erguía, enlutecedora y trágica. ¡Qué importaba que entre ellos existiera un pacto de reconciliación! Para los sátrapas los pactos son letra muerta y el pergamino donde se escriben, mero papel, feble y deleznable.

Muchos santanistas tomaron el camino del destierro, y Santana, blanco de pálido encono, temblaba ante los insultos soeces que contra él publicaba el diario gubernamental *La Acusación*, fundado el 20 de noviembre de 1856, y que losregoneros repetían de viva voz cuando lo vendían por las ciudades.(14) Dirigía este diario uno de los trinitarios a quien Santana había expulsado del país en 1844 junto con Duarte, Sánchez y Mella: Juan Evangelista Jiménez.

Detrás de los insultos verbales vino la acción: el 10. de diciembre, en una sesión tumultuosa de la Cámara del Senado, varios legisladores lanzaron acerbas acusaciones contra el otrora presidente y Libertador, pidiendo que se derogara la concesión que se le había hecho de la isla Saona, al tiempo que se publicaban manifiestos de protestas por los numerosos crímenes que cometió durante el fusilamiento del grupo que encabezaba el prestigioso y recio independentista General Antonio Duvergé.

Al fin, el 11 de diciembre, el Senado dictó una resolución en la que se hacía a Santana reo de acusación y ponía su casa bajo la jurisdicción del Ministro de Justicia. Era la represalia, la mezquindad de la venganza fácil. Santana se movió con celeridad. No le cabía duda de la suerte que le esperaba, de acuerdo con los procedimientos que siempre había usado. Envió rápidamente emisarios a los cónsules de Inglaterra, Francia y España, explicándoles su situación, la violación del Presidente Báez al pacto de reconciliación que lo exaltó al poder y su deseo de salir prestamente a un exilio voluntario. El Cónsul de Nueva Granada se sumó a los tres mediadores escribiendo al Senado un mensaje en el que pedía clemencia para el caído. Tras un

Consejo de Gobierno, celebrado el 12 de diciembre, el Presidente se reunió con el Senado y trató ampliamente del caso Santana. Se inició con un discurso demoledor en el que el Presidente hizo tabla rasa de los méritos de Santana; enumeró sus crímenes y pidió, magnánimamente, que se le aplicara al "traidor" la pena que merecía. El Senado decidió poner en manos del Ejecutivo el destino del reo.(15) Por orden del Ejecutivo, el General José María Cabral, a la cabeza de 300 hombres de caballería, se apersonó en la residencia del perseguido, en El Seybo, y lo hizo prisionero.(16) Luego fue expulsado del país.(17)

¡Indignidad sobre indignidad! Báez no hizo otra cosa sino pagarle a Santana con la misma moneda. Pero en la balanza de la patria, Santana pesaba toneladas frente a la fragilidad del apátrida de la política.

Como si todo quisiera confabularse a favor de la política del baecismo, terminó el insólito poderío del Cónsul español Antonio María Segovia, gracias a las diligencias practicadas por nuestro Representante en Madrid, el Señor don Rafael María Baralt(18), quien logró, pese a todos los esfuerzos que hicieron en contrario el Cónsul Segovia y el Presidente Báez, que se hiciera una correcta interpretación del art. 7o. del Tratado domínico-hispánico. El Gobierno español, aunque el Ministro dominicano de Relaciones Exteriores, don Félix María Del Monte, desautorizó a Baralt, asqueado de la bajeza del mandatario dominicano, destituyó a Segovia. Fue, a pesar de sus propios deseos, fortuna para Báez la desaparición de esta espina irritativa.

¿Qué hacía Báez por las bienaventuranzas del país? Nada. ¡Sátrapa protervo! El país marchaba hacia el abismo de sus ruinas, y el 8 de julio de 1857 estalló la revolución, seguida de un *Manifiesto* donde se consignaban todos los males que el país debía a la administración que querían suplantarse (19), y que firmaban todos los altos personajes representativos de la región Norte y el Cibao. (20)

Para darle fuerza a la Revolución, se formó un gobierno revolucionario en Santiago, bajo la presidencia y vicepresidencia

del General José Desiderio Valverde y Benigno Filomeno Rojas.

Todo el Cibao ardió al influjo de la Revolución permitiendo la entrada, por decreto del 11 de julio, de todos los exiliados, incluyendo al depuesto Presidente Pedro Santana, que se encontraba en Saint Thomas.

No valió que Báez dispusiera de los generales Francisco del Rosario Sánchez y José María Cabral para oponerlos a la revolución; ésta crecía, como reguero de pólvora.

La lucha fue encarnizada, digna de que se defendieran mejores intereses, y pronto estuvo sitiada la capital, postrer refugio gobiernista. El Gobierno acusaba de los peores delitos a la Revolución; los revolucionarios, por su parte, contracusaban, y entonces Santana, que desde Saint Thomas lo observaba todo, taimado y oportunista, aunque la mayoría de las acusaciones de la Revolución lo salpicaban, como ésta se había estancado, apareció, en actitud bélica, en el Cibao, el 25 de agosto de 1857, acompañado de sus incondicionales, el General Manuel de Regla Mota, el Coronel Pedro Valverde y Lara y su sobrino, el Teniente Coronel Manuel Santana.

Todo se iba haciendo caótico, cuando decidieron intervenir — ¡eterna intrusión exótica en las cosas dominicanas! — los cónsules Juan del Castillo y Jovellanos, de España; Saint Andrés, de Francia, y Martín Temple Hood, de Inglaterra, con el propósito de ponerle fin a la contienda, salvando la vida de Báez, cosa que los revolucionarios aceptaron a regañadientes. (21)

Ante la inminente rendición, Báez aprovechó varios días para embarcar sus cuantiosas riquezas, muchas de ellas mal habidas. Y abandonó al país el 13 de junio, en el buque *27 de febrero*, con rumbo a Curazao.

Ido el presidente, Santana usufructuó por la fuerza, las ventajas de la revolución, por lo que hubo una cruenta guerra civil que duró un año, al cabo de cuyo lapso asumió la presidencia, de nuevo, el General Pedro Santana, en 1859.

Todos los esfuerzos del Libertador se dirigirán ahora a la consumación del protectorado español.

LA ANEXION A ESPAÑA.

Para la República Dominicana fue infortunio la presencia de Santana, con su elástica espada como Tizona invencible. Pero nadie tan nefasto como Báez. La exaltación de Buenaventura Báez al poder en el 1856, después de un primer período más o menos afortunado, gracias a su talento y a su prestigio, pareció providencial. No fue así. El probo ciudadano Francisco Ulises Espaillat, dice al respecto:

“El Señor Báez, a quien, con razón o sin ella, se suponía hombre de elevada inteligencia y profunda instrucción, no encontró cosa mejor que imitar a su terrible émulo y el año 56 inauguró su política expulsando del país al mismo que poco tiempo antes lo hiciera elevar a la primera magistratura del Estado. La expulsión de Santana, que para el señor Báez era su salvación, contribuyó, y no poco, al levantamiento del año 57 y a la caída del malaconsejado político. Bien es verdad que el señor Báez debía encontrarse sumamente embarazado, si recordamos los medios por los cuales acababa de subir al poder, la importancia del partido de Santana y la relativa insignificancia del suyo. El caso es que cayó el señor Báez, subió Santana y siguió practicándose el mismo sistema: el sacrificio de un partido a otro. Así anduvo la cosa, hasta que Santana y los suyos, temerosos siempre de que, tarde o temprano, volviera el señor Báez al poder y tuvieran que tomar ellos la de Villadiego, se dijeron, lisa y llanamente: “ni tú ni nosotros”; y sin pararse en pelillos negociaron con el Gobierno español la nacionalidad de la República, que pocos años antes había sido reconocida solemnemente por aquél.” (22)

Los esfuerzos del nuevo presidente sólo se dirigieron a conseguir la anexión a España, para lo cual envió una larga *Exposición al Gobierno español*, el 21 de octubre de 1859. Le sirvieron de pretexto los rumores de que Soulouque, no

escarmentado con sus repetidas derrotas, preparaba una nueva invasión. Pero en diciembre de 1858, el ridículo emperador haitiano fue destronado por un golpe de estado militar, volviéndose, bajo el General Favre Geffard a la forma republicana, y Santana siguió con sus esfuerzos por empeñar la independencia. Por más cautelosos que fueran los pasos de Santana, el pueblo olía, con notorio desasosiego, lo que se preparaba.

Pedro Santana no pudo escoger mejor momento para encaminar sus diligencias, cuando después de la guerra de Africa y las resonantes victorias de Marruecos, de 1859 y 1860, soñaba España con el renacer de parte de su imperio. Jefe del Gobierno español lo era el liberal Leopoldo O'Donell, quien usufructuaba poderes casi parejos a una verdadera privanza. La reina Isabel II era inepta y limitada y cualquier político de fortuna podía medrar fácilmente a su sombra. El turno era, entonces, del Ministro O'Donell. El imperio soñado podía integrarse con el regalo de La Española que el Atalo antillano le hacía.

El primer enviado del Ministro español a la República Dominicana fue el Brigadier don Joaquín Gutiérrez de Ruvalcaba, quien llegó al país el 5 de julio de 1860, para conocer el problema y tantear las posibilidades de consumar la anexión.

Santana se encontraba en las regiones fronterizas y el Enviado español se entrevistó con el Vicepresidente Abad Alfau, y luego con el Gabinete en pleno, los que trataron de convencer al español de que todo el pueblo anhelaba la anexión y de que el movimiento independentista de Núñez de Cáceres había sido obra de unos cuantos, en contra de la voluntad de la mayoría. Esa fue la impresión que se llevó Ruvalcaba a Cuba, donde el Capitán General Francisco Serrano, uno de los tantos favoritos de Isabel II, era favorable a los proyectos de Santana.

En los primeros días de octubre de 1860, llegó a Santo Domingo el Segundo Cabo de la Isla de Cuba, Brigadier don Antonio Peláez de Campomanes, acompañado de Antonio Delfín Madrigal. Trataba de investigar la verdadera actitud del pueblo dominicano acerca de lo proyectado. Llegados los

españoles a Puerto Plata, pusieron al General Ramón Mella en el camino de la sospecha, y al acompañarlos a la Capital, barruntó todo lo que se tramaba contra la dignidad de la patria.

La entrevista entre los enviados españoles y Santana, como en sus días mejores agazapado en El Prado, fue completamente secreta en San José de Los Llanos, el 12 de octubre de 1860. Al partir Peláez para La Habana, le acompañó el Ministro de Hacienda dominicano, don Pedro Ricart y Torres, a quien se unió el Cónsul Mariano Alvarez. Los dominicanos llevaban carta del Vicepresidente Alfau que transmitía un Mensaje del Presidente, donde se estipulaban, según José de la Gándara, los siguientes puntos:

"1o. Que se conservara la libertad individual sin que jamás pudiera restablecerse la esclavitud en el territorio dominicano.

"2o. Que la Republica Dominicana se considerará como una provincia de España, y disfrutará como tal de los mismos derechos.

"3o. Que se utilizarán los servicios del mayor número posible de aquellos hombres que los habían prestado importantes a la patria desde 1844, especialmente en el ejército, y que podían prestarlos en lo sucesivo a S. M.

"4o. Que como una de las primeras medidas mandara S. M. a amortizar el papel actualmente circulante en la República.

"5o. Que reconocerá como válidos los actos de los gobiernos que se habían sucedido en la República Dominicana desde su nacimiento de 1844." (23)

Si S. M. prefería un protectorado a la anexión: entonces se establecía el siguiente *status*:

"1o. Que Su Majestad Católica garantizara la integridad

del territorio de la República, cuyos límites eran reconocidos por el tratado de Aranjuez.

2o. Que asimismo garantizara S. M. C. la independencia y soberanía de la nación dominicana, y le facilitara armamentos, petrechos, buques de guerra, y tropas, si los necesitaba, en caso de que la República se viera amenazada por una invasión haitiana u otra.

3o. Que S. M. consintiera en que vinieran desde la península, Cuba o Puerto Rico, sargentos y oficiales del ejército para la formación e instrucción del dominicano.

4o. Que S. M. consintiera también en que se estableciera una corriente de inmigración de las islas Canarias o de otros puntos de la península, costeada por ella misma, reconociendo la República una deuda nacional por la suma a que ascendiera esta operación." (24)

A cambio de estas concesiones, la República Dominicana se comprometía a:

"1o. No celebrar tratados de alianza, ni convenios especiales de guerra ofensiva y defensiva, sino de acuerdo con España.

2o. No celebrar tratados con ninguna otra nación contrarios a la política y a los intereses de España.

3o. No arrendar puertos ni bahías, ni hacer concesiones temporales de ellos ni de terrenos, bosques, minas y vías fluviales, a ningún otro Gobierno.

4o. Dar a los oficiales y sargentos instructores a su llegada a la República Dominicana, y si tal fuera el beneplácito de S. M. C., el grado ascenso inmediato.

5o. Que los puertos y bosques de la República se

franquearan para el servicio de la marina española.” (25)

Al entregar el mensaje a Serrano, el Ministro dominicano expresó que “el deseo preferente del Presidente Santana, de su Gobierno y de la mayoría del pueblo dominicano, sería que el Gobierno de S. M. C. admitiera la anexión como medio más útil y provechoso para ambos países.” (26)

Al principio O'Donell se mostró muy receloso. Era caso insólito la entrega voluntaria de la libertad. El pueblo empezó a vislumbrar la punta de la espada homicida dirigida al corazón de la patria. Entre los años 1860 y 1861 empezaron a sentirse voces y movimientos de protesta.

El grito de alarma lo dio Ramón Mella, difundiendo secretamente los detalles del crimen tramado. Como en los días de La Trinitaria conspiraba para impedir la alevosa merca de la patria. Fue descubierto y reducido a prisión.

El camaleón de la política dominicana, Tomás Bobadilla, yancófilo, y Manuel Joaquín Del Monte, partidario del protectorado norteamericano, enviaron mensajes secretos a Francisco del Rosario Sánchez en Saint Thomas, quien se encontraba enfermo, lo que no fue óbice para que se levantara de su lecho y preparara la expedición con que debía oponerse a los planes anexionistas.

Sánchez empezó por convencer al Presidente de Haití, Favre Geffrard, del peligro que entrañaba para su país la ocupación de la República Dominicana por una potencia como España.

Ya se habían ahogado en sangre movimientos revolucionarios surgidos en Moca con el fin de impedir la anexión.

En tanto, Sánchez encontró la colaboración del General José María Cabral, quien gozaba de gran prestigio en el Sur y obtuvo del medroso presidente Geffrard, la autorización para penetrar en territorio dominicano por Haití. Desde el mismo Saint Thomas lanzó, en febrero de 1861, el célebre Manifiesto justificativo de su acción.

Ya copiamos párrafos del mismo, los cuales terminaban con esta elocuente frase:

"Yo soy la bandera nacional."

Sánchez cometió la gallarda insensatez de comunicar a Santana su disposición de luchar contra el crimen tan fríamente preparado. De modo que todos sus pasos en Haití eran cuidadosamente seguidos por los esbirros secretos del sátrapa dominicano y el Encargado de Negocios español en Port-au-Prince, Mariano Alvarez.

Al altivo Manifiesto de Sánchez, henchido de patrióticos fulgores, contestó Santana con un sucio documento calumnioso donde decía:

"El cobarde que jamás ha sacado la espada en defensa de la patria; el que vociferaba haber sido de los héroes del 27 de febrero; el que toma de pretexto para su deslealtad la defensa de la nacionalidad dominicana; el ex General Francisco Sánchez... busca hoy los haitianos para solicitar de ellos tal vez poner por obra los planes de Domingo Ramírez..." (27)

En tanto Geffrard, no soportando las presiones a que España lo tenía sometido, mantenía a Sánchez prácticamente paralizado en Haití. En Curazao se había formado una Junta Revolucionaria que provocó una denuncia al mundo, titulada *La gran traición del General Santana*, y que redactó Manuel María Gautier, del cual son los siguientes párrafos:

"Santana prefiere la falsa gloria a la gloria verdadera; la esclavitud de sus conciudadanos a su libertad; una o dos cruces al título de Libertador; la capitanía española a la presidencia de la República Dominicana.

"Santana ha sido irreflexivo en extremo al proyectar su traición... Irreflexivo ha sido también el Gabinete español.

“La España es una monarquía constitucional, amenazada siempre por el absolutismo borbónico.

Santo Domingo es una República Libre, atormentada por un tirano, fácil de echarlo por tierra; el cual no tiene descendientes que le hereden en línea alguna.

En la España hay distinción de clases y de gremios; es decir, está consagrada la desigualdad.

La República Dominicana desconoce todas esas distinciones y tiene garantizada la igualdad en general.

La España mantiene la esclavitud en sus colonias.

La República Dominicana ha abolido para siempre la esclavitud.

La legislación civil y criminal de España no se ha asimilado aún a las de las demás naciones civilizadas.

En la República Dominicana rige el derecho civil y criminal de Francia, con algunas modificaciones de localidad.

En la República Dominicana la previa censura está abolida.

El comercio de España está sujeto a todas las trabas del exclusivismo.

“El patriota General Francisco Sánchez, el caudillo de la Independencia, el hombre del 27 de febrero, acaba de protestar al mismo Gobierno de Santo Domingo contra el tráfico de su patria, y se lanza a la revolución con una de esas resoluciones que preludian un gran triunfo. Se fue a Haití y entrará en el territorio dominicano por sus fronteras del Sur.

Este hecho que en otros tiempos hubiera parecido un

crimen, es aceptado de sus conciudadanos. Ni un solo cargo, ni una sola sospecha se ha levantado contra aquel ciudadano a quien todos juzgan, donde quiera que se halla, el representante de la bandera de la cruz... etc." (28)

El 27 de febrero de 1861, aniversario de la Independencia, se produjo un hecho de grandes relieves patrióticos. En el *Te Deum* que con motivo de las fiestas patrias se celebraba en la Catedral, y al cual asistió Santana y su Gabinete, se irguió la figura de una de las más recias personalidades del Clero dominicano, el Vicario Fernando Arturo de Meriño y dirigiéndose al Déspota que rumiaba su soberbia en los escaños sagrados, le dijo:

"El patriotismo es la primera de las virtudes cívicas, es la base de la estabilidad y progreso de los pueblos..."

"Vos, Primer Magistrado de la República, permitid a un Ministro de la divina palabra, que al hablar delante de vos en este solemne día os encarezca el amor que debéis tener a vuestros conciudadanos y que, como depositario que sois de las confianzas de la nación, trabajéis con un celo constante en provecho de la comunidad. Tenéis en vuestras manos el arma poderosa de la opinión pública: arma invencible que os ha cubierto de gloria cuando habéis luchado protegiendo los intereses comunes en defensa de la patria; herid con ella el egoísmo. La nación os mira como caudillo de la libertad; sostened, pues, con honor el glorioso pendón de la independencia. Trillad la senda de la justicia, haced siempre el bien; que la vida es corta, el poder de los hombres pasa, el juicio de Dios es recto y la Historia queda en manos de las generaciones venideras." (29)

Nadie le había hablado tan claro al Déspota. Y ese mismo día, en el pueblo de Baní hubo una protesta pública de la gente connotada y a cuya cabeza iba el Conronel Wenceslao Guerrero,

comandante de Armas; gritaban opuestos a cualquier atentado que se intentara en contra de la patria. El Gobierno no tomó represalias contra los manifestantes; solamente destituyó al Coronel Guerrero. A los banilejos se les aseguró, enfáticamente, que jamás, mientras Santana fuera presidente, la patria correría peligro. Pero prácticamente ya el crimen estaba perpetrado, después de haber colocado en todos los puntos claves del país, a militares de confianza, a quienes envió mensajes notificándoles que el 18 de marzo de 1861 sería el escogido para la entrega de la patria. (30) Había que dar la impresión de que era una entrega total con entero beneplácito del pueblo.

“El Ministro de Guerra —dice José G. García—, General improvisado Miguel Lavastida, salió para las provincias del Cibao a dirigir los pronunciamientos de esos pueblos, considerados como los más peligrosos; el General Mella, por su ardor patriótico, fue embarcado para el extranjero en calidad de expulso; el Brigadier don Francisco Fort llamó a todos los súbditos de S.M.C., residentes en la Capital para formar un batallón de milicias; los oficiales del ejército español fueron agregados a la comandancia de armas y al cuerpo de artillería; el vapor *Pizarro* eligió como fondeadero el puerto de Las Calderas para estar en expectativa de los acontecimientos; el General Santana asumió el mando en su calidad de Presidente e hizo llamamientos aislados para irse atrayendo parcialmente a los militares de su partido que podía seducir; las propiedades que como remanentes de las que dejaron los haitianos le quedaban al Estado fueron distribuidas en pago de sueldos o de acreencias imaginarias entre los adeptos principales de las causas anexionistas, tocándoles a unos las casas, a otros los barcos y a muchos, los más, feraces terrenos; los ascensos militares fueron prodigados a manos llenas y hasta hubo distribución de grados masónicos, repartos que el vulgo apellidó *bautismos*, todo en previsión de quedar asegurados y en actitud de sacar las mayores ventajas posibles del cadáver de la patria, que en vano quisieron hacer resucitar algunos buenos dominicanos...” (31)

Tocó al gran tribuno y acrisolado patriota Fernando Arturo de Meriño iniciar una protesta activa. Actuó

rápidamente y se buscó la colaboración de los generales Eusebio Manzueta y José Leger, para dar un golpe antianexionista, que fracasó por la celeridad con que fue preparado. (32)

Estos momentos aciagos de la patria se conocen puntualizados hasta el último sorbo amargo.

La noche del 17 de marzo se vieron en las calles de Santo Domingo varios hombres colocando papeles en las paredes, donde se invitaba al pueblo a concurrir al otro día temprano a la plaza de la Catedral. La gente hesitaba, murmurando por lo bajo de lo que podía tratarse. Por más silenciosamente que transcurrieran las negociaciones algo había trascendido, aunque muchos se resistían a creerlo.

Al otro día, en la plaza, estaban las tropas desarmadas; luego apareció Santana vestido con entorchados militares, seguido de su séquito. Ante un silencio elástico penetró en el Palacio y luego apareció en el balcón para leer su Proclama de rendición total, la cual terminaba así:

“Sí, dominicanos: de hoy más descansaréis de la fatiga de la guerra, y os ocuparéis con incesante afán en labrar el porvenir de vuestros hijos.

“La España nos protege, su pabellón nos cubre, sus armas se impondrán a los extraños; reconoce nuestras libertades, y juntos las defenderemos, formando un solo pueblo, una sola familia, como siempre lo fuimos; juntos nos presentaremos ante los altares que esa misma nación erigiera; ante esos altares que hoy hallará cual los dejó, intactos, incólumees y coronados aún con el escudo de sus armas; sus castillos y leones, primer estandarte que al lado de la cruz clavó Colón en estas desconocidas tierras, en nombre de Isabel I, la Grande, la Noble, la Católica; nombre augusto que al heredarlo la actual Soberana de Castilla, heredó el amor a los pobladores de la Isla Española; enarbolemos el pendón de su monarquía y proclamémosla por nuestra Reina y Soberana.

“¡Viva doña Isabel III! ¡Viva la Libertad! ¡Viva la Religión! ¡Viva el Pueblo Dominicano! ¡Viva la Nación Española!” (33)

Entonces se procedió a enarbolar el pabellón español, al compás de ciento un cañonazos. De ahí se pasó a la Catedral donde, en ausencia de Meriño, enemigo declarado de la anexión, ofició un Te Deum, el padre Moreno del Cristo.

Mientras muchas poblaciones se iban pronunciando a favor del crimen de la lesa patria, hubo que mandar fuerzas a Barahona donde el Coronel Tomás Bobadilla hijo, se negó a pronunciarse, y en San Francisco el pueblo se amotinó, y las tropas ametrallaron la multitud.

En Puerto Plata, Ramón Mella, que llegó a bordo de un buque inglés, trató, inútilmente, de levantar el pueblo, pues las autoridades no lo dejaron desembarcar.

PROTESTAS CONTRA LA ANEXION

La primera protesta contra la anexión la encabezó José Contreras, Coronel de caballería, el 2 de mayo de 1861, que fue ahogada prontamente por el anexionista General José Suero, y fusilado el héroe el 19 de mayo, junto con 24 personas más. (34) Los españoles protestaron de estos fusilamientos haciéndole críticas acerbas a Santana.

Un crimen mayor aún preparaba el Libertador, que trocará este título por el más ridículo de *Marqués de las Carreras*. La anexión estaba consumada. (35)

Pasando por Haití, pronto penetraron a la República Dominicana 500 patriotas comandados por Francisco del Rosario Sánchez; le acompañaban, el General José María Cabral, Pedro Alejandrino Pina, Valentín Ramírez Báez y otros valientes. Sánchez venía muy enfermo, guiado sólo por una acendrada fe patriótica. (36)

Entre el 29 y 30 de junio se encontraba Sánchez en El Cercado. Santana movilizó tropas hacia la región, pero en tanto que, acorralados, Cabral huyó hacia Haití, Sánchez, osado,

quiso atacar y cayó en una emboscada que le preparó la traición. (37)

Sánchez fue conducido con sus compañeros a San Juan, donde tras un juicio sumario, lo fusilaron el 4 de julio de 1861 —es decir, al otro día— junto con sus compañeros Benigno del Castillo, Gabino Simonó Guante, Domingo Piñeyro Boscán, Félix Mota, Francisco Martínez, Juan Erazo, José Antonio Figueroa, Manuel Baldemora, Rudescindo de León, Juan Gregorio Rincón, José de Jesús Paredes, Julián Morris Morris, Pedro Zorrilla, Luciano Solís, José Corporán, Epifanio Jiménez, Segundo Mártir, Juan de la Cruz, Romualdo Montero, Juan Dragón y León García.

El asesinato de Sánchez, patriota puro, casi un símbolo, a quien Santana debió respetar, como él mismo fue respetado por Sánchez cuando fue su prisionero, es uno de los crímenes más sombríos sobre la Historia, ya entenebrecida, de la otrora espada triunfadora de la Independencia. Si en la vida pública se le pueden señalar febles deslices a la historia de Francisco del Rosario Sánchez, como patriota y trinitario se empujó siempre sobre la cima del deber. Santana lo hizo aún más grande al brindarle la palma del martirio. Los españoles se indignaron de este inútil despliegue de sádica crueldad. Meses después, en Santiago, rodaron las cabezas del poeta Eugenio Perdomo y sus compañeros Carlos de Lora, Comandante Vidal Pichardo y Pedro Ignacio Espaillat “como cabecillas de los sediciosos que se amotinaron el 24 de febrero de 1863, contra la legítima autoridad”, esto es, la española.

Como premio a su crimen, Pedro Santana fue nombrado Teniente General y Gobernador de la colonia española en Santo Domingo, e investido con el grado de Caballero Gran Cruz de la Real Orden Americana de Isabel la Católica. Y como premio al patricidio, Marqués de las Carreras. Pero ya no era Santana el mandamás. El acerbo licor de la ingratitud le será dado en nauseante potación.

Santo Domingo no gozaba de la soñada autonomía: era una colonia más, y cada día que pasaba iba perdiendo Santana los poderes que usufructuaba. Su disgusto fue grande cuando los

puestos claves que él pedía para sus áulicos les fueron dados a españoles. El soberbio león se doblegaba al peso de sus disgustos.

Espanoles crueles —con crueldad sádica, como el Brigadier Buceta—, gozaban de más poderes que el que hubiera deseado Santana, y el Brigadier Peláez y Campomanes, su adversario, gozaba cada día de más prestancia. Entre tantos oficiales españoles, Santana se sentía asfixiado. Y vio, con amargo encono, como los baecistas, sus enemigos, medraban, bajo la adulación a los soberbios extranjeros.

José de la Gándara escribe:

“Como todo jefe de partido, singularmente cuando está en auge y poderío, Santana tenía su pequeña corte, compuesta de eminencias relativas, de amigos íntimos y leales, entre los cuales descollaban algunos hombres realmente notables por su natural despejo y refinada cultura. Desde el momento en que tomaron en cuerpo las desavenencias, no hay que decir que estos santanistas para lisonjear a su jefe, procurarían mortificar a Peláez, como en efecto lo mortificaron no poco; y que en justa compensación se agruparían alrededor de éste, como en efecto se agruparon los baecistas, y en general los enemigos o los menos amigos de Santana. El Dictador, ahora sin lictores, y hasta con los brazos atados por el nuevo orden de cosas, mal podría contener los arranques de su impetuoso carácter, y la continua tirantez de su no prevista situación. De modo que por esos caminos desconocidos que suele escoger la providencia, al poco tiempo de verificada la anexión, los autores principales de ella, se encontraban, si no arrepentidos, bastante descontentos de su obra.” (38)

Bajo esa situación el soberbio vendedor de su patria renunció a la capitanía general, el 2 de enero de 1862, renuncia que se le aceptó en seguida, sustituyéndole el General Felipe Rivero y Lemoine.

Pedro Santana había sufrido su primera humillación.

Rumiando, como otro Guacanagarix, el horror de su crimen, ahora es su destino luchar contra sus propios hermanos en defensa de una causa ingrata. ¿Qué podía justificar la anexión? El movimiento restaurador, por una parte, y las protestas que desde el principio se hicieron, son un mentís a la necesidad de este acto antipatriótico. José de la Gándara, español, y por tanto, presunto cómplice del Libertador, dice al respecto:

“que la anexión no era la obra de aquel pueblo sino de un partido personal que lo dominaba en absoluto; y cuyo jefe (Santana) valido de sus antecedentes y de sus hechos militares, y apoyado por autoridades vecinas, sostenía con visos de libertad, una verdadera tiranía.” (39)

En otro párrafo afirma:

“Tampoco debía de ignorar el Señor Duque de la Torre que la anexión que el Presidente de la República Dominicana anhelaba no era un proyecto reciente; que partía desde el año 1843 y que en este tiempo antes que a España lo había propuesto a otras naciones, habiendo inisitido mucho en que los E.M. acogiesen sus pretensiones.” (40)

Más abajo carga la responsabilidad de este acto a Santana y al ansia imperialista de O'Donnell:

“... la responsabilidad toda fue del General Santana y del Gobierno que hizo la anexión, que estaba presidido por el General O'Donnell”. (41)

Porque para La Gándara, si la anexión fue un crimen dominicano, fue también un funesto error de España:

“... cuando nos anexionamos La Española, obedientes a las maniobras de Santana y ciegos por la torpeza de una política funesta.

“Eso fue la anexión desnuda de todo linaje de artificios y de encomios; esa fue la anexión de Santo Domingo; empresa descabellada y temeraria, opuesta al interés del país y evidentemente nociva a su porvenir y su tranquilidad, como lo serán siempre todas las de su especie.” (42)

Cuando en las Cortes españolas se debatía el escabroso asunto de las guerras restauradoras, las proezas de los grandes patriotas dominicanos y las vicisitudes de los españoles, O'Donnell, defendiendo su gran responsabilidad en el hecho de la anexión dijo: “Santo Domingo presenta el triste espectáculo de rechazar, ingrato a quienes había llamado como salvadores.” Pero se hizo escuchar la opinión del General Domingo Dulce, quien explicó:

“La anexión no fue obra nacional; fue obra de un partido dominicano que se impuso allí por el terror y que, temeroso del porvenir, negoció con ventaja exclusiva suya.” (43)

Nadie se engañaba ya en España. Su Majestad la Reina, comenzó a comprender que había sido engañada. Escuchó las palabras del Senador Alzugaray, cuando dijo en las Cortes españolas:

“Empiezo diciendo que la anexión no fue obra nacional de Santo Domingo, que no fue un acto libre y espontáneo de aquel pueblo, no; fue la obra de unos cuantos hombres, cuando más, de un partido. ¿Queréis la prueba de esto? Dos meses antes de verificarse la reincorporación, ya un general de la República Dominicana protestaba contra ella: el General Mella. ¿Queréis otra prueba? La reincorporación se verificó el 18 de marzo, y el 16 de abril el General Cabral daba una proclama contra la reincorporación. ¿Queréis más pruebas? Pues a poco tiempo en Las Matas, en Moca, en una porción de pueblos

se verificaban sublevaciones contra las armas españolas."
(44)

A la larga los españoles fueron cansándose de la arrogancia de Santana, y parecía que le dijeran como Escipión a los asesinos del guerrillero lusitano Viriato: "Roma acepta la traición, pero no los traidores."

LA RESTAURACION

Ya en febrero de 1863 empezaron las más peligrosas protestas contra la anexión. Un levantamiento en Neiba, fue ahogado en sangre, con la presencia del Capitán General Rivero.

En la Línea Noroeste hubo otro movimiento dirigido por el hacendado Santiago Rodríguez, quien pensaba iniciar la revolución el 27 de febrero de 1863, levantando en armas numerosas ciudades del Cibao. Contaba con los coroneles Lucas Evangelista de Peña, Norberto Torres, Juan Antonio Polanco, Benito Monción, y los oficiales y paisanos Pedro Antonio Pimentel, José de la Cruz Alvarez, José Ramón Luciano, José Cabrera, José Barriento, el Comandante de Armas de Sabaneta Antonio Batista, y el joven Gregorio Luperón, desde Puerto Plata. Una indiscreción hizo fracasar este primer movimiento.

Al fin se dio el grito definitivo de Restauración, el 16 de agosto de 1863. Se reunieron para tan memorable jornada los coroneles Santiago Rodríguez, José Cabrera y Benito Monción, el Capitán Eugenio Belliard, Segundo Rivas, Alejandro Bueno, Pablo Reyes, el abanderado Juan de Mata Monción, el español Angulo, quien era el corneta, el artillero San Mézquita, Tomás Aquino Rodríguez, Sotero Blan, Juan de la Cruz Alvarez y un soldado cuyo nombre se desconoce. (45) Todos pasaron de Haití a Santo Domingo, donde los esperaban Juan Antonio Polanco y Pedro Antonio Pimentel.

Arde la guerra de la restauración: valientes dominicanos, animados por el fuego del patriotismo contra aguerridos soldados españoles, fogueados en la lucha. Ahora no hay patuleas, sino verdaderos ejércitos acostumbrados a vencer. Y

como representante agregio del valor dominicano, un centauro: Gregorio Luperón.

El día 17 de agosto, las fuerzas de Pimentel inician las hostilidades, destrozando una columna española y persiguiendo al perverso Buceta, (46) quien sólo pudo salvarse tras una aventura casi odiseica. (47) La desaparición de Buceta, que era Gobernador del Cibao, hizo que se despachara en su busca, desde Santiago, al mando del Comandante Florentino García, una columna de artillería y 40 jinetes del escuadrón de Africa, que tropezó con el trío de dominicanos que dirigían el movimiento insurreccional: Polanco, (48) Monción y Pimentel. El combate tuvo lugar en Guayacanes y fue el primer gran triunfo de los dominicanos, quienes prácticamente llegaron a hacerse dueños de la Línea Noroeste. A los revolucionarios se les sumó, entonces, el Coronel José Antonio Salcedo, a quien vimos, idóneo y bravo, en las luchas independentistas, y quien se fugó de la cárcel de San Luis, en Santiago, y se juntó con Monción y Pimentel.

Los dominicanos sólo dominaban un rincón de la República, pero ahora sabían los españoles que no se trataba de escaramuzas sino de un movimiento serio que pronto se derramó por todo el Cibao: Mao, San José de las Matas...

En tanto, el hispano Hungría, con el general dominicano Antonio Abad Alfau, empezó a concentrar tropas en Santiago de los Caballeros. Los patriotas habían ya crecido en osadía, cuando atacaron el segundo bastión español del Cibao, la reina del Atlántico, Puerto Plata, obligando a los españoles a concentrarse en la Fortaleza de San Felipe. Estaban a punto de rendirse cuando les llegaron apreciables refuerzos de Cuba y Puerto Rico, que obligó a los dominicanos a replegarse. (49)

El día 27 (de agosto) los dominicanos atacaron la ciudad de La Vega, que tomaron el 31; el 30 de agosto atacaron la de Moca, cuya toma ha sido descrita magistralmente por Archambault:

"El ataque tuvo lugar a las 10 de la mañana y la guarnición resistió con verdadera bravura. Los dominicanos

recurrieron entonces al argumento desesperado del incendio, que siempre dio un resultado concluyente y desalojaron del cuartel a los españoles, pegándole fuego. Estos se refugiaron en la iglesia, en donde tuvieron que capitular a las 3 de la tarde, después de perder la tercera parte de la guarnición". (50)

La misma suerte corrió San Francisco de Macorís.

Casi todo el Cibao era dominicano, cuando el General Polanco planeó un golpe más audaz: la toma de Santiago de los Caballeros. En esta empresa se embarcó con las gentes más aguerridas de la patria: Benito Monción, José Antonio Salcedo, el Coronel de Artillería José Pierre, Ignacio Reyes, el Coronel José Gómez, Tolentino, Gregorio López, y el más bravo y altivo de todos ellos: Gregorio Luperón.

Fue brutal el encuentro, pero cuando los patriotas, lentamente, se fueron posesionando de las afueras de la ciudad, llegaron para los españoles refuerzos de Puerto Plata: el negro general Suero, al mando de 1,200 hombres, acudió a la defensa de la ciudad. Esto urgió a los patriotas a tratar, desesperadamente, de tomar la Fortaleza de San Luis, comenzando así la sangrienta y heroica batalla de Santiago, el 6 de septiembre de 1863.

El General Luperón describe con vívidos destellos pasionales estos momentos epopéyicos:

"Es por demás curioso contemplar aquellas columnas de patriotas; unos con lanzas, algunos con fusiles antiguos, varios con trabucos de todas las épocas, otros con pistolas de todas clases, los más con su machete y no pocos con garrotes; pero los revolucionarios habían adquirido el audaz vigor que dan las continuas victorias, y con la bravura que inspiran las guerras de independencia, se lanzaron a la lucha con las desventajas de las armas, pero con la indómita intrepidez e inmensa alegría de dar la vida por la patria."(51)

En el fragor de la lucha el General Lora trató de saltar una trinchera y cayó mortalmente herido, y varios oficiales que fueron a cubrir su cuerpo, murieron alrededor del héroe. A Luperón le hirieron el caballo y de un salto montó en otro que iba sin jinete; Polanco atacó la Fortaleza de San Luis y cuando estuvo a punto de tomarla, se le avisó que los refuerzos que esperaban los españoles se encontraban en La Sabana y corrió a detenerlos, dejando solo a Luperón, quien acudió, junto con Monción, a ayudar a Polanco, a punto de ser envuelto. Todo era confusión, cadáveres, sangre. Fue el momento en el que manos patriotas, en un gesto que recuerda a Sagunto, incendiaron sus hogares, convirtiendo la ciudad en un mar de llamas. A la una del día, todo era crepitar de ardientes lenguas:

“Cada alambique incendiado —dice Luperón— hacía una tremenda explosión. Aquello no era ya batalla, era un cráter en espantosa actividad. La cólera de los hombres se mezclaba en terrible maridaje a la cólera de los elementos.”(52)

Los batallones de la reina Isabel II estaban destrozados. Entonces los españoles sitiados trataron de iniciar negociaciones; pero Luperón exigió la inmediata entrega de las armas. Buceta se indignó por las exigencias del patriota dominicano, y resolvió abrirse paso hacia Puerto Plata, abandonando en Santiago todos los heridos. El día 13 se siguió combatiendo. Eran dos pueblos heroicos y maravillosos que se batían gallardamente:

“Los cachorros —dice B. Pichardo— acosaron a la leona que devolvió con sus zarpas las inmensas desgarraduras que ellos le ocasionaron, y a las seis de la tarde, al desmontarse Luperón y abandonar las bridas a uno de sus edecanes, con varonil entonación exclamó: “hoy hubo gloria para todos los dominicanos”, mientras un Teniente español prisionero, se incorporó y dijo con altivez: “y para los soldados de Su Majestad también”. “Abrazáronse esos dos

héroes, reconocieron que la tizona del Cid y el sable restaurador habían sido forjados con el mismo acero y en la misma fragua, y las palpitaciones de estos dos corazones gigantescos ratificaron, de modo solemne, en aquellos desiertos y empinados desfiladeros, los vínculos y el pacto, sólo visibles para los ojos del espíritu, que siempre han existido entre la invicta madre y la hija predilecta..."(53)

Mil hombres perdieron los españoles en su retirada de Santiago.

En esos días Baní y San Cristóbal, en el Sur, también se pronunciaron, así como Azua, yendo a enfrentar aquella situación el General José de la Gándara, cronista imparcial de la guerra, mientras el Capital General, Felipe Rivero y Lemoine, era reemplazado por don Carlos de Vargas. El sitio de San Cristóbal y las enfermedades diezmaron las tropas de La Gándara a tal extremo que hizo una retirada silenciosa a la sombra de la noche, según cuenta él mismo:

"A las tres y media de la madrugada, entre las tinieblas y el silencio más profundo, mi pobre división rompió la marcha con más apariencia de convoy fúnebre que de ágil columna de operaciones. Su general, como sus jefes todos, marchaban a pie para dejar sus caballos a los enfermos."(54)

Pero al llegar a Haina recibió orden de partir hacia Azua. Todo el Sur estaba sobre las armas y los españoles sobre ascuas. Según carta que el cónsul norteamericano Yaeger escribió al Departamento de Estado de Washington, el 28 de septiembre de 1863:

"Cuando llegó aquí la noticia de que los distritos de Bánica, San Juan, Neyba y Azua, en el Oeste se habían declarado en contra de los españoles... el Gobierno se llenó de terror, a tal extremo que a media noche, con un fuerte destacamento, levantaron de sus camas a treinta y seis de

los más influyentes y respetados residentes de la ciudad, los esposaron y los embarcaron a bordo de un pequeño balandro, enviándolos como prisioneros a Puerto Rico, sin un centavo en los bolsillos y sin una muda de vestidos... Entre éstos se encuentran varios extranjeros, algunos de los cuales han ejercido el comercio en esta ciudad por más de diez o quince años. Entre los arrestados se encuentra don Joaquín Delmonte, un comerciante de esta ciudad, quien residió durante varios años en los Estados Unidos, y había recibido allí sus primeros papeles de naturalización. El Gobierno también ha arrestado a tres de los principales curas... y los ha enviado a La Habana. Como los españoles han sido derrotados y obligados a abandonar todos los pueblos y aldeas de los distritos del interior, refugiándose en esta ciudad y en Puerto Plata, no hay límites a las arbitrariedades que cometen... En Samaná tenían más de trescientos presidiarios encadenados, asesinos y criminales del peor jaez, traídos de España, y como este Gobierno necesitaba soldados, se les quitaron las cadenas y les entregaron armas..."(55)

Mientras La Gándara obtenía éxito en Neyba y Barahona, el rezagado Santana enfermó, posiblemente de perniciosa palúdica, y fue trasladado a Santo Domingo, teniendo que sustituirlo el General Antonio Abad Alfau. Pero los patriotas habían nombrado Jefe de operaciones al General Luperón, que se aparece en Arroyo Bermejo, donde se empeñó la batalla de San Pedro, en la que el centauro de las batallas —Gregorio Luperón— estuvo a punto de caer prisionero. Por aquellos días, después de haber luchado bizarramente por la patria, aunque muy enfermo, murió el audaz y egregio Ramón Mella.(56) Para completar el panorama guerrero de esta grandiosa epopeya, estalló la Revolución patriótica en el Este. Pedro Guillermo levantó El Seybo.

Santana marchó a enfrentarlo, siendo severamente hostilizado, sólo para enterarse de la muerte del General Juan

Contreras —dominicano anexionista— en un encuentro cuerpo a cuerpo con el General Tenares.(57)

La revolución de El Seybo, donde operaba Santana, obligó al Capitán General Vargas a concentrar todas las tropas españolas en la Capital. Santana desobedeció la orden de concentración y cayó en desgracia. Acusó a las autoridades españolas, en carta que envió al Ministro de Ultramar, de crueldades e ineptitud. Ya veía con notable amargura el derrumbamiento de su obra infecunda. Los revolucionarios, organizados, habían proclamado un Gobierno Provisorio presidido por el General José A. Salcedo, y el Padre de la Patria, Juan Pablo Duarte, enterado del crimen de la anexión, había llegado al Cibao, entrando por Monte Cristi.

A mediados de junio de 1864, el General Pedro Santana, que esperaba sufrir la humillación de ser enviado a La Habana a responder de su rebeldía, murió repentinamente. Se le hizo un entierro con toda solemnidad, tributándosele honores de Capitán General y siendo sepultado en el patio de La Fortaleza, bajo el temor de que, sacrílegamente, pudiera ser violado su cadáver.(58)

JUICIO SOBRE SANTANA

Fue una espada acerada, fue recto, y dura su alma como el diamante bruto. Su espada tuvo filo vencedor. En el campo de batalla se impuso por su don de mando. Pero no fue patriota; su afán de poder ahogó todo otro sentimiento, hasta el de patria. Y por eso no vaciló ante el crimen. Grandes patriotas fueron al patíbulo por su turbia voluntad.

La merca de la patria fue su crimen mayor. Una corriente —más regionalista que patriótica— ha querido colocarlo en la cima del patriotismo. Seibanos egregios, pero cegados por la pasión terrenal, son pioneros de esta campaña insostenible.(59)

El general Gregorio Luperón, tan grande en el patriotismo como generoso en las ideas, a pesar de que Santana fue su enemigo en la contienda, tiene palabras de conmiseración para el muerto:

“El gran crimen del General Santana —dice— fue el de haber hecho la anexión, no por venalidad, sino por inclinación y estupidez, y el haber creído ciegamente que los gobernantes españoles eran justos, honrados y legales.

“La revolución recibió la noticia de la muerte del General Santana con calma. Porque ni la vida ni la muerte de este general podían amenguar su firme propósito, ni impedirle su adelanto y su triunfo, marcado ya por la determinación. No podía llorar su muerte, porque había tiranizado al pueblo, decapitado la República y entregado la patria a España. Podía, tal vez, por sus grandes servicios prestados en la guerra de independencia contra Haití, perdonarle su tiranía, pero jamás su traición, porque ninguno tiene derecho a asesinar a su madre, por más perversa que ella sea, y es todavía más criminal y más imperdonable el que entrega su patria al extranjero, porque no es la madre de algunos sino de todos. Después de Dios, la patria y la libertad son las dos cosas más sagradas y más grandes, porque constituyen todas las demás. No podía alegrarse de aquella muerte angustiada, porque era, véase como quiera, la consecuencia de los ultrajes y de los atropellos injustos de un vanidoso advenedizo mandatario que aumentaba el odio de la lucha, y le creaba mayores enemigos a España por su incapacidad, y Santana era, al fin, dominicano. No podía la revolución, que era el episodio más grandioso y admirable de América, aplaudir la muerte de un valiente y honrado anciano que había sembrado en la República el respeto más grande y más sagrado a las familias, a la moral y a las propiedades; cuando el pueblo dominicano no se alegraba jamás de la muerte de ningún soldado español, a quien compadecía fraternalmente. Y mucho menos cuando el General Santana había establecido el orden, la disciplina y la lealtad en el militarismo, la moralidad en la hacienda pública, la equidad más estricta en el ramo judicial, con la preponderancia de sanas y robustas costumbres en las masas populares. Seguramente que la nación no le

perdonaba sus errores, pero tampoco se regocijaba de su desgracia. Con tanta más razón, cuanto que aquel veterano, colocado entre la revolución que lo había declarado fuera de la ley, y los gobernantes españoles, que desconocían sus servicios y sus méritos, tuvo el sublime heroísmo de morir antes que presentarse como prisionero delante de los Reyes de España... ¡No y mil veces no! Que no había en la revolución un solo dominicano que hubiera sido tan cobarde como para congratularse de la triste muerte del General Santana, y todos se compadecían de su desgracia, por más que La Gándara creyera lo contrario.”(60)

Manuel Rodríguez Objío, que vino a Santo Domingo en la célebre y audaz expedición de Juan Pablo Duarte, y luchó denodadamente al lado de Gregorio Luperón, destaca en su poema esa dualidad de sentimiento que inspira Santana, cuando dice: “Traidor te aborrecí, héroe te admiro”.

Bernardo Pichardo, tan contrario al Libertador, también le escatimó al caído palabras de odio. Dice tan sólo:

“Detengamos la pluma justiciera y vengadora, y que la mano severa que ha trazado los rasgos del tirano arroje sobre la tumba del arrepentido Marqués de Las Carreras la beatífica flor de la piedad...”(61)

Américo Lugo, al lamentar que “el Estado dominicano no nació viable, porque murió asfixiado en la cuna”,(62) señala las causas que llevaron a la patria a morir asfixiada en su mismo nacer:

“Proscritos salieron los padres de la patria, condenados por el crimen de haberla creado. Un valiente hatero,(63) hijo de un soldado de Palo Hincado,(64) se apoderó del poder. Uno de sus amigos, hombre ilustrado, pero adversario de la idea de independencia,(65) se la disputó. Ambos se rodearon de facciones; ambos defendieron contra Haití el territorio; ambos buscaron ansiosamente el protectorado o

la anexión; ambos ensangrentaron el país; ambos provocaron o consintieron humillaciones para la República. Los rasgos más salientes de la época son el ejercicio absoluto de la fuerza, el abuso de la pena de muerte, la insolencia de los cónsules extranjeros, las misiones con propósito de anexión, la ingratitud hacia los fundadores de la República, la absoluta falta de conciencia nacional.”(66)

Y al fin concluye su breve recuento crítico histórico con la hazaña insólita de Santana:

“Santana creyó extinguir con las ejecuciones de 1845, 1847, 1855 y 1861, la idea de la independencia, flor de la solitaria mente de Núñez de Cáceres, recogida y cultivada por Juan Pablo Duarte, pero la idea brilló un instante en los hombres del 7 de julio de 1857 (67). Santana se apresuró a suplantarlos; envió al General Felipe Alfau ante S.M Católica, a Don Pedro Ricart y Torres a La Habana y entregó la República a España.”(68)

Hubo santanistas leales, que compartieron con él sus errores y sus glorias y luego guardaron fidelidad a su memoria. Santana fue un caudillo, y los caudillos encienden lamparillas sempiternas de recuerdos en los corazones de sus áulicos. Uno de ellos es el escritor Rafael Abreu Licairac (1850-1915), quien pondera las virtudes militares del Marqués de Las Carreras, cosa muy difícil de escatimarle. Por esas dotes de militar recio se le ha querido hacer aparecer como la única espada libertadora en la Independencia y como si solamente se hubiera hecho esta heroica jornada en el Sur. Incluso, las retiradas de Santana, después de las victorias, que dejaban a merced de los vencidos que se retiraban, indefensas poblaciones que eran saqueadas y degolladas, fueron consideradas geniales movimientos estratégicos.

“Es un verdadero círculo vicioso el tal juicio – afirma

Mariano Cestero— y trasciende a propósito laudatario del partidismo santanero. Para que la conseja tuviese algún viso de certeza había de probarse: 1o. Que el Sur (jurisdicción de mando de Santana) fuera la región únicamente invadida y el solo punto de resistencia, por lo que, al perderse su dominio, quedaba de ipso facto irrupto todo el país y en aprieto y peligro la independencia. Lo cual no es sostenible, por sabido que Norte y Sur fueron simultáneamente invadidos en 1844. (Lo mismo en todo el período independiente, estándose de continuo expuesto, por mala suerte de las armas en uno u otro confín, a serios peligros). 2o. Que Santana resumía toda Jefatura y su ejército constituía toda defensa nacional. Suposición mal de hacerse, dada la evidencia del mando de Imbert y de sus triunfos. 3o. Que este caudillo fuera vencido por quedarse ocupando a Santiago después del 30 de Marzo. Reflexión imposible pues que, al contrario, con persistente empuje, siguió él tras el invasor obligándole a entrarse, a más andar, en sus límites. 4o. Que Santana replegara, bajo la amenaza de ataque de numerosa hueste, habiendo antes sufrido reveses. Lo que es inaceptable, toda vez que los haitianos, batidos el 19,.....ciaron en derrota completa, habiéndose rehecho y vuelto a acometer por no picárseles la retaguardia.”(69)

Cestero reconoce algunos méritos de Pedro Santana, y los expresa con holgura:

“Lo que poseyó Santana fue: nativo don de guerrero. A la medición de éste se debieron sus grandes, oportunos, provechosos servicios, que nos congratulamos en reconocerle sin sisárselos en nada, y que aplaudimos con agradecida sinceridad.”(70)

Y se explaya en juicios donde le niega al Libertador condiciones de patriota o de gran hombre. He aquí algunos de esos párrafos:

“Voluntarioso, dominador, inavenido con el Derecho, que no entendía pero por instinto despreciaba; no teniendo en mano ni en nada la Ley, pues a él bastaba su avasalladora voluntad...”

“Santana no amó a la Patria ni la Gloria, que de ella es como derivación para quien la sirve con fino amor y aquilatado desinterés. Santana no amó a nadie ni nada; nos equivocamos, amó el Poder para gloriarse en él y levantarle culto vívido a su personalidad querida...”

“Por nada de lo cual Santana es grande hombre. Se asciende a esa alta cumbre en hombros y merced a la ecuanimidad, la magnanimidad, la equidad, preceas morales de que ni barruntó la existencia el torticero autor de tanto hecho injurioso y adverso a la Libertad, al Derecho, a las más rudimentales nociones de la Justicia y la Bondad. ¿Cuándo fue ecuánime el desabrido, destemplado, iracundo, inabordable? ... ¿Supo de magnanimidad, que es la suprema generosidad, quien mata a Trinidad Sánchez (una mujer) en el día de la Patria, a F. del R. Sánchez, un glorioso padre de la Patria? ...

*“Santana, guerrero, amerita grandes distinciones. ¡Cuánto le debiera la Patria si en esa calidad fundase y a su sola eficacia confiara toda su obra pública! Desdichadamente no fue así y en mala hora quiso officiar de político para serlo ignaro, cruel, retrógrado, sin patrióticas orientaciones. Y claudicando y cayendo, al cabo aleve y pérfido... Créasenos; trae hondas tristezas a nuestra alma recordar las fases morales de esa individualidad que asoma brillante, fulgura con viva lumbre, se eclipsa a poco, y entre filiginosas densidades, húndese...” (71)*¹

Pero los juicios más severos contra Santana se los debemos a Joaquín Balaguer. El santanismo, planta pasional de regional fanatismo, ha hundido su raíz en la tierra de la difamación. Para

llevar a Santana a la cumbre cenital que se ha pretendido, se ha tenido que hacer tabla rasa, con pasión iconoclasta, de todos sus adversarios. Y esos adversarios son los héroes de la patria. Sánchez y Duarte —el primero más que el segundo—, principalmente han sido infamemente desmedrados.

A Balaguer no le ofrece Santana ningún gesto admirativo:

“Santana —dice— fue un hombre sórdido que amó el dinero y se hizo pagar con largueza los servicios que prestó al país como guerrero y como estadista improvisado. Condueño, no por obra de su esfuerzo personal sino por los azares de la herencia, de uno de los hatos más pingües del país, impulsó a su hermano Ramón a contraer nupcias con la hija del propietario de la mitad de El Prado, don Miguel Febles, y aguardó con fría indiferencia la desaparición de ese terrateniente para desposar a su viuda doña Micaela Rivera. Hombre que madura planes de esa especie y que convierte en un negocio uno de los actos que aun los seres más humildes sólo realizan por amor, tiene que llevar a la vida pública la mentalidad de un avaro, incapaz de todo impulso altruista y de todo pensamiento generoso. Por eso se hizo pagar en 1853 por el Estado, con el pretexto de haber sufrido daños en sus bienes personales, una cuantiosa suma que engrosó su patrimonio y que representaba para la época una cantidad considerable, y por eso, cuando estalla la guerra contra la anexión, establece su campamento en Guanuma, en sitio inhospitalario, donde las tropas son implacablemente diezmadas por las enfermedades, con el único propósito visible de impedir que los ejércitos de la Restauración atravesen la cordillera central y se apoderen del ganado que el sedicente Marqués de Las Carreras conserva en su hacienda de El Seybo. La codicia pesa más sobre su conciencia que todo otro sentimiento, y es el único déspota dominicano de la época que saca indemne del caos político su fortuna privada. La patria llegó a reducirse en el corazón de Santana, precisamente en el momento más

dramático de su vida, hasta adquirir en él las dimensiones de las sabanas de El Prado.” (72)

Pero, todavía se opone Balaguer a esa fama de guerrero invencible que se le endilga, para ponderarlo por sobre todo héroe de la época, y sobre todo, después de la jornada epopéyica de la Restauración:

“Las batallas del período de la independencia —dice— se redujeron a una serie de escaramuzas en que no hubo ni de la una ni de la otra parte ningún alarde de heroísmo guerrero. ¿Qué clase de adversarios eran aquéllos que entregaron la capital de la República sin hacer un disparo? ¿Qué moral era la de esa tropa que capituló con Desgrotte ante un grupo de jóvenes armados con trabucos y con unas cuantas lanzas del tiempo de la colonia? ¿Qué batalla fue esa del 19 de Marzo donde un puñado de monteros provistos de armas blancas pone en fuga a un ejército flamante que apenas ofrece resistencia y donde algunos nativos de Azua combaten blandiendo en campo raso tizones encendidos? ¿Qué hazaña fue esa de El Número, donde los haitianos fueron arremetidos con piedras y desalojados de sus posiciones con el humo del pajonal de la sabana? y ¿qué batalla fue, por último, esa del 30 de Marzo en que se dice que no hubo más que un contuso por parte de los defensores de Santiago, a pesar de haberse hecho uso en esta acción de las cargas al machete? Las famosas batallas de la independencia fueron un juego de niños si se las compara con las acciones a que dio lugar la guerra de la Restauración.

“Compárese la batalla del 19 de Marzo con una cualquiera de las hazañas de Luperón y se tendrá la evidencia de haber pasado del escenario de un cuento de hadas al de una lucha verdaderamente épica. Hágase el cotejo de la batalla del 30 de Marzo con la que tuvo efecto en la misma ciudad de Santiago el día 6 de septiembre, y se tendrá la sensación de

que la primera fue un lance de teatro y la segunda un verdadero encuentro de titanes. El ejército haitiano de los días en que se realizaron las jornadas de la independencia fue un coloso de cartón que se deshizo tan pronto recibió la primera lluvia de balas, o fue una jauría de bandoleros que se movió impulsada por el estímulo del botín y que se aprovechó de la sorpresa para invadir la parte oriental de la Isla en el momento propicio. Haití, desgarrado unas veces por dentro, y herido de muerte en otras ocasiones por el coraje moral que sobraba a su adversario, no logró ser nunca un verdadero peligro para la libertad dominicana. Bastó que un visionario, un hombre dulce pero interiormente dotado de energías descomunales, diera calor con su sacrificio ejemplar a la idea de la independencia, para que el ejército invasor desapareciera vencido por su propio espíritu de indisciplina o por su propia cobardía. La prueba es que no existió por parte de los haitianos ningún rasgo de heroísmo. El caso de Luis Michel, el oficial haitiano que luchó con un sable hasta morir sobre la cureña de un cañón en Las Carreras, es un ejemplo aislado que nada demuestra en favor del heroísmo con que los invasores lucharon en tierra dominicana.”(73)

Esta larga cita es elocuente para ponderar la grandeza epopéyica de las jornadas restauradoras, con respecto a la lucha contra los haitianos. Y, por último, del mismo Balaguer, esta otra larga cita:

“El hecho de haber salido triunfador frente a los haitianos no constituye, pues, una recomendación digna de confianza para erigir a nadie en soldado invencible ni en verdadero hombre de armas. Cuando Santana tuvo que medir sus fuerzas con los dos grandes caudillos de la Restauración, la supuesta superioridad militar de que hizo gala, según se afirma, en Las Carreras(74) y en los campos de Azua, se reduce a algo tan ínfimo que no alcanza a hacerse visible. Cuando salió a campaña al frente de uno de

los ejércitos más poderosos que se movilizaron nunca en suelo dominicano, la avaricia o el terror lo paralizaron en Guanuma y esquivó siempre medir la fuerza de su brazo con la de los jefes restauradores, entre los cuales había algunos que, como Luperón, eran jóvenes que habían crecido bajo los soles de la independencia. Si Santana tuvo verdadera personalidad militar fue sin duda porque le acompañaron algunas cualidades superiores como conductor de tropas y como organizador de victorias: don de mando, sentido de oportunismo, puño capaz de imponer la disciplina, con providencias draconianas, y cierta sensibilidad patriótica que sólo se manifestó en la lucha contra las invasiones haitianas. Fue innegablemente el hombre que organizó la victoria y precipitó la huida de los invasores y el único que supo capitalizar en su propio provecho la gloria siempre discutible de haber vencido a un coloso de papel y haber garantizado a sus compatriotas la tranquilidad que ansiaban para vivir sin la angustia constante de los saqueos y de las incursiones a mano armada. Uno de los hombres que militaron bajo las órdenes de Santana, don Domingo Mallol, nos ha dejado la siguiente radiografía del ejército haitiano de los tiempos de la independencia: "Después de haber visto el triste talante de esta gente, puedo decir a usted que no son hombres para batirse con nosotros."(75)

En última instancia para anular todo empeño de glorificar a Santana por sobre los demás héroes, hay sobre su conciencia el grave crimen de la anexión (75 bis). "Entre los héroes glorificados —dicen los hateristas— hay muchos que compartieron la anexión." Sí. Pero sólo Santana la hizo. Y a la hora de la Restauración luchó contra los dominicanos para impedir que se izara de nuevo, triunfante, el pabellón nacional.

CULMINA LA RESTAURACION

Ya en plena lucha restauradora comenzaron las intrigas

políticas, las desavenencias y las contiendas que pudieron empeligrar la magna empresa de la patria. El General La Gándara pensó que para acabar con la guerra debía de recuperar el Cibao, entrando por Monte Cristi a la cabeza de un poderosísimo ejército y así lo hizo con la ayuda del Capitán General de Cuba, que envió un fuerte contingente con que le fue posible tornar, ante la retirada y temor de los dominicanos.(76) Aun así, los españoles no pudieron hacer ningún progreso, por lo que La Gándara realizó desembarco en Puerto Plata, el 31 de agosto del 1864, apoyado por una escuadra guerrera, ocupando algunas posiciones.

Pero también ardía la guerra civil: el General Gaspar Polanco, tras deponer al Presidente Salcedo y hacerlo asesinar alevosamente(77), se proclamó presidente. En medio de la lucha restauradora este crimen era un duro revés moral y estratégico que rompía poderosos resortes de lucha, aunque en esos momentos el General José María Cabral destrozaba un poderoso convoy español en La Canela, triunfo tan rotundo, que por primera vez los españoles se desmoralizaron.

El Capitán General La Gándara, cuya obra hemos citado más de una vez en este capítulo, era un convencido de que la anexión fue un error de España, víctima de la ambición de Santana y de O'Donnell, y se dirigió a la Capital. El deseaba la paz, y también los dominicanos la deseaban. En los primeros días de enero de 1865, el Gobierno Provisional integrado por Gaspar Polanco, Ulises Francisco Espaillat, Manuel Rodríguez Objío, Julián Belisario Curiel, Silverio Delmonte, Rafael M. Leyba y Pablo Pujol dirigió un mensaje a la Reina de España, del cual son los siguientes párrafos:

"Hace más de diez y seis meses, Señora, que esta pequeña porción de tierra ofrece al orbe entero el triste espectáculo de una lucha que aflige la humanidad. Dignaos oír, Señora, la voz de todo un pueblo que dirige a V.M. y a los sentimientos generosos de vuestro gran corazón, pidiendo hagais cesar esta lucha y devolverle lo que hubo ayer perdido.

"La voz del pueblo es la voz de Dios, es la de la verdad. Los dominicanos, con profundo dolor dicen a V.M.: pensad, Señora, que allí donde fueron ciudades florecientes, no se ven hoy más que montones de ruinas y cenizas; que sus campos, llenos de una vegetación lozana no ha mucho, están yermos y desiertos; que sus riquezas han desaparecido; que por todas partes se ve devastación y miseria; que a la animación y la vida han sucedido la desolación y la muerte.

"El pueblo dominicano, valiente y resignado, pero sensible a estos infortunios, dice aún a V.M.: en este drama homicida, la sangre que corre de una parte y de otra hace diez y seis meses, es una sangre preciosa; es la sangre de un pueblo desgraciado e inocente; pero valiente como sus antepasados; la sangre de un pueblo hondamente experimentado, resignado a hacer toda especie de sacrificios y resuelto a sepultarse bajo las ruinas y cenizas que se amontonan a su alrededor antes que dejar de ser libre e independiente. Es también la sangre de una nación generosa y caballeresca, arrastrada por fatalidades en esa lucha sin gloria y sin provecho para ella, cuyos batallones valerosos, lanzados quizás a su pesar en un suelo que no defienden sino por honor militar, caen antes de combatir, víctimas de un clima mortífero...

"Que V.M. quiera que la paz se haga, y la paz será hecha. Que esta porción de tierra, patria de los dominicanos, sea desprendida por vuestra Real Magnánima voluntad de las vastas posesiones que forman la monarquía española."(78)

Para esa época la causa dominicana era vista con simpatía: Inglaterra reconoció la beligerancia de los dominicanos, y hasta facilitó armas, mientras Francia, Estados Unidos y Venezuela aceptaban representantes diplomáticos de la República Dominicana.

Pero las intrigas políticas seguían minando la unidad de la

Revolución. Surge un golpe de estado que depone a Gaspar Polanco. Lo encabezaron los generales Pedro A. Pimentel, Benito Monción y Federico de Jesús García. Polanco mandó tropas contra los insurrectos, pero éstos se unieron a los disidentes. Entonces se lanzó contra Polanco la acusación de haber asesinado inútilmente al ex-presidente Salcedo.

El 27 de febrero de 1865, ventiún aniversario de la independencia, se reunió en Santiago de los Caballeros la Convención Nacional presidida por Benigno Filomeno de Rojas, y ésta eligió como Presidente de la República al General Pedro Antonio Pimentel y Vicepresidente a Benigno Filomeno de Rojas. La primera medida de Pimentel fue tratar de condenar a muerte al depuesto Polanco, cosa que fue enérgicamente rechazada por la Convención.(79)

Ya en España triunfaba la causa contraria a la anexión. El 3 de mayo de 1865 se redactó el Decreto que daba instrucciones a La Gándara para la desocupación, y el 10 de julio de 1865 empezaron a embarcarse las tropas españolas. Ese día ondeó en la almena de la Torre del Homenaje el pabellón nacional. (80)

NOTAS

(1) Documento para la historia de la República Dominicana. Tomo II - Ed. El Diario - Santiago. R.D. 1947.

(2) He aquí el proyecto del Plan Levasseur: "1o. La parte oriental de la isla de Santo Domingo, conocida por Española, tomará el nombre de República Dominicana, libre e independiente, administrándose por sí misma. 2o. La Francia se obliga a favorecer su emancipación, suministrar todo lo necesario para establecer y consolidar su gobierno, como también dar subsidios indispensables a las necesidades de la administración. 3o. Armas y municiones serán dadas por la Francia en cantidad suficiente para armar la parte activa de la población que sea llamada bajo la bandera de la Independencia. 4o. El Gobierno francés nombrará un Gobernador General para desempeñar las funciones de Poder Ejecutivo que durarán diez años; no obstante el Gobierno francés se compromete a no retirarlo si el Senado pide su permanencia. 5o. Las puertas de la República se abrirán a la inmigración de todos los pueblos. 6o. En reconocimiento de la alta protección de la Francia, la península de Samaná se renuncia y abandona a favor de Francia."

(3) El Memorandum presentado a Juchereau de Saint Denys ofrecía a Francia: "1o. El protectorado sobre la República Dominicana. 2o. Concesión a perpetuidad de

la península de Samaná. 3o. Recursos humanos para el caso de que Francia dirigiera fuerzas militares contra Haití. A cambio de lo cual Francia ofrecía: 1o. Mantenimiento de la integridad del territorio y estabilidad de la República Dominicana bajo los principios que había abrazado y proclamado, pudiendo gobernarse por una Constitución dictada por representantes elegidos libremente por los pueblos del país, como Estado libre y soberano. 2o. Seguridad de que jamás sería atacada la libertad personal e individual de los que fueron esclavos en otro tiempo, así como el mantenimiento de los principios de igualdad proclamados por la República. 3o. Garantía dada por Francia de que en la península de Samaná jamás habría esclavitud. 4o. Suministro de tropas francesas a los dominicanos si tales tropas fuesen necesarias para la defensa contra Haití. 6o. Concertación de un tratado de amistad y comercio entre la nación protectora y la protegida, mediante el cual ninguna nación tendrá preferencia sobre Francia."

(4) La opinión de estos agentes de Francia era respaldada no sólo en Santo Domingo, sino en el propio Haití, donde se ha dicho que existía un sector del Norte que queriendo separarse del Sur —esto es, de los mulatos—, buscaba un protectorado francés.

(5) Benjamín Sumner Welles. La viña de Naboth. El Diario. Santiago de los Caballeros.

(6) B. Sumner W. Ob. cit.

(7) B. Sumner W. Ob. cit.

(8) B. Sumner W. Ob. cit.

(9) El primer acto del Sr. Segovia, al llegar al país, fue tratar de imponerle al Presidente Santana, por encargo de S.M. la reina de España, Isabel II, la Gran Cruz de la Orden Americana de Isabel la Católica, que trajo consigo.

(10) El Art. 7o. del Tratado hispano dominicano decía: "Aquellos españoles que por cualquier motivo hayan residido en la República Dominicana, y adoptado aquella nacionalidad, podrán recobrar la suya primitiva si así les conviniera, en cuyo caso sus hijos mayores de edad tendrían el mismo derecho de opción, y los menores, mientras lo sean, seguirán la nacionalidad del padre, aunque unos y otros hayan nacido en el territorio de la República." Y en otro párrafo: "Si los actuales súbditos españoles, nacidos en el territorio de la República así lo desean, podrán adquirir la nacionalidad de dicha República, siempre que en los mismos términos establecidos en este artículo, opten por ella. En tales casos, sus hijos mayores de edad adquirirán igual derecho de opción, y los menores, mientras lo sean, seguirán la nacionalidad del padre." Tratado de reconocimiento, paz, amistad, comercio, navegación y extradición, celebrado entre la República Dominicana y Su Majestad Católica en el año 1855." Imprenta de García Hermanos. Santo Domingo. 1876.

(11) El Gobierno se defendió de *El eco del pueblo*, haciendo publicar un periódico que favoreciera sus intereses, *La República*, dirigida por Alejandro Angulo Guridi.

(12) B. Sumner W. Ob. cit.

(13) Al renunciar a la presidencia, dijo Santana: —A esto me veo rebajado después de haber firmado el tratado con los Estados Unidos. ¿Qué he ganado con la amistad de los americanos? Ni siquiera un barco de guerra han enviado para investigar en estos asuntos, y estando aquí Báez, ¡adiós!, a todo proyecto de convenio americano.

(14) El periódico *La Acusación* del 20 de noviembre de 1856, decía contra

Santana: "Ya es tiempo de hacer desaparecer de la tierra, como ha desaparecido del escenario político, a un Monstruo que se declaró enemigo de la humanidad, y con el que la Nación jamás puede reconciliarse." En el 2o. número advertía: "*La Acusación* no acepta término medio entre la libertad y la tiranía, y agitará cuanto pueda al pueblo para que por los medios legales pida el castigo de los que le han oprimido y pretenden mantenerle aún en inquietud. La oportunidad para un juicio ha llegado ya. Este paso no ha debido anticiparse, pero tampoco debe diferirse. Si Santana y sus esbirros, convencidos de sus crímenes, creyeron hallar mejor defensa empuñando el estandarte de la rebelión, que prosternándose ante la majestad de las leyes idesgraciados! ... ¡Infelices! ... ni el polvo de sus huesos alcanzaría para saciar la impetuosidad de un pueblo que en masa volaría a defender el Gobierno a vengar con usura la sangre de tantos inocentes que han perecido en los patíbulos y los males inmensos que han hecho a la nación."

(15) Contribuyó a empeorar la situación a Pedro Santana, un conato de revolución descubierto en Neyba y ahogado incruentamente, pero que sirvió para acumular nuevas acusaciones contra él, en el sentido de que era el secreto autor de la trama revolucionaria.

(16) Afortunadamente para él, su custodia le fue encomendada a su enemigo, el noble General Francisco del Rosario Sánchez, Comandante de Armas de la Capital, y cuyo hermano y tía había asesinado Santana. Pero Sánchez estaba hecho de otra pasta, y, en lugar de ensañarse con el caído, lo trató con harta consideración. Dos años después, Santana asesinaría a Sánchez.

(17) De la Historia de Marrero Aristy, copiamos: "El prisionero iba a ser deportado, entregándosele a media noche al Capitán de la goleta *Ozama*. Lo llevaron al buque al amparo de la sombra para evitar que sus partidarios lo vieran y se produjera algún suceso inesperado. El barco navegó con rumbo a la isla Martinica llevando un mensaje dirigido al Contralmirante de la flota francesa en el Caribe, Conde de Guydon, para que enviara a Santana a la infame colonia penal de la Isla del Diablo, en Cayena. Pero Gueydon no estaba en Martinica y ante lo absurdo de la petición que involucraba una intromisión de una colonia francesa, las autoridades martiniqueñas rechazaron al proscrito, viéndose obligado el Capitán de la *Ozama* a retornar con su prisionero a Santo Domingo. Ante este hecho imprevisto, Báez se sintió embarazado, y, mientras adoptaba una decisión sobre la suerte de su enemigo, dio órdenes al Comandante de la nave para que se hiciera a la mar con el preso durante cuatro días sin tocar tierra. La *Ozama* debía barloventear entre las cercanías de Santo Domingo y la isla Saona, durante cuatro días, al final de cuyo plazo debía aproximarse al puerto de San Pedro de Macorís para recibir órdenes. La peregrinación se inició, cumpliéndose hasta la fecha indicada, con tal suerte para el cautivo, que al concluir aquel desesperante ir y volver del buque, el Almirante Gueydon se encontraba ya en el Placer de los Estudios a bordo de la fragata *Iphigenie*, con el propósito de trasbordarlo y acogerlo hospitalariamente en jurisdicción francesa."

(18) Rafael Marfá Baralt era venezolano de madre dominicana, y siendo Representante de la República Dominicana en Madrid, defendió con altiva dignidad los intereses nacionales.

(19) El Manifiesto de los pueblos del Cibao (8 de julio de 1857) decía, entre otras cosas: "La Constitución de los años 44 y 54 no han sido más que báculos del despotismo y de la rapiña. En la primera el art. 210 y en la segunda el 22, inciso del art. 35, han sido el origen del luto y llanto de innumerables familias.— Los gobiernos

han violado la libertad individual poniendo presos y juzgando arbitrariamente a los ciudadanos.— Han ahogado la libertad de imprenta.— Se han apoderado de la libertad de la nación pidiendo facultades omnímodas, y para obtenerlas, han imaginado conspiraciones.— Han puesto el terror en el pueblo, y han disuelto la Representación Nacional, con manejos insidiosos... Estas razones, unidas al derecho que les asiste, han determinado a los pueblos de la República a sacudir el yugo del Gobierno del señor Báez, al cual desconocen desde ahora, y se declaran gobernados (hasta que un Congreso, elegido por voto directo, constituya nuevos poderes) por un Gobierno provisional, con su asiento en la ciudad de Santiago de los Caballeros.

(20) Esta Proclama era firmada por lo más connotado del Cibao, Puerto Plata y la región noroestana, entre otros: José Desiderio Valverde, Domingo Mallol, José Ma. López, Federico Peralta, Pedro F. Bonó, Ulises Francisco Espaillat, Benigno Filomeno Rojas, Juan Luis Franco Bidó, José Hungría, Antonio Batista, Francisco Antonio Salcedo y Eugenio Villanueva.

(21) He aquí lo que se estipulaba: "1o. Báez abandonaría la presidencia y saldría del país inmediatamente después firmar la Convención. 2o. El General Santana, en su nombre y en nombre del Gobierno, garantizaba que no se perseguiría ni molestaría a las personas que hubiesen luchado por sostener al Gobierno. 3o. Se le concedería pasaporte a todo oficial que deseara abandonar el país después de entregada la plaza de Santo Domingo. 4o. Santana prometía mantener el orden dentro y fuera de la ciudad desde el momento en que ésta le fuera entregada. 5o. La plaza de Santo Domingo con sus fuertes y arsenales, los buques de la armada, con sus armamentos y pertrechos, y todo cuanto perteneciera al Estado, serían entregados a Santana el 13 de julio a las 6 de la mañana."

(22) Ulises Espaillat.— "Partidos y gobiernos desde la Independencia," en Escritos de Espaillat. Ed. Amantes de la Luz. Santiago de los Caballeros. 1909.

(23) José de la Gándara.— Anexión y guerra de Santo Domingo. Madrid. 1884.

(24) J. de la Gándara. Ob. cit.

(25) José Gabriel García.— Compendio de Historia de Santo Domingo. Tercera Edición. Sto. Dgo. 1896.

(26) J. G. García.— Ob. cit.

(27) Ramón Lugo Lovatón.— Sánchez. Vol. II. Ed. Montalvo. Sto. Dgo. 1948.

(28) Documentos para la Historia de la República Dominicana. Colección E. Rodríguez Demorizi. Vol II. Ed. El Diario. Santiago. República Dominicana. 1947.

(29) Fernando Arturo de Meriño.— Obras del Padre Meriño. Imprenta Cuna de América. Santo Domingo. 1906.

(30) El vapor *Pizarro* fondeó en la bahía de Las Calderas, en tanto, desde Cuba, el Capitán General Serrano preparaba una fuerte expedición militar al mando del segundo Cabo Brigadier Peláez de Campromanes, cuya misión era respaldar a Santana, tan pronto la "espontánea" anexión a España fuese un hecho.

(31) J. G. García.— Ob. cit.

(32) Después Leger y Manzueta colaboraron con Santana en la obra de la anexión.

(33) J. de la Gándara.— Ob. cit.

(34) Fueron fusilados, también, el Comandante José Ma. Rodríguez, José inocencio Reyes y Cayetano Germosén. También fue fusilado en ese trágico 1861 el poeta Félix María Veloz, autor de un himno de guerra.

(35) Chile, Perú y Haití protestaron airadamente contra la anexión. Con más energía protestó Geffrard, que sabía el peligro que esto entrañaba para su país.

(36) Sánchez sufría de una aguda retención de orina, lo que obligó al General Cabral a hacerle un cateterismo con un tallo de lechoza lubricado con grasa animal, junto al bohío.

(37) Santiago de Oleo es el nombre de este traidor que hizo prisionero a Sánchez y lo entregó a los protervos esbirros de Santana.

(38) J. de la Gándara.— Ob. cit.

(39) J. de la Gándara.— Ob. cit.

(40) J. de la Gándara.— Ob. cit.

(41) J. de la Gándara.— Ob. cit.

(42) J. de la Gándara.— Ob. cit.

(43) J. de la Gándara.— Ob. cit.

(44) J. de la Gándara.— Ob. cit.

(45) Pedro María Archambault.— Historia de la Restauración. Santiago. Sin fecha.

(46) Buceta era tan cruel que se hizo célebre la locución de "malo como Buceta", y a los niños dominicanos se les asustaba diciéndoles: "Ahí viene Buceta."

(47) Los dominicanos habían tomado a Guayubín, Sabaneta, donde Santiago Rodríguez batió a Hungría, y Monte Cristi, tomado a sangre y fuego por el Capitán Federico García.

(48) El General Gaspar Polanco fue proclamado Comandante en Jefe de las fuerzas revolucionarias, por su condición de haber peleado en la independencia, cuando las guerras con Haití.

(49) De Cuba llegaron 750 hombres con 3 unidades de guerra; el criollo general Juan Suero —llamado el "Cid negro" por los españoles—, Gobernador de Puerto Plata, al servicio de España, les aportó 400 hombres. Dos días después llegó el batallón de Puerto Rico y de La Habana el batallón *Isabel II*, comandado por el Coronel del Estado Mayor Cappa.

(50) Ob. cit.

(51) Gregorio Luperón.— Notas autobiográficas y apuntes históricos. Public. de la Secr. de Est. de Educación. Sto. Dgo. R. D.

(52) Ob. cit.

(53) Bernardo Pichardo.— Resumen de historia de Santo Domingo. Santo Domingo. 1921.

(54) J. de la Gándara.— Ob. cit.

(55) B. Sumner Welles.— Ob. cit.

(56) Sus últimas palabras fueron: "Aún hay patria, ¡Viva la Republica Dominicana!"

(57) B. Pichardo describe así la muerte de Juan Contreras: "El 12 de febrero de 1864, en Maluco, las fuerzas españolas mandadas por el General de las reservas

Juan Contreras fueron derrotadas por las tropas dominicanas bajo las órdenes del General Tenares. Desbandada la columna española, se retiraba solo el General Juan Contreras, cuando oyó que Tenares le gritaba que se detuviera... Se desmontó de la mula, desenvainó el sable y avanzó solo contra sus adversarios, pereciendo como un héroe."

(58) "La tesis de que el General Santana murió envenenado —dice Marrero Arísty— entró posteriormente a formar parte de las conjeturas alrededor de su rápida extinción. Pero en los ánimos de aquéllos que conocían su carácter, la creencia prevaleciente fue que el severo patriarca—hatero, hundido en las tenebrosidades de una angustia indescriptible, repudiado por la patria que primero libertó y luego condujo a una encrucijada trágica y maltratado por los representantes de una España mal gobernada y peor representada en aquellos momentos, murió aplastado por el peso de tremendos sentimientos encontrados de ira, despecho e impotencia."

(59) Santana no nació en El Seybo sino en Hincha, territorio hoy haitiano.

(60) G. Luperón.— Ob. cit.

(61) B. Pichardo.— Ob. cit.

(62) Américo Lugo.— El Estado dominicano ante el derecho público. Tesis sustentada en la Universidad de Santo Domingo para el Doctorado en Derecho.— Ousc. Santo Domingo. 1916.

(63) Pedro Santana.

(64) El padre de Santana, también llamado Pedro, peleó en Palo Hincado junto a Sánchez Ramírez.. Cuando vio el cadáver del general francés Ferrand, que se había suicidado, le cortó la cabeza y la paseó por El Seybo, destilando sangre, en el extremo de una pica.

(65) Buenaventura Béz.

(66) A. Lugo.— Ob. cit.

(67) Se refiere la revolución de Julio contra Báez. Véase nota 20.

(68) A. Lugo.— Ob. cit.

(69) Mariano Antonio Cestero.— 27 de febrero de 1844. Boletín del Archivo General de la Nación. Año XX. Vol. XX. No. 94. 1957.

(70) Ob. cit.

(71) M. A. Cestero.— Ob. cit.

(72) Joaquín Balaguer.— El Cristo de la libertad. Colecc. Pensamiento Dominicano. 4a. ed. Santo Domingo. R. D. 1968.

(73) Joaquín Balaguer.— Ob. cit.

(74) En su obra *El centinela de la frontera*, dice Balaguer: "No existió, pues, si no mienten los partes oficiales firmados por Santana, la batalla de Las Carreras. Las tres escaramuzas conocidas con ese nombre fueron después abultadas, con fines exclusivamente políticos, para glorificar a Santana y ofrecerle, bajo la impresión de un triunfo espectacular, el premio que siempre persiguió en sus campañas militares: poder, riqueza y honores."

(75) J. Balaguer.— Ob. cit.

(75 bis) En carta que Víctor M. de Castro envía a Federico García Godoy en abril de 1909 le dice: "Si en vez de Santana hubiera sido Duarte o Sánchez u otro corazón magnánimo, u otro cerebro educado, el primer presidente de la República habrían quedado virtualmente inhibidos de ocupar las altas magistraturas de Estado

los macheteros y los brutazos, y asegurado, de manera definitiva, el porvenir jurídico de la nación.— Santana hizo lo que debía hacer: desceñirse el machete para colocarlo, ensangrentado, sobre las leyes; flagelar con su tralla el lomo de las instituciones como hiciera con sus atajos, y encariñarse del poder como un mono de una cicarsiana.— Ni más ni menos.— ¿Que era patriota? Sí, de un patriotismo rudimentario y primitivo. Patriotismo muscular y ciego. Patriotismo incapaz de hacerle comprender que Trinidad Sánchez, y Duvergé, y Puello y Concha, y los *filorios* eran pedazos muy queridos de la patria. Patriotismo que le impulsaba a renegar del yugo haitiano, pero aceptando el yugo español; como si todos los yugos no fueran iguales, como si todos no oprimieran el cuello, como si todos no infamaran por igual."

(76) Expresa el historiador Manuel Ubaldo Gómez que "en el Cibao y aun en el seno del Gobierno Provisional en los primeros momentos, hizo gran efecto la ocupación de Monte Cristi, porque las municiones, especialmente el plomo y el armamento, eran escasos; pero Espaillat, aunque hombre civil, dotado de grandes energías, levantó los ánimos más o menos con estas palabras: "Recójanse, dijo, las pesas, serpentina de los alambiques y todos los objetos de plomo, de estaño y de hierro, y háganse balas y lanzas, que con estas últimas se cubrieron de gloria nuestros compatriotas en la primera guerra de independencia." La reacción se operó y pocos días después estaban reforzados los cantones con hombres y pertrechos."

(77) Del Resumen de B. Pichardo copiamos: "El funcionario depuesto se encontraba en Guayubín y, al recibir la noticia de lo ocurrido en Santiago, regresaba rápidamente al asiento de Gobierno, acompañado de algunos amigos, cuando se encontró con el General Luperón, que había sido designado por el nuevo Gobierno para conducirlo a Haití. Grandes fueron los esfuerzos que tuvo el General Luperón que realizar para convencer al impetuoso General Salcedo de que toda resistencia era inútil y lograr que siguiera con él para Dajabón.— Una vez allí, el Jefe de la frontera haitiana se negó a recibir al ilustre expatriado, con la declaratoria de que "a la revolución no le convenía tener a Salcedo, ni expulso, ni preso, ni en libertad..." En vista de esta negativa, tomó el General Luperón el camino de Santiago con el prisionero y "al encontrarse en las inmediaciones de la ciudad con Polanco, a quien le sorprendió el regreso, y entregarle una carta en la cual Monción, Pimentel y Juan Antonio Polanco, que habían querido quitárselo para fusilarlo, le comunicaban la opinión del General Philantrope, Jefe de la frontera haitiana, resolvió enviarlo como preso al campamento de la Jabilla..." Y de allí la orden secreta del Presidente Polanco lo llevó a la playa de Maimón, donde fue asesinado en altas horas de la noche, y sus restos abandonados, hasta que después fueron trasladados a la Fortaleza de San Felipe, en Puerto Plata. La gratitud de un munícipe, más tarde, le levantó un modesto monumento que luce esta escueta inscripción: J.A. Salcedo. 1864".

(78) P. M. Archambault.— Ob. cit.

(79) "Electo Presidente interino —dice B. Pichardo— de la República, inesperadamente, se presentó un día el General Pimentel, acompañado de tropas, al salón de sesiones de la Convención, con el propósito de arrancarle por el temor, un decreto que condenara a muerte a los miembros del Gobierno de Polanco como autores del asesinato del General Salcedo; pero ese Alto Cuerpo, asumiendo una digna y activa actitud, resolvió "declarar su incompetencia para dar fallo contra la acusación" y ordenó que "el Poder Ejecutivo nombrara un Consejo de Guerra que conociera de la causa", con lo cual dejó abatida la indigna pretensión y desconcertado al mandatario que tan mal iniciaba sus gestiones.— De este Consejo de Guerra salieron

absueltos todos los inculpados, pues su abogado, don Cristóbal José de Moya, presentó los oficios y notas en que los generales Pimentel y Juan Antonio Polanco reclamaron a Salcedo para fusilarlo...— No obstante la sentencia, muchas de las personas descargadas fueron antojadizamente confinadas por el Presidente Pimentel.

(80) La anexión representó para España la pérdida de más de 18,000 hombres de cerca de 50,000 que movilizó. Las bajas se esquematizan así:

Muertos por balas o machete	486
Muertos a causa de enfermedades	6,854
Heridos	1,389
Prisioneros	634
Enfermos enviados a la Península	1,525
TOTAL	10,888

La pérdida en pesetas sobrepasó los 300,000,000.

CAPITULO XVI

Del 1865 al 1900



LA NUEVA REPUBLICA.— La salida de los españoles dejó al país desorganizado y en ruinas. La inestabilidad política y el caudillismo seguirán siendo la norma. Buenaventura Báez, el eterno apátrida de la política, francófilo, yancófilo, mariscal español, todo menos dominicano, será durante un lapso más o menos largo, líder de los dominicanos.

Y con su desaparición del escenario político, aparecerá la fiera satrapía de Ulises Hereaux (el *Lilís* de nuestra Historia), que llega hasta la puerta auroral del siglo XX, manchando de crímenes su camino. Bajo ese orden de cosas, en la desolación de las pavesas que una guerra sangrienta dejara (1), el caos se va a acentuar con las intrigas políticas que se tejen sobre las mismas llagas de la patria ensangrentada.

Pimentel se hizo impopular. Su actitud frente a Salcedo y su traición a Polanco no le podían granjear las simpatías del elemento restaurador. Para permanecer en el poder debía gobernar con mano recia.

Lo primero que hizo fue negarse a trasladar la sede del Gobierno a la Capital, donde José María Cabral, con su indudable prestigio de héroe de Santomé y La Canela había logrado imponer el orden.

Nada bueno presagiaban los acontecimientos. Y entonces un grupo de generales, entre los que podemos mencionar a Eusebio Manzueta, Marcos Evangelista Adón, Pedro Valverde y Lara y Esteban Adames, proclamaron a Cabral *Protector de la República*. Todo el Sur se unió al movimiento, y Pimentel, que en un principio pensó salir al frente con sus ejércitos a detener el movimiento creciente, se dio cuenta de que todo era inútil y decidió renunciar.

Por *aclamación popular*, pues, obtuvo Cabral la presidencia, a título de Protector. A su redor se congregó lo más connotado del país, y aunque su actuación fue acertada, como conciliador y como organizador en el caos, había cosas que falseaban en el fulcro de su balanza. La primera de ellas fue su forma de escalar el Gobierno (2), y la segunda, el despertar de viejas banderías con la creación de los partidos *rojos* y *azules*, sempiternas tendencias antagónicas en las pasiones políticas del pasado.

He aquí, al llegar a este punto, el comentario de Francisco Ulises Espaillat:

"¡Tregua! Y volvamos a los hechos. No bien las últimas ondulaciones del humo de los vapores dejaron de percibirse, cuando el pueblo se levantó contra Pimentel. ¿Dijimos el pueblo? La costumbre de echar mano de este comodín. Aquellos que esperaban que la cosa sería para ellos, trabajaban a cuál mejor, sin pasarles por la mente que estaban trabajando para otro. Se aclama, pues, al General Cabral, Protector de la República. Detengámonos un momento para apuntar un error que, por muy común que haya llegado a ser entre naciones que aún no han perfeccionado su educación política, no por eso deja de ser en extremo pernicioso. Me refiero a los gobiernos aceptados por aclamación popular. Lo que se hizo en ese momento fue dar el ejemplo para que, más tarde, los partidarios del señor Báez, siguiendo la misma práctica, hicieran en contra del gobierno del señor Cabral lo que los amigos de éste habían hecho en contra de Pimentel." (3)

Cabral era honesto y responsable, pero incauto. A su alrededor había muchos elementos exclusivistas que quisieron eliminar a todo aquél que no comulgaba con sus ideas. Y brotaron los partidos de eterno antagonismo: los *azules*, formado por todos los elementos desafectos a Báez, que es como decir, el núcleo de idealistas y de pensamiento alto, y los *rojos*, cuyo líder era Báez, y que agrupaba políticos sagaces y sin escrúpulos, sin fe en la patria y en el porvenir. (4)

Y una revolución que encabezó desde El Seybo Pedro Guillermo derrocó a Cabral y proclama a Buenaventura Báez presidente de la República. Algo insólito en la vida política dominicana: la postergación de los prohombres en favor de caudillos ignaros. Báez nunca tuvo fe en la patria: colaboró con los haitianos, les denunció la conspiración de los trinitarios, fue partidario decidido de Francia para el protectorado, y durante el período español, mientras corría a torrentes la sangre dominicana para poner a flotar nuestra bandera, se ciñó la faja de Mariscal de Campo español y se ofreció en Madrid para pacificar la colonia. Pero sus áulicos olvidaron sus desastrosos gobiernos anteriores, y le ofrecieron, en bandeja de plata, la presidencia para que iniciara la lucha por realizar una hazaña más monstruosa aún que la del General Santana, la hipoteca de la patria, como mercadería de mercachifle, a los Estados Unidos de Norteamérica.

Es necesario señalar que hay diferencias abisales entre Santana y Báez. Santana tuvo una espada invencible que alguna vez estuvo al servicio de la patria; Báez tuvo para la patria un trágico desdén, y “mientras Santana, en la primera República, entró siempre por la Puerta del Conde a la cabeza de sus huestes, para asaltar el poder, Báez, en su vida pública, tuvo siempre la ventaja de esperar en el exterior los acontecimientos para, una vez realizados, entrar cómodamente por la barra del Ozama...” (5)

Báez se apresuró en regresar del extranjero para ocupar la presidencia de la República, el 8 de diciembre de 1865. Al juramento ante la Asamblea, su presidente el Pbro. Fernando

Arturo de Meriño, el más elocuente entre los oradores dominicanos, se irguió ante el tirano y le increpó:

“Acabáis de hacer la promesa más solemne. En nombre de Dios habéis comprometido vuestra palabra de honor de servir fielmente los intereses de la República, y yo, a nombre de la nación, representada por esta augusta Asamblea que tengo la honra de presidir, acepto el juramento que prestáis, y, desde luego, os confieso que delicada en gran manera es la misión que tenéis que cumplir y abrumador el peso con que graváis vuestros hombros.

“¡Profundos e inescrutables secretos de la Providencia...! Mientras vagabais por playas extranjeras, extraño a los grandes acontecimientos verificados en vuestra patria; cuando parecía que estabais más alejado del solio y que el poder supremo sería confiado a la diestra victoriosa de algunos de los adalides de la Independencia... ¡tienen lugar en este país sucesos extraordinarios! Vuestra estrella se levanta sobre los horizontes de la República y se os llama a ocupar la silla de la Primera Magistratura. ¡Tan inesperado acontecimiento tiene aún atónitos a muchos que lo contemplan! ... Empero, yo, que sólo debo hablaros en el lenguaje franco de la verdad; que he sido como vos, aleccionado en la escuela del infortunio, en la que se estudian con provecho las raras vicisitudes de la vida, no prescindiré de deciros que no os alucinéis por ello; que en pueblos como el nuestro, valiéndome de la expresión de un ilustre orador americano “tan fácil es pasar del destierro al solio, como del solio a la barra del Senado.”

“Sí, porque también entre nosotros, como lo ha querido y dispuesto la nación, de hoy en adelante, es la ley la que tendrá el supremo dominio, y desde el más encumbrado ciudadano hasta el último, todos están sometidos a su imperio.” (6)

Báez escuchó, tembloroso de encono, este discurso viril, y su primera medida fue la expulsión inmediata de su autor. El General Gregorio Luperón trató de levantar el pendón revolucionario, pero fracasó y tuvo que tomar el camino del destierro. De inmediato se iniciaron crueles persecuciones contra los amigos de Cabral. Los *azules* tuvieron que rezagarse o esconderse. El ex-presidente Cabral salió para el extranjero en busca de una nueva oportunidad.

La reacción contra Báez fue inmediata: ardió de nuevo la revolución. Luperón se alzó en el Cibao con su intrepidez habitual, y contando con la colaboración del General Pedro Antonio Pimentel, hasta entonces Ministro de lo Interior. Como siempre el General Luperón dio muestras de singular arrojo, blandiendo su espada restauradora en las contiendas intestinas, y tras el sometimiento de todo el Cibao, marchó contra la Capital, cuando Báez se apresuró a abandonar el poder, refugiándose en el Consulado de Francia. Los *azules* triunfantes, formaron un *triumvirato*, presidido por el propio General Luperón, y que completaron Pedro Antonio Pimentel y Federico de Jesús García.

Se inicia ahora un largo liderazgo del máximo restaurador, el General Gregorio Luperón, quien, como jefe único del Partido Azul, lo manejará a su antojo, poder que sólo interrumpirá la larga dictadura de su discípulo Ulises Hereaux, (a) Lilís, quien gobernará con mano dura por veinte años, hasta la aparición del siglo XX. Tras corto lapso de gobierno, Luperón hizo caer la presidencia, con carácter de interinidad, en el otrora Protector, José María Cabral, hasta que, realizadas las elecciones, pasó a ser Presidente Constitucional. (7)

Si en Cabral no había habilidad política ni talento, había buena fe. Se rodeó de gentes capacitadas. A iniciativa del notable historiador José Gabriel García se tradujeron al castellano los códigos franceses; se incrementó la enseñanza con creaciones de escuelas primarias, así como de instituciones culturales y religiosas. El Pbro. Meriño restableció el Colegio Seminario y el Pbro. Francisco Xavier Billini, un filántropo de pertinacia poco

común para dadivar bondades, creó el Colegio San Luis Gonzaga, de larga tradición educacional (8).

Aquello fue un pequeño oasis en el desierto arenal de las contiendas políticas. El eterno propugnador de Báez, el General Pedro Guillermo, se levantó en armas una vez más en apoyo de su caudillo, prófugo por El Seybo —que eran los predios de Guillermo— tras fugarse aparatosamente del consulado francés. Esta asonada fue su Waterloo. El rebelde Guillermo fracasó en su ataque a Hato Mayor y un Consejo de Guerra lo condenó a muerte. Fue ejecutado junto con los oficiales José Mota y Secundino Belén. (9)

Pero la revolución siguió su curso y llegó el momento en que Cabral se vio confinado a la Capital, donde estaba sitiado, estallando una epidemia de cólera que, causando gran terror, obligó al Gobierno a capitular el 31 de enero de 1868. (10) Mediaron en esta capitulación los cónsules de Francia, Italia, Estados Unidos de Norteamérica, Inglaterra, Holanda, y en virtud de esta mediación, el Gobierno en pleno embarcó en dos goletas con rumbo a Venezuela. (11)

El general triunfante que se apoderó de la Capital fue Manuel Altagracia Cáceres, el cual se apresuró a llamar a su líder, quien, como era su costumbre, sin luchas ni tártagos, vino mansamente a ocupar la silla que insólitamente se le ofrecía.

Era el triunfo *rojo* y con él se iniciaba el luctuoso período de los Seis Años. Una tiranía más cruel aún que las que detentó Santana se entronizaba ahora. Y se juramentó ante la Convención Nacional el 2 de mayo de 1868.

Mientras los *rojos* se fortalecían, en el exterior se dividían los *azules*, por desavenencias entre Luperón, Pimentel y Cabral.

La primera medida del rencoroso Báez fue erigir un patíbulo que empezó a cercenar cabezas sin tregua. Dice Bernardo Pichardo en su célebre *Resumen*:

“El patíbulo se erigió en casi la única fórmula de represión y en procedimiento expedito para realizar las venganzas que constituyeron el único ideal del partido triunfador, y bajo cuyo imperio fatídico desaparecieron

entre esos largos y memorables seis años, centenares de dominicanos; entre ellos, hombres de la talla de Manuel Rodríguez Objío, dulce poeta de inteligencia preclara y patriota entusiasta; Eusebio Manzueta, viejo veterano de la Restauración; Juan Rosa Herrera, prestigiosa figura de la provincia de El Seybo; Francisco Xavier Heredia, Belisario Curiel, deudo del Ministro de Hacienda, y los valerosos oficiales Joaquín Volta, Ezequiel Díaz, Juan E. Díez, Esteban Evangelista y otros que la pluma no quiere reseñar...

Las cárceles estuvieron llenas de detenidos, y hubo personas, como los generales Eugenio Miches, Jacinto Peynado y Cayetano Velásquez, que permanecieron todo ese lapso engrillados, y los varones de familias enteras fueron enviados al destierro, sin previa formación de un juicio que siquiera diera apariencias de legalidad al vértigo de crueldades (12) que aun a través de los años se sintetiza con sólo aludir a la dictadura de los Seis Años, que debió su duración, más que a otra circunstancia, a la culpable anarquía del partido azul.” (13)

EJECUCION DEL POETA MANUEL RODRIGUEZ OBJIO.

Después de un intento revolucionario el poeta y restaurador Manuel Rodríguez Objío cayó prisionero en la Fortaleza de San Luis. El poeta había fustigado con sus versos de fuego al tirano y para nadie era un secreto, dadas las circunstancias, que aquél estaba perdido. ¡Inexorablemente perdido! El sátropa se ensañaría sobre las carnes calientes y jóvenes de quien le había tirado su desprecio con sonoridades inesperadas. Los tiranos desprecian la hidalguía; sólo adoran los hinojos encallecidos y la actitud servil.

Cuando los oficiales del vapor norteamericano *Natasket* se acercaron al Déspota para interceder por el reo, aquél fingió que accedía a la petición. (14) Pero el lunes, 17 de marzo de 1871,

el poeta amaneció en Capilla ardiente. Como las olas de arena del simún se difundió la noticia.

Todos los sectores se movilizaron para pedir el perdón del condenado: más de doscientos masones firmaron una petición, lo mismo que los miembros de las sociedades *Juventud*, y *La Republicana*, de la que Rodríguez Objío era miembro honorario. El tirano escupía su desprecio con olímpico desdén.

A la atribulada madre que se apareció a las 12 meridiano de aquel nefasto día, se negó a recibirla. A las 3 de la tarde, una Comisión de más de 150 señoras, señoritas y niñas, entre las que se encontraba la madre del poeta, fue recibida al fin. Bañada en lágrimas de desgarrante dolor, la madre se arrodilló ante el monstruo. Este no arrugó un solo pliegue de bondad y le dijo con insolencia:

— *Levántese; sólo a Dios se le dobla la rodilla.* (15)

Y a la hermana de Félix Lluveres, que le recordó que el ex Presidente Cabral había perdonado a su hermano cuando lo tuvo prisionero, le contestó colérico:

— *Señora, no compare usted a un hombre político con un asesino.* (16)

Y a una señora cubana que, tremante de angustia, insistía más que las otras, le respondió con esta grotesca gentileza:

— *Señora, usted que es tan hermosa, si lo perdono irá a la frontera a poner su belleza de blanco de los tiros de los cacoses?* (17)

Entonces, con sádica crueldad, se volvió a sus ministros, miserables testigos de aquella escena, y exclamó con aire de fastidio:

— *Vamos, salga ahora, don Félix, venga a entenderse con esta gente.* (18)

Se refería a Félix María Del Monte. Nada conmovió a aquella tapia de crueldad.

Muchos de los baecistas terribles, y a la cabeza de ellos el poeta Del Monte, y los hispanófilos Juan Bautista Paradas, José María Sánchez, Manuel María Reyes y Telesforo Volta, le pidieron a Báez, a nombre de la sociedad dominicana, la muerte del poeta. Se dice que Del Monte exclamó que sobre su tumba debía hacerse una descarga de fusilería todos los años.(19)

Toda la noche la pasó el poeta, conmoviblemente sereno, redactando su testamento y algunas cartas. El Testamento(20) (firmado en la Fortaleza de San Luis el 19 de marzo de 1871) y la carta que dejó a su madre,(21) son de las páginas conmovedoras de nuestra Historia.

He aquí los párrafos finales que transliteramos de una Crónica de la época, por su dramático patetismo:

"A las cinco de la mañana marchó el piquete que lo llevaba: él pidió que no hubiera ni música, ni parches, ni cornetas, y en silencio se dirigieron a las afueras del Baluarte, por la calle de la Misericordia.

"Por allí oyó un grito agudo y viendo caer desmayada a una mujer, dijo: "Levántenla. ¡Infeliz! Debe ser de mi familia." Era su prima hermana... Entonces suplicó que redoblasen el paso para que la tropa concluyera pronto y fuera a descansar.

"Llegó al sitio señalado. Por primera vez se le vio palidecer. Volvió la vista a la morada de sus ensueños, de su juventud y de sus recuerdos, donde lloraba su madre y la contempló con respeto. Después la volvió al campo y al mar, donde aparecía radiante de luz y vida el astro del día. Y, por último, miró a la bóveda azul, ocupó un lugar a propósito y dominó a los espectadores...

"Se despidió del padre Santana y de su cuñado con un abrazo y un beso, y se acercó a dos pasos de los infelices

instrumentos de los victimarios. Entonces le dijeron que se retirara un poco, porque estaba muy cerca de las bocas mortíferas y dijo: "Es verdad, me retiraré." Allí, de pie, se entreabrió la levita con naturalidad, colocóse una mano sobre el corazón, dio el sombrero al reverendo padre, y con voz extensa e inspirada principió el Creo en Dios Padre. Una detonación igual despertó a la ciudad de su letargo. Había caído de espaldas atravesado por cinco balas de fusil. En ese momento el reloj daba las cinco y tres cuartos."(22)

Como Ismael de la Serna, el poeta guatemalteco, Rodríguez Objío enfrentó al tirano hematófago, pero no tuvo la suerte de aquél.

EMPRESTITO DE HARTMONT

Las medidas que en el orden interno intentó Báez para mantener su prestigio y el usufructo de su poder, fueron la venta de la bahía y la península de Samaná a los Estados Unidos de Norteamérica, y la anexión de todo el país a esta misma potencia. Pero también movió innumerables recursos para conseguir un empréstito de 420,000 libras esterlinas de cualquier nación europea presta a negociar. Las diligencias fueron encomendadas a nuestro Encargado de Negocios en Francia, Coronel Adolphe Mendes, quien negoció, por recomendación del Ministro de Hacienda Manuel María Gautier, con el Sr. Edward W. Hartmont, investido de plenos poderes para la firma de cualquier transacción que se lograra.

Pero la impaciencia de Báez estaba por encima de todo trámite, y comisionó a su amigo de confianza Jesurum a buscar en Europa un prestamista dispuesto a hacerle el préstamo a la República Dominicana. Ambos, empero, conversaron con Hartmont, bajo la oferta de una jugosa comisión. Adelantadas las negociaciones vinieron a reparar los comisionados en que el tal Hartmont no era un banquero sino un corredor de negocios, un agente intermediario que también andaba tras su jugoso

porcentaje. Aunque así se lo hicieron saber al Ministro Gautier, en correspondencia fechada el 1o. de junio de 1868, las negociaciones continuaron.

En el ínterin, una revolución en el Sur del país, dirigida por Timoteo Ogando y José María Cabral, y con fuerte hostigamiento de parte del general Luperón, tenía más que preocupado a Báez, que apresuraba sus diligencias de anexión del país a los Estados Unidos de Norteamérica, y ponía gran conato en la obtención del préstamo, no obstante darse cuenta de que el tal Hartmont no era más que un redomado pícaro.

Aun así, en el viaje de negocios que hizo a Santo Domingo alcanzó notoria importancia.

A fines de abril, y el 1o. de mayo de 1869, el Ministro de Hacienda dominicano Ricardo Curiel y Edward H. Hartmont, a nombre de una firma ilusoria, que se llamaba Hartmont y Co., firmaron el contrato que sería, en lo sucesivo, un verdadero problema para el país.

La República Dominicana recibía 420,000 libras esterlinas, por las cuales el Gobierno debía amortizar 58,900 libras, en dos pagos semestrales, por espacio de veinticinco años. Esto quiere decir que por 420,000 libras esterlinas, nuestro pobre país debía pagar 1,472,500.

Todos los derechos de importación y exportación quedaron gravados, como garantía del préstamo. La firma Hartmont y Co. podía fijar el monto nominal de las obligaciones que el Gobierno dominicano debía suscribir. Así, el Gobierno dominicano quedaba atado a los prestatarios, perdiendo parte de su albedrío en lo que respecta a entradas y salidas; daba, además, como garantía suplementaria, una hipoteca sobre las minas de carbón y los bosques del Estado en la península de Samaná, y los ingresos al Tesoro por concepto del guano de la isla Alto Velo.

La comisión que se adjudicó la Hartmont y Co. por sus diligencias y riesgos fueron tales, que el Gobierno sólo vendría a percibir 320,000 libras, por las cuales pagaría cerca de un millón y medio.

Al partir para Europa, Hartmont entregó una libranza de

38,095 libras, canjeadas con írritos descuentos, y para facilitarle sus actividades, fue nombrado Cónsul General de la República Dominicana, en Londres.

Llegó el año 1870 y todavía el Sr. Hartmont no había cumplido con sus compromisos, pues no había facilitado la suma que faltaba para completar el préstamo. En cambio, hizo nuevas ofertas porque sus negociaciones para la venta de la patria a los Estados Unidos de Norteamérica estaban concluidas. Los agentes del Presidente norteamericano Ulises Grant, a cuenta de la concesión de la bahía y península de Samaná, le habían entregado \$50,000, en dinero y armamentos, y gestionaba, por medio del Ministro dominicano en Washington, la suma de \$150,000.

Hartmont, que vio entorpecidas sus negociaciones con este paso, le preparó al país una gigantesca estafa; y se fue a Washington. Allí hizo amistad con Fabens, enterándose de las negociaciones.

El 20 de julio de 1870, en una sesión que celebró el Senado dominicano en la residencia del Presidente Báez, anuló el Tratado con Hartmont, sin cuidarse de rescatar los poderes adjudicados, lo que le permitió a este aventurero inescrupuloso, en nombre del Gobierno dominicano, y sin tenerlo en cuenta para nada, continuar negociaciones en Londres, firmando un Convenio con Peter Lawson y Son, por valor de 757,700 libras esterlinas, de las que planeaba darle al Gobierno dominicano las 420,000 libras del préstamo inicial, para que el resto siguiera como concesión. La nueva compañía, Peter, Lawson y Son, autorizó la firma Spofford, Tileston y Co., de New York a intervenir en nuestras aduanas de Puerto Plata y Santo Domingo, y ante la oposición del Gobierno de la República Dominicana, Hartmont se abstuvo de hacer nuevos envíos de dinero.

En tanto Fabens obtuvo de la Jay Cooke de New York y Washington un préstamo de \$50,000 para la República Dominicana, con cargo a la suma de pago pendiente, por concepto del arrendamiento de la bahía de Samaná.

Todo este dinero le sirvió a Báez, en provecho personal,

para negocios turbios, que hizo cada vez más escandaloso su gobierno, y vigorizó la fuerte revolución en marcha.

REVOLUCION DE LOS SEIS AÑOS

En 1869, la política haitiana, con su temeroso cortejo de intrigas, estaba muy ligada a los aconteceres de la política dominicana. Báez, amigo del Presidente de Haití, Silvain Salnave, no tenía nada que temer de aquel lado. Pero estalló la revolución allí, encabezada por el General Nissage Saget, y esto decidió a los generales Timoteo Ogando y José María Cabral a levantarse en armas en la región Sur con el fin de tratar de impedir el crimen de la anexión. Independientemente Luperón entró por el Norte, logrando desde el barco de guerra *El Telégrafo*, perturbar la zona del país. La derrota de Salnave⁽²³⁾ facilitó la tarea de la revolución a extremos tales, que fue el mayor obstáculo que se encontró para el proyecto de anexión, planeada, criminalmente, entre Buenaventura Báez y Ulises F. Grant.

LA VIÑA DE NABOTH

El patriotismo, que se había erguido en 1863 contra la anexión a España y que había hecho de la libertad su bandera, se irguió cuando trascendieron las turbias maquinaciones de Báez para anexionar la patria a los Estados Unidos de Norteamérica.

España, con más arraigo que cualquier otro país en la conciencia de los dominicanos, había sido rechazada y ahí estaban vivos los prohombres que habían hecho posible la Restauración.

Báez creyó que haciendo cada vez más férreo el régimen acallaría las voces del patriotismo dejándole el camino libre de voces y de acción para sus nefastos proyectos.

El primer grito de protesta vino de Curazao, providencial peñón de ostracismo para los grandes dominicanos. El 18 de

marzo de 1870, y firmado por varios dominicanos, se publicó un Manifiesto, que decía en su segundo y tercer párrafos:

“¿Permitiréis, impasibles, que Báez, el francés de 1843, el haitiano de 1844, el español de 1863, el yankee ahora, el apóstata siempre, os venda, por un puñado de oro, a una nación que ni habla vuestra lengua, ni tiene vuestras costumbres, ni está de acuerdo con vuestras creencias religiosas?”

“¿Admitiréis que los que han pisoteado vuestras glorias, asesinado vuestros héroes, dilapidado vuestra hacienda, se enriquezcan con el oro del extranjero a costa de vuestras libertades y de la existencia de la República?” (24)

La propuesta anexionista del más fementido traidor que ha ocupado el poder de la República Dominicana, fue muy bien acogida por el Presidente Ulises S. Grant.

En su *Mensaje* al Senado de los Estados Unidos de Norteamérica, enviado el 30 de mayo fundamentó, con palabras claras y elocuentes, su convicción de que la incorporación colonial de Santo Domingo a su país era necesaria, tanto porque la pequeña república caribeña, aunque rica, carecía de medios para su propia subsistencia, como por razones de estrategia, ya que otras potencias habían puesto su mira sobre la península de Samaná. (25)

Entre los senadores norteamericanos hubo una corriente favorable y propicia a la consumación del nefasto crimen. El senador Oliver P. Morton, amigo personal del Presidente Grant, propició también la anexión objetando que ésta era deseada, no sólo por Santo Domingo, sino también por Haití. En su ponencia ante el Senado, el 21 de diciembre de 1870, dijo:

“La gran verdad es que hay hombres en todos los partidos de Santo Domingo que favorecen la anexión. La prueba de ello reside en que hasta los hombres de Cabral abogan por

ella y que hasta también el propio Cabral la ha querido y sigue queriendo.”(26)

Y más abajo afirma:

“Hasta el pueblo haitiano está a favor de la anexión. Hace sólo unos meses tuvimos aquí el Sr. Tait, hombre hábil, educado e inteligente, Ministro de Haití, enviado por el Gobierno de Salnave. Declaró que el pueblo haitiano en su gran mayoría estaba a favor de la anexión de Santo Domingo a los Estados Unidos, porque abrigaban la esperanza de que ella sería precursora de la propia anexión de ellos. Pero a Salnave lo asesinaron a sangre fría, y el vil y desesperado aventurero militar que es el presidente modelo del Senado de Massachusset(27), cuando llegó al poder, quiso, por alguna razón, interponer un reparo a la anexión de Santo Domingo a los Estados Unidos.”(28)

En su discurso el Senador Morton hizo grandes elogios del Presidente Báez, autor del proyecto traidor, y se deshizo en improperios contra José María Cabral, el héroe de *Santomé* y *La Canela*, dos gloriosas batallas de las dos contiendas libertadoras y principal opositor, con el pensamiento y la acción, a la anexión proyectada.(29)

Pero en el Senado de los Estados Unidos de Norteamérica había un hombre singular, a quien los dominicanos debemos agradecimiento eterno, por la manera gallarda con que defendió nuestra soberanía: el Honorable Charles Sumner, Senador por Massachussets, quien pronunció el célebre discurso de *La viña de Naboth*, donde compara nuestra Isla con la viña del pasaje bíblico que ambicionaba Acab para su discípula y tremebunda esposa Jezabel. Pasaje bíblico que cita al iniciar su discurso.(30)

Este discurso, memorable para el destino ulterior de la República Dominicana, y que compromete el agradecimiento de todo patriota, empezaba:

“Señor Presidente: la resolución que se encuentra ahora

en el Senado, compromete al Congreso a participar en una orgía de sangre. Constituye un nuevo paso hacia la violencia. Ya se han dado pasos previos y se le pide al Senado que dé otros.” (31)

Fue un vigoroso discurso donde toma la defensa de un pequeño país maltratado, próxima presunta víctima de una nación poderosa y de las intrigas de aventureros apátridas. Sumner expresó una muy pobre opinión de Buenaventura Báez, denunciando las intrigas que llevaron a este tremendo debate:

“Las negociaciones para la anexión se iniciaron con una persona conocida con el nombre de Buenaventura Báez. Todos los informes oficiales nos lo señalan como un oportunista político. Pero poca cosa podía hacer solo; por tanto, se anexó a otros dos oportunistas políticos, Gazneau y Fabens. Y los tres juntos, preciosa asociación, sedujeron a un joven oficial nuestro, que se autotitulaba “ayudante militar del Presidente de los Estados Unidos”, y lo hicieron ingresar en su firma. Juntos prepararon lo que se llamó un protocolo, en el que el joven oficial que se autotitulaba ayudante militar del Presidente, hace ciertas promesas para el Presidente”. (32)

Denuncia vigorosamente los nombres de los personajes que secretamente diligenciaron, a nombre de los dos gobiernos, la anexión:

“Las bases siguientes —dice— que servirán para redactar un tratado definitivo entre los Estados Unidos y la República Dominicana, fueron puestas por escrito, y en ellas convinieron, por el General Orville E. Babcock, ayudante de campo de Su Excelencia el General Ulises S. Grant, Presidente de los Estados Unidos de América, y su agente especial en la República Dominicana, y el Señor Manuel María Gautier, Secretario de Estado del Departamento de lo Interior y Policía, encargado de Relaciones Exteriores de la dicha República Dominicana.

"Aquí ve usted la forma en que este joven oficial, intentando representar a Estados Unidos de América, se titula a sí mismo "ayudante de campo de Su Excelencia, el General Ulises S. Grant, Presidente de los Estados Unidos de América y su agente especial en la República Dominicana."

El joven ayudante de campo luego procede a dar en prenda la palabra del Presidente en la forma siguiente:

"Su Excelencia el General Grant, Presidente de los Estados Unidos, promete privadamente usar toda su influencia a fin de que la idea de anexar la República Dominicana a los Estados Unidos alcance entre los miembros del Congreso el grado de popularidad que sea necesario para su realización."

"¿Debo leer el resto del documento? Es, más o menos, por el mismo tenor. En él hay cuestiones de dinero, de dinero en efectivo, todo lo cual debe de haber sido particularmente agradable para los tres confederados. Finalmente cierra con estas palabras:

"Hecho de buena fe, en la ciudad de Santo Domingo, a los cuatro días del mes de septiembre del año 1869.

*Orville E. Babcock
Manuel María Gautier"(33)*

Charles Sumner tiene acerbos reproches para los hombres de su país presos en la urdimbre de esta intriga, criticando, sin ambages, la manera como mantiene en el poder al aventurero pignorador de su patria, sin que para ello, prevalidos de su potencia, se escatimara llegar a la intimidación:

"...insisto —afirmó con energía— en que la evidencia sustanciará lo que digo, que en la firma del tratado de la

anexión, Báez era mantenido en el poder por la presencia de nuestras fuerzas navales en las aguas del Gobierno dominicano.(34) Remítase a los documentos y usted verá que cuanto digo es cierto. Converse con oficiales navales, converse con ciudadanos honrados y patriotas que conocen el caso, y todos declararán que sin la presencia de nuestros barcos de guerra en aquellas costas, Báez hubiera quedado impotente.

"Después de la firma del tratado, y especialmente después de su rechazo, Báez se ha mantenido en el poder por la presencia de nuestra fuerza naval...

... "Durante largos años no ha ocurrido nada más importante para el honor de la República. ¿Cuántos de nosotros estamos ahora llenos de ansiedad, pendientes de las noticias de Europa? Allí se hallan enfrentados en una lucha a muerte dos grandes enemigos históricos, Francia y Alemania, hallándose Francia ahora entre la espada y la pared; ¿y cuál es el informe más frecuente? Que Bismark puede llevar a Luis Napoleón de su espléndida prisión, para colocarlo nuevamente en el trono de Francia para obtener de él ese tratado de rendición que la República no firmará nunca. ¿No estamos todos indignados ante esa idea? Por supuesto, señor, apenas el otro día un miembro del Gabinete, en mi propia casa, en conversación sobre este asunto, dijo que nada podía desagradarle más que la idea de que Bismark pudiera desempeñar tal papel, y que por este medio se pudiera robar a Francia. Y ahora, señor, este es el mismo papel jugado por el Gobierno americano. A Báez se le ha tratado como usted teme que Bismarck trate a Luis Napoleón. Usted lo llama "presidente"; ellos allá lo llaman "dictador"; mejor sería llamarle "emperador" y el paralelo sería completo. Está sostenido en el poder por el Gobierno de los Estados Unidos para que pueda traicionar a su país. Tal es el hecho y reto a cualquier Senador a negarlo. Me someto a interrogatorio, y reto al Senador por

Indiana que como ya he dicho, defiende esta proposición, a que lo negase. Lo invito a expresar una palabra de duda, una siquiera, de la exposición que ahora formulo, de que Báez se ha mantenido en el poder por medio de la fuerza naval de los Estados Unidos, y que hallándose en el poder por medio de la fuerza naval de los Estados Unidos, nosotros tratamos de negociar con él en una forma en que él pueda vender su patria. "(35)

La elocuencia de Charles Sumner apabullaba a los senadores defensores de las ambiciones de Grant. El destino de una patria estaba suspenso de aquellas palabras, responsables y elocuentes. Al Senador Edmunds, que le preguntó: "En cuanto al asunto principal ¿qué dice usted? ¿Cuáles son los deseos del pueblo de aquel país?" Le respondió:

"El Senador pregunta si no estoy enterado de que allí todas las personas favorecen la anexión, y esa pregunta es repetida por mi colega, el senador de Vermont. Respondo a esa pregunta con un categórico no. No estoy enterado. Tengo entendido todo lo contrario. Poseo información por lo menos tan buena como cualquiera disponible durante la última semana, y ni siquiera tiene cuatro días. En la República Dominicana hay dos jefes: uno es el político oportunista al que se ha unido nuestro Gobierno, respaldándolo con el poderío de nuestras fuerzas navales, y el otro es Cabral que, como me ha asegurado uno llamado a estar bien informado, representa al pueblo de su país(36) siendo, además, su jefe de jure. Hace algún tiempo Cabral simpatizaba con la venta de la Bahía de Samaná a los Estados Unidos, pero me ha asegurado que nunca simpatizó con la anexión a los Estados Unidos. También me ha asegurado que su política consiste en unir cada vez más los dos gobiernos de la República Dominicana y Haití, como estaban hasta que se produjo la revolución y la guerra que duraron del 1846 al 1848, dando por resultado la incierta independencia de la parte dominicana de la Isla.

"Todo esto se complica más si se toma en consideración que la misma Constitución de la República Dominicana, bajo la cual ese aventurero profesa ocupar el poder, estipula que no se puede transferir ninguna porción del país a una potencia extranjera."(37)

El discurso *La viña de Naboth* era un ariete mortal contra el proyecto de la anexión. Báez, como Santana en el 1861, inició violentas persecuciones contra todos los opositores, y, como éste, creyó acallar la voz de la conciencia universal. El propio Senador Hatch, de Connecticut, que era favorable a la anexión, publicó en el *South Norwalk*, el 12 de diciembre de 1870 un artículo del cual es el siguiente párrafo:

"Sin embargo, no veo el proyecto favorablemente del modo en que han querido enfocarlo; y creo formalmente que, si recibimos ese territorio de manos del Presidente Báez, cuando todos los hombres importantes en el partido de Cabral, los más numerosos, los más inteligentes y los más ricos, están en prisión, en el exilio o se hallan en armas contra Báez, sin que ellos hayan expresado su opinión en la transferencia, todo resultaría un terrible desastre..."(38)

El Diputado Fernando Wood, por New York, de la Cámara de Representantes, era totalmente opuesto a la anexión, pero por razones muy diferentes a las de Sumner. En su discurso del 9 de enero de 1871 externó frases despectivas para la República Dominicana y los dominicanos. He aquí las frases desdeñosas vertidas con insolencia:

"Deseo expresar nuevamente, señor, que la anexión de la República Dominicana a los Estados Unidos, ya sea como un Estado o como un territorio, no conviene. La población es de un tipo degenerado en grado sumo, estando principalmente compuesta de una raza cuya sangre tiene dos tercios de africano nativo y un tercio de criollo español, a diferencia de cualquier raza de color conocida

en ese país o en cualquier parte del mundo. Esta es una mezcla completamente incapaz de asimilar la civilización, y descalificada, bajo cualesquiera circunstancias posibles de hacerse ciudadanos de los Estados Unidos y ejercer, como lo hacen todos bajo nuestro actual sistema modificado, los privilegios de representación y de ser representados.

"La población de color de los Estados Unidos ha tenido la ventaja de disfrutar durante dos siglos del ejemplo y la sociedad de los blancos. La población de la República Dominicana no ha tenido esas ventajas. Ellos son descendientes directos de esclavos nativos de Africa. (39) El comercio de esclavos ha existido en Cuba, que se halla aproximadamente a unas sesenta millas de distancia de nuestras costas, hasta sólo muy pocos años. Estos nativos de Africa encontraron el medio de cruzar el estrecho canal que separa las dos islas para entrar en la República Dominicana, y así se produjo una mezcla de su sangre con la del criollo español, que es todavía más bárbara y salvaje que la del africano.

"Esta mezcla tuvo por resultado un tipo compuesto como el que he descrito, y el cual declaro no es del tipo que nosotros necesitamos." (40)

Evidentemente que Fernando Wood no conocía al dominicano y lo confundía con los haitianos, nunca inferiores a las masas ignaras y desgraciadas de negros y mulatos de su país, víctimas, para ese entonces, de las turbas violentas y criminales, del *Klu-Klux-Klan* y de los blancos degenerados que usufructuaban el trágico derecho de aplicar la Ley de Lynch. El insolente Wood menospreciaba gentes que eran poetas y dramaturgos cuando sus compatriotas andaban con taparrabos. Aun así, sus argumentos favorecieron nuestra causa.

El 20 de marzo de 1871, Charles Sumner dijo su segundo discurso, donde enfatizó sus argumentos anteriores y protestó de que Estados Unidos mantuviera fuerzas cerca de la República

Dominicana porque "su aspecto resulta más serio, cuando se considera que el objeto de todas esas violencias es la adquisición de un territorio extranjero, la mitad de una isla situada en el Mar Caribe; cuando se considera, además, que ellas han sido empleadas para mantener en un poder que él ha usurpado a un déspota imbécil, con el fin de ayudarlo y asistirlo en su proyecto de vender el país; en fin, que se ha recurrido a tales medidas de violencia para amenazar la existencia misma de la República de Haití."(41)

José María Cabral estaba dispuesto a todo, levantando la tea revolucionaria en el Sur, tras lanzar su célebre Manifiesto desde Puerto Príncipe, del cual es el siguiente párrafo final:

"Para nosotros Báez es un pérfido. A cambio de oro quiere sacrificar nuestra independencia, y es preciso que mantengamos nuestra independencia como lo único que tenemos y el más preciado tesoro que podemos legar a las futuras generaciones. Todos los dominicanos tienen un sitio en nuestras filas y a ninguno se le preguntará por sus opiniones políticas del pasado. Que vengan los que ayer no estaban de acuerdo con nosotros y los recibiremos como hermanos. Una vez realizada la revolución, contaremos con la mayoría para elegir hombres de conocida honradez e inteligencia para que ocupen los cargos de la administración pública."(42)

Grant, visiblemente contrariado por la oposición que encontró a sus planes en algunos miembros del Senado, nombró, con la protesta de este cuerpo colegiado, una Comisión que viniera a Santo Domingo a palpar la opinión pública. El 13 de febrero de 1871, mil ciudadanos enviaron desde Saint Thomas un Mensaje a dicha Comisión, de la cual son los siguientes párrafos:

"No puede haber anexión porque el tratado Domínico-Americano obliga a los gobiernos contratantes a respetar la nacionalidad e instituciones de ambos pueblos,

y el Gobierno dominicano no puede consumir la anexión sin ser traidor ni el de Washington aceptarla sin ser perjuro; y vuestra nación es muy respetuosa con sus leyes, muy fiel a sus pactos para violar la ley sin objeto y cometer una felonía indigna de un pueblo civilizado; una felonía que tan fatales consecuencias traería consigo. Sangre y exterminio.

"Pero el Presidente Báez no puede por sí solo incendiar la República, ni exterminar sus habitantes; necesita un cómplice que le ayude en su obra de aniquilamiento, de destrucción, y lo busca en los Estados Unidos, lo busca con el mismo deseo que busca el Verdugo una víctima, el patíbulo un mártir! Lo busca y lo encuentra en la ciudad de Washington y en Ulises Grant, al verdugo, al patíbulo!

"Ulises Grant tendrá la triste gloria de haber significado tan siniestra trinidad; la República Dominicana adornará su frente de víctima con la inmarcesible corona del martirio!

"¿Y podría dominar a un pueblo español, a un pueblo libre y religioso, que tiene heroica y propia historia, gloriosas y propias tradiciones, otro pueblo que no tiene lenguaje con que practicar la unión de las dos razas, que tiene un templo en que no se adora al Dios de los católicos, ni una tradición que iguale a la tradición de los dominicanos, ni en su historia una página que recuerde los nobles y esforzados sacrificios del pueblo mártir, del pueblo tres veces vendido, tres veces sacrificado, tres veces redimido. Mil veces, no!"(43)

Todo este barullo, centralizado por el célebre discurso de *La viña de Naboth*, atemorizaba a los anexionistas norteamericanos y ensoberbecía al Presidente que veía escapársele de las manos su presa. En marzo de 1871 Sumner volvió a la carga y siguió medrando entre los dominicanos la corriente contraria a la merca de la patria. El notable historiador

dominicano, Pbro. Carlos Nouel publica en Mayagüez, Puerto Rico, su célebre opúsculo(44) donde apunta:

"La causa que defendemos no es exclusivamente nuestra: es de toda la América Latina, amenazada de muerte por un nuevo Walker."(45)

En ese folleto Nouel recogía algunos documentos, uno en defensa de Cabral escrito por José Gabriel García(46), otro de Protesta que un grupo de ciudadanos prominentes, encabezados por Tomás Bobadilla(47), envió a la Comisión, y otros más.

Aunque la Comisión de Grant sólo se entrevistó con parciales del Presidente Báez, y rindió un informe amañado, el fracaso total vino con el rechazo de las cámaras norteamericanas, firmes en su propósito, no obstante la iracundia de Grant.

ARRENDAMIENTO DE LA BAHIA DE SAMANA

El fracaso de la anexión no arredró a Báez, quien carente de recursos, no obstante los diversos préstamos reprobables, logró que personas desconocidas y especuladoras constituyeran una compañía que se denominó "Compañía de Bahía de Samaná de Santo Domingo." El Convenio fue firmado el 28 de diciembre de 1872, y dice en su Art.15:

"La Compañía de la Bahía de Samaná de Santo Domingo, se compromete a hacer todos sus esfuerzos, dando los pasos necesarios para obtener la admisión en los Estados Unidos de América, libres de todo derecho, de todos los productos y manufacturas de la República Dominicana despachados desde Samaná directamente a cualesquiera de los puntos de los Estados Unidos de América." (48)

Este documento fue firmado por Manuel María Gautier, a nombre de la República Dominicana y Samuel Samuels, T. Scott y Burton N. Harrison.

El 19 de febrero de 1873, el Presidente Báez votó una resolución declarando a la Compañía de la Bahía de Samaná con derecho a llamarse Samaná Bay Company of Santo Domingo.(49)

Una vez derrotado Báez por la Revolución, el primer cuidado de la misma fue rescindir este oneroso contrato. La rescisión del Contrato de la Bahía de Samaná fue recibida con inusitado regocijo por el pueblo dominicano.

El 4 de abril de 1874, en su edición No. 13, el periódico *El Nacional*, decía:

“La rescisión del Contrato de la Bahía de Samaná ha sido recibida por todos los pueblos de la República con indecibles muestras del mayor entusiasmo. Era la aspiración de todos los dominicanos que veían en ese funesto arrendamiento una continua amenaza a nuestra economía; y tocó en suerte al progresista Gobierno del General González el desbaratar los planes de unos cuantos aventureros de la gran “República”, unidos al hombre funesto, al desnaturalizado hijo de este suelo que en su sed hidrópica de oro, ni respetó los derechos de sus conciudadanos, ni tuvo en cuenta los cruentos sacrificios que se han hecho por conservar nuestra independencia, ni temió, por último, el desprecio con que los pueblos todos de la tierra miran al mandatario que pone a su país en un mercado.”(50)

El día 31 de marzo de 1874, en un acto solemne, la República Dominicana alcanzó el pleno dominio de la Bahía de Samaná. Los comisionados para esta operación fueron los ciudadanos José Gabriel García, Victoriano Vicioso, Alejandro Gross y Carlos T. Nouel. Una vez más el periódico *El Nacional*, en su edición No. 14 del 11 de abril de 1874, nos da algunos detalles de este acto:

“Llegado el momento oportuno, se presentaron los Comisionados, en cuerpo, al Despacho de la Compañía,

donde encontraron al Sr. Howe, al Agente Comercial de los Estados Unidos, Sr. Conard, y a las demás autoridades locales por la empresa establecida. A la notificación que hicieron de que estaban dispuestos a llenar su deber, inquirió el Sr. Howe si iban a tomar posesión de las propiedades de la Compañía de la Bahía de Samaná en Santo Domingo, y como el Presidente de la Comisión le contestara que iban a tomar posesión de las propiedades de la República Dominicana, replicó que a tener fuerzas con que hacerlo se opondría hasta el último extremo a que el acto se consumara, pero que no pudiendo hacer otra cosa se limitaba a poner a cubierto su responsabilidad consignando sobre la mesa una protesta escrita y reservándose sus derechos para mejor oportunidad. Acto continuo trató el Sr. Conard de introducir otra protesta, llena de falsedades, también a nombre de la Compañía, pero como la Comisión se negara a entenderse con dos agentes a la vez, y manifestara su disposición a protestar contra el entrometimiento de cualquier persona extraña en el asunto que se ventilaba, se apresuró a retirarla, sin ocultar que debía el sonrojo a su docilidad en seguir las inspiraciones del Sr. Howe, quien, a su vez, le dejó en descubierto negándole el asentimiento a que se creía acreedor.

“Formada la policía en dos alas alrededor del asta de la bandera, y colocada al pie de ella, el Sr. Howe, teniendo a su esposa al frente, comenzó a pronunciar un discurso que, aunque plagado de frases inconvenientes y de dichos jactanciosos, no inspiró sino risa al numeroso concurso, en que a la par estaban mezclados dominicanos y extranjeros. Terminada la plática, entre sollozos del orador, la aflicción de su compañera, y la burla de los espectadores, fue arriada la enseña de la factoría sin inconveniente de ninguna especie.

“Para nadie era nuevo que aquella bandera no era sino la

dominicana, que un gobierno poco escrupuloso en materia de nacionalidad había dejado imperfeccionar con la colocación, por mano aventurera, en uno de sus cuadros, de algunas estrellas blancas, desnudas de toda significación política.

“El acto fue solemne. Tan pronto como se formó la tropa en medio de la plaza se dispuso la publicación del decreto expedido por el Jefe Supremo del 25 del pasado, el cual fue leído por el Contador del Capotillo, Félix Soler, y escuchado por el concurso con religioso silencio. Terminada la lectura, cayó en batalla la escolta frente al asta de la bandera y a una señal del Presidente de la Comisión fue ésta enarbolada con los honores de ordenanza y bajo una salva de veintiún cañonazos hecha por la goleta de guerra Capotillo” etc. (51)

En la misma edición de *El Nacional* se publicó la *Proclama*, que decía:

“Samanenses: El Jefe Supremo de la República, General Ignacio María González, acaba de rescindir, por falta de pago de la segunda anualidad, el Contrato de arrendamiento que de la Bahía y la Península celebrara inconsultamente la pasada administración.

“En virtud de este paso, que llenará de gloria a su autor, el distrito que Samaná constituye vuelve a ingresar a la jurisdicción nacional con todas sus antiguas prerrogativas y vosotros ocupáis de nuevo el rango que habíais perdido en el seno de la familia dominicana. De hoy en adelante ya no viviréis como hijos desheredados, sin patria ni nacionalidad. El pabellón de febrero que simboliza la unión de todas las razas por los vínculos de la civilización y del cristianismo, os cubrirá con la sombra protectora. Al abrigo de ella y unidos por el sentimiento nacional, encontraréis en el trabajo, que es la fuente única de la

felicidad de los pueblos, el bienestar que malos políticos han querido proporcionaros con especulaciones de todo punto irrealizables. El Distrito tiene grandes elementos de vida propia, que bien desarrollados pueden llevaros a un alto grado de prosperidad. Sostened la paz y el orden y os prometemos que el Gobierno del General González se encargará del cumplimiento de tan sagrada misión.

"Dominicanos y extranjeros: el cambio que se opera hoy en el orden de cosas del Distrito de Samaná, en nada os perjudica. Vuestras propiedades serán respetadas y no sufrirán alteración alguna los intereses creados en la Península.

*Samaná, 31 de mayo de 1874
José G. García, Gerardo Bobadilla,
Victoriano Vicioso y Alejandro Gross" (52)*

CAIDA DE BAEZ

Para aplastar la Revolución que asolaba todo el Sur contaba Báez con la traición, arma artera de los canallas, de Valentín Ramírez, a quien había confiado Cabral la defensa de San José de las Matas. Primero el Déspota sondeó la opinión del pueblo tras un aparatoso recorrido por la República, en cuyas poblaciones se prepararon recibimientos jubilosos, y luego marchó al Sur. (53) Cayó, sorprendentemente, sobre los extenuados rebeldes y alcanzó grandes triunfos que manchó con el terror y las persecuciones de las mejores familias de las poblaciones por donde pasaba. Pero Cabral, aunque reducido a un pequeño grupo, se mantuvo firme. (54)

Después del golpe asestado a Cabral, Báez creyó que podía sentirse tranquilo. Pero entró de nuevo en escena Luperón.

"Después de su salida de Barahona, Luperón vivió una existencia casi novelesca. Trabajó intensamente perseguido durante varios meses por los buques de guerra

norteamericanos por orden directa del Presidente Grant, hasta lograr que el General Nissage Saget presionara a Cabral para que la revolución dominicana se unificara, pero las relaciones entre el ardiente devoto del culto de los héroes clásicos y el dirigente haitiano y Cabral, sufrieron un enfriamiento peligroso cuando se verificó la entrega de *Salnave*, que Luperón condenó públicamente como un atentado contra el humanitario principio de hospitalidad que Cabral debía al prófugo, y como violación de los derechos humanos cometida por Saget al fusilarlo." (55)

Luperón, con 45 patriotas penetró por Capotillo, y lanzó, el 1o. de mayo de 1873, una Proclama llamando a las armas a los habitantes de La Línea. (56)

Tres días después lanzó su enérgica protesta que decía:

"Protestamos solemnemente:

1o. Contra el gobierno antinacional de Buenaventura Báez, que condenamos por traidor y desconocemos por perjudicial al país.

2o. Contra el Convenio Samaná y contra toda operación fiscal, comercial o de otra clase, derivada de él.

3o. Contra cualquiera negociación, ya política, ya de empréstito, o de crédito, realizada o que pueda realizarse por ese Gobierno. Aunque, como la antedicha, estuviese revestida, o se revistiese, con fórmulas aprobatorias sin legalidad, por ser suscritas por cuerpos del Estado sin independencia ni libertad en sus actos; esclavos por medio del poder o sus gratuitos cómplices; o por plebiscitos obtenidos con engaños y violencias."(57)

De seguida formó un Gobierno Provisional, presidido por el propio Luperón y completado por Juan Antonio Polanco, Pedro Antonio Pimentel —herido gravemente en un combate—,

Pedro Prud'Homme, Wenceslao Alvarez y Juan Isidro Jiménez.

Había dos frentes, desgraciadamente desligados uno del otro, con entera independencia. Pero, inesperadamente, surgió un tercero, el de Puerto Plata, donde estalló la llamada Revolución Unionista, que propugnó la postergación de Cabral, Luperón y Pimentel, para lograr la compactación de los *azules* y el acercamiento conciliatorio hacia los *rojos*. Esta fue la célebre Revolución del 25 de noviembre de 1875, que dirigió contra Báez el Gobernador Civil de Puerto Plata, Ignacio María González, uno de los más destacados miembros del partido *rojo*.

Los tres líderes *azules* pospuestos se retiraron a Haití con el fin de facilitar el triunfo de la Revolución Unionista.

Ante el empuje de este movimiento, ya casi solo, Buenaventura Báez decidió capitular el 2 de enero de 1876, expresando con cinismo diabólico que lo hacía por el bien de la Patria, y para que no hubiera derramamiento de sangre.

CARLOS SUMNER

Carlos Sumner fue el Senador a cuya elocuencia debemos los dominicanos la frustración del tremendo atentado contra la patria en que se empeñaron el apátrida Báez y el imperialista Grant. En Sumner latía un ideal de justicia. Trató de conocer la historia de nuestra patria y la creyó digna de un más alto destino. Su sobrino Sumner Welles, aprovechando el título del discurso parlamentario de su ilustre pariente, escribió una historia de la República Dominicana que tituló, igualmente, *La viña de Naboth*, henchida de cariño y de comprensión para nuestros problemas históricos y de admiración para sus hazañas épicas. Carlos Sumner era un verdadero idealista. Américo Lugo dice de él:

“Carlos Sumner es el más idealista de los hombres públicos norteamericanos, y la gloria política más pura de los Estados Unidos. Es el último de los puritanos, pero también el último vástago de los colonizadores ingleses: con él se consumió, en el suelo de Norte América, la última

gota decisiva y preponderante de la preclara sangre que en el mágico lar isleño había henchido las venas de Spencer y de Milton.” (58)

No hubo en su actitud ningún gesto de desprecio hacia el país que defendía; fue firme y serio, profundamente humano. Digno representante de una democracia austera, servidora de la pura libertad. Por eso dice Lugo en su ensayo de biografía:

“Muéveme, por otra parte, a hablar de Sumner, la gratitud, que es la más rica perla que se cría en el profundo mar del alma. Sumner, en 1870, salvó con dos discursos a la República Dominicana (y aun puede decirse a la isla entera), de las garras de Grant, evitando la anexión de esta República a los Estados Unidos; con lo cual sirvió con grandeza a Hispano América toda.” (59)

BAEZ

Buenaventura Báez es uno de esos fenómenos extraños que aparecen en la Historia de nuestros pueblos. Caudillo sin pasta para el caudillismo, postergó con su presencia proterva a hombres de mucho más envergadura que él. Y sin embargo, no tenía nada de atrayente: era mulato claro y bajetón. Ni la prestancia emuladora de un Mella o un Sánchez, ni el porte altivo de un Santana, ni la nobleza reveladora de un Duarte, ni la palabra ardiente de un Luperón, adornaron su personalidad.

No tuvo fe en la patria ni en sus felices designios, y toda la vida pensó que sólo podía subsistir merced a un oprobioso tutelaje. En el Manifiesto que dio a la luz pública en Saint Thomas, el 1o. de agosto de 1853, confiesa:

“Antes que otro alguno tuve yo el pensamiento de sacudir el yugo haitiano aun prefiriendo, en último caso, ser colono de una potencia cualquiera...”

“Es cierto que no tuve parte en la combinación que dio

por resultado el pronunciamiento del 27 de febrero, (60) y que dudé del éxito de aquella empresa, hasta el extremo de temer que hiciera abortar los planes en que teníamos otros mayor fe.” (61)

José Gabriel García, el Heródoto dominicano, tiene frases severas al juzgarlo. Dice:

“Opuesto a la creación de la gloriosa nacionalidad que, fiel a su propósito de preferir al título de ciudadano el de colono de una potencia cualquiera, pretende borrar ahora, con torpe mano, del catálogo de los pueblos independientes, debió el principio de su rápida carrera, no a su educación, ni a su fortuna, ni a sus servicios públicos, sino a la parte activa que tomara en las saturnales de los meses de julio y agosto, de 1844, en que Santana condenó la política del partido nacional, para establecer las bases de un sistema odioso, de tiranía que, matando junto con la libertad los nobles sentimientos, ha hecho entre nuestros émulos políticos, de la virtud un crimen y un mérito de la corrupción y la maldad.” (62)

Este aserto está vigorizado con una nota en la que es el propio Báez quien confiesa su poca fe en la patria. García agrega más abajo:

“Tampoco mereció a su educación ni a su fortuna, ni a sus servicios públicos, el ingreso en 1849 a la primera magistratura del Estado. Favorito de Santana durante los primeros cinco años de terrorismo, y no de anarquía, que siguieron a la expulsión del poder haitiano, fue colocado en la silla presidencial por el brazo de hierro del tirano, que no pudiendo inducir al Sr. Santiago Espaillat a que se prostituyera en sus últimos años aceptando el poder bajo un tutelaje vergonzoso, se vio precisado a volver la cara al infatigable tribuno de que se había servido para preparar la revuelta que dio en tierra con la administración contemporizadora del Presidente Jimenes.” (63)

Otros tiranos amaron la patria: tuvieron siquiera esa pasión. Báez sólo amó el poder, el poder usufructuado, sin poner en su logro la propia voluntad. No se conoce en la Historia otro caso igual.

DESPUES DE LOS SEIS AÑOS

La caída de Báez trajo inusitado júbilo al país. Pero todavía el apátrida de la política tendría una breve oportunidad de enseñarse con todo sadismo sobre el pueblo que lo despreciaba. Contaba con sus incondicionales, ignaros guerreros dispuestos a darlo todo por el más afortunado e indigno de todos los caudillos.

El Jefe de la Revolución, el General Ignacio María González, asumió la presidencia, primero interina, y luego constitucional. Su primera medida fue la rescisión del arrendamiento de la Bahía de Samaná, según quedó dicho. Como su revolución fue conciliatoria, integró su gobierno con elementos *rojos* y *azules*, así como con los nuevos *verdes*, aparecidos en el palenque político. De seguida el General González dictó un Decreto permitiendo la entrada al país de los líderes desplazados: Luperón —quien no regresó porque viajaba por Europa—, Cabral y Pimentel, quien murió poco después, de las heridas recibidas combatiendo en La Línea; firmó un Tratado de Paz, Amistad, Comercio, Navegación y Extradición con los representantes haitianos, el 9 de noviembre de 1874 en Port-au-Prince, y otro con España.

Aparentemente todo marchaba hacia la normalidad. Por entre los nubarrones cárdenos asomaba tímidamente el sol de una risueña esperanza. Aparecieron nuevos periódicos como El Centinela, El Nacional, El Dominicano, La Voz del Pueblo, El Porvenir.

La juventud vigorosa que hacía un milagroso esfuerzo, con gran desplante de energía intelectual, tendió sus alas (64). Y muchas escuelas abrieron sus puertas a la enseñanza. (65)

Pero el volcán no estaba muerto; dormía. Tras los primeros

conatos revolucionarios, fallidos, pero cruentos, (66) González rezagó la conciliación y, sin mayores fingimientos, se declaró Dictador.

Contra él se desbordó la iracundia. El indiscutible jefe del *Partido Azul*, Gregorio Luperón, tras sus desavenencias con el Gobernador Civil de Puerto Plata, que era *rojo* baecista, acusó la dictadura, encontrando el apoyo de las sociedades Amantes de la Luz y Liga de la Paz, de Santiago de los Caballeros, y aunque González trató de buscar apoyo en el bando *rojo*, del que procedía, se sometió de buena fe al juicio del Congreso Nacional, renunció a la presidencia y tomó el camino del destierro.

A partir de aquí, la vida política de la República Dominicana sigue ligada a las calamidades revolucionarias. No valió que se tratara de atemperar las pasiones, eligiendo para la presidencia a un civil de luminosa trayectoria cívica y patricia, el ilustre ciudadano Ulises Francisco Espaillat, que luchó con vehemencia en pro de la Restauración (67), y que intentó el más puro ensayo de tolerancia democrática conocido hasta entonces; al amparo de la libertad de pensamiento, planta hasta entonces exótica, el periódico *El Observador* llevó a cabo una campaña de descrédito contra la democracia, que su Director no podía apreciar. La dirigía el Coronel Marcos A. Cabral y era su colaborador, el nefasto prohijador del patricidio: Manuel García Gautier.

En ningún momento gozó Espaillat de la tranquilidad que le permitiera gobernar en paz. Los partidarios del derrocado González alteraban el orden en La Línea, y aquel foco insurreccional fue creciendo. Espaillat trató de detener la avalancha nombrando a Luperón General en Jefe y defensor de las instituciones del país. (68) Pero el eterno traidor, Valentín Ramírez, Gobernador de Azua, se unió a los rebeldes y pronto la Capital se vio sitiada. No importaba cuál fuera el destino de la lucha: las fuerzas del Gobierno parecían triunfantes en Santiago, Monte Cristi, Puerto Plata, San Francisco de Macorís y aun en el mismo Sur.

Fue cuando se pronunció la ciudad de Santo Domingo,

provocando la renuncia del immaculado Espaillat, a quien le horrorizaba el que se derramara sangre por su causa. (69)

Poco duró el triunfo de González, exaltado a la presidencia por aclamación popular; allí estaban, con la espada ensangrentada, Valentín Pérez y Marco Cabral, y tras un golpe cruento, aclamaron presidente ¡oh, irrisión! a Buenaventura Báez que vino del extranjero a sentarse an la silla con el alma plena, hasta reventar, de odios. El hijo de aquel Pedro Guillermo que lo llevó por dos ocasiones a la presidencia, Cesáreo Guillermo, lo combatió, y se apresuró a derrotarlo tras librar los tremendos combates de *La Calandria* y *La Pomarrosa*, en las inmediaciones de la Capital.

Desalojado Báez de la silla, volvió a subirse González. Pero a los tres meses, el propio Cesáreo Guillermo lo desalojó.

Ahora aparece en el panorama de la Historia uno de esos hombres que parecen hechos para la leyenda: Ulises Hereaux. Este negro genial, discípulo de Luperón, iniciará una carrera política meteórica hasta su muerte.

Dictadura de Hereaux

Veinte años duró esta férrea dictadura, la dictadura de un hombre hábil, valiente, taimado y cruel. Había sido un restaurador. En el combate era un fiero Cid, al que nunca se le vio temer. Su carrera política comienza en 1878, cuando derrocado González y elegido interinamente el Lic. Jacinto de Castro, éste, para mantener satisfecho a Luperón, nombró a Hereaux comisionado y delegado en el Cibao, confiriéndole gran poder sobre los pueblos de esta región.

De los dos candidatos a la presidencia en las elecciones que se preparaban, Cesáreo Guillermo y Manuel Altagracia de Cáceres, (70) Guillermo quedó solo. El Presidente interino renunció. Y Cesáreo Guillermo fue elegido Presidente.

Luperón y Hereaux impugnaron estas elecciones y formaron un gobierno paralelo en Puerto Plata. Era el caos. La revolución incendió de nuevo los campos. Las cosas llegaron a extremos tales que hubo que buscar un elemento que fuera

símbolo de paz en aquella conflictiva pesadumbre general. Se buscó a un sacerdote, patriota y civilista, gran orador, el Arzobispo Fernando Arturo Meriño. Ulises Hereaux, como Ministro de Interior y Policía era la eminencia gris.

Meriño era un humanista y trató de darle una orientación humanística a su gobierno; creó cátedras de Derecho Civil, Constitucional e Internacional; reabrió la Escuela de Medicina y dictó un decreto mediante el cual el Gobierno se comprometía a solventar el 25 por ciento del costo de toda obra nacional que se publicase, así como aportar 40 pesos mensuales a todo periódico que viese la luz pública. La educación medró con la figura señera de Salomé Ureña de Henríquez, gran educadora, y así también la cultura iluminó sus más brillantes candiles con figuras como César Nicolás Penson, Pablo Pumarol —poeta satírico—, Emilio Prud'Homme —poeta y educador—, los Henríquez y Carvajal, etc.

Mas, la paz era delicada flor desmedrada en el malezal de las violentas pasiones. El Decreto de San Fernando, que condenaba a muerte todo civil sorprendido con las armas en la mano, le fue arrancado el sacerdote por su cruel Ministro de lo Interior y Policía, quien lo aplicó con implacable crueldad. Así se hizo con los prisioneros de *El Algodonal*, fusilados todos por Hereaux aprovechando la ausencia de Meriño, que se encontraba en Nayba, y sin oír los ruegos de perdón que le hiciera, entre otros, el ilustre filántropo Pbro. Francisco Xavier Billini.

Después de aplastar la revolución que en el Este dirigió el General Cesáreo Guillermo, con el fusilamiento de casi todos los prisioneros, se llamó a elecciones, triunfando la candidatura del *Partido Azul* que apoyaba Luperón, esto es: Ulises Hereaux, para la presidencia y Casimiro N. de Moya para la vicepresidencia.

Al transferirle Meriño el poder a Hereaux, era la primera vez que este acto se ejecutaba legalmente desde la Restauración. Era la primera vez, también, que un gobierno llegaría a su término, llamando a elecciones de acuerdo con la Ley.

Fueron dos años en los que Hereaux hizo todo lo posible por levantar el país desde las ruinas de sus tormentas. Pero la

nueva candidatura triunfante del General Francisco Gregorio Billini y Alejandro Woss y Gil había sido recomendada por el propio Ulises Hereaux para continuar con el usufructo del poder.

Pronto Billini incurrió en el enojo, no sólo de Hereaux sino también de Luperón. Francisco Gregorio Billini no era un politicastro sino un hombre de bien, un escritor banilejo con un alto sentido de la vida y la virtud. Quiso, como Espailat, borrar rencores y apagar odios; quiso gobernar con el amor y educar a su pueblo. "Gobernar es enseñar", dijo Sarmiento; "Gobernar es amar", dijo Américo Lugo, y ambas fueron las virtudes que exaltó Billini en su breve estada en el solio. Trajo emigrantes canarios al país, fomentó la agricultura, creó un cuerpo de maestros ambulantes que regaron la enseñanza por el campo y se rodeó de lo más granado de la juventud intelectual.

Dos cosas le hicieron perder el apoyo de los dos caudillos que manejaban el *Partido Azul*: primero, el Decreto que garantizaba la libertad de pensamiento, que promulgó no obstante la fuerte oposición de Ulises Hereaux, y la Ley de Amnistía, al amparo de la cual todos los exiliados políticos pudieron regresar al país. Las presiones que querían desviarlo del camino escogido obligaron a este hombre digno a presentar renuncia y dedicarse a la vida educacional.

Ocupó la presidencia interina el General Woss y Gil, incondicional de Hereaux.

Cesáreo Guillermo se levantó en armas en Azua, pero, vencido por Hereaux, se suicidó para no caer en sus manos. (71)

Entnces fue elegido presidente el General Hereaux. Desde 1887 hasta el 1899, ahora será el único presidente, tras sucesivas reelecciones.

Una larga dictadura trae aparejadas muchas obras materiales y algunas manifestaciones culturales que la satrapía exhibe después como conquistas de su espíritu progresista.

Lo primero que hizo el tirano fue romper con el *Partido Azul*, para no tener compromisos con nadie, lo que le enajenó la amistad de su maestro y protector, el General Gregorio Luperón, quien pasó los últimos años de su vida en forzoso destierro.

Luego destruyó el *Partido Rojo*. No más partidos. Uno solo: el suyo; y ninguno más.

Habiendo iniciado su período en enero de 1887, se presentó solo a elecciones en 1889 y obtuvo la reelección, y lo mismo en 1893 y 1897. Era el único candidato en cada comedia de elecciones.

Cuando en las elecciones de 1893 se presentó un oponente, el General Eugenio Generoso de Marchena, fue hecho prisionero y tras oprobioso martirio, lo asesinaron sin compasión. Fue un crimen de lo más vil sobre la conciencia del tirano. (72)

Durante estos tremendos doce años, se vieron los siguientes acontecimientos positivos: la graduación, en abril de 1887, de las primeras Maestras Normales, bajo la rectoría de una de las mujeres más admirables nacidas en Santo Domingo, la insigne poetisa Salomé Ureña de Henríquez, fundadora del Instituto de Señoritas, de tan fecunda labor; (73) la construcción, en 1890, del Ferrocarril Central Dominicano, que vino a ser para esa época una obra de gran progreso, porque unía ciudades del Cibao que se comunicaban entre sí muy precariamente; se enriqueció, notablemente, la Marina Nacional, con la adquisición de tres cruceros construidos en Inglaterra, y que se llamaron *Presidente*, *Independencia* y *Restauración*. En el último, que era el mejor, realizaba sus viajes el presidente. También se ocupó el Presidente Hereaux de imprimirle al Ejército Nacional una organización insospechada. El Gobierno se preocupó del mejoramiento del agro, y algunos frutos menores como el café y el cacao empezaron a dar cosechas opimas, siendo desde entonces (1894) cuando estos frutos alcanzaron importancia para la economía del país.

En el año 1896, a insinuación del Dictador, se envió un grupo de profesionales a adquirir carreras liberales en Europa, y se reorganizó, gracias a los esfuerzos del Ministro de Justicia e Instrucción Pública, el Instituto Profesional, nombrándose Rector del mismo al Arzobispo Meriño y Vicerrector a Manuel de Jesús Galván, una de las grandes figuras de las letras dominicanas. Se reconstruyeron edificios, se remozaron

instituciones (como el Hospital Militar), se abrieron carreteras y se tendieron las primeras líneas del Telégrafo Nacional.

Todas estas obras contribuían a darle una imagen progresista a un gobierno tiránico, donde no se respetaban los derechos humanos, y la vida de los hombres estaba a merced de sus caprichos.

Recia era la mano que mantenía las riendas del poder. Muchos hombres cayeron víctimas de la concupiscencia y del afán de poder de este hombre. El Diputado Santiago Pérez, condenado a la pena capital por la muerte del trovador venezolano Eduardo Scanlan, el adúltero amante de la esposa del victimario, cayó en el patíbulo por mor de una sentencia que no reconoció circunstancias atenuantes, y a pesar de todas las peticiones de perdón que se formularon; Manuel María Almonte, víctima junto con sus compañeros del Decreto de San Fernando, tras el desmoronamiento de su golpe revolucionario de 1888; el General Eugenio Generoso de Marchena, asesinado por el solo delito de haberse presentado, en 1893, a elecciones, frente a la candidatura de Hereaux (74), que éste ganó por medios violentos; el General Joaquín Campos, muerto en una emboscada, por el solo hecho de ser amigo de Marchena, mientras detentaba el cargo de Gobernador Civil de Azua; Carlos Báez Figuerero y Pablo Báez, asesinados con otros más en la misma madrugada en que cayó el General Campos; el General Isidro Pereyra, que por pretender propugnar una candidatura ajena a la del tirano (la del General Ignacio María González), fue despojado de su cargo de Comandante de Armas de San Carlos y nombrado Gobernador Civil de San Pedro de Macorís, donde lo asesinaron una noche; el General Ramón Castillo —hasta entonces Ministro de Guerra— y José Estay, Gobernador de Macorís, fusilados en abril de 1896, (75) y muchos más.

RASGOS DE LILIS

Lilís, como familiarmente se le llamaba a Ulises Hereaux, fue un valiente y un hombre enigmático. No es la estampa pura del tirano hispanoamericano, pues tuvo muchos rasgos que lo

enciman por sobre Báez u otro de los tantos déspotas desalmados y cobardes que tuvieron poder omnímado en nuestra América joven.

Américo Lugo, que lo conoció muy bien, lo retrata con breves pinceladas cuando dice:

"Negro por los sentimientos y el color, blanco por los modales y la mente, un héroe en la batalla, sufrido en la adversidad, activo sin ejemplo, afable y discreto en sumo grado, ambicioso sin límites, generoso sin tasa, pulquérrimo de su persona, sensual hasta el exceso, conocedor profundo del corazón humano, supersticioso pero ateo, ajeno a todo escrúpulo, de sobriedad y frugalidad espartanas, un Sila para el disimulo y la venganza, tal era Ulises Hereaux, cuerpo de hierro, carácter de acero, alma de bronce, conciencia plutónica, espíritu plutoniano, verbo parabólico, voluntad soberana dominadora de hombres, pueblos y acontecimientos, de esas que empujan el carro del mundo y se imprimen indeleblemente en el libro de la historia." (76)

Américo Lugo conocía bien a Lilís y podía, por tanto, decir estas cosas de él, y estas otras que agrega:

"Y este hombre extraordinario a todos engañó; a todos venció, a todos gobernó con ilimitada autoridad. Partidos destruyó, pacificó aterrando, sofocó el pensamiento, que es la niñez de la acción; aherrojó la acción, que es la victoria de la mente, y por todas partes impuso su fuero, su criterio, su capricho, sus instintos, sus pasiones, estableciendo finalmente un centralismo monstruoso en que el Senado, los tribunales, la plaza pública, la escuela, el hogar mismo, todo cayó bajo el argivo y briareo control presidencial; aunque presidente no fue, que el nombre no suele ser sino máscara de la realidad; sátrapa, sí, un Ciro, Cambises o Artajerjes, acaso el más completo y curioso de América y sin duda uno de los más notables por su

capacidad política, por su autoridad personal, por su don de gentes, por su heroica naturaleza, por su fortaleza casi sobrehumana, por el sello mismo de grandeza que puso a sus crímenes.” (77)

Todo eso y más fue Lilís: un personaje pintoresco y fuerte. De su bravura nadie puede dudar. Son muchas las hazañas que se cuentan de él —algunas con un dejo de amargo pintoresquismo— de su concepto del valor personal; casi siempre andaba solo —escoltándole su audacia— y nunca rehusó el peligro. Le salía al paso a los conspiradores y a los desarmaba con su sola presencia. Entonces actuaba con crudelísima saña, aunque algunas veces practicaba una especie de taimada generosidad que le sumaba amigos.

En el combate del *Cabao*, sangrienta escaramuza donde derrotó al General Cesáreo Guillermo, fue herido en la nuca y aun así continuó peleando. Después le escribió al Presidente Meriño, en un lenguaje muy pintoresco:

“Secreto! Yo chupé mi golpón; una herida en el pescuezo que me perforó una parte; entró la bala por un lado y salió por el nudo que forma la vértebra del cerebro: la bala salió y se quedó dentro de la ropa; la conservo; yo montaba el caballo del Yo Pérez que murió en el acto, pero después del golpe reviví y se tomó la primera trinchera; de ahí siguió la fiesta alzando un poco de música... Sin embargo de la herida mañana seguiremos la persecución... Haga el favor de no decir nada de mi herida.” (78)

El, personalmente, al frente de su ejército, encaró todas las asonadas preparadas en contra de su régimen. Al frente, bien visible, como un semidiós legendario a quien las balas respetaran, marchaba siempre.

Como era valiente, admiraba a los valientes. Sólo levantaba sus brazos contra ellos cuando empeligraban su poder. Era un diestro tirador, y como quedó inútil, a causa de una herida, de la mano derecha, aprendió a disparar con la zurda.

Era pulcro en el vestir, pero vanidoso también. Se inventó un uniforme de Almirante, con entorchados y sombrero bicorne emplumado que usaba en ocasiones solemnes. Aunque negro, su perfil era de insólita fineza, y solía usar bromas con su color. Eran sólo bromas, o una actitud acomodaticia para encubrir sus propios complejos. La verdad era que se encolerizaba cuando alguien mostraba menosprecio racial, cosa, por fortuna, muy rara entre los dominicanos.

Tenía un gran respeto por los héroes de la patria y admiración por los intelectuales. Se dice que una vez que un grupo de estudiantes hablaban mal de los héroes de la patria, les explicó, al traerlos a su presencia, que los héroes deben ser venerados como ídolos. Y terminó diciéndoles, con ese tono socarrón con que trataba de desconcertar a los demás: "No me meneen los altares, que se me caen los santos."

A su iniciativa se debió el traslado de los restos del Padre de la Patria, Juan Pablo Duarte, de Caracas a la Capilla de los Inmortales; la declaración del 4 de julio como día de Duelo Nacional, en recuerdo del fusilamiento de Francisco del Rosario Sánchez y los demás Mártires de San Juan; el traslado de los restos de Ramón Matías Mella, bajo el patrocinio de la Sociedad *Hijos del Pueblo*, de Santiago de los Caballeros a la Capilla de los Inmortales; (79) los honores que se le rindieron al héroe de "Santomé" y "La Canela", General José María Cabral, con motivo de su muerte, ocurrida el 26 de febrero de 1898, así como al General Francisco Gregorio Billini, quien murió el 28 noviembre de 1898.

Frente al General Gregorio Luperón, la máxima espada restauradora, su actitud fue hidalga. Luperón, el indiscutible líder *azul*, fomentador de candidaturas a la presidencia, había ayudado al General Ulises Hereaux a escalar las posiciones a las que llegó encimándose desde su pobreza. Cuando el discípulo dio la espalda a las ideas liberales que, en cierto modo, habían sido refacción del ideario de Luperón, rompieron, y éste se extrañó del país. Cuando Lilís se enteró del precario estado de salud de su maestro, fue personalmente a buscarlo a Saint Thomas, y lo trajo a morir a Puerto Plata, su patria chica,

rodeado de la admiración que su hondo patriotismo concitaba.

Protegió a los grandes educadores y a las personas de bien. El Padre Billini, gran filántropo, tenía su decidida protección, y sólo con él se gastaba una reverente tolerancia que era admirable.

Una vez que iba a hacer fusilar a los conspiradores de Santiago, generales Arístides Patiño y Leopoldo Espartero, les conmutó la pena porque la viuda de Espartero le pidió el perdón, después de habérselo negado a varias personas y entidades.

El sabía que no gozaba de la simpatía del eximio educador puertorriqueño Eugenio María de Hostos, demasiado puro para comulgar con la tiranía. Pero aun así lo respetaba y ayudaba en sus planes educacionales. Una vez Lilís mandó a buscar a Hostos y lo recibió sin quitarse el sombrero, "visto lo cual, el Sr. Hostos, que se había descubierto la cabeza al entrar, se puso tranquilamente el sombrero.

—“Señor Hostos, le dijo Lilís, yo lo recibo como recibía Napoleón a Talleyrand.

—“General Hereaux,” le respondió el Sr. Hostos, descubriéndose de nuevo, “ni usted es Napoleón ni yo soy Talleyrand.”

“El general se quitó el sombrero” (80).

Lilís simpatizaba con la causa de la independencia de Cuba. No obstante sus compromisos con España, cuyo Ministro protestaba reiteradamente de la libertad con que se movían los simpatizadores de la causa de Cuba, Lilís los dejaba actuar y hasta los favorecía en sus movimientos conspirativos. Solía decir que “España era su esposa, pero Cuba su novia.” A José Martí, el Apóstol cubano, que se entrevistó con él para asegurar su concurso y protección, le dijo:

El general Hereaux acaba de atenderlo y complacerlo en todo, señor Martí; pero procure que el Presidente de la República no lo sepa.

Y en marzo de 1895 partieron de Monte Cristi para independizar a Cuba, José Martí y Máximo Gómez, el gran dominicano que consumó la independencia de nuestra Antilla hermana.

Lilís fue taimado y cínico. Sin ese duro cinismo no se puede tiranizar por veinte años en un pueblo. Tuvo el principio de "divide y vencerás", llevando el odio y las rivalidades entre los miembros de su propia política. Con esta división logró hacerse imprescindible.

No confiaba en nadie sino en él. Cuando le notificaron que su implacable enemigo Cesáreo Guillermo, al verse acorralado se suicidó, hizo que exhumaran el cadáver putrefacto y se lo llevaran a Azua, para convencerse, ante este macabro espectáculo, de la verdad.

Para lograr su objetivo no vacilaba en acudir al soborno. Antes de matar trataba de ganarse al enemigo. De hecho, su aparente generosidad parecía concitar admiración; y a esto se unía su indudable magnetismo y la campechanía que le acompañaba.

Fue este cinismo lo que le ganó la enemistad de Luperón, quien tenía pasta de caudillo, pero actuaba a brazos abiertos, con su pecho como rada abrigada para el refugio de la nobleza.

Cuando en 1887 Luperón regresó de Europa, se encontró con este desastroso espectáculo:

"...todo ha cambiado de faz. Encontró prisioneros y privados de comunicación, sin motivo, en Puerto Plata, a varios individuos, entre los cuales estaban los generales Pedro María y Leopoldo Espaillat, que tanto lucharon en defensa de Hereaux. En Santo Domingo la cárcel estaba atestada de prisioneros, todos hombres patriotas, honrados y pacíficos y un enjambre de ganapanes y de azotacalles esparcidos como espías en todo el país... el general Miguel Andrés Pichardo, en premio a su miserable traición, hacía de Ministro de Guerra y Delegado en las provincias del Cibao, donde seguía engañando a los mayoristas, haciéndoles creer que era uno de ellos, por lo cual entre él

y Hereaux prepararon un infame enredo a los Espaillat, para que los amigos de Moya tuvieran más confianza en el Judas de las elecciones. Iguales tramas tenía Herezux en Samaná contra el respetabilísimo General Ramón Parisián, que poco faltó para ser asesinado por el malhechor Alejandro Anderson, el asesino del distinguido General don Carlos Céspedes.

“Las mismas infernales tramas tenía en El Seybo contra el General Eugenio Miches; en el Sur contra el General José María Cabral; en La Vega contra el honorable Casimiro de Moya, su familia, y el General Juan Portalatín y sus amigos; y las amenazas eran generales contra todo personaje respetable.” (81)

Con el tiempo Lilís hizo incondicionales suyos a muchos de los que fueron sus enemigos. Nacieron así innumerables nuevos ricos que hicieron extensas fortunas a expensas del erario público.

En el apogeo de su poder cayó en una especie de megalomanía. Se hacía rendir honores al granel. Hacía largas escapadas al interior para que su regreso a la Capital se celebrara con manifestaciones fastuosas. Al principio de su gestión gubernativa hizo que el Congreso le otorgara, a perpetuidad, el título de *Pacificador de la Patria*, y al tomar posesión de la presidencia por quinta vez, el 27 de febrero de 1897, se le entregó, solemnemente, la Espada de Honor, joya inestimable, mandada a fundir con el aporte “espontáneo” de la ciudadanía.

Cuando Lilís arribó a su quinto período, el país se precipitaba por un abismo, al cual lo conducía el desastre financiero. El papel moneda dominicano valía maenos que las cenizas de su incineración.

La propia situación del titán envejecido se hacía insostenible. Fue a la muerte sabiendo que la encontraría. Y la encaró con fatalismo colérico. Lo llevó a ella una trágica resignación a su destino. Su amigo Demetrio Rodríguez —el guerrillero que podía pesarse en oro y recitaba a Goethe en

alemán— le dijo en Samaná, donde se detuvo a quemar un rintero de papel moneda, que no llegara a Moca, pues allí estaba agazapada la conspiración magnicida. El no hizo caso, y llegó solo a Moca.

Los conjurados eran todos jóvenes: Jacobito de Lara apenas tenía 16 años de edad. Los otros eran Ramón Cáceres y su primo Horacio Vásquez, todavía casi imberbes. El plan primero, desechado casi de inmediato, era abatirlo a tiros en la casa de su huésped Carlos Rojas. Después se pensó que podían matarlo en el Club de Recreo donde se celebraría una fiesta en su honor. También se desechó ese plan y se adoptó el de atacarlo cuando caminara por las calles. El General Vásquez, no muy decidido, se apostó con algunos conjurados en las afueras de la ciudad para atacar a Hereaux, cuando se encaminara a Santiago, si el golpe fracasaba.

Era el 26 de julio de 1899. Lilís hablaba en la puerta de la Administración de Hacienda con uno de sus amigos, el Sr. Jacobo de Lara, padre de uno de los conjurados. Entonces Cáceres y Jacobito de Lara avanzaron sobre Lilís disparando resueltamente. Herido de muerte, el titán comenzó a disparar con su mano anquilosada, pero sólo por instinto. Avanzó de frente. Sus ojos inyectados de cólera y de sangre miraban fijamente a los que le disparaban. Parecía que no caería nunca. Los valientes atacantes llegaron a temerlo así. Pero al fin se derribó como un abatido titán. Murió de frente, como Julio César, y esperando la muerte sin que un gesto de terror arrugara su rostro. (82)

NOTAS

(1) Todo el país estaba en ruinas; la agricultura casi nula, el comercio desmembrado, las industrias en el suelo, la instrucción pública y la justicia en un estado de abandono lamentable. Todo este caos, que había provocado la desastrosa guerra, se compensaba con la idea de que la patria había sido liberada.

(2) El nuevo Gobierno trató de poner orden en el caos: se organizaron los ayuntamientos, los tribunales inferiores y se creó la Suprema Corte de Justicia. Se crearon escuelas, se abolió la pena de muerte por causas políticas y se establecieron impuestos para ayudar las arcas del Estado. El Protector viajó por todo el Cibao para

percatare de sus necesidades, y el 24 de septiembre de 1865 se presentó el Presidente Cabral ante la Asamblea para rendir cuentas de su gestión.

(3) Ulises Francisco Espaillat. Partidos y gobiernos desde la Independencia; en "Escritos de Espaillat." Ed. Soc. Amantes de la Luz. Santiago. 1909.

(4) "El partido azul —según uno de sus pro-hombres— tenía demasiados sabios, en tanto que el rojo sólo obedecía a Ventura, (1) que tenía criterio propio y solamente oía a medias a don Félix (2) y a Gautier. (3) Por eso fue por lo que siempre, mientras nosotros discutíamos, los rojos obraban unidos, y vencían! "

1— Buenaventura Báez, 2— Félix Ma. del Monte y 3— Manuel María Gautier.

(5) Bernardo Pichardo. Resumen de la Historia de Santo Domingo. Santo Domingo. 1921.

(6) Fernando Arturo de Meriño. Escritos de Meriño. Publ. de la Academia de la Historia.

(7) Se juramentó el 29 de septiembre de 1866, en el templo de Nuestra Señora de las Mercedes.

(8) "Ya para aquellos tiempos lucía su gala en la oratoria el Presidente Fernando Arturo de Meriño, rodeado de un brillante discipulado en que descollaron poetas como José Joaquín Pérez, el olvidado; Jose Francisco Pichardo, alto infortunio; Francisco Gregorio Billini, el repúblico de más tarde; Federico Henríquez y Carvajal, literato y poeta, y otros; rutilaban las gallardías de estilista de Manuel de Jesús Galván; tenían reputación acentuada en las letras y el foro Félix María Del Monte, Pedro A. Bobea y Carlos Nouel; servían cátedras los Angulos Guridi; consagraba a la enseñanza sus energías, Emilio Tejera y salpicaba con sus originales y brillantes conceptos en la prensa de esa época el Pbro. Gabriel Benito Moreno del Cristo." B. Pichardo.

(9) Fueron degradados como militares antes de la ejecución.

(10) Véase más adelante detalles de esta epidemia.

(11) En la travesía murió el Pbro. Dionisio Moya. Los dominicanos tuvieron que someterse a cuarentena en Venezuela. José Joaquín Pérez, que iba entre los exiliados, canta en versos conmovidos la muerte de este sacerdote, cuya tumba fue el mar.

(12) "Dos hombres —¿será permitido darles este nombre? — han sido apresados; el uno se llama Baul, el otro Solito. Baul ha confesado que había asesinado, de su propia mano, a 143 (ciento cuarenta y tres) personas. Solito declara no tener sobre su conciencia sino la muerte de 94 (noventa y cuatro). Ambos verdugos trabajan bajo las órdenes de Báez." El Orden. Santiago. Agosto, 4 de 1874. Año I. No. 1.

(13) Ob. cit.

(14) Documentos diversos, 1871-1874. Bol. del Archivo General de la Nación. Año XXIV. No. 104. Vol. XXIV. Sto. Dgo.

(15) Documentos diversos- cit.

(16) "En el pueblo de Azua, donde mandaba el hermano del Presidente, le han dado a un árbol, que servía a las ejecuciones, el nombre de *palo colorado*, por el color que ha dejado la sangre de las víctimas." El Orden. Santiago. Agosto, 4 de 1874. Año I. No. 1.

(17) Documentos diversos. cit.

(18) Documentos diversos. cit.

(19) En una Crónica firmada por un Patriota el 20 de abril de 1871, e

insertada en los Documentos del Boletín del Archivo General de la Nación, No. 104, del 1962 dice: "En el Ministerio, Del Monte fue el más firme en que se ejecutara el fatal decreto. Este, es pues, el primer cómplice del victimario, el peor de los asesinos, muchos más, cuando su señora doña Encarnación Echavarría, enemiga personal de Báez, se interesó tanto y tanto: cuando le recordó que era poeta como él y como él inteligente; cuando le mostró la composición que Rodríguez le dedicara en Puerto Rico: "Bardo, canta..."; cuando le gritó que esa sangre, torpemente vertida, salpicaría el estrado del Ejecutivo, manchando su frente, y cayendo sobre sus hijos. Y nada! Fue inexorable, amenazándola con estas palabras: —"Si das un paso fuera de la casa para interceder, me salto la tapa de los sesos. ¡Miserable! ¡Cobarde! "

(20) El Testamento decía, entre otras cosas: "Si el padre Meriño vuelve algún día a pisar las playas de su patria, quiero que la educación de mis hijos varones le sea encomendada, en desagravio a una pequeña injusticia que hice al dicho Presbítero en mis diez y nueve años y que más tarde he procurado siempre borrar por medios directos e indirectos. Y aquí debo aclarar en descargo de mi conciencia que aquella injusticia es la sola ofensa que he hecho durante mi vida sin motivo aparente, bien que esta declaración parezca a muchos extraña. Ella será justificada en medio de la calma del porvenir." Y en otro párrafo conmovedor: "No sé si en el supremo trance la carne venciendo al espíritu me obligará a decir con Cristo: "Si es posible aparta, Padre mío, de mis labios este cáliz", pero quiero salvar mi memoria de la acusación que más pueda afectarla: la inconformidad. Puedo temblar en medio de mi resignación, pero no por eso será menos cierto que, desde el instante en que caí prisionero, entregué mi cuerpo a mis vencedores. Cuento con el perdón y la bendición de mi madre, con el respeto que a mi nombre consagren mi esposa y los hermanos, con el recuerdo de mis hijos tan amados, con la rehabilitación de mi memoria en lo futuro y en suma con el reposo de la eternidad." Guallubín. Marzo 19 de 1871, a los 32 años. Manuel Rodríguez Objío.

(21) "Doña Bda. de Rodríguez. Santo Domingo. Mi buena madre: Para vos es mi primer pensamiento desde que he adquirido la certeza de que me resta poco que vivir. Digo certeza, no porque yo hubiese dudado un solo instante de mi destino, sino porque las ajenas esperanzas me hacen dudar. Pediros perdón de mis ofensas es inútil. ¿Qué madre no perdona a un hijo agonizante? Os quedan muchos nietos: acogedlos todos sin prevención alguna: ellos endulzarán vuestros años viejos. Aun cuando en mi Testamento que hice desde Guallubín recomiendo a Rosario realizar todo e irse junto a vos, me parece más convendría a los intereses de ambas que esa unión se verificase en La Vega. Probablemente la casa y alambique le darán con qué vivir y más tarde, si las cosas mejoran, tendrán más valor dichas propiedades. Creo que llegará a vuestras manos una copia de mi testamento: haced que se cumplan las disposiciones concernientes a mis obras. Esto que hoy tal vez creas efímero, redundaría en gloria y provecho para toda mi familia. No lo dudes. Decid a mi hermana y cuñado que a pesar de mis quejas, siempre los he amado, y he meditado mucho sobre su suerte; pero que he sido fatal en mi camino. Que les recomiendo a mis hijos. A Montolío, Benzo y Pichardo podéis asegurar que muero amándolos como un hermano; y a los dos primeros que también me he preocupado de su suerte, aunque sin haber tenido la más leve ocasión de probárselo. El amigo José Borrás os enviará las últimas pantunfas que he llevado. Vuestro hijo que os besa la mano. Manuel R. Objío. P.D.: Haced que mis hijos conserven el apellido Objío. Esto me interesa mucho.

(22) Documentos diversos, cit.

(23) De Bernardo Pichardo copiamos: "Derrocado el General Salnave de la presidencia de Haití, abandonó la ciudad de Port-au-Prince con el intento de atravesar las fronteras del Sur, acompañado de las tropas que le habían permanecido fieles, y unirse en Azua a las fuerzas de su aliado el Presidente Báez, casualmente en uno de los momentos en que la revolución que mantenía en esas regiones el General Cabral se encontraba en situación más peligrosa. En cuenta el General Cabral de esta noticia, preparó las fuerzas indispensables para cubrir los puestos por donde tenía forzosamente que asomar el invasor, que no tardó en presentarse izando banderas blancas en Jimaní, desde donde pidió al Comandante de Armas de Neyba, por escrito y por mediación del General Haitiano Domingo Jolv, paso libre. Accedió al principio el General Cabral a lo solicitado, con la sola exigencia de que las fuerzas haitianas debían entregar las armas, a lo que se negó el General Salnave, quien repasó las fronteras de nuevo del lado de Ford Varretes, y dio aviso a Azua para que le auxiliaran por medio de una acción militar indicada. Perseguido de cerca por considerables fuerzas haitianas, libró varios y sangrientos encuentros con las tropas revolucionarias de Cabral, en interés de abrirse paso, primero en Maniel Viejo, luego en el Bejucal y, por último, en Los Naranjos, acción esta última que se inició a las once de la mañana para terminar a la 1 P.M. con la captura del General Salnave. Quedaron en el campo más de 120 haitianos muertos, entre ellos muchos generales y oficiales, y de parte del ejército revolucionario más de 30 bajas, entre otras, las del General Vidal Guíteau (a) Chocó, quien personalmente capturó a Salnave. Llevado a presencia de Cabral el ex-Presidente Salnave, mostró éste la mayor altivez, diadema del infortunio en la hora en que se avecina la catástrofe. Después fue entregado Salnave junto con sus ministros a la columna que el General Nissage Saget había destacado en su persecución, recibiendo Pedro Nolasco, oficial a las órdenes de Cabral y conductor de los infortunados prisioneros, dignos de misericordia y de perdón, la suma de cinco mil pesos que rodaron a la luz de los vivaques revolucionarios, sobre los naipes ennegrecidos de la soldadesca. Los personajes y ministros que acompañaron a Salnave fueron fusilados de camino a Port-au-Prince y éste en la puerta del Arsenal de aquella ciudad."

(24) "Proclama a los dominicanos" en el Bol. del Archivo General de la Nación. Santo Domingo. Año XXIII. No. 103. Vol. XXIII. 1960.

(25) El Mensaje del Presidente Grant decía: "El Gobierno de Santo Domingo ha solicitado voluntariamente esta Anexión. Es un Estado débil, con un número de habitantes probablemente menor de 120,000 almas, pero poseyendo, sin embargo, uno de los territorios más ricos debajo del sol y capaz de sustentar una población de 10,000,000 de almas, con exuberancia. El pueblo de Santo Domingo no puede sostenerse en su condición presente, y forzosamente tiene que buscar apoyo fuera. Pide, encarecidamente, la protección de nuestras leyes e instituciones, nuestro progreso, nuestra civilización. ¿Se lo negaremos? Tengo informes, que creo fidedignos, de que hay una potencia europea lista, ahora mismo, para ofrecer \$2,000,000 por la posesión de la Bahía de Samaná, solamente si nosotros nos negamos, y ¿con qué gracia podemos impedir que una potencia extranjera haga un esfuerzo para asegurar esa joya? La adquisición de Santo Domingo es apetecible por su posición geográfica. Domina la entrada del Mar Caribe y el tránsito comercial al Istmo. Posee terrenos los más ricos, puertos los mejores y más capaces, un clima salubre y los productos más valiosos de bosques, minas y tierras de todas las Islas de la India Occidental."

(26) "Anexiation of Dominican". Speech of Hon. Oliver P. Morton of Indian. In the Senate of the United States. December 21, 1870. Washington. Traducción de la Secretaría de Estado de la Presidencia. Rep. Dominicana. 1961.

(27) Se refiere a Charles Sumner, senador por Massachussets.

(28) Ob. cit.

(29) "Luego otra vez el Senador llama a Báez, Cabral, Fabens y a Balcock, farsantes: Sr. Sumner. No, Cabral; Cazneau. Sr. Morton. Ah! No Cabral ese revolucionario está en favor, es cierto? Un mero aventurero que durante los últimos dos años no ha podido tener cuatrocientos hombres bajo su mando en ningún momento, y siempre se ha mantenido escondido en las montañas de Haití y sólo ha estado en la República Dominicana en una ocasión, cuando se escapó de Azua, según creo, y fue forzado a regresar. Tal vez yo no menciono correctamente el nombre del sitio donde él se fue, pero es cercano a la frontera entre la República Dominicana y Haití. Pues, señor, él es meramente un jefe de bandidos que no perjudica y tampoco ha perjudicado al Gobierno de Báez; pero que siempre se ha presentado en este particular como un líder formidable, con un gran respaldo de fuerzas, que nunca ha sido resistido excepto por la fuerza naval y que el Presidente le ha colocado en el comando para proteger al mismo Báez y mantenerlo en el poder! Ah, señor Presidente! De Cabral se ha hecho muy buen uso durante esta discusión de Santo Domingo. Siempre se ha presentado como una gran dificultad, como una amenaza y un peligro que sólo podría destruirse por la fuerza militar de Estados Unidos y no como un mero jefe de bandidos; y la evidencia —según hasta donde yo he podido verla, y creo que mis investigaciones han sido tan extensas como las del Senador de Massachussets— nunca le han presentado como suficientemente potente para entorpecer la estabilidad del Gobierno de Báez en la República Dominicana."

(30) "1 Después de estas cosas sucedió en aquel tiempo que Nabot, jezraelita, tenía en Jezael una viña cerca del palacio de Acab, rey de Samaria. 2— Habló, pues Acab a Nabot, diciemdo: Dame tu viña para hacerme una huerta, estando como está vecina y contigua a mi palacio, y en cambio de ella te daré otra viña mejor, o si te tiene más cuenta, su justo precio en dinero. 3— Respondióle Nabot: Dios me libre de darte yo la heredad de mis padres." Libro III de los Reyes —21, 1-3.

(31) "Naboth Vineyard Speech of Hon. Charles Sumner, of Massachussets. December 21, 1870. Traducido en la Secretaría de Estado de la Presidencia. Rep. Dom. 1961.

(32) Charles Sumner, Ob. cit.

(33) Charles Sumner. Ob. cit.

(34) "El barco de guerra de los Estados Unidos *Swatara* realizaba "un crucero"; el *Yantic* se encontraba en el puerto de Santo Domingo y el *Nantasket* en Samaná".

(35) Charles Sumner. Ob. cit.

(36) Lista de los generales que figuraban en la Revolución del Sur: "De la Capital los generales Pedro Valverde y Wenceslao Alvarez; los coroneles Federico Pérez, Braulio Alvarez, Juan Hilario Meriño, Fidel Rodríguez y Abelardo Dubreil; los tenientes coroneles Simón Brea, Juan Pablo Pina, Vicente Pérez, Juan Durochese, Ildefonso Henríquez, y los ciudadanos y oficiales Mariano Cestero, Francisco Travieso, Alejandro Román, Angel Delgado, Luis Felipe Dujarric, Zoilo Meza, Francisco Cabral Bernal, Florentino Cestero, Joaquín Delmonte, Rafael Lluveres, Manuel Márquez, Antonio Brea, Manuel Henríquez, Ramón Lovelace, Joaquín Pérez,

Eugenio Grandjerard, Valentín Meriño, Agustín Billini y Manuel Mejía. De la Victoria del Ozama y Monte Grande, el general Marco Adón, sus hermanos Santiago y Ambrosio y el capitán Francisco Ará. De San Cristóbal, los generales Aniceto Martínez y Rudescindo Suero, y los coroneles Vicente Martínez, Salustiano Cabral y José Melenciano. De Baní y Ocoa, los generales Tomás y Rosendo Castillo, y los coroneles José Dolores Soto, Gregorio Billini y Melchor Cabral. De San Carlos, el coronel Eugenio Abreu. De Santa Cruz de El Seybo, los coroneles Deogracia Linares y Rafael Santana, el teniente coronel Raimundo Santín, el capitán Blas Zorrilla y el ciudadano Lorenzo de Castro. De Neiba, los generales Andrés y Timoteo Ogando y Francisco y Regla Carvajal. De San Juan y Las Matas, los generales Francisco Moreno, Andrés Cuello, Blas Castillo, Andrés de los Santos, Juan Sánchez y Clemente Rodríguez. Y del Cibao, los generales Pedro Antonio Pimentel, Gregorio Luperón, Manuel María Castillo, Eugenio Valerio, Pedro Martínez, Nolberto Tiburcio y Pedro Antonio Casimiro."

(37) Charles Sumner, Ob. cit.

(38) A este párrafo de Hatch, transliterado por Charles Sumner, le hace éste el siguiente comentario: "Guítese, si a usted le place, por la experiencia en el caso de España, cuando en 1861 esta nación —a invitación que le hiciera un predecesor de Báez— desempeñó el mismo papel que nosotros estaríamos llamados a desempeñar ahora. Se construyeron fuertes y desembarcaron tropas. Según un documento que tengo ahora mismo en mis manos, parece ser que —cuando finalmente esta potencia se retiró— había gastado cuarenta millones de pesos duros españoles y "sacrificado diez y seis mil vidas pertenecientes a la flor de su ejército." De otra fuente supe que allí fueron sepultados diez mil soldados. ¿Estamos acaso listos para hacernos cargo de este pleito sangriento?"

(39) Es obvio que el mal enterado e insolente Diputado se refería a la República de Haití, a la que insultaba gratuitamente.

(40) Anexation of Dominicana. Speech of Hon. Fernando Wood, in the House of Representative. Washington. 1871.

(41) Los Estados Unidos habían amenazado con ejercer violencias sobre la República de Haití, si intervenía en los asuntos de la República Dominicana.

(42) Incluido en el discurso citado del Senador Fernando Wood.

(43) Manifiesto a la Comisión Investigadora de los E.U.A. en Santo Domingo. Bol. del Arch. Gral. de la Nación. Año XXIII. Vol. XXIII. No. 103. Sto. Dgo. 1960.

(44) Carlos Nouel. Cuestión Dominico-Americana, a nuestros hermanos de la raza haitiana. Imp. El Centinela Español. Mayagüez. 1871.

(45) William Walker fue un aventurero norteamericano que desembarcó en Nicaragua en 1855, aprovechando la guerra civil que la asolaba, tratando de ayudar al bando liberal; se apoderó del poder haciéndose Dictador. Contra él se coaligaron los países centroamericano y los vencieron. En 1860 regresó a Honduras, pero fue capturado y fusilado.

(46) A los alegatos de que Cabral se encontraba solo y acorralado en el Sur, opone José Gabriel García los siguientes argumentos: "Pero si las comarcas del Sur están despobladas ¿cómo es que la protesta del 25 de julio de 1870 aparece autorizada por seis mil seiscientos y más firmas? Y si Cabral está completamente aislado y no tiene soldados con que contar ¿cómo es que ha podido resistir a las repetidas invasiones con que lo han hostilizado, obteniendo a la vez triunfo tan espléndido como el de Neyba y el de Panzo, el de Cachiman y el de Las Matas, el de

la Puerta de Lemba y el Arpartatal, el del Corozo y el del Túbano, el de La Cuaba, y otros que omitimos por no ser difusos? Además, si Cabral está solo y el Sur abandonado ¿por qué las fuerzas del gobierno no ocupan a Barahona, ni a Rincón, ni a Cambronar, ni a Neiba, ni a San Juan, ni a Las Matas, ni al Cercado, ni a Bánica, ni a Ranchomateo, ni a ninguno de los pueblos de la provincia de Azua, con excepción de la capital? "

(47) La Protesta era firmada por Tomás Bobadilla, Carlos Nouel, Melitón Valverde, Pedro P. Bonilla, E. Pereira, J.A. Bonilla y España, José Castellanos, F. Chalas, Agustín Billini y Manuel M. Pereira.

(48) "Documentos diversos". Cit.

(49) La Resolución dice, escuetamente: "Se ha resuelto: Declarar que la dicha Compañía tiene el derecho, poder y autoridad, de ser llamada por el nombre (en inglés) de "Samaná Bay Company of Santo Domingo."

(50) "Documentos diversos" Cit.

(51) "Documentos diversos". Cit.

(52) Doc. div. cit.

(53) Los revolucionarios, a quienes Báez llamaba despectivamente los *cacoses*, estaban en un alto grado de descomposición. Para encubrir sus harapos no se dejaban ver de día y sus incursiones eran nocturnas. Los baecistas los ridiculizaban cantándoles *mangulinas*, como ésta de Cambronal: "*Yo le tiré a un perro prieto creyendo que era cacó*".

(54) En la embestida de Báez, que facilitó la traición de Valentín Ramírez, murieron connotados generales de la Revolución como Andrés Ogando, caído en Cambronal, Lorenzo Acosta, Bernardino Pimentel y Jesús del Cristo.

(55) Ramón Marrero Aristy. "La República Dominicana, origen y destino del pueblo cristiano más antiguo de América." Ed. El Caribe. 1958.

(56) Esa Proclama fue firmada por Gregorio Luperón, Juan Antonio Polanco, Pedro A. Pimentel, Julián Sosa, Julián Rivas, José Calazón Carrasco, Eugenio Valerio, José Cabrera, Ignacio Reyes, Juan H. Torres, Wenceslao Alvarez, Juan Portalatín y Ulises Hereaux.

(57) R. Marrero A. Ob. cit.

(58) Américo Lugo. Figuras americanas: Carlos Sumner. Antología. Colección Pensamiento Dominicano. Santo Domingo. R. D. 1949.

(59) A. Lugo. Ob. cit.

(60) Antes bien, se las denunció al presidente de Haití, Charles Herard.

(61) José Gabriel García. Examen crítico del Informe del Comisionado de Santo Domingo dedicado al pueblo de Santo Domingo. Opusc. Impreso por A.L.S. Muller y A.W. Newman. Caracas. 1871.

(62) Ob. cit.

(63) Ob. cit.

(64) Los periódicos que salieron para entonces fueron El Centinela, El Nacional, El Dominicano, La Voz del Pueblo, El Porvenir, y muchos otros. Nombres ilustres pusieron sus plumas al servicio de esos periódicos, como: José Joaquín Pérez, José Fco. Pellerano, Francisco Gregorio Billini, Federico Henríquez y Carvajal, Rafael Abreu Licairac, Apolinar Tejera, y otros. Grandes tribunos y educadores desplegaron gran actividad.

(65) Muchas escuelas abrieron sus puertas, tanto primarias como secundarias;

el Instituto Profesional inició sus cátedras de Jurisprudencia y Literatura en la que se distinguió don Félix Ma. Delmonte, y en la de Medicina, el Dr. Manuel Durán.

(66) De B. Pichardo copiamos: "La obra de unión y de concordia realizada por la revolución del 25 de noviembre, venía debilitándose notablemente, pues las ambiciones políticas y sordos rencores mantenían, especialmente en el Cibao, irritado al elemento *rojo* que comenzaba a conspirar, lo que obligó al Presidente González a trasladarse a aquellas regiones. Sometidos a los Tribunales los sospechosos, fueron reducidos a prisión y encarcelados en la Fortaleza de San Luis, de Santiago, los generales Juan Evangelista Núñez y Jenaro Perpiñán, medida ésta que dio lugar a que los generales Juan Nepomuceno Núñez, padre del primero de los detenidos y Manuel Altagracia Cáceres, asaltaran esa posición militar, pusieran en libertad los presos y se adueñaran del parque. En la acción que libró inmediatamente el Gobernador de aquella Provincia, para recuperar la Fortaleza, murió el General Juan Nepomuceno Núñez, ante cuyo cadáver encontraron las fuerzas del Gobierno, de rodillas y sosteniendo entre la inerte y heroica diestra de su progenitor un cirio encendido, al bravo y amoroso hijo, en cuya demanda de libertad había perecido aquél, y quien prefirió caer de nuevo prisionero antes que abandonar a ese augusto símbolo del amor paternal."

(67) Se juramentó el 29 de mayo de 1876, en medio de un entusiasmo delirante.

(68) "Digna de honrosa mención por su desinterés y bravura fue la actitud que en defensa del orden constitucional asumieron, combatiendo a diario, en Santiago: Miguel Andrés Pichardo, una de las capacidades militares de la República; Juan Fco. Sánchez, Comandante del Batallón que formó la entusiasta juventud santiaguésa (sic); Casimiro N. de Moya, más tarde nuestro geógrafo e historiador, en La Vega; el General Benito Monción en Monte Cristi, y aquel coloso de la bravura que se llamó Ulises Hereaux, en cuantos sitios se necesitó su presencia. Todos dirigidos por el General Luperón y estimulados por los bravíos alientos del Ministro Peña y Reinoso." B. Pichardo.

(69) "En conocimiento el immaculado Presidente Espaillat de lo que ocurría, y acompañado de su leal amigo, el Ministro Galván y de otras personalidades, se asiló en el Consulado francés, con el corazón henchido de pesares, grandes desencantos en el alma, "el rostro enflaquecido y los ojos cansados de contemplar bajezas." Camino del Consulado, los propios conjurados se descubrieron, tal vez avergonzados, para abrir paso "a aquel vencido, augusto símbolo de la virtud republicana en nuestro país". Con la caída de Estapaillat se malogró el más excelso y virtuoso de los ensayos de Gobierno Civil y democrático en la República Dominicana. Desde los tiempos de la Independencia hasta ese entonces había sido el único Jefe de Estado dominicano que no se había llamado Coronel ni General. "Del Consulado en que buscó momentáneamente asilo, salió náufrago de un ideal hundido en el proceloso mar de las pasiones políticas, en ruta hacia el hogar abandonado, para tornar a su antigua vida de trabajo honroso, presa su noble espíritu de acerbas inquietudes por la suerte de la Patria en lo futuro." B. Pichardo.

(70) Estando a la puerta de una casa de la calle José Reyes, donde se hospedaba, y acabando de acariciar un niño que mantenía en sus piernas, sonaron tres disparos que acabaron con su vida. Cáceres era Ministro de Relaciones Exteriores. Este crimen obligó a aplazar las elecciones.

(71) El General Guillermo estaba en su hogar en la Capital cuando lo fueron a

detener, y de un disparo apagó la luz. En la completa tiniebla hubo un tiroteo en el que resultó herida la esposa de Guillermo y muerto un norteamericano que vivía en el piso superior. Guillermo huyó por el patio y fue a parar a Azua, donde se levantó en armas con el apoyo del gobernador de aquella provincia. Grandes fuerzas destacó el gobierno en su persecución. Acorralado y solo, al verse rodeado de enemigos, el General Cesáreo Guillermo se llevó el revólver a la sien y se suicidó.

(72) "Derrotado el General Marchena, no consideró que su posición dentro del territorio era la de un prisionero, ni que si quería situarse en el extranjero debía hacerlo clandestinamente, pues con la mayor arrogancia y sin un previo entendido con el General Hereaux pidió su pasaporte diplomático, el cual le fue concedido, ordenándose, además, a la Comandancia del Puerto de Santo Domingo que ofreciera todas clases de facilidades para el embarco del distinguido viajero... El 27 de diciembre de 1892, cuando llegó al muelle del mencionado puerto el General Marchena, acompañado de varios de sus amigos, un grupo de oficiales de marina, que hasta ese momento estuvo oculto, lo redujo a prisión, iniciándose el cruento martirologio que duró un año y culminó con su fusilamiento." B. Pichardo.

(73) Esas primeras maestras normales fueron: Altagracia Henríquez, Luisa Ozame Pellerano, Catalina Pou, Leonor M. Feltz, Mercedes Laura Aguiar y Ana Josefa Puello, las cuales se distinguieron notablemente en el campo magisterial.

(74) Véase supra (nota 72)

(75) Como dice Bernardo Pichardo: "Como en la leyenda mitológica, Saturno devoraba a sus hijos! ..."

(76) Américo Lugo. Ulises Hereaux, Prólogo al libro Cosas de Lilís, de Víctor M. Castro. Santo Domingo. 1919.

(77) Ob. cit.

(78) Comentario de Monseñor de Meriño. Documentos para la Historia. Cartas del General Ulises Hereaux, Ministro de lo Interior al Presidente Meriño.

(79) Llegaron a la Capital a bordo del crucero de guerra *Presidente*, y los mantuvieron en Capilla ardiente bajo la arcada de la Puerta del Conde. El Pbro. Adolfo Alejandro Nouel, en los funerales oficiales en la Catedral, dijo una elocuentísima oración fúnebre.

(80) A. Lugo. Ob. cit.

(81) Gregorio Luperón. Notas autobiográficas y apuntes históricos. Ed. de la Sec. de Educación. Sto. Dgo. R.D.

(82) "Avisado el General Pedro Pepín, Gobernador de Santiago, del hecho realizado en Moca, salió para aquella población, acompañado de una veintena de amigos, de donde regresó a poco con el cadáver del Presidente Hereaux, que fue sepultado en la Iglesia Mayor. El acto del General Pepín y de sus compañeros de expedición para ir a recoger los despojos del amigo muerto, se consideró desde aquella época como una hazaña. Refieren personas que integraron el grupo, que cuando se preparaba todo lo indispensable para regresar a Santiago, las descargas que hacían en las inmediaciones los victimarios del Presidente, produjeron tal confusión, que una persona, al correr hacia la puerta de la calle, derribó, involuntariamente, sobre el cadáver, un cirio encendido que comunicó el fuego a las sábanas que lo envolvían." B. Pichardo.

CAPITULO XVII

DIOSES MAYORES DE LA POESIA DOMINICANA



Los tres llamados “dioses mayores de la poesía dominicana,” posiblemente el más inspirado lo sea JOSE JOAQUIN PEREZ (1845-1900), nacido en la ciudad de Santo Domingo. (1) Poeta desde su muchachez, de él podemos decir que la poesía fue su régimen de interés, y a ella rindió pleitesía pese a que alguna vez, como miembro del Partido Azul, incursionó en la política sin dejarse abatir por su vorágine. Su nombre fulge como el de un ciudadano ejemplar, con un alto sentido del patriotismo, por lo cual tuvo que sufrir destierro, durante el negro período de los *seis años*, destierro que para el poeta fue acerbo, porque vivía en sempiterna herida de nostalgias, soñando con la patria amada y cantándole con desgarrador acento en las más sentidas estrofas que la ausencia patria le han arrancado a poeta alguno. Menéndez y Pelayo estimaba que para encontrar poesía verdadera en Santo Domingo, había que llegar a Salomé Ureña y José Joaquín Pérez. (2) De nuestros viejos poetas es el que ha merecido más justificadoras revalorizaciones, por su encendido tono lírico, que se traduce en tremar constante de emociones, como de agua que cae, de agua cantarina y bulliciosa, constante y pura.

“José Joaquín Pérez —dice Pedro Henríquez Ureña—

es en la literatura dominicana la personificación genuina del poeta lírico; el que expresa en ritmos su vida emotiva y nos da su historia personal, no sólo en gritos íntimos, sino también recogiendo las infinitas sugerencias del mundo físico y de mundos ideales para desenvolverlas con el sello de su propio yo, siempre activo y presente." (3)

Es también un romántico; la más alta expresión del romanticismo dominicano. No solamente lo es por la vehemencia pasional de sus inspiraciones y por los modelos egregios de su poesía, sino por la calidad, por la encumbrada calidad de sus creaciones.

Joaquín Balaguer hace una división de la poesía de Pérez que expresa así: *Contornos y Relieves* (1875), *Fantasías Indígenas* (1877), *Versiones del poeta inglés Thomas Moore* (1871-1896) y *Poesías varias* (1896-1900). (4) Artificiosa división, pero que puede dar una idea cabal del sentimiento de nuestro gran poeta romántico.

La nota más sonora en la lírica de José Joaquín Pérez es la patriótica. Y en ella fulge su poesía del destierro. Nadie en el destierro cantó tan honda y sentidamente la patria como José Joaquín Pérez. No imprecas. No es la cólera lo que le incita a cantar, sino el ansión de los sueños y la evocación de dulces y desgarrantes recuerdos. Y por eso sus *Ecós del Destierro*, antes que gritos de odio o imprecaciones de cólera insensata, tienen dolorosos clamores de angustia.

Pero el regreso a la patria le despierta tales ecos de perennales alegrías que dudamos que nadie antes de él pudiera traducir, en nuestra América cantada, tantas tremantes emociones de dicha. He aquí las estrofas de ese gran poema que se intitula *La Vuelta al Hogar*:

*Ondas y brisas, brumas, rumores,
suspiros y ecos del ancho mar,
¡adiós! que aroma de puras flores,
¡adiós! que todo cuanto se alcanza,
dicha, esperanza
y amor me llaman allá en mi hogar.*

.....
*iYa no hay festines patibularios!
iYa no hay venganza con que saciar
su vil conciencia crueles sicarios!
iYa no hay vencidos ni vencedores!
iSólo hay de flores
castas coronas en el hogar!*

*iMi dulce Ozama! Tu bardo amante
a tus riberas torna a cantar,
y tras él deja, por ti anhelante,
lejanos climas y humilde historia,
tierna memoria
del peregrino vuelto al hogar!*

.....

*Y iVen! , le dice cada paloma
tímida y mansa que ve cruzar
desde la cumbre de enhiesta loma,
cuando las alas tiende y su arrullo
mezcla al murmullo
del río que baña su dulce hogar.*

*Y iven! le dice ronco el estruendo
que hace en la roca lejos el mar...
iEl mar! que un día su adiós oyendo
fue de ola en ola su adiós llevando,
luego tornando
con hondos ayes del triste hogar!*

*Y todo cuanto su ser le diera.
iVen! dice el polvo que va a besar,
donde mañana como postrera
ráfaga cruce su vida breve,
donde se eleve
su tumba humilde junto al hogar!*

*Así —suspiros, brisas, rumores,
lánguidas ondas y ecos del mar —
¡adiós! , decidme, que todo — amores,
gloria, esperanza, paz bendecida
tiene hoy la vida
del pobre bardo vuelto al hogar!*

El sentimiento patriótico lo llevó a protestar vigorosamente contra la anexión y mostrar francamente sus simpatías por la independencia de Cuba y Puerto Rico.

Además, con su paleta brillante se asoma al color y a la luz de su patria, con sus paisajes y todo lo que hay de entrañable en la feral naturaleza de la isla donde le tocó nacer. Paisaje y color, acendrado patriotismo y dolores de herida nostalgia son temas muy románticos, y Pérez nos los dio, y aun sahumados.

Como buen romántico, la voz de José Joaquín Pérez se populariza; los trovadores, que llenan de melodías las rejas de la Ciudad Romántica (5), extraen estrofas de su poemario para cantarles a sus amadas. Max Henríquez Ureña cita:

“Entre las canciones más populares de José Joaquín Pérez figura, A Tí, que comienza: “Tiende la noche su manto lóbrego, — reina en silencio la soledad.” Y tiene como ritornelo el verso: “Tu pobre bardo que piensa en ti.” Otra es la que empieza así: “Vengo a ver si en mi ausencia guardaste el amor que al partir te confié.” (6)

Raudo Saldaña, uno de esos trovadores de principios de siglo, puso música de vals a dos estrofas de sus areitos (del poema *Areito de las Vírgenes de Marién*). (7)

Otro aspecto de la poesía de José Joaquín Pérez nos los dan sus célebres *Fantasías Indígenas*, colección de breves poemas donde quiso perpetuar, a través de la poesía, el recuerdo de los casi olvidados aborígenes de la isla. La vuelta a las pasadas tradiciones históricas es también elemento muy romántico.

Vieron la luz estos poemas, agrupados en un solo volumen, en 1877, y posiblemente fueron concebidos originariamente

como un drama que debería llamarse *Anacaona*, y que comenzó a escribir en el destierro. Al desechar la idea dramática, creó sus poemas, acumulando leyendas y tradiciones y dándoles el título que hoy tienen.

Hay algo muy interesante en estas *Fantasías*, y el dato nos lo da Pedro Henríquez Ureña:

"Las Fantasías (1877) fueron producidas en una época en que cobró auge la teoría de que la leyenda y la historia del Nuevo Mundo debían conservarse en forma poética, como epopeya de los pueblos hispanoamericanos. A la difusión y aceptación de esa teoría (que hoy ha sido relegada al olvido por el convencimiento de que ya pasaron, para no volver, los días de las epopeyas y de que la tradición indígena es un pasado muerto, sin peso sensible ni significación importante en la vida de nuestras nacionalidades), se debieron obras notables de Carlos Guido Spano, José Ramón Yepes, Francisco Guaicapuro Pardo, Mercedes Matamoros; el Hatuey de Francisco Sellén; la Iguaniona de Javier Angulo Guridi; la Anacaona, de Salomé Ureña de Henríquez, y las dos más importantes (con las Fantasías de Pérez) el Enriquillo de Galván y el Tabaré de Zorrilla de San Martín." (8)

Las *Fantasías* se inician con *El Junco Verde*, una rama esperanzadora que recogió Colón del mar, cuando la tripulación se insolentaba al no aparecer la tierra pretendida. (9)

*iMirad! , dice Colón: He aquí mi gloria.
Y del oceano su robusta mano
recoge un junco verde, cuya historia
guarda un profundo y misterioso arcano.
Aquel junco, viajero solitario
en la vasta extensión del mar, encierra
el fiat fecundo, poderoso y vario,
la esperanza inmortal de luz: ¡La Tierra!*

*Y cuando aquella frente victoriosa
donde un mundo encerró la Omnipotencia
al rudo peso de calumnia odiosa
sobre un lecho de mísera indigencia
el reposo encontró que nunca hallara
en el seno radiante de su gloria,
fue su tumba del junco verde el ara
donde el mundo hoy venera su memoria.*

Las joyas más preciosas de este libro son: el poema comentado y *El Voto de Anacaona*, que Pedro Henríquez Ureña cataloga como “un bello relieve escultórico” (10) y que es un poema narrativo a la manera de los escritos por los grandes románticos.

Anacaona es la reina indígena cantora, esposa del más belicoso de los caciques, Caonabo. Ella es hermosa entre las hermosas, según la pinta el poeta:

*Esbelta como un junco de la orilla
de Ozama rumoroso, y sonrosada
como esos caracoles que tapizan
el extenso arenal de nuestras playas;
por finas plumas de variados tintes
las sienes levemente acariciadas,
y de perlas y conchas carmesíes
moviendo el cuello entre radiantes sartas;
con primor exquisito elaborado
un flotante cendal de hilo de palma
ciñendo el talle, al recorrer los campos
de su tierra feliz y codiciada.*

Ella ofrenda a los dioses su hija Higuemota, en favor del valiente Caonabo que batalla contra el blanco invasor, y su regreso triunfante, salva la niña.

Otros hermosos poemas hablan de la calidad poética de este romántico dominicano: *Vaganiona*, *Areíto de las vírgenes de Marén*, *Vanahí*, *Guarionex*, *La Ceiba de Altabeira*, y uno de

los más interesantes y dramáticos, el formidable monólogo *Guacanagarix en las ruinas de Marién*.

Guacanagarix es el cacique que a espaldas de sus hermanos pacta con el blanco, y luego, solitario y despreciado, en las ruinas de su cacicazgo se queja acerbamente del odio de los suyos y el desprecio de los otros. Sugiere este poema el monólogo dramático de una tragedia, escrito con tal fuerza que nos da una idea de lo interesante que hubiese sido la obra dramática de haber llegado a escribirla. Algunos han creído interpretar que esta quejumbre del indígena es alusión real a las lamentaciones del General Pedro Santana frente a las pavesas de su obra impía. (11)

El aspecto de la poesía lírica de José Joaquín Pérez alcanza prístinas calidades en las del lapso que va del 1892 al 1900.

Contornos y Relieves es la obra de un verdadero romántico, no sólo por el cariz de sus temas, sino también por el atrevimiento de la métrica. Se presenta con poemas de gran aliento como *La Industria Agrícola*, donde Bello, por un lado y Quintana, por el otro, asoman sus faces; *El Amor de Magdalena*, croquis bíblico de gran belleza (12), donde la bella pecadora se transfigura ante la presencia de Jesús, *A Ti*, y otros más.

Uno de los poemas de *Contornos y Relieves* es un grito de protesta, el primero que se escucha en nuestra lírica, escrito en largos versos de diez y seis sílabas:

*Sonríe el néctar color de oro con sus chispas fulgurantes
en las copas que se escancian y se apuran sin cesar,
y en el aire, que se impregna del aroma de las flores
los sonoros hurras vibran de la ardiente bacanal.*

*Jamás Lúculo, en sus sueños de opulencias de la gula
vió manjares que excitaran tanto la voracidad
como aquéllos que en vajillas de riquísimo arte raro
son el colmo de la mesa del banquete señorial.*

*¡Qué derroche de fortuna para el goce de un instante!
¡Qué fruiciones insensatas de la torpe vanidad! ...*

*Con afán, sudor y lágrimas del oscuro proletario,
el que brinda esos festines amontona su caudal! ...*

*Y si a eso llaman dicha, y eso es gloria que se aplaude
y es cultura, y es un signo de envidiable bien social,
ipobrecitos los descalzos, pobrecitos los desnudos,
pobrecitos los hambrientos, los que vagan sin cesar!*

*A la cúpula sonora del suntuoso templo ascienden
los perfumes de la mirra, del incienso del altar;
ascuas de oro que deslumbran, paramentos orientales,
profusión de pompas regias ostentándose allí están.*

*El sagrario es el emporio de una gran belleza artística;
en el ara hay esplendores y portentos que admirar;
y en un foco de áureos rayos y lujosa pedrería
tiembla la hostia — blanco emblema de martirio y humildad.*

*Todo tiene la grandeza que impresiona los sentidos;
y en lo alto, exangüe, triste y en perpetua soledad,
el que nace en un pesebre, el que en una cruz expira
está viendo que eso es sombra y humo vano que se va.*

*Y si sólo el bien lo alcanza con tan pródigas ofrendas
de un Dios bueno, justo, humilde, la orgullosa humanidad,
ipobrecitos los descalzos, pobrecitos los desnudos,
pobrecitos los hambrientos, los que vagan sin hogar!*

El poema adquiere rara sonoridad merced al asonante agudo, cosa muy del gusto de los románticos.

También revolucionario es este poema, *Símbolo*, en el que hay una profusión de esdrújulas, con un asonante agudo que se repite cada cuatro versos:

*Pinta el vasto, rojo incendio del crepúsculo,
donde flotan los jirones del azul pálido
que abri llántanse y confúndense en el piélago
de las sombras que cayendo lentas van.*

*Pinta esa hora en que la tierra, con el vértigo
de las últimas caricias del sol, duérmese,
y asomando las estrellas vierten lágrimas
y le canta su salmodia triste el mar.*

.....

*Pinta todo cuanto enciérrase en los ámbitos
de la antigua ciudad, cuna de la América;
lo que en esta postrer hora del crepúsculo
es angustia de la fe del corazón.*

*Y en el cuadro que así pintes habrá el símbolo
de esta pobre tierra virgen de los trópicos,
de esta tierra de los héroes y los mártires
idonde siempre seca lágrimas el sol!*

José Joaquín Pérez es un poeta jocundo que, aunque canta desalientos por la patria atribulada nunca es elegíaco —como lo tildó alguien— (13) ni triste. En momentos de optimismo canta con alegría, como pudimos ver en *La Vuelta al Hogar*. Lo que en él vemos de triste es el sentimiento de patria, la idea revolucionaria, que son temas netamente románticos. El tono elegíaco es transitorio en él.

La musa de José Joaquín Pérez era lírica; por eso el poema narrativo no adquiere espontaneidad más que cuando usa los octosílabos arromanceados, como hace observar Eugenio María de Hostos, (14) cuando alcanza la sencillez de los románticos españoles, con indicación especial de Zorrilla y Espronceda.

En los últimos años —a partir de 1880— el lírico de *Fantasías Indígenas* alcanza intensidad y vastedad, asomándose con piadosa ternura a las miserias del mundo.

Hay una nueva concepción del patriotismo en ese *Contornos y Relieves* que es su obra densa, donde canta también a la Cuba heroica que lucha enconadamente por su libertad.

Ya en sus últimas innovaciones parece que han llegado al poeta ráfagas del premodernismo; son nuevas sus imágenes,

atrevidas y teñidas con una fuerza descriptiva propia de un panteísmo poético que le hace extasiarse:

*en las hojas del árbol que resucita,
en los hijos del hombre que se transforma.*

Su pasión romántica se refleja, por último, en sus versiones de poemas de Thomas Moore, a veces más paráfrasis que verdaderas traducciones. (15)

Menéndez y Pelayo, el notable polígrafo ecuménico escribe en su *Historia de la Poesía Hispano-Americana*, al referirse a la poesía dominicana:

"Para encontrar verdadera poesía en Santo Domingo hay que llegar a Don José Joaquín Pérez y a Doña Salomé Ureña de Henríquez (Herminia): el autor de El Junco Verde, de El Voto de Anacaona y de la abundantísima florida Quisqueyana; en quien verdaderamente empiezan las Fantasías Indígenas, interpoladas por los Ecos del Destierro y con las efusiones de La Vuelta al Hogar, y la egregia poetisa que sostiene con firmeza en sus brazos femeniles la lira de Quintana y de Gallego, arrancando de ella robustos sonos en loor de la patria y de la civilización, que no excluyen más suaves tonos para cantar deliciosamente La Llegada del Invierno o vaticinar sobre la cuna de su hijo primogénito" (16)

De modo que Salomé Ureña de Henríquez (1850-1897) ya no es una romántica, sino una neoclásica, con influencias señaladas de Quintana y Gallego, neoclásicos españoles de primera línea, cuyos acentos en la lira de la poetisa dominicana no van en desmedro.

La influencia de los dos neoclásicos españoles no es ilusorio, sino patente, y lo demuestra Joaquín Balaguer en el estudio que le dedica en su libro "Literatura Dominicana." (17)

La obra de Salomé Ureña, de alto patriotismo, es de devocional entrega a la patria, y de una misión educacional que

la lleva a entregar su vida pedazo a pedazo. Más que una "Corina que venció a muchos Píndaros," como la llamó Abigail Mejía, Salomé, que alguna vez firmó sus poemas con el seudónimo de *Herminia*, es un símbolo y su corazón un crisol de puros ideales.

Como educadora fundó el Instituto de Señoritas, de donde salieron las primeras maestras normales del país. Casó con el gran hombre público, Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, y de este matrimonio nacieron dos grandes humanistas: Pedro Henríquez Ureña y Max Enríquez Ureña, y una admirable mujer: Camila.

Posiblemente fue Salomé el primer poeta dominicano que tuviera el sentido de la gran poesía, es decir, la poesía concebida con la seriedad creadora que la encima por sobre el rimerero de poetas que cantaban a su alrededor. Clasicismo es sobriedad, y en él, la simplicidad poética se revela en la ausencia de metáforas deslumbrantes, que en muchos casos quiere decir ausencia de arrequives.

Nadie sintió tremar en el corazón la patria como esta gran mujer admirable: la sintió en el pasado esplendor de su gloria, en el latido de sus angustias, en las ruinas de sus glorias:

*¡Patria desventurada! ¿Qué anatema
cayó sobre tu frente?*

*Levanta ya de tu inclemencia extrema:
la hora sonó de rendición suprema
y ¡ay! si desmayas en la lid presente.*

*Pero vano temor: ya decidida
hacia el futuro avanzas;
ya del sueño despiertas a la vida,
y a la gloria te vas engrandecida
en alas de risueñas esperanzas.*

*Lucha, insiste, tus títulos reclama:
que el fuego de tu zona
preste a tu genio su potente llama
y entre el aplauso que te dé la fama
vuelve a ceñirte la triunfal corona.*

*Que mientras sueño para ti una palma,
y al porvenir caminas
no más se oprimirá de angustia el alma
cuando contemple en la callada calma
la majestad solemne de tus ruinas.*

Nuestra poesía patriótica no ha tenido otra voz más viril y altiva. Abomina de los tiranos, funda un hogar donde el fuego de la fe y del amor crepita con viveza inconcebible.

La corrección de sus versos corre pareja con la altura de su inspiración. Canta *La Gloria del Progreso* como Quintana cantara a la *Invención de la Imprenta* o la introducción de la vacuna en América.

Al cantar al progreso la gran educadora se dirige a la juventud de su patria:

*¡Oh juventud, que de la Patria mía
eres honor y orgullo y esperanza!
Ella entusiasta su esplendor te fía;
en pos de gloria al porvenir te lanza.
Haz que de ese profundo
y letárgico sueño se levante,
y entre el aplauso inteligente, al mundo
el gran hosanna del progreso cante.*

También a la juventud, que es su preocupación de maestra, dedica su poema *La Fe en el Porvenir*. Lo que más la abate y entristece, sin embargo, en el fulgor de optimismo de sus versos, son las contiendas civiles, las ambiciones bastardas que se enseñorean sembrando luto y llanto en campos de dolores. La sombra de la tiranía, con su trágico espejismo de patíbulos, se riega sobre la yerma soledad del campo. Y la mujer que sueña con una palma para la patria amada, impreca y canta y se convierte en una adorable sacerdotisa de la paz.

Ella recuerda a cada instante un pasado esplendor, cuando desde el terruño que la vio nacer, fanal de cultura que irradió luz hacia el continente de la esperanza, los valores eternos se

amontonaban en un milagro del amanecer americano:

*¡Oh Quisqueya! Las ciencias agrupadas
te alzaron en sus hombros
del mundo a las atónitas miradas;
y hoy nos cuenta tus glorias olvidadas
la brisa que solloza en tus escombros.*

*Ayer, cuando las artes florecientes
su imperio aquí fijaron,
y creaciones tuvistes enminentes,
fuiste pasmo y asombro de las gentes
y la Atenas moderna te llamaron.*

Y la interroga con amargura desolada:

*Aguila audaz que rápida tendiste
tus alas al vacío
y por sobre las nubes te meciste,
¿Por qué te miro desolada y triste?
¿Do está de tu grandeza el poderío?*

Todos los grandes acontecimientos le arrancan notas profundas a su lira; bordonea el tono elegíaco, trágicamente conmovida por la muerte de Ulises Francisco Espaillat, que se le antoja un añoso roble de dignidad que se desploma. En cambio, la esperanza renace, como retoño de flor hermosa, en su alma, ante el espectáculo alentador de sus hijos que medran al calor de una educación profunda, y cuando se gradúa el primer núcleo de señoritas, de su colegio. Entonces su estro se hace vibrante y, después de seis años que ha pasado sin escribir nada, hace esta deliciosa ofrenda lírica:

*¡Hace ya tanto tiempo! ... Silenciosa,
si indiferente no, Patria bendita
yo he seguido la lucha fatigosa
con que llevas de bien tu ansia infinita.*

*Ha tiempo que no llena
tus confines la voz de mi esperanza
ni el alma, que contigo se enajena,
a señalarte el porvenir se lanza.*

.....

*¡Ah! La mujer encierra,
a despecho del vicio y su veneno,
los veneros inmensos de la tierra,
el germen de lo grande y de lo bueno.
Más de una vez en el destino humano
su influjo se ostentó, noble y fecundo:
Ya es Veturia, y desarma a Coriolano,
Ya Isabel, y Colón halla otro mundo.*

El Instituto de Señoritas, fundado por Salomé Ureña, es una de las magnas obras de que podemos ufanarnos. Creció como un reverbero de luz en medio de las tinieblas de las pasiones locas; como un panal que borra la amargura de la vida.

Hay un destello en la Historia que enmiela el alma de la dulce educadora: en 1880 asciende a la presidencia de la República, en medio de sólitas inquietudes, el Pbro. Fernando Arturo de Meriño, sabio y docto. Parecía un ardiente astro de esperanza. Pero detrás de él, como eminencia gris de grotesca sonrisa, está Ulises Hereaux, y, quizás bajo su influjo, el Padre Meriño firma el tremendo Decreto de San Fernando, *úkase* formidable que hace rodar muchas cabezas en el patíbulo. Un profundo desencanto va a hacer nido en el pensamiento de la poetisa, que ve cómo se enturbian, con cada grito de dolor, sus propias esperanzas. Y bajo esta nueva angustia de sus amargas frustraciones, escribe su poema *Sombras*, cuyas primeras estrofas dicen:

*Alzad del polvo inerte,
del polvo arrebatad el arpa mía,
melancólicos genios de mi suerte.
Buscad una armonía
triste como el afán que me tortura,*

*que me cercan doquier sombras de muerte
y rebosa en mi pecho la amargura.*

*Venid, que el alma siente
morir la fe que al porvenir aguarda:
venid, que se acobarda
fatigado el espíritu doliente
mirando alzar con ímpetu sañudo
su torva faz al desencanto rudo,
y al entusiasmo ardiente
plegar las alas y abatir la frente.*

*¿No veis? Allá a lo lejos,
nube de tempestad siniestra avanza
que oscurece a su paso los reflejos
del espléndido sol de la esperanza.
Mirad cuál fugitivas
las ilusiones van, del alma orgullo,
no como ayer, altivas,
hasta el éter azul tienden el vuelo,
ni a recibirlas, con piadoso arrullo
sus pórticos de luz entreabre el cielo.*

Otro aspecto de la poesía de Salomé Ureña de Henríquez, la de la lira varonil pulsada por mano femenina, es la visión de la patria en la hermosura de sus paisajes, en la emoción de sus bellezas. Entonces es toda mujer henchida de ternuras, grácil, a veces, para cantar el temor de un ave que tiembla en su nido ante la presencia de un ser humano, (17) y a quien le da el consuelo de su ternura de mujer, o ya, para cantar *La Llegada del Invierno*, el invierno de nuestro trópico sin crudeza ni avasallante impiedad:

*Llega en buen hora, mas no presumas
ser de estos valles, regio señor,
que en el espacio mueren tus brumas
cuando del seno de las espumas
emerge el astro de esta región.*

*En otros climas, a tus rigores
pierden los campos gala y matiz,
paran las aguas con sus rumores,
no hay luz ni brisas, mueren las flores,
huyen las aves a otro confín.*

*En mi adorada gentil Quisqueya
cuando el otoño pasando va
la vista en vano busca tu huella
que en esta zona feliz descuella
perenne encanto primaveral.*

*Que en tus contornos el verde llano,
que en tu eminencia la cumbre azul
la gala ostenta que al suelo indiano
con rica pompa viste el verano
y un sol de fuego baña de luz.*

*Y en esos campos donde atesora
naturaleza tanto primor,
bajo esa lumbre que el cielo dora,
tiende el arroyo su onda sonora
y alzan las aves tierna canción.*

*Nunca abandonan las golondrinas
por otras playas su hogar feliz:
que en anchas grutas al mar vecinas
su nido arrullan, de algas marinas,
rumor de espumas y auras de abril.*

*Aquí no hay noches aterradoras
que horror al pobre ni angustia den,
ni el fuego ansiando pasa las horas
de las estufas restauradoras
que otras regiones han menester.*

Pasa ligero, llega a otros climas

*donde tus brumas tiendas audaz,
donde tus huellas de muerte imprimas,
que aunque amenaces mis altas cimas
y aunque pretendas tu cetro alzar,*

*Siempre mis aguas tendrán rumores,
blancas espumas mi mar azul,
mis tiernas aves cantos de amores,
galas mis campos, vida mis flores,
mi ambiente aromas, mi esfera luz.*

La reproducción íntegra de este poema tiene para nosotros un valor hondamente sentimental, cuando en nuestra infancia nos lo aprendimos de memoria, para declamarlo en las celebraciones de la escuela. Entonces Salomé Ureña era un símbolo, un nombre pronunciado con singular respeto. El lirismo de Salomé alcanzó, por último, cierto temblor íntimo en sus poesías hogareñas, donde canta al esposo ausente o hace el augurio del espléndido porvenir de su hijo Pedro, el primer humanista de nuestra América.

He aquí estas dos estrofas tituladas Páginas Intimas (a mi esposo):

Umbrá

*La mirada sin luz, la mente ansiosa,
corto el aliento al pecho,
en ruda agitacion se va la vida...
Allá perderse en la penumbra vaga
miro las prendas del hogar benditas,
mis hijos, en su cándido abandono,
ajenos al amago
de la suerte sobre ellos suspendida,
y tú, de pie, bajo el dolor inmenso,
nublada por el llanto la pupila.*

Resurrexit

Brota la luz en deslumbrantes ondas,

*el aire al pecho afluye,
el espíritu absorto se reanima,
y cunde y se dilata en las arterias
el ritmo palpitante de la vida.
Y bajo el ala cándida que extiende
sobre el hogar en gozo
ángel nuevo de paz que el cielo brinda,
surgiendo victorioso de las sombras
el cuadro de mi amor, esplende el día.*

Tiene ahora acentos nuevos que la alejan del neoclasicismo y la acercan al neomodernismo que ya lanza sus ráfagas primeras, como se ve en *Vespertina*:

*Reina la tarde en nuestro hogar bendito,
la tarde tropical: limpia, serena,
que el ánimo enajena
alzado el pensamiento a lo infinito.*

*Sin nubes está el cielo,
sin celajes la luz, diáfano el aire,
y de la brisa, que en gracioso vuelo
refrescando la tierra se pasea,
con suave impulso, con gentil donaire,
el plátano sus hojas balancea,
mientras la flor se inclina
presintiendo la sombra ya vecina.*

La muerte de Salomé Ureña de Henríquez enlutó toda la patria. Doña Silveria de Rodríguez Demorizi, autora de una breve biografía de la poetisa, escribió:

“Ninguna muerte ha producido en la República sentimientos tan hondos. La muerte de Salomé Ureña fue duelo para todos los dominicanos. La lloraron de tal modo que le hicieron decir a Hostos, el Apóstol antillano, su ferviente admirador, estas palabras memorables: Casi se puede haber soportado la vida, con tal de morir entre corazones tan amigos” (18)

El tercero en la gloriosa trilogía es GASTON FERNANDO DELIGNE (1861-1913), a quien llamaron "el príncipe de los poetas dominicanos". Deligne, como sus dos antecesores, nació en la ciudad de Santo Domingo, instalándose muy joven en la ciudad de San Pedro de Macorís, donde al cabo se suicidó, cuando la lepra mordió sus carnes, tras haber visto morir despedazándose por esta misma enfermedad, a su hermano Rafael.

Fue un poeta culto; puede decirse que en él la cultura ahogó al poeta.

Sus conocimientos del latín y del griego se notan a cada paso a través de sus versos. Su vida límpida, su morigerado sentir y la simpatía que irradiaba su personalidad lo hicieron centro de atracción, reuniendo en su torno una buena copia de poetas y escritores que le admiraban profundamente. Por eso su libro, *Galaripsos*, fue recibido con el aborozo propio de una epifanía. La suma de su producción está en este libro donde se amontonan poemas de altura y cosas simples, como su poemita *Arriba el Pabellón*, sobre acuarela trivial, muy del gusto de los escolares. (19)

La fibra más vibrante en la poesía de Deligne es la patriótica y suena en él vigorosa y pura. Como José Joaquín Pérez y como Salomé Ureña, Deligne tiene derecho a hablar recio, por la dignidad de su vida, por la altura de su moral, por su paradigmática actitud ante los problemas que mortaban su patria. Su canto llega en momento oportuno y toca a la puerta de las conciencias. Pedro Henríquez Ureña lo expresa así en los párrafos que transliteramos:

"Aparece en el momento en que la poesía hispanoamericana amplía y suaviza sus moldes bajo la influencia de Bécquer; renueva y afina sus ideas por el ejemplo de Campoamor; en el momento en que los antes muertos horizontes de la poesía dominicana estaban electrizados por el entusiasmo civilizador de Salomé Ureña de Henríquez y por la efusión lírica de José Joaquín Pérez. De cuanto le da ese ambiente, toma Deligne lo que debe

asimilar: observad la maestría ingeniosa de su versificación, su ameno discurrir alrededor de la intrincada selva de la psicología; observad cómo toma de la poetisa patriótica el amor a los grandes ideales abstractos — Ciencia, Deber, Progreso —, que él escribe con mayúscula; cómo sigue el gran emotivo en su añoranza de la raza aborígen, y a su ejemplo (aunque a mucho menor altura que las mejores Fantasías Indígenas) canta un episodio de la conquista: el suicidio heroico del nitaíno "Mairení" (20)

El valiente cacique Mairení regresa de la guerra vencido, abatido en su altivez, sangrante y perseguido por las tropas crueles que le rodean, sin poder apañarlo, porque, según expresa el poeta en sus quintillas:

*Ya le alcanzan, con veloces
pasos, y en brusca algarada
de ásperos gritos feroces,
"ríndete", claman las voces
mientras lo impone la espada.*

*Pero él les mira: comprende
que es vana toda porfía;
ve que la lumbre sombría
de sus ojos le pretende
para más lenta agonía;*

*Y "es mío", dice sonriente,
"mi destino todo entero".
Y contra el peñón austero,
rompiendo la altiva frente
se abre al sepulcro sendero!*

Pese a algunas influencias que se le pueden reconocer, Gastón Deligne es un ser solariego dentro de la poesía hispanoamericana, ajeno a los temas y a los metros que el modernismo impone, mantiene cierta hurañez y sigue

asomándose a las ruinas pentélicas de la antigua Grecia en su *Entremés Olímpico*.

Pedro Henríquez Ureña vuelve a iluminarnos con su ejemplo. Dice:

"Si por actitud mental de recogimiento y disciplina, que pone en su obra sello de nativa y sobria distinción se aparta Deligne de la irreflexiva y ruidosa vivacidad antillana, en punto de forma no se atiene a los estilos en boga dentro o fuera de su país. Todo lo que era en él reminiscencia de poetas dominicanos, de Campoamor, de Núñez de Arce, afinidades con Gutiérrez Nájera, con el Díaz Mirón primitivo, va borrándose en el transcurso de los diez años primeros de su vida literaria, sin que más tarde le atraiga ningún influjo astral, ni siquiera le arrastra la caudalosa corriente modernista.

Se le conoce nacional, sin embargo, en sus defectos. Deligne es más que un poeta correcto y elegante; posee maestría superior; sabe prestar atención a cada palabra y aun encontrar la palabra única; con todo a su poesía falta siempre un punto para llegar a ser poesía perfecta". (21)

Lo mejor de la poesía de Deligne es su poema breve de asunto psicológico, que es "género único en América" (22). No vemos en ninguno de estos poemas la huella de Campoamor que se le ha señalado; en el dominicano hay más precisión en la fórmula y es menos dado a lo trivial filosófico que distinguió al español. Si Campoamor fue un hábil versificador, Deligne buscaba la nota poética en sus estrofas, adensando los temas, merced a un espíritu superior. En un número reducido de versos logra Gastón Deligne resumir toda una vida admirablemente: como en *Angustias*. Es una historia vulgar de una pobre mujer que, puesta en el camino de la perdición, se redime por la inesperada llegada de un hijo redentor. Y con el hijo, recogida al rescoldo del hogar humilde, pone una nota de ternura en todo, y así:

*Su mano de mujer está grabada
hasta en el lazo azul de la cortina.
No hay jarrones de China,
pero es toda la estancia una monada.
Con un chico detalle
gracia despliega y bienestar sin tasa,
a pesar de lo pobre de la casa,
a pesar de lo triste de la calle.*

*Cuando el ardiente hogar chispas difunde,
cuando la plancha su trabajo empieza,
para cercar de lumbre su cabeza
en sólo un haz se aduna
el brillo de dos luces soberanas:
un fragmento de sol en las ventanas,
¡un destello de aurora en una cuna!*

Más simple no puede ser la expresión, mayor habilidad no puede concebirse para trazar el cuadro humilde y tierno donde Angustias busca refugio con su hijo. Ella trabaja con honradez tranquila para allegar refacción al pobre hijo que la redime y la encumbra. Como en un monólogo interior recuerda su caída y su redención:

*Fue su triste caída
lo mismo solitaria que completa;
y como en casos tales de amargura,
desde ella hasta Luzbel todo es lo mismo,
una vez desprendida de la altura
cebó en ella sus garras el abismo.*

*Así el suceso su mansión inunda
con tintes apacibles:
naturaleza sabia y bienhechora,
la gran madre fecunda,
miró piadosa su profunda pena,
palpó la enfermedad que la devora;
y en su amor infinito,*

*la puso frente a frente de una cuna,
a la vez que vocero del delito
de calma y redención anunciador!*

*De pronto a su alma sube
la hiel de sus pasadas desventuras;
y mientras surca y moja sus mejillas
llanto a la vez de dicha y desconsuelo,
cual si Dios la empujara desde el cielo
icayó junto a la cuna de rodillas!*

Y ahora Angustias no tiene más preocupación que la de su hijo adorable que es su vida, su redención y su esperanza:

*Por eso, y así el Bóreas yazga inerme
o airado sope con violento empuje,
Angustias canta, el pequeñuelo duerme,
la plancha suena, la madera cruje.*

Con tema tan humano ha logrado Deligne invariablemente un gran poema.

Otra cosa es *En el botado*, donde el protagonista no es un hombre sino un bohío, una choza que albergó en su seno el amor montaraz de una pareja que un día iluminó con su idilio la rusticidad de sus maderas, hasta que abandonado por sus habitantes, queda solo en medio de la floresta:

*...y en medio a tanta flor recién abierta
quedóse la heredad abandonada
y la mansión desierta.*

Aquella soledad desamparada es víctima del asalto de las plantas agresivas. Y empieza a desvencijarse:

*Si el sol que se filtraba por el techo
solía escapar por los abiertos vanos,
no así las aguas del turbión deshecho;*

*cavaban y cavaban hondo lecho
a turbias miniaturas de pantanos.*

Cuando las plantas vecinas notan la orfandad indefensa del bohío, también tórnanse agresivas:

*Un bejucal de plantas trepadoras
que en torno a la vivienda
cerraban toda senda,
avanzando traidoras
e indicando la ruina, cuchicheaban:
"ni se defiende ni hay quien la defienda".*

*Y en lazando sus ramos
como para animarse, murmuraban:
"si tal pasa y tal vemos ¿qué esperamos?"*

*Fue un aguinaldo lívido quien dijo:
"io es que trepáis o treparé de fijo!"*

*A lo que una saudosa pasionaria
expuso comentando la aventura:
¡por cierto que es bizarra coyuntura
para mirar el sol desde más alto!*

*¡Fue la palabra fulminante! Todas
clamaron en un punto,
trémulas y erizadas: "¡Al asalto!"*

*¡Qué embrollado conjunto
de hojas, antenas, vástagos, sarmientos!
¡Y cuán terrible asalto presenciaron
los troncos azorados y los vientos!*

El asalto se consumó. El bohío, desde el cerrado malezal, apenas asoma, impotente, su rota techumbre piramidal. Pero aun así, hay algo consolador en esta desolación derruida; algo

que emerge del paisaje y llega como luz de resignación al alma del poeta:

*¿Quién dentro, en lo que siente o lo que piensa
por el dolor severo fulminadas
no se ha dejado, a veces,
alcanzar, quinta o choza abandonadas?*

*¡Quizás quién no! ... Mas a la oculta mina
labrada por recónditos dolores,
alguna trepadora se avecina;
algo que sube a cobijar la ruina
¡algo lozano que revienta en flores!*

Deligne también se sintió apabullado, envuelto en la malla de hierro de la tiranía de Hereaux, y escribió sus poemas, no de diatribas y amargo encono en contra de la tiranía, sino de una filosofía fatalista, como en *Ololoi*, que para algunos, como Américo Lugo, es lo mejor del poeta. Son unos dísticos admirables, donde empieza pintado el cuadro moral que predomina en toda tiranía:

*Tú, prudencia, que hablas muy quedo
y te abstienes, zebra de miedo:
tú, pereza, que el alma te dejas
en un plato de chatas lentejas:
tú, apatía, rendida en tu empeño
por el mal africano del sueño;
y ¡oh, tú, laxo — no importa! que aspiras
sin vigor, y mirando no miras...*

A seguidas, en otra estrofa, pinta, con una pincelada, el tipo medio de dictador hispanoamericano:

*El, de un temple felino y zorruno,
halagüeño y feroz, todo en uno;
por aquél y el de allí y otros modos,
se hizo dueño de todo y de todos.*

El país martirizado por un tirano se convierte en una sentina de abyección y miedo:

*Y pregonar su orgullo inaudito,
que es mirar su delito, delito:
y que de ellos murmurarse y hable,
es delito más grande y notable;
y prepara y acota y advierte
para tales delitos, la muerte.*

*Adulando a aquel ídolo falso
¡qué de veces irguióse el cadalso!
y a nutrir su hemofagia larvada
¡cuántas veces sinuó la emboscada!*

Para concluir con una ironía que signa la desesperanza, con unas estrofas amargas donde parece desconfiar del porvenir:

*Si después no han de ver sus paisanos,
cual malaria de muertos pantanos,
otra peste brotar cual la suya
ialeluya ialeluya! ialeluya!
Si soltada la fuerza cautiva
ha de hacer que resurja y reviva
lo estancado, lo hundido, lo inerte:
¡paz al muerto! ¡loor a la muerte!*

Lo importante en Gastón Deligne es su alta moral, su patriotismo y la nunca desmentida secuencia de sus aguas poéticas. Poemas suyos como *Confidencias de Cristina* y *Aniquilamiento*, donde habla de un escéptico mancebo hindú que va a buscar la paz del alma hundiéndose en el nirvana, revelan el espíritu superior de quien los escribe. No obstante su escepticismo, su seriedad y la austera serenidad de sus versos, se descubre en Deligne el romántico que vive su época a plenitud. Por eso en su libro *Galaripsos* vienen algunas traducciones de conocidos románticos, como *El Silfo*, de Víctor Hugo, que

más que una traducción, es una paráfrasis en la que Deligne da nueva vida al poema; *Núbil* y *Bucólica*, de Andrés Chenier, y *La Hora del Pastor*, de Paul Verlaine. (23)

El tono romántico puro aparece en algunos poemas galantes, como *De Luto*, muy inferior a los comentados.

De todas maneras Gastón Deligne es entre nuestros poetas el que gozó de mayor prestigio en el aprecio general. De ahí el que muchos sigan creyendo hoy que es el verdadero "príncipe de la poesía dominicana".

DELIGNE Y EL MODERNISMO

Deligne no solamente fue ajeno a las sonoridades del modernismo, sino que lo combatió pertinazmente y hasta se permitió alguna sátira contra el propio Rubén Darío. La aparición de *Virgínea*, soneto modernista de Valentín Giró, irritó al poeta de "Galaripsos" porque fue galardonado en unos juegos florales, prefiriéndolo a otros poemas que él juzgó merecedores del galardón. Entonces se echó mano a un desventurado recurso en el que se hizo intervenir a don Miguel de Unamuno, el vasco genial, muy preocupado, entonces, por las cosas de América. J. M. Bernard envió a Unamuno el poema galardonado y el poema *Noviembre*, haciéndole creer que ambos eran suyos, y la preocupaba saber cual era mejor. Unamuno le contestó:

"Pocas veces, mi estimado señor, coincide la apreciación comparativa del propio autor con la de un extraño. No es lo que preferimos los autores, de entre lo nuestro, lo que el público prefiere. Yo en el caso que me somete, voto por la composición Noviembre. Ella marca una tendencia poética más natural y reflexiva a la vez, que el de la intitulada Virgínea. Esta me suena a eco de lecturas, me parece cosa de escuela literaria". (24)

La carta de Unamuno, fechada en Salamanca 3 de octubre de 1907, fue publicada en el "Listín Diario", el 12 de

noviembre. La clave de la preferencia unamunesca estaba en esa frase: "me parece cosa de escuela literaria". Unamuno era hostil al *modernismo* y fue un adversario cruel de Rubén Darío, a quien trató como "un indio americano al cual se le veía la pluma". El 10 de diciembre salió en el *Listín Diario* la respuesta airada de Valentín Giró. Decía:

"Dije que oportunamente respondería a los juicios y decires de los Sres. Unamuno, Garrido (25) y Deligne acerca de mis poesías laureadas Virgínea y Oh, madre, y ya con esta Carta abierta verá el público si es que tengo oportunidad. Sólo que no soy yo quien habla: es un mentor mío. Mucho y largo tenía escrito. Al pobre ilustrado Unamuno casi le llamaba ignorante; a Garrido lo desmontaba del potro de la crítica para dejarlo encadenado al peñón de periodista rebelde, y qué se yo cuántas cosas tenía escritas sobre Gastón. Pero también oportunamente me llega a las manos una carta de extranjero suscrita por una saliente intelectualidad de América, en la que se me aconseja "no hacer caso a nada de lo que se ha dicho en contra de mis poesías laureadas". Fiel a los consejos de aquellas personas a quienes suelo llamar, en la intimidad, mis mentores rompo mis escritos conformándome únicamente con transcribir a ésta, algunos párrafos de la carta en referencia:" (26)

A continuación Valentín Giró reproduce la carta que dice provenir de un intelectual americano, cuyo nombre no revela. Los párrafos reproducidos dicen así:

"Usted ha triunfado. Los artistas de alma no pueden dominar sin adversión de los odios, envidias, impaciencias y rivalidades. He visto que han pretendido reducir a pálida flor silvestre su bellísima e inmaculada rosa de jardín, Virgínea. Y, he visto como han querido darle vuelo de paloma a su ¡Oh, madre!, cuando toda ella se levanta con asombro aleteo de águilas..."

No haga Ud. caso de lo que diga Unamuno respecto de su Virgínea.. Ese rector de Salamanca parece como que ignora que en Zona Tórrida no existe Noviembre. Virgíneas sí las hay. Yo he cargado muchas, en andas, sobre mis hombros. Además; ¿No ha leído Ud. lo que le dice la prensa española y americana al Sr. Unamuno con motivo de un libro de versos que publicara últimamente?

No haga Ud. caso de lo que dice y pueda decir Gastón Deligne de su poesía. Sé que este poeta está bastante indignado con Ud. desde que una vez a Ud. se le ocurrió decir que los endecasílabos de Montbars (27) "eran un verdadero empobrecimiento", y que en su Del Trapiche "no había olor a caña".

Siguiendo con Deligne le diré a Ud: cuando él escribía *Angustias*, *Aniquilamiento* y algunas otras poesías en las *Molduras de los clásicos*, era poeta. Pero desde que quiso hacerse modernista; desde que quiso terciar con los jóvenes paladines del verso nuevo se ha hecho insoportable casi. A fuerza de quererse presentar como sabio, ha dejado de ser poeta. ¿Que poesía se encuentra, por ejemplo, en su *Ololoi*? Ninguna que lo acredite como poeta. *Ololoi* será la obra individual de un sabio; pero no la obra universal del poeta. Más discreto que Deligne ha sido el poeta Pellerano Castro, quien ha sabido mantenerse con gallardía en su antiguo molde poético...

De Garrido no tengo nada apenas que decirle. Lo conocí como *Siluetista* (28) y periodista de algún vuelo; pero nunca lo creí capaz, porque en una conferencia que dicho señor hizo — según tengo sabido por cartas que me llegan de esa localidad — en el Club de Damas, habló, entre otras cosas, de la sencillez en la poesía y manifestó un gusto decidido por esa sencillez. Bien se ve que el señor Garrido tiene, en poesía, un gusto primitivo. La poesía, perfume, seda de la civilización, tiene que correr pareja con la civilización;

y, pues que la civilización es complicada, complicada también debe resultar su obra poética. Decir lo contrario es ignorar que "el mundo marcha". Pregúntele a Garrido qué es más soberbio, en estos tiempos, y desde el punto de vista musical, si un salmo de David o una sinfonía de Beethoven" (29)

La carta de Valentín Giró, con los párrafos de su presunto defensor llegó a manos de Unamuno. Este se dio cuenta de que había sido objeto de una pesada broma. No solamente se le había involucrado en una polémica en la que él no tenía ningún interés, sino que se le había engañado vilmente. Y se apresuró a escribirle a Valentín Giró. Su carta salió publicada en el Listín Diario el 6 de enero de 1908: Le decía:

"Muy señor mío:

Recuerdo, en efecto, haber contestado a carta del Sr. Bernard y en cuanto puedo fiarme de la memoria, pues no guardo, ¡claro está! , borrador de ella, creo poder asegurar que mi contestación es tal como aparece en el número del 12 del pasado Listín Diario.

He buscado la carta del Sr. Bernard sin haberla encontrado; pero recuerdo perfectamente que en ella se me presentaba como autor de ambas composiciones, diciéndome que aunque algunos de sus amigos preferían la una, él, el autor de ambas, prefería la otra. Y así respondía al decirle yo que pocas veces la apreciación comparativa que un autor hace de sus propias obras coincide con la de los extraños.

Ahora me entero de que no eran de Bernard las dos composiciones; y esa añagaza de valerse de una mentira pueril para arrancarme un juicio en competencias que creo funestas e inútiles, me parece una cosa poco seria y censurable.

Dejándome llevar de mis condescendencias para con los

jóvenes le contesté lo que creía sobre el valor relativo de una y otra composiciones sin que eso presuponga nada sobre el valor absoluto de ellas.

Yo creo que Ud. no debe hacerse caso de fallos de jurados de juegos florales ni de pareceres arrancados con añagazas infantiles a personas condescendientes, sino, si se cree con vocación de poeta, seguir escribiendo y sobre todo estudiando. Porque el mal de esas tierras es la precocidad”
(30)

En este desventurado episodio se vio envuelto Gastón Deligne que, ya antes, al proclamar la claridad y sencillez en la poesía había tenido palabras ásperas para Mallarmé, a quien acusa de gongorista.

No obstante, algo de novedoso nos trae Alberto Baeza Flores en su libro acerca de la poesía dominicana, al enjuiciar a Deligne, considerándolo un precursor modernista, no obstante su aparente fobia contra este movimiento. Nos dice:

“Y aun este Deligne dominicano, antirromántico, realista, racionalista, nos da unas notas, de pronto, que nos dejan pensando que en terrenos de apreciación lírica hay que andar con el oído del alma muy fino para no perder ciertas visitas que, a través de la poesía, llegan a los sentidos” (31)

Y señala este ejemplo de su poema *De Luto*, en el que encuentra un tono de “parnasianismo sentimental”:

*Del traje negro y de su negro broche
surgen las líneas de su faz marmóreas
como el sereno sol de medianoche
en las desolaciones hiperbóreas.*

Es obvio que en Deligne hubo también atisbos de la poesía que empezaba a tremar en la época en que le tocó vivir.

Muchos poetas menores y de importancia limitada se mueven en torno a estas figuras señeras, encuadradas en los movimientos románticos o neorrománticos. (32)

Uno de esos poetas, EMILIO PRUD'HOMME (1856-1932) nacido en Puerto Plata y notable educador, pasará a la historia como el autor de los versos del *Himno Nacional*, lo suficiente para consagrarlo en el corazón del pueblo, por el sentido nacional de sus decasílabos y la exacta valoración de nuestros hechos heroicos.

Para esta restallante sonoridad épica, exaltadora del patriotismo; para estas estrofas encendidas, se necesitaba una música capaz de levantar los ánimos por el temblor de altos sentimientos patrios. Y esa música fue obra de JOSE REYES (1835-1905) un brillante músico que se distinguió por el conato que puso en imponer en el ambiente la música selecta. Era discípulo de Juan Batista Alfonseca, el llamado "padre de la música dominicana", quien había escrito un canto patriótico consagrado como el Himno de Febrero. Pero Reyes superó al maestro, pues tenía aspiraciones más elevadas, y sus composiciones revelaron calidades a las que aquél no llegó. Compuso música religiosa y popular y, sobre todo, el *Himno Nacional* que se estrenó el 17 de agosto de 1883. El estreno del Himno se debió a la orquesta de Manuel Martínez, de la que era músico el propio José Reyes. (33)

El introductor del romanticismo en Santo Domingo haciendo, desde luego, la salvedad de lo que hemos dicho con respecto a Juan Pablo Duarte — fue MANUEL MARIA VALENCIA (1810-1870), poeta y patriota, que tuvo una digna actuación como trinitario, aportando su juventud y su pluma a la noble causa de la independencia (34). Como poeta fue desaliñado y candoroso, de una desastrosa fecundidad, sin que nos haya dejado nada digno de tomar en cuenta.

FELIX MOTA (1829-1861) poeta sencillo, agradable, de mediana monta, escribió odas sáficas, inspirado en Villegas. (35)

MANUEL DORIGUEZ OBJIO (1838-1871), el poeta patriota asesinado por Báez, trae también su aporte juvenil de romántico a la poesía dominicana. Fue un poeta incorrecto devorado por un fuego de pasión que es la esencia misma del romanticismo.

Aparece en nuestra literatura como el tipo de poeta político, que canta *A los héroes del 27 de febrero* y *Al 27 de febrero*. Luchó en la Restauración al lado de su héroe máximo, General Gregorio Luperón, sin esquivar el peligro allí donde su presencia era más necesaria. Por eso cantó, con versos encendidos, la heroica batalla de Santiago y su incendio ulterior. Su *Oda a Santiago*, escrita en endecasílabos, no tiene la estructura sólida de la épica, pero traduce un fervoroso patriotismo.

Hemos dicho que Rodríguez Objío no era un poeta de elevada inspiración, pero tampoco era desdeñable, entre las tribulaciones de su vida casi nómada, su constante quehacer poético. Y fue, a no dudarlo, uno de los más altos representativos del romanticismo dominicano.

Son románticos algunos de sus giros poéticos, donde busca la imagen adecuada al temblor de su poesía:

*Lágrimas son las flores de la gentil pradera,
del cielo las estrellas también lágrimas son;
las gotas ¡ay! del libro que por tu faz corriera
son, mi preciosa Indiana, flores del corazón.*

*Lágrimas son las perlas del nocturnal rocío
que en el cáliz rosado de la aromosa flor
el ángel de la noche con dulce desvarío
vierte soñando acaso con un perdido amor.*

En Rodríguez Objío, pues, es romántica su vida aventurera de conspirador al servicio de la patria —luchando contra el intruso invasor— y las nobles causas, combatiendo la tiranía y a los tiranos. A Santana, que es la espada recia en la lucha contra

los haitianos, pero que no vacila en entregarle la patria maniatada, como un regalo de amor, a España, le increpa:

*Traidor te aborrecí y héroe te admiro,
coloso singular de nuestra historia,
¿Por qué humillar quisiste tu memoria,
tus lauros mancillar con tu baldón?
Grande en la adversidad siempre te alzaste;
mas del poder supremo en el camino,
no cabiendo en tu patria tu destino
la quisiste manchar con vil traición.*

De la misma manera que execraba tiranos y traidores, no le escatimaba su admiración vehemente a los hombres modelos como los héroes de febrero, Garibaldi y Juárez, a quienes canta su rendida alabanza.

Su nomadismo, por los continuos destierros, es otra de las condiciones románticas del poeta. Por esta vida tan atribulada, tiene que escribir sus versos de prisa, y fecharlos en los diferentes puntos de sus forzados ostracismos (Puerto Príncipe y Cabo Haitiano, en Haití, Caracas y Curazao) (36) y las diferentes citas de románticos como Lamartine.

También Rodríguez Objío fue novedoso en la introducción de los metros: octosílabos en romances y redondillas, endecasílabos, combinaciones de endecasílabos y heptasílabos, etc.

Así en el poema *Farham*, que empieza como un romance con asonante *ea*, sigue en octavas italianas de arte menor y termina en perfectas cuartetas alejandrinas. También fue amoroso de las octavas italianas (ABBC-DEEC), muy propias de los románticos españoles.

Combatiente de la tiranía de Báez, cae en sus garras, y no cabiéndole la menor duda de su destino, le escribe este *Soneto* casi lapidario:

*Sacia en mí tu furor y el odio insano
que hacia la humanidad tu pecho siente.
Bebe mi sangre joven y aún caliente,
sumerge en ella tu convulsa mano.*

*Falsa ilusión, delirio de tirano,
hoy del crimen te arrastra en la pendiente:
el que una vez lo sigue, es impotente
para volver atrás, su esfuerzo es vano.*

*De la fortuna el carro precipita,
y a la piedad cerrando el torpe oído
va, como tú, corriendo sin sentido,
y el vértigo excitando que le agita.
Corre, corre, no pares, yo te mando
y apura el goce de vivir matando.*

Rodríguez Objío fue fusilado: pero este fusilamiento fue un crimen.

En prosa nos dejó dos magníficas monografías de las guerras restauradoras: *Relaciones y Gregorio Luperón o Historia de la Restauración*.

RAFAEL ALFREDO DELIGNE (1863-1902) fue un poeta eclipsado por el fulgor astral de su hermano Gastón. Su poesía mejor es de índole religiosa y es la expresión del hombre que sufre, resignado y estoico, el dolor de verse despedazado en vida por las rabiosas mordeduras de la lepra. Su poema más caracterizado es *Dios*, del cual es la siguiente estrofa:

*El que hacia ti se tiende
y aspira a tus primores y grandeza,
desde que el día se enciende,
hasta que vaga empieza
la noche, donde pierde fortaleza,
lleno de gozo puro
se entrega a la esperanza sosegado:
¡en ti vive seguro,
faro de luz amado,
panal de ricas mieles deseado!*

Rafael Deligne fue mejor prosista que poeta e incursionó también en el drama.

NOTAS

- (1) Los otros dos son Salomé Ureña de Henríquez y Gastón Fernando Deligne.
- (2) Marcelino Menéndez Pelayo — Historia de la Poesía Hispano-Americana. Tomo I. Pág. 310.
- (3) Pedro Henríquez Ureña — "José Joaquín Pérez", en "Horas de Estudio". Ollendorf. París. 1910.
- (4) Joaquín Balaguer. "Historia de la Literatura Dominicana". Ed. Librería Dominicana. Santo Domingo, R. D. 1958.
- (5) Así se le llamó en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX a la ciudad de Santo Domingo, recogida íntimamente en el ámbito colonial.
- (6) Max Henríquez Ureña. Panorama Histórico de la Literatura Dominicana. Río de Janeiro. 1945.
- (7) Esas dos estrofas dicen: "Dicen que tienen tus ojos reflejos de tempestad, relámpagos que iluminan y hacen las sombras temblar".
Pero al fijarlos en mí con lánguida vaguedad, miro en tus ojos el cielo y en él mi dicha brillar".
- (8) Ob. cit.
- (9) El poema trae el siguiente epígrafe: "jueves, 11 de octubre... vieron pardeias y un junco verde junto a la nao... Con estas señales respiraron y alegráronse todos". (Diario de Navegación del Almirante)".
- (10) Ob. cit.
- (11) Se alude a la anexión de la República a España, cuando Santana tuvo que pelear contra los dominicanos, ante el desprecio de los españoles por los cuales combatía a sus compatriotas.
- (12) Así describe a Jesús: "Blonda como un trigal la cabellera que al viento en rizos y al desgaire vaga; los ojos de un azul color de cielo, erguido el busto escultural; los labios con la expresión de la bondad del alma; y la luz y la brisa jugueteando en los contornos de la veste blanca; va Jesús, sobre el lago Tiberiades, de pie en la capa de su frágil barca". Y el poema termina con esta estrofa: "Jesús de la ignominia la redime: su amor le da también, la pura y casta pasión que El siente por quien cae, rendido sin fe en Dios que a la conciencia salva; y envolviéndola en luz, dándole el beso feliz de su perdón y de su gracia, hace así de la triste pecadora la más bella y sublime de las santas! ".
- (13) Opinión de Pepe Cándido, seudónimo que usaba Rafael Deligne.
- (14) Eugenio María de Hostos. "Meditando". Biblioteca Quisqueyana. París. 1909.
- (15) "José Joaquín Pérez escribió una novela que lleva el título de "Flor de Palma", y varios trabajos de crítica, entre los cuales se destaca el estudio que consagra a "Enriquillo", la famosa narración histórica de Manuel de Jesús Galván, a quien se sintió especialmente ligado por un sentimiento de común simpatía hacia la raza indígena, tomada como motivo de inspiración para la creación literaria" Joaquín Balaguer en la ob. citada.
- (16) Ob. cit.
- (17) En un estudio exhaustivo de su libro Literatura Dominicana (Ed. Americalee), Balaguer señala varias coincidencias entre Salomé y Quintana y Gallegos.
- (17) En el poema El Ave y El Nido, que recitábamos en los años de nuestra

puericia, es tan simple, que llega a adquirir condición de emocional ternura. He lo aquí: "¿Por qué te asustas, ave sencilla ¿Por qué tus ojos fijas en mí? Yo no pretendo, pobre avecilla, llevar tu nido lejos de aquí... —Aquí en el hueco de piedra dura tranquila y sola te vi al pasar, y traigo flores de la llanura para que adornes tu libre hogar. Pero me miras y te estremeces, y el ala bates con inquietud. Porque no sabes hasta qué grado yo la inocencia sé respetar, que es para el alma tierna sagrado de tus amores el libre hogar. — ¡Pobre avecilla! vuelve a tu nido mientras del prado me alejo yo; en él mi mano lecho mullido de hojas y flores te preparó. —Más si tu tierna prole futura en duro lecho miró al pasar, con flores y hojas de la llanura deja que adorne tu libre hogar".

(18) Fue enterrada en la Iglesia de Nuestra Señora de Las Mercedes, y ante la entristecida muchedumbre, José Joaquín Pérez leyó una elegía de la cual son estos versos: "igenio de las sublimes concepciones! ídolo y numen de la patria mía a quien ciñó la América sus flores y el mundo absorto, con aplauso oía! ¡Adiós, adiós! aliéntanos tu espíritu de memoria inmortal, y sea fecundo generador del bien más bendecido en la patria, en la América, en el mundo! "

(19) El poema empieza: "¡Tercien armas! , como quiera el acostumbrado estruendo", y termina con esta estrofa, harto popular: " ¡qué linda en el tope estás dominicana bandera! ¡quién te viera, quién te viera más arriba, mucho más! "

(20) El capítulo Gastón Deligne en la ob. cit.

(21) Ob. cit.

(22) P. Henríquez U. Ob. cit.

(23) También traduce el Salmo de la Vida, de Longfellow, traducción que Pedro Henríquez Ureña tilda de mediocre.

(24) Emilio Rodríguez Demorizi. "Archivo Literario de Hispanoamérica". Revista Dominicana de Cultura No. 1 - Santo Domingo, noviembre 1955.

(25) Se refiere a Miguel Angel Garrido, rebelde prosista que también embistió contra los poemas de Giró.

(26) E. Rodríguez Demorizi. ob. cit.

(27) Se trata de un poema de Deligne.

(28) Alude al libro Siluetas, rápidas y nerviosas biografías de un grupo de dominicanos ilustres.

(29) E. Rodríguez Demorizi. ob. cit.

(30) Alberto Baeza Flores. "La Poesía Dominicana en el Siglo XX". U. C. M. M. Santiago de los Caballeros. 1976.

(31) E. Rodríguez. Ob. cit.

(32) Se citan en los tratados de literatura y en algunos parnasos: JAVIER ANGULO GURIDI (1816-1884) a quien se debe el primer libro de versos editado por un dominicano; NICOLAS UREÑA DE MENDOZA (1822-1875), padre de Salomé Ureña, quien trajo perfumes agrestes a sus poesías, escribiendo poemas bucólicos y algunos versos religiosos; JOSEFA ANTONIA PERDOMO y HEREDIA (1834-1896), quien puso buenas dotes en sus poesías domésticas y religiosas; JUAN ISIDRO ORTEA (1849-1881), poeta erótico de nobles sentimientos; PABLO PUMAROL (1857-1889), poeta humorístico; MARIANO SOLER Y MERIÑO (1877-1899), muerto tempranamente sin que llegara a cuajar el poeta que se esperaba; JOSE FRANCISCO PICHARDO (1837-1873); JUAN FRANCISCO PELLERANO (1844-1889); MANUEL DE JESUS RODRIGUEZ (1847-1915); BARTOLOME OLEGARIO PEREZ (1873-1900), poeta azuano, aunque nació en la capital, muy

celebrado por su tono romántico, ligeramente becqueriano; JOSE MARIA JIMENEZ (1868-1928) de una poesía instintiva, y otros más.

(33) La orquesta de Manuel Martínez estaba formada por su director Martínez, José Pantaleón, Alfredo Soler, José Reyes, Juan Fco. Pereyra, Marcelino, Mariano Arredondo, Julio Acosta, J. R. Affinge, Mulet y Polanco.

(34) Recuérdese que fue cofundador con Pedro Antonio Bobea, Félix Ma. del Monte y José María Serra, de El Dominicano, el primer periódico literario que vio la luz entre 1845 y 1846.

(35) Dice: "Cándida virgen que la verde orilla fértil y mansa del Ozama undoso, cuando aparece en el Oriente Febo cruzas risueña; tú esas riberas habitaste siempre, siempre graciosa y con semblante bello; tú me inspirastes el amor más puro, virgen que adoro".

(36) En el folleto mimeografiado que de sus obras poéticas publican bajo el título de Cantos de Manuel Rodríguez Objío, Liliana Ortega de Mendoza y Roberto Ortega del Castillo, figuran tres poemas fechados en Puerto Príncipe, dos en Cabo Haitiano, uno en Curazao y ocho en Caracas.

230 al 235
259 al 264

CAPITULO XVIII

OTRAS MANIFESTACIONES CULTURALES DEL SIGLO

SOCIEDADES LITERARIAS.



EN la vida cultural de la República Dominicana han tenido importancia suma las asociaciones y los movimientos literarios. Al calor de ellas se forjó no sólo nuestra valiosa cultura, sino también la vida del país como miembro de los pueblos libres.

En el período de la España Boba vamos a encontrar, como un embrión del Renacimiento, las tertulias literarias y humanísticas de la cual era figura rectora el ilustre JOSE NUÑEZ DE CACERES, autor de la independencia efímera que se gestó en aquel cónclave interesante. Otras figuras de esas tertulias fecundas fueron: el notable jurisconsulto Juan Ramírez Garrido; Juan Vicente Moscoso, maestro de largo historial, dueño de una cultura tan vasta que sus amigos le llamaban "el Sócrates dominicano"; Bernardo Correa y Cidrón, quien llegó a ser Rector de la Universidad; los canónigos José Lorenzo Rondón y doctor Francisco González Carrasco, Fray Ambrosio Pérez Jácome, Manuel Carmona Aguirre; el canario Antonio María Pineda, fundador del primer periódico dominicano; Manuel de la Candelaria, José María Bobadilla, Antonio Cerezano Camarena y Pedro Núñez de Cáceres.

La irrupción de los haitianos como invasores, en el 1822, dio al traste con estas tertulias.

Se inicia una agonía de la deidad de la cultura, hasta que aparece Juan Pablo Duarte, con dura madera de apóstol, regresado de Europa después de haberse embriagado allí con la divina potación olímpica del romanticismo triunfante y haber henchido sus pulmones con aires de libertades. Viene a traerles a sus amigos, además de chalecos cromados, que la moda romántica ha impuesto, lo que aprendió en sus caminos por las urbes del mundo.

"Mientras cultiva su espíritu — dice Joaquín Balaguer — Duarte no cesa de transmitir los conocimientos que adquiere a la juventud de su ciudad nativa. Durante cuatro años consecutivos, de 1834 a 1838, no ha dejado de ofrecer clases de idiomas y de matemáticas a un grupo de jóvenes humildes que acuden todas las tardes al almacén situado en la calle de la Atarazana. A los más preparados, pertenecientes muchos de ellos a las familias más distinguidas de la antigua capital de la colonia, les franquea las puertas de la filosofía y de otras ramas de las humanidades" (1).

En esa misión de enseñanza desempeñó un gran papel el sacerdote peruano GASPAR HERNANDEZ (1798-1858), quien llegó al país en 1836, y desde su llegada combatió al haitiano, propugnando, sin embargo, una vuelta a España.

Este ilustre peruano, nacido en Lima, (por eso le decían El Limeño), congregó en su torno a la juventud dominicana, instruyéndola sobre todo en filosofía. Conocidas eran sus ideas liberales, por lo cual los haitianos lo expulsaron del país, regresando una vez consumada la independencia. (2).

En 1838 fundó Duarte la *Sociedad La Trinitaria*, que tenía por objeto conspirar a favor de la Independencia. Después de ser denunciadas las actividades de la sociedad secreta, Duarte fundó las sociedades *La Filantrópica* y *Dramática*, a las que se debieron todos los destellos de cultura que hubo en los últimos años de la ocupación haitiana.

En las décadas que van del 1860 a 1880 se forman en el

país numerosas sociedades literarias que le dan nuevo cariz a la vida nacional, en una etapa asaz conflictiva de su Historia.

Fue en el año 1860 cuando se fundó la sociedad *Amantes de las Letras*, la cual no solamente fomentó el gusto por la literatura, sino que obtuvo que el Gobierno le cediera el edificio vetusto donde funcionó el antiguo Convento de los Padres Jesuitas en la calle de Las Damas, (3) para instaurar allí un teatro. El 13 de octubre de 1860 se inauguró el teatro con una regia representación romántica, *Zapatero a tus Zapatos*, de José Zorrilla, en la que intervino un grupo de actores aficionados, que hizo de aquella noche un acontecimiento histórico. (4)

Detrás de los *Amantes de Las Letras*, vinieron otras sociedades como *La Juventud* y una de más larga vida, *La Republicana*, que en 1878, tras el usufructo del local de los Padres Jesuitas, que venían utilizando para sus actos, lograron del Gobierno una prórroga del arrendamiento por veinte años, y en 1882 se prorrogó por diez años más. El historial del Teatro la Republicana, cerrado, definitivamente, en 1917, durante la ocupación militar norteamericana, es brillante y glorioso: mantuvo palpitante de ansiedad y de emoción a la sociedad capitala, durante un lapso admirable, gracias al impulso de un dinámico empresario inolvidable: el español Don Vicente Ortiz. (5)

Para esa época se formó en Santiago de los Caballeros una de las instituciones más egregias que conoce el país, por su larga vigencia en los quehaceres de la cultura y su espíritu altamente dominicanista, la sociedad *Amantes de la Luz*, cuyo centenario fue celebrado en 1971 en todo el país; y en la capital, también en 1871, se fundó la llamada *Amigos del País*. (6)

La labor cultural de esta última sociedad se enfatizó en 1877 con una serie de conferencias literarias que hicieron época.

La sociedad *Amigos del País* fundó y mantuvo la revista *El Estudio*, de larga tradición literaria y patrocinó una serie de cátedras de enseñanza superior, que estuvieron a cargo del sabio maestro puertorriqueño Román Baldorioty de Castro.

De los acontecimientos más notables de esta sociedad capitala, citaremos: 1o) el homenaje que rindió a la excelsa

poetisa Salomé Ureña de Henríquez, a quien otorgó una medalla de oro; 2o) la publicación de un tomo de las *Poesías*, de Salomé Ureña y de otro tomo de *Poesías* del malogrado poeta Manuel Rodríguez Objío, y la publicación de la *Historia de Santo Domingo* de Antonio Delmonte y Tejada.

Entre los poetas que integraron el grupo de los *Amigos del país* podemos mencionar a Emilio Prud'honme, Pablo Pumarol, José Dubeau y, el de mayor relieve de todos, César Nicolás Penson.

Con menos labor literaria floreció hacia el año 1899 una sociedad, *La Liga de Ciudadanos*, pero que, desgraciadamente, derivó hacia la política. Nació en la capital pero tuvo ramales en todas las provincias. (7)

POETAS DE LA EPOCA

El más destacado entre los poetas del grupo *Amigos del País* es CESAR NICOLAS PENSON (1835-1901), el autor de *La Víspera del Combate*, una protesta viril, escrita en forma de *Silva* sin rima, contra los odios y las matanzas, así como las orgías revolucionarias que asolaban el país. Aunque no es un poeta antológico, tiene momentos brillantes:

*¡Ah! los irresistibles granaderos
que las montañas altas,
los robles centenarios,
habían de ver con rabia concentrada,
sintiéndose humillados
a su ademán altivo y aire fiero.
¡Ah! los irresistibles granaderos.*

*Como troncos caídos
abrazados del arma
duermen también los bravos granaderos
bajo la tienda blanca.*

... ..

*Son lobos los cañones
que rígidos acechan
con los pies remachados
en el terruño yerto
la oreja en alto y con la fauce abierta
aspirando delicias de la sangre,
mientras la piel hirsuta
les acaricia la silente noche.*

*Del centinela al grito
que interroga la sombra circundante
y puebla el miedo y en rumor se inunda
de carcajada lóbrega
del asalto enemigo,
responde agudo el silbador chillido
de la agorera ave;
y hay en el aire llantos
y crujidos de huesos
que van siendo en "crescendo"...*

*Y en vano el ala diáfana
de los dulces recuerdos,
de los maternos ruegos
corre a amparar los varoniles pechos;
que del siniestro buitre
festín serán mañana las entrañas,
mientras la ociosa mies se pudre sola
y se mueren los huérfanos de hambre.*

Este poema está fechado: Enero de 1895. Cuando Penson lo escribió se abatía sobre el país la sombra del tirano Hereaux, y había luto y angustias en los corazones. También Penson escribe el *Poema de los Humildes*.

Pero César Nicolás Penson es un escritor correcto, culto, que nos ha dejado un libro valioso para el acervo tradicional dominicano, *Cosas Añejas*, relatos históricos y anecdóticos, que nos trae episodios del período colonial y la ocupación haitiana, de interés especial para nosotros, pues fueron salvados del

olvido gracias a este libro. Lo interesante de *Cosas Añejas*, además de los episodios que relata, es la riqueza en colorido y los conocimientos lingüísticos del autor, aptos para el remozamiento de vocablos populares. (8)

Las *Cosas Añejas* tienen un ilustre antecedente en América: las *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma. Posiblemente el éxito de este libro animó al hablante dominicano a recoger tradiciones de nuestro pueblo.

Del período haitiano Penson relata la tragedia de *Las Vírgenes de Galindo*, las hermosas niñas violadas y asesinadas por unos brutales haitianos. De la época colonial es *Barriga Verde*, un muchacho principal de España, enviado, por intrigas de corte, a la lejana colonia de Santo Domingo o La Española, donde no se pierde porque es acogido amorosamente por el *taita* Polanco, un hombre sencillo y bueno de la colonia; *Drama Horrendo o La Mancha de Sangre*, trata un infanticidio perpetrado fríamente en la sombra para salvar la honra de una dama principal que incurrió en un imperdonable pecado de amor; *Muerte por Muerte*, el relato del alevoso asesinato de uno de los héroes de la Reconquista, don Tomás Ramírez; *Los tres que echaron a Pedro en el pozo*, un episodio que dio origen a este popular refrán dominicano y, por último, *La Muerte del Padre Canales*, un crimen escandaloso perpetrado contra un venerable sacerdote venezolano por Juan Rincón, a quien, por influencias familiares, había tratado con mucha benevolencia la justicia cuando mató a su primera esposa. Lo importante de este verídico relato es que cuando los jueces le preguntaban: "¿Quién mató al Padre Canales?" el asesino respondía: "La justicia de Santo Domingo; porque si cuando yo maté a mi primera mujer me hubieran quitado la vida, no hubiera podido matar al Padre Canales".

La obra de Penson quedó trunca; ni la extendió más allá de algunos relatos, ni tuvo seguidores, con la sola excepción de MANUEL DE JESUS TRONCOSO DE LA CONCHA (1878-1955), autor de *Narraciones Dominicanas* (1946), donde recoge relatos tan importantes como *El Misterio de Don*

Marcelino, La Virgen de Las Mercedes y Los Dominicanos y Un Ahijado del Santísimo.

Entre los poetas dominicanos que formaron parte de la Sociedad Cultural *Amigos del País*, podemos mencionar a ENRIQUE HENRIQUEZ (1859-1940), personaje de leyenda, de dilatada existencia, sostenida con dignidad y altura. Vivió con holgura, pero así, manirroto, tenía larguezas para derramar sus bienes. Por eso, sólo a él le era dable escribir *La Canción del Avaro*, donde quien canta no es, precisamente, el avaro, sino el pródigo:

*Por galardón, Señor me despojaste
de la carga de oro que al avaro
por castigo impusiste.
¡Gracias por este raro,
por este paradójico contraste!
¡Gracias! Me exoneraste
del oro con que a él lo empobreciste,
del yugo con que a él lo esclavizaste.
¡Gracias! Así le hiciste,
con el agobiamiento de esa carga,
la entraña estéril, la abundancia triste,
la casa grande y el hogar vacío,
la noche corta, la vigilia larga...
¡Gracias te doy por tu piedad, Dios mío!*

Enrique Henríquez fue llamado el "poeta civil". El presenció las orgías revolucionarias y se vio envuelto, por imperativo de la vida, en las controversias políticas (9), contemplando el pavoroso incendio de San Carlos que cantó en su formidable poema *Miserere*:

*¡Oh torva muchedumbre!
—clamó escalando el pensamiento mío
la enrojecida cumbre—
¿Por qué al clamor impío,
por qué al ciego conjuro de la guerra,*

en pavor y en oprobio hundes la tierra?

*¡Ay, la ambición nefanda
—Júpiter, que en la abrupta serranía
el rayo de la muerte desenfrena—
responde a mi demanda,
con la voz de su ronca artillería,
sumiendo el corazón en honda pena!
y entre escombros que aún gimen
coronados de púrpura y de humo,
dominio vasto y sumo
a la arrogante vanidad franquea
el brazo artero que enarbola el crimen,
rindiendo sobre el campo desolado,
cadáver profanado
el gigante cadáver de la idea.*

Hay asombro, angustia, dolor en el enrojecido panorama
de todo un pueblo bajo el furor voraz de las llamas:

*La purpúrea neblina
que el vientre de las llamas ha exhalado,
sube y crece y al cielo se avecina,
mostrándole, en el campo desolado,
una ciudad en ruina;
un informe calvario
de escombros cuyas cálidas pavesas
sirven a esos albergues de sudario;
y gimiendo salmódicas tristezas
un testigo de piedra: ¡el campanario!*

Y termina con un grito de angustia por los dolores de la
patria atribulada:

*Si yo buscase un día,
doliente peregrino
—oh, hermosa Patria mía! —
el esplendente sol de tu destino*

*y sólo hallase tierras devastadas,
gigantescas montañas abatidas
y un legión de tumbas ignoradas,
como la inmensa tumba de Leonidas...
corriendo tras tu espíritu inmolado
hundiera mi aturdido pensamiento
en la extensión vacía;
y, o muriera abrazado
a la visión del pabellón cruzado
io en la bóveda azul del pensamiento
yo tu nombre inmortal escribiría!*

*Con acento sombrío
todo ruge y solloza;
todo ¡ay! agoniza en torno mío.
Su imagen pavorosa
la purpúrea neblina
clava, profundamente, en mi retina.
Tristes voces lejanas
remedan el plañir de las campanas,
y de la angustia en que mi pecho muere
sube a Dios este grito: "¡Miserere! !"*

Como se ve, Enrique Henríquez tiene rasgos románticos en su poesía, sin el desborde de líricas vehemencias propias del romanticismo.

Para Baeza Flores:

"Su tono empieza en las últimas resonancias románticas y evoluciona hacia una intimidad muy auténtica que no se deja ganar por lo externo del modernismo, sino que gana y avanza en sensitiva meditación que es casi un post modernismo, aunque la otra orilla de esta poesía sea neorromántica". (10)

Pedro René Contín Aybar, al incluirlo en su *Antología*, dice:

"Gran señor de la vida, tiene una poética de gran señor enamorado. En su verso, altivo, sonoro, aparece en cierto modo la arrogancia del verso de Deligne, aunque los modos y motivos de su canto son completamente dispares, pues la poesía de Enrique Henríquez, ditirámica y caballeresca, es una constante pleitesía al Amor y a la Dama, aunque aletea, a ratos, la Patria, otra forma de amor de su noble corazón generoso. Los versos están tallados en piedra viva. Representan la expresión hidalga de un soñador que, de no haber amado a la mujer, hubiese sido místico, pero a la manera de Ignacio de Loyola. Hacia 1931 se inició un movimiento de intelectuales para proclamarlo el Príncipe de los Poetas Nacionales, sin que al fin se llevase a cabo la idea de coronarlo en el Ateneo con el laurel clásico, en parte, porque el propio poeta no aceptó la hermosa idea de sus amigos y admiradores". (11)

En sus nocturnos — y es la nocturnidad tema romántico — el gran poeta del amor, del amor silencioso que busca el recato de la sombra y la sola complicidad de las estrellas con sus innumerables guiños plateados, hay metáforas fulgurantes, como puñales de luz que rasgan, con heridas dolientes, las carnes de la emoción. Pero son fulguraciones leves en medio de la elegancia de su decir, cónsono con su vida de gran señor. He aquí algunas de esas pinceladas maravillosas:

*A través de las sombras de la noche
tus altivos balcones hallé abiertos...*

*Con pétalos de flores
le armé una escala al tímido deseo,
llegué al cielo al llegar a tus balcones
y morí de placer viéndome en ellos*

*Tu dulce nombre evoco
hechizado de azul melancolía.
Mas no es para que llegue
a ti mi invocación, señora mía,
ni para que la aguda pena calmes
de nuestra inexorable lejanía,
pues yo, sin el licor de mi dolor,
de asfixia espiritual sucumbiría.
Y por eso tu dulce nombre evoco
suspiradoramente noche y día.*

.....

*Media noche. Los árboles medrosos
bajo la densa oscuridad dormitan;
y por el desamparo de las calles
ni aun el viento transita.*

.....

*¿Por qué tardas? El lecho está vacío
de la ágil pesadumbre de tu cuerpo;
y abrazando a la escala, vanamente
tu aparición en la alta noche espero.*

.....

*Hay fulgor de lumbre alegre
allá en tu alcoba lejana
mientras discurro entre sombras
frente al portal de tu casa...*

Son ejemplos que se multiplican a través de su libro *Nocturnos y otros poemas*, publicado en 1939. El toque romántico, de dulce evocación, puede verse en *Escena del Café Martín*, que reproducimos íntegro a continuación:

*Frente a la aislada mesa, aquella noche
cenaban ella y él.
El era un afitrión de porte austero
y ella una dulce, espiritual mujer.*

*La miré. Declamaron en secreto
mis pupilas un rítmico rondel.
Sus pestañas, oyéndolo, aletearon
ebrias de languidez;
y yo, absorto, con éxtasis pagano
mi alma de cenobita arrodillé
sin cesar repitiendo el ondulante
susurro de mi rítmico rondel.*

*Alcé luego mi copa, y sacudiéndola
con fugitiva insinuación, tracé
un gesto suspirante que decía:
"Junta al mío tu vino de jerez,
como si copular tú y yo quisiéramos
mi azul sonambulismo con tu sién,
mi erótica orfandad con tu regazo,
tu labio con mi sed".*

*Ella exploró un celaje en la penumbra
y dejó en paz su copa de jerez;
el anfitrión juntó ceja con ceja,
miró en torno con tétrica altivez,
echó media docena de doblones
encima de la albura del mantel.
Volvió a escrutar en torno.
Se levantó. Se fue...*

*¡Cuán agoreramente aquella noche
finó la cena! Asida al brazo de él
partió confiada la mujer hermosa.
Partió confiada... y no la he vuelto a ver!*

No pueden ocultarse en este poeta influencias que le llegan directamente de Edgar Allan Poe, el inmenso lírico norteamericano que pone notas de misterio en sus estrofas sonoras, tan caras a Rubén Darío. Poe nos había regalado con *El Cuervo* un raro poema, donde un cuervo fatídico llega a la

soledad del poeta, murmurando un monótono y casi hierático *never more*. Henríquez se sintió sobrecogido por por esa rara sensación avasallante que emana de la personalidad de Poe y escribió su poema *Never More*, del cual son las siguientes estrofas:

*Camino a la ventura. Monologo
sobre un dolor de siglos que ahora es mío.
El silencio interrogo,
y grabando mi planta en el vacío
de la noche callada,
en torno de las cosas espacio
la inquisición febril de una mirada.*

*¿En cuál de estos cristales fue que un día
el pájaro siniestro
sacudió sin calmar su ala sombría,
enseñándole al lóbrego maestro
del canto y del dolor
un dolor infinito en la elegía
del monótono y lento never more?*

*Subitáneo celaje
pone a mi inquisición tétrico punto:
es la última hoja de un follaje.
El otoño la azota
y simula, cayendo, el ala rota
de un agorero pájaro difunto.*

*Monologo muy quedo
¡porque mi propia voz me infunde miedo!
Sobre un cristal vecino
un álamo hace un trazo
con la desnuda sombra de su brazo.
Quiero huir. Mas, la anchura del camino
— nublada de otra proyección de trazos —
tras la congoja de mi planta mueve*

*el ademán de un escuadrón aleve
de esqueléticos brazos.
y me detengo. Una espectral figura
nace del fondo de la noche oscura:
crece, avanza, se acerca, se aproxima
a la desolación de mi pavora,
y al transitar, un grave paso suena,
cual si fuera el remedo de una rima
de honda y letal desesperanza llena.*

*¡Oh sombra! Eres la sombra del insano
poeta peregrino
que invadió la tiniebla de lo arcano,
con un gesto de horror
al compás de su lento "never more".
¡Oh, sombra! Te adivino!
eres la sombra de un dolor humano.
Dame el laurel divino
que floreció en la gracia de su mano...*

Este poema fue escrito en Boston, la tierra de Poe.

"Lo singular —dice Baeza Flores al referirse al poema— es que, por medio de una especie de transfiguración en el escenario, el poeta unifica la ciudad poeniana, misteriosa, y el aire de una ciudad que tiene más de española que de norteamericana. A veces uno cree sentir el clima del siglo XX de alguna ciudad española o hispanoamericana. Y en el homenaje que Enrique Henríquez rinde a Edgar Poe yo creo escuchar la atmósfera de los poemas de Antonio Machado"(12)

La afinidad con Machado puede verse en la primera estrofa del poema:

*Por las interminables avenidas,
en busca de pretéritos mesones,*

*veo plazas desiertas,
luces enmustiecidas,
graníticos balcones,
ventanas ojivales
y monásticas puertas
que, vistas a través de sus cristales,
fingen estar de par en par abiertas.*

El tono severo de los versos y la adjetivación son machadianos. También escribió Enrique Henríquez romances, siendo destacables el *Perico Pepín* y el que dedicara a Federico García Lorca.

LA GUERRA DE CUBA EN SANTO DOMINGO

La guerra de independencia de Cuba, en la que connotados dominicanos intervinieron de manera decisiva, como el Generalísimo Máximo Gómez, que resultó, a la postre, el Libertador, tuvo honda repercusión en la vida dominicana.

La llegada de José Martí al país, fue un acontecimiento trascendente. Vino con su aureola de gran escritor, poeta de primera línea y apóstol de libertades, y apasionó a los que tuvieron la dicha y el honor de conocerlo.

En todo el país había una ostensible simpatía por la causa cubana, lo cual exasperaba a la representación diplomática española que perturbaba al Presidente Ulises Hereaux con sus protestas. Lilís simpatizaba, también, con la causa cubana y la ayudó.

Los poetas y escritores dominicanos la hicieron suya.

Martí cultivó la amistad de Américo Lugo y don Federico Henríquez y Carvajal, quien ya había escrito en 1868, a raíz del grito de Yara, y a la temprana edad de veinte años, un himno que tituló *Cuba Libre*.

Ahora toda la intelectualidad dominicana ruge por la causa del hermano país. Vibraron de nuevos los versos que los poetas habían escrito en el primer movimiento insurreccional cubano —en la llamada “guerra de los diez años”— cuando escribieron,

entre otros, Salomé Ureña de Henríquez y José Joaquín Pérez.
(13)

El último en su poema *Cuba y Puerto Rico* habla ya de la independencia de las Antillas españolas, ideal de largo arraigo entre las personas egregias de las tres Antillas, y que fue acariciado por el gran idealista dominicano General Gregorio Luperón y por el apóstol puertorriqueño Eugenio María de Hostos. Ese ideal se concentraba en la formación de la Confederación de las Antillas, idea recogida en 1892 por José Martí en las *Bases del Partido Revolucionario Cubano*.

Como explicaba Max Henríquez Ureña, cuya valiosa obra nos sirve de base al redactar estas notas:

"Aparte de esa concepción (la de la independencia de las tres Antillas), que tenía su raigambre en la conciencia de su destino común, para los dominicanos existía otra de carácter sentimental: los pueblos de las dos Antillas se habían sentido firmemente vinculados a lo largo de la historia, y Cuba fue algo así como una prolongación de la patria natural para muchas familias dominicanas que emigraron por causa de las invasiones haitianas: En Cuba vivían muchos de los Angulo, Aponte, Arau, Ariza, Arredondo, Caro, Correa, Del Monte, Díaz Páez, Fernández de Castro, Foxá, Garay, Guridi, Heredia, Lavastida, Márquez, Mena, Mieses, Miura, Monteverde, Montolío, Morillas, Moscoso, Muñoz, Pichardo, Portes, Quintana, Ravelo, Rondón, Salcedo, Segura, Solá, Sterling, Tejada Raro era el dominicano de algún arraigo que no tenía próximos parientes en Cuba" (14).

MAXIMO GOMEZ Y BAEZ (1836-1905), el Libertador de Cuba había nacido en Baní, República Dominicana. Durante la "guerra de los diez años" se había destacado como gran estratega y luchó hasta que en 1878 se firmó la *Paz del Zanjón*, que, aunque no benefició a Cuba, dejó por lo menos el poderoso fermento de la lucha, que estalló un año después, en 1879, cuando la llamada "guerra chiquita", intento del integérrimo

Antonio Maceo en Baraguá. La década que va del 1880 al 1890 fue de silencioso rumiar la lucha, el golpe definitivo que redundará en la independencia total de la Antilla Mayor.

En Santo Domingo, el poeta y novelista Francisco Gregorio Billini escribe un canto inflamado, *A Máximo Gómez*, donde lo incita a reanudar la pelea por la independencia cubana con este verso: "otra vez a la lid, noble caudillo" (15).

José Martí fue el hombre que echó sobre sus hombros la misión de la libertad. Verdadero proveedor de ideales, como lo llama Américo Lugo, arrastró tras su palabra de fuego a todos los que lo conocieron. A Santo Domingo vino en busca de Máximo Gómez y exclamó: "Ya el hombre tiene dos patrias."

La sociedad *Amigos del País*, lo recibió con entusiástica admiración y escuchó su arrebatadora palabra. Era el año 1892. La tiranía de Liliés estaba en plena efervescencia; pero, como hemos dicho, él simpatizaba con la causa de Cuba y también se sintió subyugado con la presencia de esta maravillosa personalidad.

Como dice Max:

*"Martí dejó entre los dominicanos una impresión que no admite paralelo: su palabra deleitó, cautivó, arrebató. Y dejó algo más: dejó un selecto grupo de amigos y colaboradores, entre los cuales ocupó el primer lugar, Federico Henríquez y Carvajal, a quien dándole el dictado de "hermano" dirigió en 1895 desde Monte Cristi, al partir con Máximo Gómez para los campos de Cuba —donde el 24 de febrero del mismo año había estallado la revolución— una carta que constituye su testamento político. A la memoria de Martí, muerto en el campo de batalla poco después de su llegada a Cuba, consagraron los intelectuales dominicanos un volumen, *Album de un Héroe*, que contiene composiciones de José Joaquín Pérez, Bartolomé Olegario Pérez, Manuel de Jesús Peña y Reinoso y otros poetas, y más de sesenta trabajos en prosa."* (16)

Marino Soler Meriño escribió un poema juvenil lleno de

puerilidades, pero henchido de ardor, titulado *A Cuba* y Rafael Alfredo Deligne describió en su *Mambiserías*, los campos de Cuba encendidos por la guerra.

No escatimaban nuestros poetas oportunidad de aludir, con amor, a Cuba en sus poesías. Así, José Joaquín Pérez, al describir el juego de uno de sus pequeños hijos, lo llama *mambí*, que era el nombre que recibían los guerreros cubanos; el niño sueña en que es un mambí que va a rescatar a Cuba de su oprobiosa tutela.

El poema empieza:

*¡Ah! yo tengo un mambí de ojos azules
y ensortijada cabellera rubia,
que aún dos años no cuenta y ya presume
ser un audaz libertador de Cuba.*

Y concluye:

*Después... el sol de América en la frente
glorioso irradia del mambí que triunfa,
y erguido en su corcel, alto el machete
da el grito redentor de: "¡Viva Cuba!"*

Entonces surgió vigorosa la voz de un poeta joven y de musa juguetona, Arturo Pellerano Castro, quien pulsó esta vez en la lira la nota épica al ofrecernos su *Americana*, la que dedicó a Federico Henríquez y Carvajal. Vamos a copiar íntegro este poema por la gran importancia que tuvo para la época en que se escribió:

*Cántame el viejo canto, el viejo canto,
el de las notas bravas
el del aliento del pulmón de Hércules,
el del empuje de crecidas aguas.*

*Cántame el viejo verso, el verso heroico,
el de la musa trágica,*

*el del canto insurrecto en la manigua,
el verso del clarín y de la diana.*

*¿No ves teñirse en púrpura los cielos?
¿No ves la vieja guardia,
de pie, como un titán, en la trinchera,
desceñida del cinto el arma blanca?*

*¿No escuchas en el seno de la sombra
la vibración de un arpa,
una voz que departe en las alturas
con el viejo coloso de la fábula?*

*¿No ves en el levante un punto de oro,
una chispa que irradia,
una visión de luz adolescente
como la virgen proyección de un alma?*

*¡Esa púrpura roja es el incendio!
La aurora de otra patria.
Esa legión que ciñe la trinchera
es la legión titánica,
la misma del Pichincha y Ayacucho,
la misma del Naranjo y de las Guásimas.*

*¡Ese canto en la sombra, es la epopeya!
¡Es Homero que pasa!
La musa de Junín que se despierta
con su perfil de india americana....*

*Cántame el viejo canto, el viejo canto,
el de las iras santas....*

*¡Esa voz en la altura, es la del genio!
¡Bolívar que delira en la montaña!*

*Cántame el viejo verso, el verso heroico,
el himno de la patria,
el del canto insurrecto en la manigua,
el verso del clarín y de la diana.*

*El punto de oro que en la sombra crece
es el ojo de águila,
la pupila del sol de las Américas:
¡La Estrella solitaria!*

8 de febrero de 1896

Henríquez y Carvajal le contestó con otro poema que intituló, también, *Americana*, y donde adoptó el mismo tono y estilo, del cual son los siguientes versos:

*Y el viejo bardo de la fe robusta
en libertad y patria,
trueca en la sombra su doliente lira
por la de bronce del cantor del Niágara.*

*Púlsala y siente soberano el estro,
el de las iras santas,
forjar el rayo de viril estrofa
que en lo más hondo de su ser estalla.*

*¡América, a la lid! del rojo incendio
como la musa trágica
yérguese y lucha en la manigua espléndida
Cuba, y al triunfo o al martirio avanza...*

*¡Al triunfo va! Y Libertad la espera
bajo el dosel de palma
para encender la de su frente augusta
¡Estrella solitaria!*

Puerto Plata, (lo mismo que Santiago de los Caballeros y la capital), se hizo baluarte de la defensa de la libertad de Cuba. Se discutía, públicamente, el derecho que tenía España a retener la Perla de las Antillas.

El 11 de diciembre de 1897, el doctor Américo Lugo leyó en el liceo de Puerto Plata una conferencia, *De la Intervención*

en *Derecho Internacional*, donde decía en uno de sus párrafos:

"El espectáculo que ofrece Cuba no es desconsolador: Cuba no está completamente sola. Está con ella el espíritu republicano de los pueblos americanos y europeos; espíritu sagrado que está salvando a la especie humana de la ruin vergüenza que han querido arrojarle encima sus gobiernos, hasta los sedicentes democráticos cuya ausencia dice solamente cuánto dista el mejor gobierno actual, de representar con fidelidad el espíritu nacional. La intervención respecto de Cuba y España podría hacer obra buena en servicio del derecho: la teoría internacional moderna faculta y hasta prescribe la intervención cuando una de las partes contendientes la solicita; cuando una metrópoli es impotente a sofocar una insurrección, cuando se perjudica considerablemente a otro Estado y en interés, por último, de la humanidad ultrajada. Si la intervención tampoco sirve para la defensa del derecho en Cuba; cuánto debemos apresurarnos a sustituir arbitrios por medios orgánicos." (17)

Un episodio, por último, que copiaremos textualmente de Rodríguez Demorizi, nos dará idea del verdadero cariz de los acontecimientos políticos de aquella época: la visita del gran violinista negro cubano Brindis de Salas a Puerto Plata.

"Para los dominicanos —dice Rodríguez Demorizi— Brindis de Salas tenía una doble atracción: su fama de maravilloso violinista y ser cubano. Se luchaba entonces, 1895 y 1896, por la libertad de Cuba, y la causa de Martí tenía la más viva y honda repercusión de la República, animado centro mambí que nutrió tantas veces a las tropas de Gómez y Maceo, de oro y de sangre. Santo Domingo, Azua, Baní, Santiago, Puerto Plata, gozaron del deleite de escuchar al mago del violín, ébano viviente derramando armonías." (18)

El incidente provocado por el concierto del gran violinista

de Salas y del Cónsul español puede verse en estos viejos papeles desentrañados por el genial investigador y bibliógrafo Rodríguez Demorizi, siendo el primero la carta que el Gobernador de Puerto Plata enviara al Presidente Ulises Hereaux, el 7 de febrero de 1896, tres días después del acontecimiento artístico:

*"Señor General
Don Ulises Hereaux
Presidente de la República
Santo Domingo*

General y amigo:

Desde su partida de esta ciudad, ninguna novedad digna de serle a Ud. referida ha ocurrido en el Distrito, a excepción hecha del incidente del martes con motivo de una velada literario - musical que celebraron en nuestro Coliseo respetables personas de esta localidad en homenaje del famoso artista Sr. Brindis de Salas y recolectar fondos para los inmigrantes misteriosos. Tal a lo menos lo que se propalaba. El Sr. Brindis de Salas había dado un concierto el Sábado inmediatamente anterior al Martes en que tuvo lugar la velada a que me vengo refiriendo: y cuando preparaba lo necesario para dar su concierto, dos españoles y un puertorriqueño que de las partes inferiores de la disuelta compañía de Zarzuelas de Navarro, se habían quedado aquí agarrados al Teatro como la ostra al palo; le ofrecieron al Sr. Brindis sus humildes servicios como expendedores de billetes, repartidores de programas, barrenderos y acomodadores, etc., pero el Sr. Brindis, al saber de boca de ellos mismos que eran españoles, los rechazó bruscamente, diciéndoles que no podía preferir españoles a los dominicanos y cubanos que en lugar de ellos podía emplear.

Deseosos estos individuos de vengarse, informaron al Sr. Cónsul de España que el objeto de la velada del Martes era

para reunir fondos con los que auxiliar la revolución cubana, y que además en los discursos que se iban a pronunciar se insultaría a España. Parece que al buen y excelente carácter de Don Celestino le hizo dudar un poco, pero instigado por los individuos mencionados y quizás también por algún otro que mis agentes secretos no han podido descubrir —aunque sospechan de uno— me envió una nota oficial horas antes de tener efecto la velada, rogándome impidiera dicha función, pues hasta él había llegado la noticia de que los fondos que ella produjera se destinaban a auxiliar la revolución cubana.

Como este paso del Sr. Cónsul era prematuro y no descansaba sobre ninguna base fundada, pues si bien es cierto que algunos imprudentes jóvenes cubanos, dominicanos y puertorriqueños andaban de aquí para allá corriendo y charlando de la fiesta y de los magníficos resultados que de ella esperaban obtener, ni el programa de la misma ni ningún acto o demostración declaraba ser cierto ni tener visos siquiera de lo que en la nota del Cónsul se suponía por adelantado, consulté con don Manuel Cocco, el cual fue de parecer que se convocara los Sres. que debían hablar en dicha velada, a fin de poder obrar en consecuencia.

Convoqué, pues, a una reunión a las 4 de la tarde en este Despacho a los Sres. Don Eliseo Grullón, Don Fidelio Despradel, Don Manuel Portuondo, Don José Dubeau, Don Ramón Alvarez, Don Ismael Simón y Don J. M. Rodríguez Arrezón, los cuales, cuando les hube expuesto el objeto por el cual los había invitado a la reunión, no tuvieron inconveniente en asegurarme que la índole de la fiesta era de ovación al eminente violinista, Sr. Brindis de Salas, de expansión entusiasta por el arte, de parte de los unos y de afecto y cordialidad de los otros hacia este pueblo dominicano eminentemente hospitalario y culto, que respecto de los fondos que se recaudaran se destinarán a

obras de beneficencias. Que podía yo abrigar la seguridad y darla a quien fuera menestar de que era absolutamente ajena de la fiesta toda idea de carácter político o agresivo respecto de persona o nacionalidad.

Di inmediatamente informe de esta formal declaratoria a Don Celestino, que como a la sazón había ya enviado su telegrama a Ud. creyó deber remitir un segundo rectificando. Recibido luego por mí el telegrama de Ud. procedí a hacer cumplir la formalidad que Ud. prescribía por ante el Presidente del Tribunal (19) y como nada pudo hallarse de subversivo, se autorizó la velada, la cual tuvo lugar en presencia de un concurso inmenso y tal como me lo habían asegurado sus promovedores: es decir, inofensivo y muy cordial.

El Presidente del Tribunal, el H. Ayuntamiento, el Sr. Cónsul de España y yo presenciamos la fiesta hasta lo último. Esto fue todo.

Es mi humilde parecer que los Sres. españoles pusieron un poco de agua en su vino, pues no es cosa que por intriga de tres individuos que llevan su atrevimiento hasta decir que si se daba la velada la acababan a pedradas, se coloque a las autoridades en situaciones difíciles o ridículas. Es mi humilde parecer también que deben los representantes de las potencias enemigas de España, tener más confianza en la obediencia de las autoridades locales a las prescripciones del Superior Gobierno de la República; y sobre todo esperar a que los hechos estén consumados y con un principio de ejecución tangible para hacer sus reclamos.

Sin más, por ahora, y deseándole salud y todo género de felicidad, queda incondicionalmente. Suyo compadre Juan Garrido." (20)

Doce días después Lilís le contestaba a su compadre, el Gobernador de Puerto Plata, con estos términos:

"Sto. Dgo. 19 de febrero de 1896. Señor General Juan Garrido, Gobernador de Puerto Plata. Mi querido compadre: Las fiestas de Carnaval habían impedido que correspondiera antes su estimable carta del 7 de este mes, informándome de las ocurrencias habidas allí con motivo de la velada literaria-musical, celebrada últimamente.

Habiendo tomado buena nota de cuanto Ud. me relata, celebro que las cosas terminaren en una forma satisfactoria; y ahora solamente deseo recomendarle que continúe siendo tan conciliador en los asuntos de ese orden como lo reclama la necesidad.

Ud. sabe que no obstante querer uno luego más a la querida que a la esposa, tiene el deber de presentarse alegremente a la fiesta y al paseo con la última para cumplir así compromisos sociales ineludibles... Suyo siempre affmo. amigo: Ulises Hereaux." (21)

En el último párrafo encubría el Presidente la frase que repetía constantemente: "España es mi esposa, pero Cuba es mi querida."

ARTURO PELLERANO CASTRO. El autor de *Americana*, ARTURO PELLERANO CASTRO (1865 – 1916), aunque de padres dominicanos, nació en Curazao, pero se educó en la tierra de sus progenitores, primero en el Colegio San Luis Gonzaga y después en la Escuela Normal fundada por Eugenio María de Hostos (22).

Se inició con poesías de alguna sonoridad épica, pero también cultivó la poesía irónica con cierto matiz humorístico, que, aunque no revelaban una gran cultura, eran la expresión de un temperamento poético excepcional (23). Entre esos poemas, *Acuarela* y *Autobiografía* se salpican, guardando la distancia abisal que va de un poeta a otro, de un tono quevedesco, sin el agor llagante del genio del siglo de oro español.

Pellerano Castro casó con una poetisa romántica, Isabel

Amechazurra de Pellerano (24) y él mismo apuró el dulce licor de la bohemia, por lo que en un desborde de romanticismo adoptó el seudónimo de BYRON, gesto de admiración al genial bardo de la Inglaterra romántica.

En esos aspavientos románticos escribió algunos poemas donde se asoma a las tonalidades europeizantes del decir (*Cantos Bohemios, Champagne*) hasta que en un breve poemita, de apenas dos tercetos, nos da una pequeña potación becqueriana:

*Junto a una cruz, al expirar el día,
una pobre mujer, de angustias llena,
sus lágrimas vertía.*

*Dolió a mi corazón su amarga pena
y ante el sepulcro de la madre ajena
lloré la muerte de la madre mía.*

El máximo intento de Pellerano Castro fue darnos una poesía dominicana, con vocablos del habla popular, sin caer en los giros campesinos de la poesía bucólica.

Las *Criollas* (25), publicadas en 1907, lucen un poco artificiales en su factura y tal vez no sean todo lo afortunadas en la interpretación psicológica del campesino dominicano; pero son accesibles y agradables, y a ello deben su gran popularidad. Rima asonantada, ritmo pegajoso y un erotismo apasionado, donde brota una sinceridad de amor, ingenua y bella. Pocos dominicanos desconocen esta criolla, que cuando niño declamamos tantas veces:

*Yo quisiera, mi vida, ser burro,
ser burro de carga,
y llevarte, en mi lomo, a la fuente
en busca del agua
con que riega tu madre el conuco,
con que tú, mi trigueña, te bañas.*

*Yo quisiera, mi vida, ser burro,
ser burro de carga,*

*y llevar al mercado tus frutos,
y traer, para ti, dentro el árgana,
el vestido que ciña tu cuerpo,
el pañuelo que cubra tu espalda,
el rosario con cuentas de vidrio
con Cristo de plata
que cual rojo collar de cerezas
rodee tu garganta...*

*Yo quisiera, mi vida, ser burro,
ser burro de carga.*

*Desde el día que en el cierre del monte,
cogida la falda,
el arroyo, al cruzar, me dijiste
sonriendo: ¿me pasas? ...
y tus brazos ciñeron mi cuello,
y al pasarte sentí muchas ganas
de que fuera muy ancho el arroyo,
de que fueran muy hondas sus aguas....
desde el día que te cuento, trigueña,
iyo quisiera ser burro de carga!
Y llevarte en mi lomo a la fuente,
y contigo cruzar la cañada,
y sentirme arrear por tí misma
cuando a vuelta del pueblo te traiga
el vestido que ciña tu cuerpo,
el pañuelo que cubra tu espalda,
el rosario con cuentas de vidrio
con Cristo de plata
que cual rojo collar de cerezas
rodee tu garganta.*

*Yo quisiera, mi vida, ser burro,
ser burro de carga.*

Es este el ambiente familiar dominicano en una poesía

cadenciosa, rumorosa, con ciertas ondas de originalidad en el discurrir de estas aguas poéticas que parecen tan espontáneas y puras.

Las *criollas* pueden no ser poesía de alta calidad, pero para nosotros los dominicanos tienen un encanto no despreciable. Si la del *burro de carga* (cuyo título es *A ti*) es la más popular, posiblemente la más hermosa sea la siguiente:

*Toda la cera virgen de mis panales,
toda la blanca lana de mis ovejas
he ofrecido a la Virgen, si hace el milagro
de que me quieras.*

*Del caimital silvestre que frente al río
limita de mis campos la fértil vega,
hoy le traje a mi madre, como regalo,
los mejores racimos de la cosecha.
Y en una petaquita que en los palmares
fabriqué de una yagua, flexible y tierna,
escogí de la carga, para tí, iingrata! ,
las frutas más hermosas, blandas y frescas.
Mi padre, que en asuntos de amores sabe
muchas coplas del caso, muchas novelas,
y a quien duelen los vientos de señorío
que te das por la calle cuando me encuentras,
al mirar mis cuidados, rasgueando el tiple,
(¡ay! tú tienes la culpa, que no eres buena),
canto esta copla amarga que improvisara
allá en sus mocedades a otra llanera:*

*Las mujeres y las hojas
del caimital se asemejan
en que toas tienen dos caras
con la color muy diversa.*

*No es cosa rara
que siempre la perfidia
tuvo dos caras.*

*No le gustó a mi madre la copla amarga,
y alzando la tonada por la indirecta,*

*a raíz de la injuria que llegó al alma
contestóle a mi padre con esta endecha:*

El caimito es una fruta
que a la mujer se asemeja
tiene miel en las entrañas
pero amarga la corteza.

Madura o verde
deja hiel en los labios
de quien la muerde.

*Aquí arreció del canto la cruel porfía;
y aunque rota saltara más de una cuerda,
irritado mi padre con una sola
de seguida y más alto dió la respuesta:*

La fruta que está en sazón
y no ha de ser duradera
bien se merece una JAQUIMA
todo aquel que la cosecha.

Verde o madura
que se pierda no importa
si es que no dura.

*Porque te quiero tanto que me parece
que las estrellas
Dios las puso allá arriba para tus ojos,
al igual que de flores cubrió la tierra;
porque te quiero tanto fue que no pude
escuchar el remate de aquella réplica,
que el insulto del honra llevaba en alto
cada vez con cantares de más crudeza...
Y más triste que enantes volvíme al monte;
y al volver por los trillos, por donde mengua
el camino de flores que va a la casa
desde el ancho declive de la meseta,
vi venir tu persona que se traía
una gala y un porte de pura reina;
y, al galope la jaca, pasé a tu lado,
y, a pesar de lo angosto de la vereda,*

*ni siquiera te volviste para mirarme,
ni siquiera me dijiste "las tengas buenas! "*
*Cuando entré por los claros de la sabana
y vi abierta a mis ojos toda la vega,
y de sangre de Cristo los horizontes,
y encendidas las nubes y azul la tierra,
y pensé en tus desaires y en tu falsía,
recordé de mi padre la copla aquella,
y parando el galope la canté al punto
con toditas las voces de mi tristeza:*

*Las mujeres y las hojas
del caimital se asemejan
en que toas tienen dos caras
con la color muy diversa.*

*No es cosa rara
que siempre la perfidia
tuvo dos caras.*

Difícil es encuadrar a Arturo Pellerano Castro en algunas de las escuelas poéticas. Emilio Carilla lo cita como romántico, en cambio Caillet-Bois en su "Antología de la Poesía Hispanoamericana" lo incluye entre los *modernistas*, con su bella criolla:

*Si te importa saber mis quebrantos
y te duelen, quizá, mis angustias,
a esos pardos cocuyos que crías
con rajitas de caña de azúcar
y que a veces, mi bien, en la noche,
como estrellas azules alumbran
en la blanda mansión de tu seno,
mis cuitas pregunta...*

Cuadro exacto y simple donde pinta el luminoso insecto que enciende de luz azul la noche, cuando viene, como dice el poeta:

*con sus alas color de murciélago
y su vientre encendido de luna.*

Así era Pellerano Castro, clamoroso y brillante, frente a la solemne seriedad de Gatón Deligne, y aunque se desempeñó en otras actividades literarias (26), fue esencialmente poeta.

ARTES PLASTICAS

Antes del siglo XX, el movimiento pictórico dominicano era muy pobre. Los escasos pintores que se señalan a fines del siglo XIX y principios del XX, eran afortunados autodidactos que se dedicaban a estos menesteres artísticos acuciados por un deleite interior. Sus obras, perdidas en gran parte en ignoradas colecciones particulares, resultan una interesante, aunque pobre, muestra de un pasado esplendor.

ALEJANDRO BONILLA (1820-1901) es uno de los primeros, si no el primero entre los pintores dominicanos, desde el punto de vista cronológico. Fue de los que estuvo junto a los trinitarios en las horas de gloria de la independencia y a él se debe un folleto de refutación que con el título de *Contestando al opúsculo del señor don José María Serra* (27) (folleto de 8 páginas, 1889) publicó con datos interesantes para la historia de los trinitarios. A él se deben cuadros de importancia histórica, entre otros, el retrato de Juan Pablo Duarte. Lo que movió a Bonilla a reproducir al óleo la efigie del Padre de la Patria fue la mala impresión que le produjera el daguerrotipo que le hicieran en Caracas, en el salón fotográfico de Próspero Reyes, y que su hermana, Rosa Duarte, enviara en 1883 al historiador José Gabriel García. A todos sorprendió la temprana senectud del héroe, y Bonilla, a la vista del retrato, evocando sus recuerdos del 1838, cuando Duarte era un recio idealista, en función de creación de una patria, lo pintó en 1887. Ese cuadro fue objeto de una litis, cuando burlando una Resolución del Consejo Nacional del 15 de marzo de 1888, que concedía a Bonilla, por diez años, la potestad de que nadie pudiera reproducir su evocación de Duarte (28), Abelardo pintó al óleo una nueva imagen donde seguía muy de cerca la de Bonilla.

Más habilidad técnica muestra en sus cuadros el pintor LUIS DESANGLES (1862-1937). Posiblemente fue maestro de

Rodríguez Urdaneta, después de haber estudiado en el taller de Luis Cordero. (29)

Desangles fue nombrado, en 1890, Director de la Escuela Municipal de Dibujo, que hasta entonces dirigía Felipe de los Santos, (dibujante dominicano que había estudiado en Venezuela) y cuyo primer director fue el pintor madrileño Juan Fernández Corredor.

Fue desterrado por el tirano Hereaux a Puerto Rico; allí pintó sus cuadros *Caonabo* y *Angel caído*. En una exposición de pintura que se celebró en Santurce, Luis Desangles ganó el Primer Premio. En el *Caonabo*, se ve al cacique de La Maguana encadenado en un rincón de la celda donde lo tienen prisionero —una choza de canas— con un gesto de cólera, mientras dos europeos casi de espaldas —uno de ellos Colón— lo contemplan.

También Desangles vivió en Cuba —donde concitó la admiración de José Martí— y en New York.

Otros cuadros de Desangles son: *Extasis de San Francisco*, *La invasión de Maceo a Occidente*, *Nacimiento de Venus*, *Las vírgenes de Galindo*, *La Maldad de la niña* (premiado en un concurso por el Ateneo Dominicano), *El arribo de la canoa*, *El juramento del presidente Alejandro Woss y Gil*, *El sueño de Duarte*, etc. Este último cuadro, de gran importancia histórica, muestra a Juan Pablo Duarte, soñador, atisbando en la lejanía, en un paisaje onírico, el futuro de la patria redimida.

Por aquella época, por el barrio de Santa Bárbara, pintaba y hacía de la fotografía un arte, un pintor de Menorca, Frank Adrover Mercadal, quien fue también, con toda certitud, maestro de Rodríguez Urdaneta.

Por su parte, Leopoldo Navarro aparece más cercano a los movimientos pictóricos europeos. Tuvo predilección por los retratos y los paisajes, en los que fue un verdadero maestro.

Ninguno de estos pintores creó escuela ni ejerció influencia en la formación de un arte auténticamente dominicano.

Más interesante, por muchas razones, fue ABELARDO RODRIGUEZ URDANETA (1870-1933), también prácticamente un autodidacta, que pintaba, dibujaba, hacía escultura y fotografías de gran mérito artístico. Sus paisajes son

más evolucionados que los de Navarro y tienen ciertos resabios impresionistas, admirables.

Abelardo brilló como un gran *fotógrafo* en una época en que su técnica era muy limitada y la fotografía se consideraba un verdadero arte. Una de sus admiradoras, la pintora Belkis Adrover de Cibrán, apunta:

"En la época de Abelardo, la calidad de la fotografía dependía de la habilidad del retoque, porque la imagen se grababa sobre una placa de vidrio. Una de las grandes conquistas de Abelardo consistía en suprimir cualquier efecto que no le gustase en el negativo obtenido, sacando de éste un positivo que corregía, y luego obtenía un nuevo negativo para su fiel impresión" (30)

Pero para lograr ciertos efectos de sombra y luz, el artista acudía a innúmeros artificios. Un discípulo suyo (conocido odontólogo), el Dr. Manuel Fernández Peix, nos explica:

"En la ventanilla del Oeste se colocaba una cámara corriente que servía de ampliadora. ¡Pero qué agonía! Teníamos que proyectar la luz del sol con un espejo sobre la ventanilla; y ambos, Abelardo y yo, necesitábamos poseer buenas voces y oídos, ya que uno estaba afuera (yo) y otro dentro del cuatro, para preguntar y responder cuando llegase el momento propicio de que no hubiese ninguna nube que cubriese el sol. Si la nube estaba pasando, gritaba: todavía, ya...; era para darle al papel la debida exposición. En los tiempos modernos —que Abelardo no conoció— tenemos ampliadores con luz artificial y perfecta sincronización. Dada la rudimentaria forma de que se servía, Abelardo tenía siempre que terminarla con lápiz." (31)

Como pintor, Rodríguez Urdaneta, aunque nunca viajó al extranjero, privándose del contacto con las grandes galerías

pictóricas, revela técnica e imaginación así como un dominio cabal de los contrastes de luz y sombras. En la plastia sus manos parecían taumaturgas.

¿Cómo modelaba Abelardo? Bueno es que acudamos, de nuevo, a la señora Adróver de Cibran:

"...todas las esculturas de Abelardo fueron ejecutadas con arcilla (barro) o plastilina, una pasta modelable, a la cual no hay que estar humedeciendo constantemente, como sucede con el barro, materias a las que el artista imprimía y obtenía con sus hábiles dedos insospechados claroscuros; luego los vaciaba en escayola (yeso), para así dejar la obra en condiciones de ser llevada posteriormente al bronce, al mármol o al cemento por expertas manos artesanas, quienes son, en realidad, modestos artistas, que tienen que interpretar lo más concienzudamente la idea del artista original" (32)

La obra pictórica y plástica de Abelardo Rodríguez Urdaneta es prolija. Señalaremos, sólo por razón de espacio, algunos de esos cuadros: *Cupido* (perteneciente a la colección de la familia Vicini); *El amor que llega* (óleo de la Galería de Bellas Artes de 75" x 62"), para el que sirvió de modelo una bella artista de la antigua Compañía de Adelina Vehí, la española Ester Laclautre, que fue durante 25 años amante del pintor (33); *Juan Pablo Duarte*, óleo pintado en 1890 y que provocó la célebre controversia con Bonilla; *Recuerdos del Sur* (Colección del Despacho presidencial del Palacio del Ejecutivo), *Barcos*, *El extraviado o Los jugadores* (1907), óleo de 85" x 68", perteneciente a la Galería Nacional de Bellas Artes; *La artista española*, donde aparece de nuevo Esther Laclautre, así como numerosos retratos (Juan Pablo Duarte, Mons. Adolfo A. Nouel, el Lic. Manuel Guerrero y su esposa, General Ranón Cáceres, Da. Narcisa Ureña, D. Juan Bautista Vicini, Francisco Xavier Billini, etc.). Muchos consideran *El extraviado* la mejor obra de Abelardo.

"Cada uno de los personajes ahí representados son auténticos retratos. Los modelos que le sirvieron al artista fueron sus propios amigos de tertulia; el mismo Abelardo aparece dando la espalda, en el ángulo derecho, en su papel de tabernero. Representa el interior de una taberna y nueve jugadores y curiosos; hombres trasnochadores, y a un niño, medio oculto, durmiendo reclinado en el espaldar de una silla; es el chico de recados. La hora de la acción: las primeras de la mañana; la razón de ello es que la luz que hiere el medio rostro del personaje central (el hijo extraviado), cuyo modelo fue el Sr. Angel Mises, es la misma luz que ilumina un trazo del mantel, y parte del rostro del hombre de barbas, padre del joven extraviado, que de pie contempla al hijo: "un reproche, mezcla de indignación y de piedad filial, pone el artista en el rostro severo del anciano, frente al hijo malvado que inclina la cabeza arrepentido como confesando el delito e implorando el perdón para su alma culpable", le sirvió de modelo don Luis Vallalet. Esa luz penetra por una ventana oculta; es la luz del alba; por lógica tiene que ser así, ya que en aquella estancia no hay otra luz que la artificial, casi apagada, del quinqué que, suponemos, por falta de combustible. Ese juego de luces suaves, indecisas, de hermosos contrastes, nos recuerda al Mago de la luz, Rembrandt". (34)

Abelardo Rodríguez Urdaneta brilló especialmente en la plastia, a la que le imprimió un sello de vigorosa creación, como su *Caonabo encadenado*, hoy vaciado en bronce. Aparece Caonabo de pie, con esposas y grillos, y un gesto de colérica pugnacidad en el rostro, mientras la musculatura hace relieve en dolorosa tensión. Esta escultura, clásica para los dominicanos, es una obra admirable, de auténtica pasión creadora, para un artista que se formó prácticamente sin maestros, pero en el que la vocación vibraba con acuciantes urgencias. Su otra creación, *Uno de tantos*, también vaciada en bronce, supone a un guerrillero herido en medio de un campo de batalla; su cara

angustiada mira al cielo, el fusil yace inútil a su lado y una mano venosa aprieta el pecho herido por entre la abierta camisa. El violinista Luis Beltrán —gran amigo de Abelardo, que era violinista también, asegura a la Sra. de Andróver:

“Soy de opinión que Uno de tantos es un homenaje de Abelardo al soldado desconocido; por lo tanto (sic.) fue Abelardo el precursor en idear esta clase de monumentos que surgieron después de la primera guerra mundial 1914-1918 y el Uno de tantos data del año 1907”. (35)

Otras esculturas de Abelardo son: *Los borrachos*, pequeño grupo escultórico humorístico que muestra a dos ancianos tambaleándose por los humos del alcohol; proyecto de monumento a Juan Pablo Duarte y numerosos bustos.

La obra de Abelardo Rodríguez Urdaneta es de perfil nacionalista, pero quedó trunca porque sus alumnos no persistieron en el esfuerzo.

Según Manuel Valdeperes:

“... La primera influencia positiva la recibe el arte dominicano de Celeste Woss y Gil y de Enrique García Godoy. Ambos dejan huella en sus alumnos: Delia Weber, Gilberto Fernández Díez y Elsa Grunning, son las más sobresalientes de la primera; Darío Suro, totalmente evolucionado ahora, es el legado más efectivo de García Godoy. Después de ellos, Izquierdo nos ofrece en el Cibao los primeros rasgos del tipicismo pictórico. En esa misma época principió el siglo actual. Yoryi Morel se adentra en el alma de nuestro paisaje; pero estos primeros esfuerzos son sólo indicios de la tradición plástica dominicana que están haciendo los artistas actuales para las generaciones futuras”. (36)

Ya tendremos oportunidad de abundar en los detalles de esta cita.

UN FILANTROPO: EL PADRE BILLINI

Del grupo de dominicanos que han entregado gran parte de su vida al bien, hay uno que ha hecho su nombre símbolo de bondad y filantropía: FRANCISCO XAVIER BILLINI Y HERNANDEZ (1837-1890) más conocido en el corazón del pueblo como el Padre Billini. (37)

Fue cura Rector de la Iglesia de Regina Angelorum, y la Santa Sede lo condecoró con el título de Misionero Apostólico. A sus esfuerzos se deben muchas de las instituciones de caridad y altruismo que quedan en el país, algunas de las cuales llevan su ilustre nombre.

En su diócesis de la Iglesia de Regina fundó el Colegio de San Luis Gonzaga, de largo historial, que fue un fecundo centro de cultura, enseñanza y de alta misión apostólica. Allí estudiaron ilustres dominicanos como Gastón Deligne, Leopoldo Navarro, Rafael Deligne, Tulio M. Cestero, Federico García Godoy, Américo Lugo, Lucas T. Gibbes y otros más. El Padre Billini dirigió el colegio, cuyas reglas inflexibles eran coyuntura propicia a una esmerada educación.

El corazón del Padre Billini era un acerico donde se prendían alfileres de bondad. Todo lo que hubo, en el lapso, de vida activa, de asistencia social, nació bajo su iniciativa o por su impulso.

Entre las instituciones que se deben a su generoso interés altruista, podemos mencionar: la Casa de Beneficencia (1869), que primero funcionó en el antiguo convento de jesuitas y luego fue trasladada a la abandonada Iglesia de San Andrés. Era un refugio de ancianos desvalidos y enfermos, que recibían atención médica y medicinas de una farmacia anexa. Fue la primera sala del futuro Hospital Padre Billini, institución de salud que es ya un símbolo y funciona todavía en el centro de la ciudad de Santo Domingo.

En su misión filantrópica el Padre Billini contaba con la cooperación de un judío armenio de nombre Samuel Curiel —nombre que se dio a la sala hospitalaria— que siempre estaba presto a secundar al sacerdote en todas sus iniciativas. Otro

colaborador digno de tomar en cuenta lo fue la Sra. Mercedes de la Rocha.

El Presidente de la República, Ulises Hereaux, hombre de hierro de fiera estampa, respetaba y admiraba a este hombre ejemplar, a quien ayudaba en todas sus empresas (38) al extremo de permitirle toda clase de exabruptos frente a su tozudez de Dictador.

Al Padre Billini se debe la creación del Manicomio —que luego recibió su nombre— (39) y que se instaló en las ruinas del antiguo convento de San Francisco, y de un Orfanato para albergar a una buena copia de niños huérfanos; una Biblioteca popular, una Escuela de Artes y Oficios y la Sociedad Amigos de los Pobres. Otra institución que se debió a su iniciativa fue la de la Lotería Nacional, creada con objeto de recabar fondos para fines benéficos.

La personalidad del Padre Billini, límpida y pura, es de esas astrales y milagrosas que pasan por la tierra. Sembró el bien a manos llenas y en su ruta florecieron rosas de bondad. Se valió de la caridad popular para su monumental obra y murió pobre. Se dice que a su muerte hubo que ponerle como mortaja una camisa de su amigo, el bondadoso médico Pedro Delgado, porque todas sus camisas estaban reducidas a harapos.

El gran escritor Manuel de Jesús Galván relata la siguiente historia, que nos recuerda a Felipe Pinel, el médico de la Revolución Francesa que quitó la cadena a los locos:

“Yo lo vi un día, pocos días después de instalado el manicomio que él fundó, hacerse abrir la verja de una celda, donde se hallaba una anciana loca frenética. El terror se traslucía en el semblante de todos los concurrentes, porque el furor de la infeliz iba hasta arrojar a las buenas mujeres que la asistían, los alimentos y todo cuanto hallaba a mano. Rugía como una fiera y sus ojos extraviados y todo su aspecto descompuesto, hacían de su aproximación un peligro evidente. Quise disuadir al filántropo de su temeraria empresa; pero no me escuchó; y con la faz serena y risueña, entró en la terrible celda, cerró

la verja tras de sí, y se quedó frente a frente con la furiosa... Todos los circunstantes palidecimos mientras que el Padre, con voz dulce e infantil, dirigía la palabra a aquel ser irracional; y ella, al oír su acento, cambiaba el rugido en gemido, y su mirada dejaba de ser feroz, y su actitud se hacía humilde, hasta el extremo de acurrucarse toda convulsa en el suelo, a los pies del sacerdote, que con la orla de su viejo manto le cubría cariñosamente la cabeza... Yo vi ésto y en vano me acordé del magnetismo, y en vano me hubiera acordado del hipnotismo, si entonces se hubiera conocido este fenómeno científico. Lo que reconocía claramente es que el espíritu de Dios estaba allí en alas de la santa caridad". (40)

Su muerte fue muy sentida, y conmovió, allí en el lejano Chile, el corazón generoso y admirable del gran antillano Eugenio María de Hostos, que le escribió a sus discípulos dominicanos:

"Yo lo he sentido por él y por la República y por mí, y he sentido su muerte como ausencia de uno con quien se podía contar para cosas buenas. Además, siento por la tierra dominicana que haya muerto uno de sus mejores hijos; y siento, por la República, que haya caído uno de los verdaderos ciudadanos". (41)

Si hay un paraíso celeste, allí debe vivir — como en los Campos Elíseos los semidioses — Francisco Xavier Billini.

✓ MUSICOS DE FINES DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX

El primer músico que aparece en el panorama dominicano, haciendo buen uso del folclor, fue el llamado "padre de la música dominicana", JUAN BAUTISTA ALFONSECA, de quien ya hemos hablado, y le sigue su discípulo JOSE REYES, el autor del Himno Nacional Dominicano, quien siguió la tradición de su maestro.

Otro de los compositores del siglo XIX es ALFREDO MAXIMO SOLER, quien escribió más de 300 piezas del género popular, canciones, música religiosa y zarzuelas.

En la Historia de la música dominicana se conservan los nombres de dos hermanas prodigios, de corta vida y elevado temperamento musical: Julieta y Lucila Licairac Abreu.

JULIETA LICAIRAC ABREU (1890-1925) era inválida y se movilizaba mediante una silla de ruedas, pero aun así era una pianista de cierta habilidad técnica, que escribió alguna música pianística de puro sabor chopiniano. Murió joven, dejando un hondo vacío la ausencia de su figura familiar en el parvo ambiente capitalaño.

La otra, LUCIA LICAIRAC ABREU (1895-1901) fue un fenómeno tocado por el genio. Se dice que un día sus familiares se admiraron de escuchar que, en ausencia de Julieta, el piano derramaba un torrente de sonoras notas, como si lo tocara alguien familiarizado con el instrumento. Al acercarse para ver quien era la inoportuna intérprete comprobaron con sorpresa, que hizo brotar lágrimas a sus ojos, que era la pequeñita quien ejecutaba música ligera de grandes compositores. La ciudad se volcó para contemplar el prodigio.

La niña, ingenua y mínima, improvisaba en el piano. Eran composiciones sencillas (polcas, valeses, marchas), pero exquisitas, que los familiares recogieron en un álbum. El esfuerzo era muy grande para aquel débil corazoncito que se detuvo, de pronto, cuando la niña tenía tan sólo seis años y nueve meses de edad.

De la misma época, JOSE MARIA ARREDONDO (1840-1924) fue autor también de un Himno Nacional y de varias zarzuelas que se estrenaron en el Teatro La Republicana. Su música más jerarquizada es la de carácter religioso, a la que se dedicó con asiduidad. Fue Director de la Banda Militar de Santo Domingo.

MARIANO ANTONIO ARREDONDO (1854-1908) fue violinista y compositor de música religiosa, fundador y Director de la Banda Municipal de San Pedro de Macorís.

El músico más notable de fines del siglo XIX es, sin duda, PABLO CLAUDIO (1855-1899), por ser el único que se aventuró en el género operístico. Escribió dos óperas: *América*, cuya partitura ha sido depositada recientemente por sus hijas en la Biblioteca del Conservatorio Nacional de Música, y *Doña María de Cuéllar*, con libreto de Gastón Deligne, cuya partitura parece haberse perdido.

Claudio era un clarinetista que viajó por Hispanomérica, como integrante de la orquesta de una Compañía de Operas, fijando su residencia en Río de Janeiro, donde hizo amistad con el compositor brasileño Carlos Gómez, autor de óperas.

La fama de que gozó Pablo Claudio se cimienta en su seriedad para escribir música y lo dificultoso del género escogido para sus composiciones.

CONCIERTOS Y ORQUESTAS

El siglo XIX es el romanticismo musical en Europa y el progreso que se va notando en la República Dominicana, en este sentido, es notable.

"Esfuerzo inaudito — dice el compositor Juan Francisco García — de bien y de adelanto intelectual animaba un grupo de gentes situado en un rincón casi olvidado del resto del mundo; esfuerzo constante sintetizado en oteos repetidas veces estériles para captar esporádicamente el ritmo de un movimiento fecundo en otras playas, pero que se sostenía con fe inquebrantable iniciando manifestaciones tales como la inauguración en la ciudad de Santo Domingo, el 15 de julio de 1855, de la Escuela de profesores de música vocal e instrumental, y la instalación el día 30 de septiembre del mismo año, de la Sociedad Filarmónica, en la cual rindieron fecunda labor didáctica los profesores José Francisco Quero y Fermín Bastidas"
(42)

El 18 de noviembre de 1855, la Sociedad Filarmónica

preparó un concierto, en el cual se estructuró el siguiente programa: *Vals*, de Johan Strauss; *Concierto*, de Rhode; arias de *El barbero de Sevilla*, de Rossini, y aria de la ópera *Lucía de Lamermoor*, de Donizetti. El aria de Rossini fue cantado por Fermín Batista, en tanto que el recitativo y aria de Edgardo (Lucía), lo cantó el tenor dominicano Arístides Bonelly. En el mismo concierto Bonelly cantó una canción, *Lamentos*, de cuya música era el autor, con letra de Manuel Jesús Heredia, y el violinista José Agüero ejecutó unas variaciones de *El carnaval de Venecia*, de Beriot. (43)

Según Rodríguez Demorizi, en el año 1812, había dos orquestas en Santo Domingo, en tanto que en Cotuí —plaza secundaria de la colonia—, se celebró el juramento y publicación de la Constitución de Cádiz, con la orquesta vegana del violinista Vicente Suárez, formada por un violín, una mandolina, cuatro tiples, una tambora y un güiro. (44)

Otras orquestas que se citan son las santiaguenses, entre ellas la del padre de los violinistas Vicente y Felipe Jáquez. (45) Se trataba de una orquesta de cuerda.

Las bandas de música que existían, desde el comienzo de la Independencia, asistían a los campos de batalla y en tiempos de paz daban conciertos públicos o retretas, a las que acudía numeroso público.

“El estreno de alguna composición criolla por las bandas del ejército constituía por entonces un acontecimiento, como lo fue el de la marcha militar La batalla de las Carreras, por Alfonseca. A este estreno, el 20 de abril de 1853, asistió el General Santana. Lo recuerda la interesante crónica del concierto publicada en el periódico El Progreso, de esos días, escrita por Manuel María Gautier, que luego será uno de los más encarnizados enemigos de Santana” (46)

Durante los años 1861 y 1865, período de la anexión y de la gloriosa jornada restauradora, los españoles formaron la

Banda de Música del Batallón de la Reina, cuyo cuartel general era el antiguo templo de los jesuitas.

Después de la Restauración empieza a tener auge la actividad musical, cuando el nuevo arzobispo, Bienvenido Monzón y Martín, reorganizó los servicios de la capilla de la Catedral, con un coro constituido como sigue: una orquesta y maestro de capilla, un chantre, 2 sochantres, 2 tenores, 4 tiples (niños) y un grupo orquestal formado por 2 flautas, 2 clarinetes, 2 trompas, 4 violines, un violoncelo y 2 contrabajos.

Algunas orquestas van a aparecer ahora: la de Carlos Martínez, que debuta el 27 de febrero de 1872; la de Rafael Ildefonso Arté, que se reorganiza en Santiago en 1874; la Banda de Música de La Vega, que se pone en 1883 bajo la dirección de José Cabelo, etc. Hubo dos orquestas llamadas *La Quisqueyana*, una de Juan Francisco Pereyra, que se formó en 1879, y la de don Mariano Arredondo, que inserta un anuncio en la edición del 2 de Julio de 1877 en el periódico *La Patria*, dando una nómina de los músicos y de los repertorios.

LA MEDICINA EN EL SIGLO XIX

Precisamente medró la medicina en este conflictivo siglo XIX, de dos prolongadas guerras de emancipación, veintidós años de oprobiosa ocupación haitiana y repetidas contiendas civiles inquietantes.

Durante largos lapsos permaneció cerrada la Universidad, y el país en las cosas de salud estuvo a expensas de médicos dominicanos que estudiaban en el extranjero, o extranjeros que se establecían en nuestras poblaciones.

Una de las enfermedades que más despiadadamente maltrató la isla fue la *viruela*. Este tremendo azote podía ser doblegado con la vacuna que, desde 1773, había descubierto Edward Jenner. La vacuna había llegado a América con la curiosa expedición que preparó España, compuesta por veinte niños galleros portadores del virus activo. (47)

En 1818, el Ayuntamiento de Santo Domingo dispuso que todos los niños recién nacidos se vacunasen en contra de la

viruela. Fue una medida admirable, pero que no logró cobertura aceptable por dificultades propias del medio y de las limitaciones de la época. Y así, el azote mortal y estigmatizante se siguió enseñoreando.

Sabemos que la viruela apareció en La Española en 1518 haciendo estragos incontables en la indiada, terreno virgen para el mal.

Rafael Miranda, autor de una magnífica *Historia de la Medicina*, dice al respecto:

“Los negros africanos que se habían introducido fueron diezmados por la peste y los españoles se resintieron en sus labores de la falta total de brazos indígenas y la disminución de los que se habían importado para suplir su falta. Cabe la suposición, no mal cimentada, de que siendo como entonces era la isla de Santo Domingo, el centro de mayores actividades coloniales, punto convergente de todas las expediciones españolas que ansiosas de aventuras embarcan hacia estas tierras, adornadas con la leyenda fabulosa de su oro, con el incentivo subyugante de la Fuente de la Eterna Juventud, con el imán bronceado del cuerpo venusino de la india virgen o con la esperanza de rehacer vidas algo deterioradas por el golpe trágico del infortunio; sedientos de conquistas estos hombres y sus esclavos negros llevarán por las tierras nuevas el virus valioso que fue azote de toda América hasta el día milagroso en que la embajada de niños gallegos trajo en sus tiernos brazos la viruela vacuna como una ofrenda salvadora enviada por la ciencia europea a los moradores del Nuevo Mundo. Desde luego, es preciso hacer observar que por esas extrañas ironías del destino la embajada salutífera no tocó tierras de Santo Domingo, como si el hado del mar se empeñara en negarle a sus habitantes el producto de salvación para condenarlos a sufrir otras epidemias de tan terrible enfermedad como fueron la de 1774, 1809, 1818 y 1843, que se pasearon implacablemente dejando una densa estela de miseria y

mortandad. En el año 1818 el Ayuntamiento de Santo Domingo acordó dirigirse al Prelado a fin de que los curas párrocos de las parroquias de la ciudad facilitaran los libros de registros de nacimiento a una persona que se designaría para así tratar de protegerlos contra la viruela; siendo éste el primer esfuerzo dirigido a obtener la vacunación obligatoria en el País". (48)

Es bueno que adelantemos que en el país, ulteriormente, se realizaron vacunaciones antivariólicas y que después de 1922 no se han presentado nuevos casos de esta enfermedad que hoy se considera erradicada.

Los servicios médicos del país eran muy pobres. En el año 1842 existía ya, anexo a la Fortaleza Ozama, el Hospital Militar, de fecunda historia, con una capacidad para 20 camas y una habitación para locos.

Durante las campañas independentistas hubo médicos al servicio de los ejércitos de campañas. Guido Despradel Batista cita al Dr. Canó, en las campañas del Sur, a quien destituyeron por abandonar el servicio sin licencia, sustituyéndole el médico azuano Dr. Juan Félix.

Ya años más tarde el médico sanitario militar J. A. Rossó recibió orden de trasladarse con un practicante y suficiente abasto médico al campamento del Sur para "recoger y aliviar la suerte de nuestros hermanos en aquel lugar". (49)

El Jefe del Hospital Militar de Santo Domingo, que lo era el Dr. J. Bernal, envió, a su vez, con el cargo de médico sanitario, al Dr. Tomás Canó, acompañado de un practicante y llevando buena provisión de medicinas. Aprovechando un caserón abandonado en Azua, Rossó fundó un hospital del que fue nombrado Director el Dr. Alejandro Andújar y segundo médico Pedro Celestino Mestre. (50)

Al terminar el año 1845 fue nombrado director el Dr. Pedro Delgado, médico particular del General Santana y futuro colaborador del Padre Billini. El Dr. Delgado aparece en la Historia de la Medicina Dominicana como ejemplo de probidad, honestidad, desinterés y abnegación.

El hospitalucho de Azua siguió funcionando y prestando muy útiles servicios durante la campaña de 1849 bajo la dirección de Juan Matías Canó.

También actuaban médicos y cirujanos en la frontera donde la vida era inquietante y atribulada. Empero no había suficientes médicos para colmar las necesidades de las emergencias provocadas por el incesante luchar (51), sobre todo en los días de la invasión de Soulouque. El 17 de diciembre de 1855 el Ministro de Guerra pedía “una libra de aceite de palo, doce frasquitos de bálsamo de Comendador y una gran cantidad de hilas”. (52)

En la campaña del Norte las cosas no iban mejor. La carencia de medicamentos era tal, que a veces tenían que ser sustituidos por ron. En la ciudad de Santiago de los Caballeros se fundó el Hospital de sangre, en tanto que el hospital de Azua desaparecía en 1859.

En el año 1848, el Dr. Juan Munarriz era el Presidente de la Junta Superior de Medicina, Cirugía y Farmacia, y hacía cirugía menor.

Entre los médicos que prestaban servicios en la lucha restauradora se puede mencionar al Dr. Manuel María Valverde (viejo amigo de la familia Duarte), el suizo Dr. Phister, que ejercía en la regiones cibaenas; el Dr. F. N. Wester, a quien encontramos ejerciendo en Santiago hacia el año 1866; el cubano Francico Argiloz, oftalmólogo establecido en Puerto Plata, quien practicó en 1872 una operación por catarata; el Dr. Emiliano Espaillat, a quien vemos entregado con devoción al ejercicio de su apostolado médico en medio del fragor del combate.

Después de la restauración, muchos médicos quedaron en la isla. No sabemos si alguno — como Francisco Torres, que tanto atendía su trapiche de Higüey como hacía exodoncias y escindía abscesos — eran médicos empíricos o graduados.

Allí también encontramos haciendo cirugía menor a un cubano llamado Amador Cisneros y a un señor de apellido Peguero. (53)

SALUD PUBLICA Y ASISTENCIA

Uno de los azotes preocupantes por aquellos tiempos era de las *enfermedades venéreas*, relacionadas, como en todas las épocas, con la prostitución. El primero en salirle al paso al problema fue el Presidente Santana, quien creyó que la solución se encontraba en la persecución de las prostitutas. Reproducimos, por curiosa, la Ley del 11 de junio de 1855, que dice textualmente:

“Las mujeres que no tengan una ocupación honesta de qué vivir, en proporción a su sexo o que lleven una vida viciosa o relajada, y escandalosa, serán obligadas a contratarse en casas particulares donde se les mantengan ocupadas y recogidas, y si no se le verificara dentro del término de ocho días, que le dará el Alcalde, serán conducidas al servicio de los hospitales y cárceles para mujeres, se les entregará por un tiempo que no será menor de un año, ni excederá de tres a los habitantes de los campos que tengan establecimientos de cultura para que las obliguen a trabajar cuidando de vestirlas razonablemente y de darles lo que le haga falta para las demás necesidades de la vida”. (54)

En el año 1875 el Ayuntamiento de la ciudad de Santo Domingo decidió abrir servicios médicos públicos para atender a los pobres de solemnidad, y farmacias que expidieran gratuitamente las medicinas indicadas por los médicos que atendieron a estos menesterosos. (55) Para lo último se escogieron farmacias públicas que se turnaban semanalmente en el expendio de las recetas. (56) Para tener derecho a este servicio municipal gratuito se hacía necesario un Certificado “de indigencia”, expedido por el alcalde barrial, con el visado del Jefe del Cuartel. Los primeros médicos municipales fueron los doctores Miguel Zayas, Pedro Piñeyro, Pedro Antonio Delgado y José Ramón Luna.

Un gran impulso para la medicina significó el establecimiento del famoso cirujano cubano Dr. Pedro Debal,

quien ejerció en Santiago de los Caballeros (1884-1908) realizando venturosas operaciones, para la época, como: uretrotomía, enucleaciones de ojo, cataratas, etc., y teniendo como ayudante al Dr. O. Pozo. En gran parte la práctica de la obstetricia estaba en manos de oscuras matronas (*comadronas*) que ejecutaban su labor de manera más o menos rutinaria. (57)

Fue en el año 1884 cuando se instituyó la cátedra de cirugía en el Instituto Profesional. Estuvo a cargo del venezolano Dr. Carlos Arévalo.

No obstante, los estudios médicos avanzaban precariamente merced a las calamidades que llovían incansablemente sobre el país, muy especialmente por las actividades revolucionarias. Los que querían destacarse en medicina, se iban a estudiar a París.

En 1888 viajó a la ciudad Luz, donde se graduó de médico, Francisco Henríquez y Carvajal, el afortunado esposo de la eximia educadora Salomé Ureña, y al regresar con un título de Médico Cirujano de París, anticipó la fama a que era acreedor.

Por recomendación del médico filántropo Pedro Delgado, el Congreso Nacional creó el 24 de marzo de 1884 la "Ley de Juro Médico", que legalizó la odontología, estableciendo que podían ejercer esta profesión los que realizaran dos años de estudios y presentaran un examen teórico-práctico. Ya en el año 1853, el Presidente Santana había creado una ley exigiendo *exequatur* para ejercer la odontología. Pero la mayoría de los que trabajaban en esta especialidad eran extranjeros.

Según el Dr. Ramón M. Soto (58), todavía a fines del siglo XIX, la mayoría de los que hacían cirugía dental eran médicos y cita, entre otros a los doctores: Manuel Durán, José Ramón Luna y Felipe Urraca. Entre los odontólogos extranjeros cita a Marcio Tolosa, Carlos Lince Pinillo e Isaac Mc. Kay.

EPIDEMIAS

En 1843, cuando se extremaban las persecuciones contra los trinitarios y Charles Riviere Herard conspiraba contra Boyer,

en el movimiento de la Reforma, apareció, extravagante, la viruela en Santo Domingo. Posiblemente vino desde Saint Thomas, donde sus efectos eran realmente catastróficos. Cuando tan sólo esta epidemia era una amenaza, las noticias que llegaban de la isla cercana eran tan alarmantes que Desgrotte —entonces gobernador de Santo Domingo— envió, urgentemente, un expreso a Port-au-Prince pidiendo la inmediata remisión de vacunas. En la capital haitiana no las había. Se estuvo, pues, con el angustioso temor de que la epidemia irrumpiera en la isla. Y ese día negro llegó: el 25 de diciembre se oyó el grito de alarma: “Hay un niño con viruela”. Y era verdad. Días después la viruela tendía sus tentáculos de angustia y terror, y aparecieron tantos casos que hubo que crear un hospital de urgencia para aislarlos. Se buscó una casa en San Carlos (59), que entonces era una común de Santo Domingo, bajo la temerosa protesta de todos los moradores de allí. Al fin se trajo la vacuna de Curazao (60) y de seguida, desde el Hospital Militar se inició la vacunación, dirigida por el Dr. Juan Bernal. Después de comunicar a la municipalidad que la vacuna traída era realmente la que inmunizaba contra la viruela, hubo que sostener una fuerte campaña para convencer a la gente de que debía hacer vacunar a sus hijos. (61) Parece que estas medidas no lograron detener el medro del mal, pues en 1845, siendo presidente de la República el General Pedro Santana, se creó un artículo en la Ley del Ayuntamiento, que ponía al país en estado de vigilancia contra las epidemias, el cual obligaba al Gobierno a obtener las vacunas. (62)

La susceptibilidad contra la enfermedad era un peligro latente que se hizo efectivo cuando atracó un barco en Puerto Plata, procedente de Saint Thomas con un caso a bordo. El barco fue sometido a cuarentena, lo que no impidió que la viruela saltara a la ciudad y prendiera, con trágica impertinencia, en varias víctimas. Hubo una alta letalidad, en tanto que el monstruo avanzaba hasta la puerta de La Vega, donde Casimiro de Moya, Gobernador Civil de esta provincia, tiró un cordón sanitario providencial, que detuvo la epidemia.

El 11 de enero de 1881, bajo la dirección del Dr. Ulpiano

Dellundé,, oriundo de Cuba, se inició una vacunación vertical en Puerto Plata, que fue extendiéndose a toda la República. (63)

Estas medidas pusieron fin a los casos de viruela (64), y así la gente fue acostumbrándose a la vacunación. (65)

Otra de las epidemias que hicieron estragos en los aciagos días del siglo pasado, fue el *cólera*. Esta enfermedad, que desde la segunda década del siglo XIX se enseñoreaba por América, incluso castigando a Cuba, tan cercana a nosotros, no había osado penetrar en Santo Domingo, hasta la terrible pandemia de 1863 que, iniciándose en Bengala, azotó las costas mediterráneas de Europa. Al fin apareció en América, visitando la isla de Guadalupe en 1867. (66)

De seguida el Presidente de la República, General José María Cabral, declaró una cuarentena, especialmente para los buques procedentes de Guadalupe y Saint Thomas.

La República Dominicana parecía haberse salvado del cólera. Pero en 1867 estalló una revolución y la Capital fue sometida a un largo sitio que obligó a olvidar toda medida de prevención, con lo cual el cólera, monstruo más implacable que las balas, hizo su terrible aparición. La revolución, que llevó al poder, una vez más a Buenaventura Báez, para su oprobioso período de seis años, encontró en el cólera un aliado eficaz que arrebató muchas vidas (67), y, despertando el terror, obligó a Cabral a capitular, el 31 de enero de 1868 y partir para Venezuela. (68). El poeta Manuel Rodríguez Objío, que será una de las víctimas del luctuoso régimen baecista de los seis años, le escribió una carta a Luperón donde justificaba su derrota con estos términos: *"el cólera y la fuerza de estos sucesos nos obligaron a abandonar aquella ciudad capital sin darnos tiempo a aguardar un resultado"*. (69)

Báez, desde su eternal paciente espera de hiena, que acude sólo al festín que se le prepara, vino al país, y entró triunfalmente en la Capital el 29 de marzo. Se irguió satisfecho y triunfante sobre un rintero de escombros. La epidemia, posiblemente merced al sitio tan hermético que sufrió la ciudad, quedó confinada allí, hasta desvanecerse.

NOTAS

1) Joaquín Balaguer. *El Cristo de la Libertad*. Colección Pensamiento Dominicano. Cuarta Ed. 1968.

2) Gaspar Hernández tuvo vida activa en la República Dominicana, después de la Independencia, adquiriendo la ciudadanía dominicana y siendo, más de una vez, Presidente del Congreso Nacional. Dictó cátedras en el Congreso, de filosofía, matemática y cosmogonía.

3) El templo de los jesuitas se empezó a construir entre 1715 y 1716, por gestiones del obispo Navarrete, bajo la advocación de San Ignacio de Loyola y junto a él, el Colegio de los Jesuitas. Después de la expulsión de estos sacerdotes en 1767, el templo quedó abandonado, y aunque la orden regresó en 1802, no usufructuó el edificio que el Presidente Santana cedió en 1860 a la sociedad Amantes de las Letras, la cual improvisó allí teatro.

4) Los actores que trabajaron en la obra de Zorrilla fueron: Alejandro Román, Luis Betances hijo, Francisco Javier Miura, Manuel de Jesús García y José Gabriel García.

5) Américo Cruzado. *El teatro en Santo Domingo: 1905-1929*. Ed. Montalvo. 1952.

6) Ya en 1846 se había fundado en Santo Domingo una sociedad cultural, de corta vida, con ese mismo nombre: Amigos del país.

7) Otras entidades culturales pertenecen al siglo XX, como: Casino de la Juventud, Club Unión, Centro Lírico, Paladión, Minerva, La Cueva, Los Nuevos, La Poesía Sorprendida, Pro Cultura, La Máscara, El Puño, etc.

8) He aquí algunos que recoge Balaguer en su *Historia de la Literatura Dominicana*: callao (piedra redonda); garbuzo (cartucho de cañón); chinchorro (hamaca de cuerda); vinagrillo (grama de la ribera del mar); sacucho (rincón) etc.

9) Enrique Henríquez ocupó cargos políticos: "Desde joven intervino en la vida política y ocupó cargos importantes. Secretario del Presidente Woss y Gil, en 1885, fue luego diputado, cónsul en New York y, durante los últimos períodos presidenciales de Ulises Hereaux, Secretario de Estado de Relaciones Exteriores (1893-1899). Todavía en 1933 fue llamado a presidir el Ayuntamiento de Santo Domingo, cargo que hubo de renunciar al año siguiente por motivos de salud. En su juventud fue redactor de *Auras del Ozama* y de *El Teléfono*. A lo largo de su dilatada existencia colaboró en muchos otros periódicos y en importantes revistas literarias, desde la *Revista Científica, Literaria y de Conocimientos Útiles* (1883-1884), hasta *Bahoruco* (1930-1936), pasando por *Letras y Ciencias* y *La Cuna de América*."

Antología de la Literatura Dominicana. Tomo I. Colecc. Trujillo. 1944.

10) Alberto Baeza Flores. *La Poesía Dominicana en el Siglo XX*. Ed. UCMM. Santiago de los Caballeros. 1976.

11) Pedro René Contín Aybar. *Antología poética dominicana*. Librería Dominicana - 1943.

12) Ob. cit.

13) El poeta JOSE FRANCISCO PELLERANO (1844-1889) escribió un soneto, titulado *A Cuba*; Salome Ureña, a quien el poeta cubano, exiliado en nuestro país, había dedicado un poema, le contestó con otro titulado *Una Esperanza*, y José

Joaquín Pérez había escrito Cuba y Puerto Rico... Todo eran manifestaciones de simpatía hacia la causa cubana...

14) Max Henríquez Ureña. Panorama histórico de la Literatura Dominicana. Río de Janeiro 1945.

15) M. Henríquez U. Ob. Cit.

16) M. Henríquez U. Ob. Cit.

17) Américo Lugo. A punto largo. Santo Domingo 1901.

18) Emilio Rodríguez Demorizi. Brindis de Salas en Puerto Plata en Música y Baile en Santo Domingo. Colecc. Pensamiento Dominicano. 1971.

19) El telegrama que Lilís había enviado al Gobernador Garrido, el mismo día de la velada, decía: "Para evitar inconveniencia Gobierno ofrecido Cónsul español que autores velada sean sometidos censura Presidente Tribunal. Exíjalo así. Comuníquese Ildefonso disposición."

20) E. Rodríguez Demorizi. Ob. Cit.

21) E. Rodríguez Demorizi. Ob. Cit.

22) En realidad, Pellerano Castro nació en el consulado dominicano en Curazao, lo que le da, ipso facto, la nacionalidad dominicana.

23) Su primer libro de versos, La Última Cruzada, se publicó en el 1888.

24) Doña Isabel Amechazurra de Pellerano era una poetiza correcta y elegante, de alta sentimentalidad.

25) En 1927 publicó Pellerano Castro un libro Criollas De casa, donde, además de algunos poemas triviales, inserta su colección de criollas. Anteriormente, en el 1907, había publicado las "Criollas".

26) Pellerano Castro escribió: "Fuerzas contrarias", drama en versos, que la Compañía del Teatro la Republicana representó en 1895; en el mismo año la Compañía Roncoroni puso en escena su drama "Antonia", y la eximia mexicana Virginia Fábregas, representó su drama en prosa "De la vida". También escribió en este género: "De manera extraña".

27) Reproducido recientemente por el Boletín del Instituto Duartiano, a continuación del opúsculo de Serra.

28) La resolución decía: "El Consejo Nacional. Resuelve: Art. 1 Conceder su aprobación a la patente de derecho exclusivo que el Poder Ejecutivo otorgó el 15 de marzo de 1888 al ciudadano A. Bonilla, para reproducir por el término de 10 años el lienzo que ha pintado al óleo y que representa al esclarecido Juan Pablo Duarte."

Art. 2. La presente Resolución será enviada al P. E. para los fines convenientes. Dada en la sala de sesiones del Congreso Nacional a los 25 días del mes de junio, año 46 de la Independencia y 20 de la Restauración. El Presidente: Manuel de J. Rodríguez. Los secretarios M. J. Jiménez. Alcedo Andreu".

29) Luis Cordero, durante el período de los seis años pintaba y hacía arreglos y retoques de santos.

30) Belkis Adróver de Cibrán. "Abelardo Rodríguez Urdaneta, Su vida, su obra y sus maestros". Grafusa. Coruña España. 1974.

31) Citado por Adróver de Cibrán.

32) Ob. cit.

33) Citada por Américo Cruzado en su folleto sobre el Teatro, como una bella mujer y artista temperamental. Era española, aragonesa, y conoció al artista en 1908. Se llamaba Esther Laclastre Dorse.

34) La obra de Adróver cita: "Los otros personajes que completan el cuadro

son: don Próspero Marchena, quien representa al otro hijo, a la derecha del cuadro. El que baraja los naipes es Mr. Dorse, norteamericano, casado con una dominicana, quien tenía fama de jugador. Las otras cuatro personas, en segundo término, casi invisibles, uno de ellos es Fonsito Henríquez, Milcíades Delgado y George Núñez, cuñado de Abelardo.

35) Ob. cit.

36) Manuel Valldeperes. "El arte de nuestro tiempo" (Síntesis panorámica del arte en Santo Domingo) Colecc. Pensamiento Dominicano. Sto. Dgo. 1954.

37) El mejor tributo que le ofrenda el pueblo dominicano a su memoria, es haber hecho su nombre sinónimo de bondad. Frases como éstas: "Esa mujer es muy buena, parece una Padre Billini". "El es un Padre Billini, da todo lo que tiene". "Este viene de Padre Billini a remediar la situación", etc., hacen de Francisco Xavier Billini un paradigma de la filantropía.

38) Una vez que Hereaux le negó la vida de un condenado a muerte, estrelló en el suelo su sombrero y nunca más lo usó.

39) Hoy se llama Hospital siquiátrico Padre Billini.

40) Citado en "Figuras y retablos" de Gisela Mejía. Ed. El Caribe. Sto. Dgo. 1964.

(41) Ob. cit.

42) Juan Francisco García. "Panorama de la música dominicana". Publ. de la Secretaría de Estado de Educación Pública y Bellas Artes. 1947.

43) J. F. García. Ob. cit.

44) Ob. cit.

45) Ob. cit.

46) E. Rodríguez Demorizi. Ob. cit.

47) "En la corbeta María Pita partieron del puerto de La Coruña, en Galicia, el día 3 de noviembre de 1803, bajo la dirección de los doctores Francisco Xavier Balmis, en calidad de jefe, y sus colegas, Dr. Francisco Pastor y Dr. Francisco Galvany. Cuando la expedición llegó a La Guaira se dividió, tomando una parte rumbo al Sur y la otra se dirigió hacia el puerto de Sisal en la península de Yucatán, que recorrió todo México y luego salió para Filipinas, Macao y Cantón, de donde el Dr. Balmis regresó a España. Los que quedaron en La Guaira se encargaron de la vacunación del territorio sudamericano bajo la dirección del Dr. Francisco Galvany, quien encontró la muerte en Bolivia en 1813 y del Dr. Miguel Gorman, quien aprovechó la llegada de la linfa vacunal a Montevideo en el año 1805, llevada por el traficante Antonio Machado Carvalho, desde donde se esparció por campos y ciudades, gracias a las instrucciones por él dadas. Los niños, portadores vivientes de la vacuna, traían ahora un regalo inapreciable a estas tierras americanas donde trescientos años antes sus antepasados descubridores, exploradores, conquistadores y colonizadores habían sembrado, entre otras enfermedades nuevas, la viruela, que tantos estragos hizo en la población indígena de aquellos tiempos" R. Miranda.

Esta epopeya científica fue cantada en versos maravillosos por el poeta José Manuel Quintana.

48) Rafael Miranda. "Historia de la Medicina". Santo Domingo. 1960.

49) R. Miranda. Ob. citada.

50) A bordo de la goleta San José llegaron para el Hospital de Azua 34 sábanas y 23 camisas.

- 51) Los oficiales tenían que fungir, muchas veces, de médicos, para curar a sus subalternos heridos.
- 52) R. Miranda. Ob. cit.
- 53) R. Miranda. Ob. cit.
- 54) Ob. cit.
- 55) Elpidio Ricart. "Notas a la Historia de la Medicina Dominicana". Anales de la Universidad de Santo Domingo.
- 56) Las farmacias que se escogieron para este fin fueron: La Dominicana, de Juan Bautista Lamoute, en la calle El Comercio No. 90; la farmacia de don Emiliano Tejera, la de Wenceslao Guerrero y la de San José, de Delgado y Compañía, en la calle Separación No. 53.
- 57) Según el Dr. Elías Elmídesi — contado de viva voz al Dr. Miranda — en el año 1888, el cura párraco de Maniel, Pbro. Valverde, en una emergencia obstétrica salvó la vida de una criatura realizando una cesárea con una navaja barbera. La mujer murió pero el niño se salvó.
- 58) Ramón R. Soto. "Bosquejo histórico de la odontología dominicana", Opusc. Santo Domingo. 1960.
- 59) Aquella casa se conoció con el nombre de "La Generala", según el Dr. Guido Despradel Batista, de quien copia el Dr. Miranda el dato.
- 60) La vacuna fue traída de Curazao a Santo Domingo, por el Dr. David León.
- 61) Se dijo que el Comisario visitó casa por casa explicando la conveniencia de la vacunación.
- 62) Artículo 13, párrafo 5, de la Ley de Ayuntamiento, del 30 de abril de 1845.
- 63) Se siguió el método, entonces en boga, de brazo a brazo.
- 64) En Santo Domingo — es decir, la Capital — murieron 225 personas, lo que significaba una muy alta tasa de mortalidad en aquella época.
- 65) Fueron notorios los servicios prestados en esta emergencia por los médicos dominicanos, destacándose, en primera línea, Pedro Antonio Delgado, Pedro María Piñeyro, Nicolas Anzola, José Ramón Luna, Wenceslao Guerrero, José de Jesús Brenes y otros...
- 66) Ya antes, en 1854, con motivo de una epidemia de cólera ocurrida en Saint Thomas, el Presidente Santana dictó, el 5 de enero, un decreto poniendo en cuarentena los barcos procedentes de esa isla. Los puestos de cuarentena fueron Las Calderas, para los barcos que tuvieran enfermos a bordo y Las Salinas, para los que no los tuvieran.
- 67) Entre otras víctimas del cólera del 1867 se contó la del ilustre patricio, todavía enajenado, Juan Isidro Pérez.
- 68) El barco que llevó al General Cabral a Venezuela fue sometido a cuarentena en el cabo de Guaiguaza.
- 69) Las víctimas del cólera se enterraron en un improvisado cementerio frente a la actual plaza de Independencia. Sobre este cementerio se construyó la antigua Escuela Normal Superior, convertida luego en Primaria Paraguay, y hoy funciona el Colegio San Pío XI.

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Offset de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en fecha 15 de julio de 1981. Composición tipográfica: Félix Santiago Núñez y Vicente Salas Woss; Diagramación: Nelson Núñez, Nelson Martínez y Aníbal Almonte; Fotomecánica: Francisco Tavárez y José Altagracia Bussi; Impresión: Nelson Veloz y Máximo Antonio Saldaña; Compaginación y Encuadernación: Roberto Pol, Israel Ferreras, José Marfa Díaz, Héctor Santana, Jorge Paredes, Rafael Socorro Mendoza, Eddy Antonio Heredia.

